



UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS
Y SOCIALES

JOSE AGUSTIN,
GUERRERO DE PLUMA Y TINTERO
(UNA BIOGRAFIA)

TESIS PROFESIONAL
QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LA LICENCIATURA EN CIENCIAS DE LA COMUNICACION

P R E S E N T A:

ANA LUISA CALVILLO VAZQUEZ

Director de Tesis:

PROFESORA JOSEFINA ESTRADA ORTIZ



MEXICO, D. F.

1997

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

***JOSE AGUSTIN,
GUERRERO DE PLUMA Y TINTEO***

(UNA BIOGRAFIA)

ANA LUISA CALVILLO

**A mis padres José Luis y María Teresa,
a cada una de mis hermanas: Tere, Chuy, Marina, Mari y Gabriela,
y a la memoria de mis compañeros
Víctor Alejandro Riquelme y Juan Manuel Corona.**

*Mi padre, ante todo, es artista:
es un guerrero de pluma y tintero
que rescata y regenera su esencia misma,
que afronta la condena como le viene,
como se la dejan ir.
Es el amante de mi madre,
hermano de mis hermanos,
camarada de los netos,
vagabundo de su luz.*

Andrés Ramírez
José Agustín, un vagabundo de su luz

INDICE

Dedicatoria		3
Agradecimientos		6
Introducción		7
Cap. I. Por los caminos del Sur	(1914)	17
Cap. II. La vena guerrerense	(1944)	22
Cap. III. "Trabaja y ora"	(1956)	27
Cap. IV. Rebelde sin causa	(1959)	33
Cap. V. El chavo de la Isla	(1961)	39
Cap. VI. El derrumbe familiar	(1962)	46
Cap. VII. Los cafés literarios	(1963)	53
Cap. VIII. Su primer libro	(1964)	61
Cap. IX. El reportero de <i>C'laudia</i>	(1965)	67
Cap. X. Al borde de la guillotina	(1966)	75
Cap. XI. En las mieles de la farándula	(1967)	81
Cap. XII. Las revoluciones	(1968)	88
Cap. XIII. Perdido en el cosmos	(1969)	97
Cap. XIV. El Palacio Negro	(1970)	105
Cap. XV. Huésped de Lecumberri Hilton	(1971)	114
Cap. XVI. El verano luminoso	(1971)	123
Cap. XVII. Como una piedra que rueda	(1972)	128
Cap. XVIII. En el círculo vicioso	(1973)	135
Cap. XIX. Guionista y dramaturgo	(1974)	141
Cap. XX. En la tierra del Tío Sam	(1975)	147
Cap. XXI. Las letras vivas de Agustín	(1980)	154
Cap. XXII. Reencuentros	(1985)	160
Cap. XXIII. Las tragicomedias	(1989)	167
Cap. XXIV. Final en Laguna	(1993)	172
Apéndice		177
Bibliografía		181

**Agradezco a las siguientes personas su generoso apoyo
para la realización de este trabajo:**

**Josefina Estrada y Sandro Cohen, José Agustín y Margarita,
Andrés, Jesús y José Agustín Ramírez Bermúdez,
Hilda, Alejandro y Augusto Ramírez Gómez, Patricia Gómez Maganda,
René Avilés Fabila, Hugo Argüelles, Juan Tovar, Gerardo de la Torre,
Alejandro Aura, Salvador Rojo y Aviva Shore, Elsa Cross, Gustavo Sainz,
Jordi Soler, Guadalupe Polo Herrera, Rolando Chávez Moreno,
Ignacio Trejo Fuentes, Arturo Trejo Villafuerte, Emiliano Pérez Cruz,
Héctor Anaya, Carlos Martínez Rentería, Alejandro Ariceaga,
Adán Cruz Bencomo, Armando Jiménez, Eduardo Díaz, Juan Alfaro,
Marina y Gustavo Andrade, Felipe Redondo Villegas, y al equipo de la Filmoteca:
Salvador Plancarte, Antonio Valencia, Nacho, Federico,
José, Eleazar y Nahún, y, por supuesto,
a Sergio y Luis Morales Farfán.**

INTRODUCCION

El género de la biografía puede definirse de manera muy concreta a través de sus raíces etimológicas, de acuerdo al *Diccionario Etimológico General de la lengua castellana*, de Fernando Corripio, como la descripción de la vida de una persona: *bios*, significa vida; *gráphein*, describir. Sin embargo, para el periodismo, su definición es más abundante y compleja, porque, en primer lugar, la biografía está considerada como un género literario; pero a la vez, como un género periodístico. Para uniformar el criterio con que se trabajó esta biografía de José Agustín, habrá que definir los dos conceptos y la razón por la que, en teoría, se trata de tópicos distintos.

Alberto Dallal explica en el libro *Periodismo y literatura* que la biografía es un género literario, porque da cuenta de la ideología, carácter y trayectoria de un personaje de interés general, desde el punto de vista del biógrafo, es decir, que lleva una carga de subjetividad porque interpreta los hechos de acuerdo a su conocimiento, su experiencia y su investigación. Por otro lado, en la *Nueva Enciclopedia Temática de Lengua y Literatura*, se añade que, como género literario, exige el dominio del arte narrativo en su conjunto, así como una facilidad para introducirse en la mentalidad y costumbres del personaje, de tal modo que el texto y el cúmulo de información puedan presentarse de una forma novelada: que interprete, proporcione el retrato más completo posible sobre el personaje, y, que incluso, recree e invente aquellas anécdotas o pasajes de la vida del personaje en cuestión, que resulten nebulosas o desconocidas. Resume a la biografía como un mosaico de anécdotas desde este principio: que los hechos describen al personaje, más que una lista de adjetivos.

Un ejemplo que ilustra perfectamente bien el por qué este género de la biografía es literario, se observa en el trabajo de Henri Troyat, uno de los biógrafos de Fedor Dostoyevski, teoriza en el prólogo: "El biógrafo descubre dentro de sí unos impulsos malsanos de novelista... Piensa más en su arte que en la verdad, más en sí mismo que en su héroe. En vez de ponerse al servicio de un gran hombre, se sirve de él... Si escribo que Dostoyevski se situó junto a su ventana para admirar la noche blanca en el cielo de San Petersburgo, es porque, efectivamente, en aquellas fechas se había observado que cubría esta ciudad una noche blanca".

Podemos ahora definir la biografía, como género literario: se considera así por su capacidad de hacer de un personaje de interés, un personaje de novela. Y, como novela, se sirve de recursos y géneros

literarios a su vez: narrativa, prosa poética, cuento, relato; descripción, escenarios, hilo conductor o conflicto, tensión narrativa, personajes; introducción, desarrollo y desenlace.

Aun dentro de este género literario hay una clasificación imprecisa que han mencionado autores como Ricardo Garibay (en *Biografías*), o Frank Kermode (en la biografía literaria de *D.H. Lawrence*): la biografía tradicional, la biografía literaria o crítica, y la biografía novelada. Brevemente definen a la tradicional como la exposición de datos que reflejan el carácter y la personalidad de un personaje, presentados de una manera objetiva e interpretativa. La biografía literaria es el estudio de un personaje a partir de su obra; generalmente, tratándose de escritores. En este género hay un esfuerzo por definir al biografiado partiendo exclusivamente de sus propias líneas escritas. Y la biografía novelada es aquella que muestra a un personaje hecho novela.

Por lo tanto, para esta investigación, podemos decir, en primer lugar, que se utilizó el género literario de la biografía de tipo tradicional. Sin embargo, quedarnos en esta definición como único marco teórico, equivaldría a observar una escultura sin conocer el material del que está hecho, y aun desconociendo las herramientas con que se formó. Esta consistencia deviene del periodismo, que convierte a la biografía, también, en un género periodístico.

En el periodismo, la biografía se conoce como entrevista profunda o entrevista-reportaje. Bond Fraser la define en *Introducción al periodismo* como el género “que da al lector una semblanza completa de un personaje; que hace hincapié en su forma de hablar y de pensar, describe sus características, su aspecto, rasgos personales, trayectoria e idiosincracia. El objetivo primordial de este tipo de entrevista es que el lector sienta que ha conocido a la persona descrita que despertó su interés”. Vicente Leñero en el *Manual de periodismo* dice que sirve para mostrar un retrato psicológico y físico de un personaje, “es noticiosa en la medida en que difunde los elementos que están en torno a una persona de interés público: su opinión sobre distintos temas, su mundo interior, cómo vive y qué piensa de sí mismo, cuál es su formación religiosa y filosófica, sus anécdotas y datos biográficos, que hacen de él un retrato escrito. El periodista puede expresarse con mayor flexibilidad: interpreta, compara, describe libremente al personaje.”

Este género es la fusión de otros géneros periodísticos, enumerados por Vicente Leñero: son: la nota informativa, la entrevista, la crónica, e, incluso, la columna y el ensayo; ya que, como reportaje, es un género mayor. Dice el autor: “En el reportaje caben las revelaciones noticiosas, la vivacidad de una o más entrevistas, las notas cortas de la columna y el relato secuencial de la crónica, lo mismo que la interpretación, propia de los textos de opinión. Más aún, el reportaje se sirve de algunos géneros

literarios, de tal suerte que puede estructurarse como un cuento, una novela corta, una comedia, un drama teatral. El reportaje permite al periodista practicar también el ensayo, recurrir a la archivonomía, a la investigación hemerográfica y a la historia." Y agrega que, como entrevista-reportaje, la información gira en torno a una sola persona.

La nota informativa es el género que informa de un hecho de manera imparcial, sin interpretación alguna, tratando de responder cinco preguntas básicas: qué, quién, cómo, cuando y dónde. La entrevista es la conversación entre un reportero y un entrevistado, con el fin de obtener información directa o testimonial; se avoca, primordialmente, a definir "quien", sobre un hecho noticioso. La crónica es la narración de un acontecimiento en la manera en que se fue desarrollando; responde, por tanto, a la pregunta "cómo". La columna da a conocer uno o varios asuntos, dividiéndolos por temas o especialidad. El ensayo es el cúmulo de información acerca de un tema o hecho específico; incluye la apreciación y juicio del investigador. El reportaje, en suma, profundiza sobre los hechos, contestando, además de cada género que lo conforma, el "por qué".

Hasta este momento hemos visto que la biografía es, tanto un género literario, como un género periodístico, porque sus objetivos son los mismos: dar noticia de un personaje, su vida y su obra. Así mismo, ambas disciplinas (periodismo y literatura) se sirven una de otra en cuanto a sus posibilidades de recreación, interpretación, y forma, es decir, de su estructura. Como ya se citó, un reportaje puede ser presentado a manera de cuento o novela con el fin de hacer de un trabajo profundo, una investigación amena, atractiva, que capte la atención del lector. Y la novela puede basarse en un personaje real, un hecho noticioso, para hacer de él una obra de ficción.

La razón por la que la biografía no puede ser únicamente un género periodístico, ni exclusivamente literario, es tan simple como compleja. El periodismo es informativo, y la literatura es inventiva. Pero ambas son creativas, y de ahí su fusión en la biografía. Además de que la investigación (literaria o periodística) requiere de los mismos instrumentos: la investigación hemerográfica, documental, iconográfica, y de campo, es decir, el acopio de entrevistas y testimonios. Dice Alberto Dallal que el margen entre estas disciplinas se encuentra en el estilo y el lenguaje de la redacción: "El periodista puede imprimir un estilo literario a la nota periodística con el fin de mantener el interés del lector y hacer de su trabajo reporteril un oficio artístico, pero objetivo; porque los hechos son, como se sabe, sagrados." En cambio, la literatura, es el arte que utiliza la palabra escrita como forma de expresión de un asunto, o un personaje, sin que, necesariamente, sea verídico. Por lo tanto, la biografía

es una fusión de géneros periodísticos y literarios: la entrevista, el reportaje, la crónica, el cuento y la novela.

Ahora bien, no toda persona se convierte en personaje de una biografía. Hemos mencionado al personaje como alguien que despierta el interés de un público; pero para que esto suceda debe reunir ciertos elementos que lo conviertan en noticia. Luis Méndez Asensio, en *La condición de periodista*, dice cuáles son estas condiciones: intensidad y extensión (el número de personas afectadas por el hecho); proximidad (cercanía del hecho); oportunidad (tiempo del suceso); consecuencia o trascendencia, variedad (diversidad de valores del suceso); actualidad, prominencia, curiosidad, conflicto y suspenso. Virtiendo esos elementos en una biografía, se refiere a lo siguiente: ¿a qué cantidad de lectores interesaría conocer la vida y la obra de José Agustín?, ¿qué aportaría en el sentido vivencial, el biografiado?, ¿qué hace a José Agustín un hombre importante?, ¿qué aportaría este trabajo a la investigación periodística y literaria?, ¿por qué escribirla ahora?, ¿por qué una biografía? Las respuestas son las siguientes:

José Agustín ha escrito un total de 31 libros. Cada uno de ellos tiene más de cinco reediciones con un tiraje mínimo de cinco mil ejemplares por reimpresión; aunque tiene volúmenes cuyo tiraje ha sido de diez a treinta mil ejemplares. De acuerdo a las estadísticas editoriales, José Agustín es uno de los escritores mexicanos que más libros vende. Esto significa que su nivel de lectores es sumamente amplio.

Su obra no sólo ha trascendido en la literatura sino en otros medios como el cine, la televisión y el teatro. José Agustín ha sido director y conductor de programas de televisión; director y guionista cinematográfico; escritor de piezas de teatro y director de ellas; y profesor universitario en México y en el extranjero. Entre los reconocimientos que ha obtenido se encuentran el premio nacional de novela Colima 1983; el premio nacional de teatro Juan Ruiz de Alarcón en 1974, y el mismo galardón por su trayectoria en la literatura, en 1993. Ha sido becario del Centro Mexicano de Escritores en 1967, becario de la Fundación John Simon Guggenheim en 1977, y de la Fundación Fulbright en 1978.

En las letras mexicanas José Agustín es un escritor muy destacado, pues se le considera, desde sus inicios en 1964, hasta la fecha, protagonista de la corriente llamada "literatura de la onda". Este tipo de escritura representó un parteaguas en la literatura mexicana en los años sesenta. Para comprenderla mejor, es preciso definirla:

La literatura mexicana se ha dividido por generaciones de escritores y épocas que dan cuenta de los distintos contextos históricos. Se conocen, de este modo, corrientes literarias como la novela de la época dictatorial; la novela de la Revolución; la novela posrevolucionaria; la literatura urbana; y la

literatura de la onda. Este último tipo de literatura, que irrumpió en la década de los sesenta, era considerada hasta nuestros días la última generación de escritores que se identifica como tal. Sin embargo, después de ella, en los años setenta, se conocieron tendencias como la literatura homosexual y la literatura de la marginalidad, que no llegaron a unificarse como generación. Los escritores de la "onda", que no eran más que autores muy jóvenes, eran la última generación literaria, su último rompimiento. (En la actualidad se está dando a conocer una nueva generación: los escritores del "crack".)

De esta forma, la literatura de la onda, como generación que abarcó el largo periodo de los sesenta a los noventa, fue muy significativa. Se trataba de autores jóvenes que tenían como protagonistas en su obra a personajes de su misma edad, cuando en la literatura mexicana no existían personajes adolescentes ni mucho menos autores en la mayoría de edad. Este fenómeno tuvo sus raíces en el contexto histórico: en la época de los años sesenta se dan una serie de acontecimientos que resultan caóticos para las sociedades, y poco antes había surgido la primera música para jóvenes de todo el mundo: el rocanrol. En este contexto en que la juventud se identifica con este movimiento musical, ocurría la revolución cubana, la guerra de Vietnam, la participación de los jóvenes de universidades europeas y norteamericanas en manifestaciones radicales, generalmente violentas; la acentuación de la pobreza y la discriminación racial; los asesinatos políticos como el del presidente Kennedy, de Martin Luther King, de Ernesto "el Che" Guevara. Los adolescentes empezaron a cambiar su estilo de vida con actitudes y valores nuevos; surgió la cultura de las drogas y la revolución sexual hacia la desmitificación del sexo: una libertad desbocada ante el conservadurismo imperante.

Nuestro país recibió la influencia de esa revolución juvenil. El movimiento jipi, con todo su aspecto dionisiaco: el rock, las drogas, la vestimenta, las doctrinas orientales, el misticismo, el vegetarianismo; la búsqueda del interior y su renovación, el psicoanálisis, la negación del materialismo, etcétera, fueron adoptados por jóvenes mexicanos, generalmente de la clase media. Asimismo se daba su participación en movimientos políticos como el comunismo y la revolución cubana —poco después, en el movimiento estudiantil de 1968—, porque los acontecimientos en el mundo corroboraban que la juventud era la protagonista de los cambios. En cuanto a la cultura y la educación, en la época de los cincuenta y sesenta es cuando el gobierno mexicano dedica una gran parte del presupuesto a la educación, en comparación con etapas anteriores. Todo esto muestra que aquella generación de los sesenta estaba dispuesta a destruir las convenciones sociales en nombre de su libertad y luchar por sus propios espacios de expresión; era una generación culta, participativa y comprometida con su tiempo —

sin olvidar que hubo excesos que destruyeron a los jóvenes mismos, y que para otros el cambio resultaba intrascendente o vano.

En materia de literatura se daba a conocer en México la corriente francesa de los existencialistas (también llamada “beatnik”), una generación de escritores que había heredado el mundo de la postguerra, y tenía una visión pesimista y desencantada de la vida. A esta corriente francesa se suma la norteamericana, que igualmente veía al mundo convertido en un caos. Como relata José Agustín en *La contracultura en México* los existencialistas planteaban la urgencia por escribir la realidad desde una perspectiva distinta, crear una literatura directa, antiacademista, desnuda, confesional, coloquial y personal; una literatura que tocara fondo. Autores europeos y norteamericanos como Sartre, Camus, Heidegger, Kierkegaard, Nietzsche, Kerouac, Sallinger, Ginsberg, y Burroughs influyeron enormemente a sus lectores; hay que añadir que esos autores también le tenían un culto a las drogas y son los pioneros de los personajes jóvenes, hechos héroes, en la literatura.

La corriente existencialista se esparció en México y fue, en gran medida, la formación literaria de los autores de la literatura de la onda.

En ese contexto de revoluciones, transformaciones sociales y culturales, cuando la literatura mexicana tenía como máximos exponentes a Juan Rulfo y Juan José Arreola, y que recientemente Carlos Fuentes había inaugurado la literatura urbana, teniendo como protagonista de su novela a la Ciudad de México, un grupo reducido de jóvenes escritores empieza a publicar sus libros, donde los protagonistas son la Ciudad y la juventud de la clase media. Los primeros en hacerlo fueron Gustavo Sainz y José Agustín.

Sainz y Agustín consiguen una suerte de éxito editorial inmediato, porque al igual que el rocknrol, identifican a los jóvenes con ellos. Pero el medio literario de aquellos años no se prestaba para compartir espacios con autores que, en primer lugar, no eran adultos, y, en segundo, proponían un lenguaje directo, juvenil y coloquial, un lenguaje popular, un lenguaje de masas. Tampoco el medio concedía oportunidades, porque la cultura estaba reservada para la alta burguesía.

Sin embargo, el empuje de los jóvenes en ese entonces logra la democratización de la cultura. Crece la generación de escritores jóvenes y se amplían estilos y temáticas: Gustavo Sainz, José Agustín, Parnéides García Saldaña, René Avilés Fabila, Gerardo de la Torre, Juan Tovar, Elsa Cross, Alejandro Aura, Jorge Arturo Ojeda, Margarita Dalton, Federico Campbell... Y a esta generación se le impone el título de “literatura de la onda”.

La literatura de la onda está definida como la que recurre al lenguaje juvenil y coloquial; que tiene la influencia del rocanrol y la del movimiento jipi; que retrata la psicología de los jóvenes de clase media; que es anticonvencional y experimental, porque viola las normas gramaticales tradicionales, crea neologismos y anglicismos.

Dado que la literatura mexicana se dividía en arreoliana y rulfiana, el surgimiento de la literatura juvenil significa un parteaguas, un rompimiento decisivo en las letras, porque legitima el lenguaje popular como medio de creación de una obra estética, y porque arrebató espacios de expresión en círculos intelectuales que entonces eran exclusivos de élites impenetrables.

Con el paso de los años, el título de literatura de la onda es impuesto a tres autores solamente: Gustavo Sainz, José Agustín y Parménides García Saldaña, dado que los otros escritores de su generación utilizan un estilo más tradicional y menos experimental. Sin embargo, ocurre que García Saldaña muere muy joven y Gustavo Sainz cambia su estilo juvenil de narrar por uno más refinado o convencional. Por esta circunstancia, y porque José Agustín mantuvo en toda su narrativa y aun en la madurez literaria, su estilo irreverente, contestatario, juvenil y coloquial, la etiqueta de literatura de la onda permanece para la obra de José Agustín, y es por eso que se le considera protagonista, representante vivo y actual del último rompimiento en la literatura moderna.

José Agustín es, además, uno de los pocos escritores mexicanos que ha sido traducido a más de cinco idiomas. Es también uno de los más estudiados: sobre él se han hecho tesis e investigaciones literarias en universidades mexicanas, norteamericanas y sudamericanas. Esto ha hecho de él un escritor clásico; por ello es que ha sido incluido, para su estudio, en libros de texto de enseñanza media, y media superior.

Los elementos que se han dado, hacen de José Agustín un personaje de biografía. En el aspecto vivencial también es un hombre que ha llevado una vida poco convencional: era un joven de clase media que escribió su primera novela a los dieciséis años; contrajo matrimonio a los diecisiete y enseguida partió a Cuba como alfabetizador de campesinos; se divorció y tuvo su segunda esposa a los diecinueve años, ya en México; poco después fue maestro de inglés y de historia, estudió francés, cine, fue reportero y crítico de música juvenil. Atrapado por la ola de la psicodelia y el movimiento jipi consumió drogas durante varios años. Se divorció por segunda ocasión. A los veinticinco años dirigió su primera película y a los veintiséis cayó en la cárcel de Lecumberri, por posesión de droga. Su segundo, tercero y cuarto matrimonio fueron con la misma persona. Como escritor y hombre rebelde, crítico del sistema de gobierno y anticapitalista en el medio literario, ha sido censurado en todos los medios, a lo largo de su

trayectoria: cine, teatro, prensa, literatura y televisión. José Agustín es ahora un hombre de cincuenta y tres años de edad, tiene tres hijos varones, y se encuentra en la madurez literaria.

José Agustín ha publicado dos autobiografías; por eso es que su vida personal se conoce a grandes rasgos. Sobre él también se ha escrito una enorme cantidad de notas que informan de su trayectoria y datos biográficos. Sin embargo, no existe un texto que recoja a profundidad, y en su totalidad, los aspectos de su vida en voz de quienes lo conocen, amigos y familiares, y su propio testimonio. Por esta razón, la investigación que presento como tesis profesional, es una biografía de José Agustín.

Esta biografía se realizó en dos años de investigación. La primera etapa fue el acercamiento a la obra completa de José Agustín: el acopio, la lectura y el registro de treinta y ún libros del autor, por medio de fichas bibliográficas, de trabajo, onomásticas y analíticas. Las primeras contenían los datos de la obra. En las fichas de trabajo se vertía un resumen del material consultado. En las onomásticas se registraban todos los nombres que el autor mencionaba en su obra, así fuera una autobiografía o una novela, esto, con el fin de hacer un archivo que permitiera reconocer a las personas de mayor peso en su vida personal. Y las fichas analíticas reunían elementos críticos sobre la obra estudiada: el tema central, la estructura que utilizó, los escenarios recurrentes, etcétera.

La segunda etapa fue la investigación hemerográfica: la consulta del mayor número de notas posibles que se hubiesen escrito sobre él, así como entrevistas, reseñas, ensayos y reportajes, tanto en revistas como periódicos, desde 1964 hasta 1997. La tercera etapa fue la investigación documental sobre los distintos contextos históricos, sociales y culturales en el país, en épocas significativas para el personaje, por ejemplo: si José Agustín protagonizaba un rompimiento en la literatura, debíamos tener claro cómo era la literatura antes y después de él, y por qué se consideraba una ruptura; si el personaje era de la generación de los sesenta, había que analizar lo qué ocurría en esta época. La investigación documental también era necesaria para encontrar minucias que permitieran describir escenas y anécdotas: ¿cómo era la cárcel de Lecumberri?, ¿cuántos presos había, si se hablaba de hacinamiento? ¿Quiénes eran aquellos músicos e intérpretes que arrebataron a la juventud? Si José Agustín se distinguía de sus contemporáneos, ¿cómo escribían ellos? Para definir las particularidades del estilo de José Agustín, se tuvo que leer por lo menos un libro de cada autor de su generación, y ensayos sobre ellos.

La cuarta etapa consistió en la investigación iconográfica, referente al material en video sobre su creación cinematográfica y su participación en televisión, así como cintas en caset del archivo del Instituto Nacional de Bellas Artes. Simultáneamente se asistía a las presentaciones y conferencias que

daba José Agustín en distintos foros del Distrito Federal y de la ciudad de Cuautla, Morelos, para recabar información observacional. Este material iconográfico también fue registrado en los diversos tipos de fichas.

La penúltima etapa fue la investigación de campo. En primer lugar se entrevistó a José Agustín en más de cinco ocasiones. Posteriormente se hicieron entrevistas a su esposa e hijos, a los hermanos de Agustín, primos y amigos cercanos. Conversamos también con personas muy significativas en la vida del personaje, tanto del medio literario como del medio periodístico, que aportarían su testimonio, datos y anécdotas sobre él: René Avilés Fabila, Hugo Arguelles, Juan Tovar, Gerardo de la Torre, Alejandro Aura, Salvador Rojo, Elsa Cross, Gustavo Sainz, Ignacio Trejo Fuentes, Arturo Trejo Villalúerte, Emiliano Pérez Cruz, Héctor Anaya, Carlos Martínez Rentería, Alejandro Ariceaga, Salvador Plancarte, y otros.

Finalmente se estructuró la información por orden cronológico; se redactó en veinticuatro capítulos, y un apéndice en el que se reunió el testimonio y una breve semblanza de los hijos de José Agustín. El número de capítulos y su aparente brevedad, obedeció a la abundancia de información en ciertas etapas y a la intensidad de los momentos cruciales en la vida del personaje. De esta forma, hay capítulos que contienen la narración de tres o más años, porque no destacaron hechos ni momentos significativos, y capítulos enteros que abarcan apenas unos meses, porque ocurría un suceso decisivo y trascendental en la vida de José Agustín, como lo fue el de su paso por la cárcel.

Es importante aclarar que durante la investigación, y al término de ella, se contó con la autorización de José Agustín. Fue él quien proporcionó materiales muy importantes para consulta, así como el contacto entre sus familiares y esta entrevistadora. Sin embargo, días después de que la tesis fue entregada a la Coordinación de Ciencias de la Comunicación para continuar con el proceso del título profesional, José Agustín manifestó su completa desautorización. Señaló que esta autora había emitido juicios morales e interpretaciones, y que en pocas ocasiones citaba su testimonio y su versión de distintos hechos. Fue necesario someter la tesis a diversas opiniones críticas, que generosamente brindaron amigos de José Agustín y críticos de literatura. El resultado de este consenso fue que había únicamente errores gramaticales, mismos que se corrigieron en su totalidad; y que toda interpretación estaba fundamentada.

Esta biografía "no autorizada" es un trabajo objetivo, crítico y respetuoso de la vida y la obra de José Agustín. No constituye una apología del autor, sino una investigación periodística y literaria, como un primer esfuerzo para ahondar sobre la trayectoria del artista, más allá de las autobiografías. El

objetivo es conocer a José Agustín desde su infancia, su desarrollo literario, los momentos más importantes que lo formaron, de dónde viene su espíritu contestatario y rebelde; así como sus tragedias, aciertos y errores. Todo aquello que pinte un retrato vivo de José Agustín, su obra y su tiempo.

Ciudad Nezahualcóyotl, septiembre de 1997.

I. POR LOS CAMINOS DEL SUR

Los padres de José Agustín fueron Augusto Ramírez Altamirano e Hilda Gómez Maganda. Ambos, originarios del estado de Guerrero. Vivían en San Jerónimo, un pueblo que se ubica por la Costa Grande, a unos cien kilómetros de las playas de Acapulco. Augusto nació el día primero de septiembre de 1914, en Tecpan de Galeana. Provenía de una familia ilustrada, de extracción humilde: sus padres José Ramírez y Apolonia Altamirano, desde jóvenes se dedicaron a la academia. Como en toda comunidad de provincia, los maestros tenían un lugar especial, además, eran muy conocidos por su expendio de cera.

Pero más destacados fueron sus cinco hijos, los tíos paternos de José Agustín: el mayor, José Agustín Ramírez Altamirano, nació en 1903. Mucho tiempo fue maestro y después músico. Le seguía Alfonso, un año más joven, quien también fue maestro, líder sindical, dos veces director del Colegio del estado de Guerrero y rector de la Universidad de Guerrero; Concepción, que aún vive y es una mujer de noventa años, fue la fundadora del Instituto Mexicano de Acapulco en los años cincuenta.

Augusto y Ramón, los hijos más jóvenes, estuvieron en el Colegio militar, y de ahí pasaron a la Escuela Militar de Aviación y se diplomaron como pilotos de la Fuerza Aérea Mexicana. Augusto continuó su carrera como instructor de aviación, pero su hermano Ramón, justo al terminar sus estudios como piloto, tuvo un accidente en el avión donde practicaba y murió.

De los tíos, por la línea paterna, el único que cobró relevancia en el ambiente artístico fue José Agustín Ramírez. Hasta principios de los años treinta fue maestro; posteriormente reforzó su inclinación por la música donde conoció a otros artistas: Manuel Esperón y Ernesto Cortázar, quienes trabajaron para el cine mexicano en su época de oro (se les puede ver como musicalizadores en los créditos de las películas importantes, como las de Jorge Negrete y Pedro Infante). Con Esperón, Cortázar, y otro músico, Carlos Peña, formó el grupo "Los trovadores tamaulipecos", que tuvieron oportunidad de proyectarse en el extranjero. Llegaron a grabar en Nueva York en 1928. José Agustín, sin embargo, abandonó el grupo y volvió al estado de Guerrero. Solamente ahí pudo manifestar plenamente su amor por la música y su tierra: compuso canciones para las playas, los pueblos y sus mujeres. Aunque se casó varias veces, nunca tuvo hijos. Fue famoso por la autoría de las canciones clásicas del estado: "Por los caminos del sur", "La Sanmarqueña", entre otras.

Mientras los abuelos y tios paternos combatían por la vía de la educación durante la Revolución, la familia materna se levantó en armas. Tomás Gómez, su abuelo, era un bravo peón de hacienda que la gente conocía como "gallo de pelea" por su arrojo a los postulados de la Revolución; fue llamado a participar en las tropas revolucionarias en 1910 por un representante de Francisco I. Madero, quien recién había fundado el Partido de oposición al gobierno de Porfirio Díaz.

Tomás Gómez estaba casado con Plutarca Maganda, una campesina que le dio catorce hijos. A Tomás le tocó levantar a los zapatistas en la Costa Grande y, luego de la victoria, avanzar hacia la capital donde Madero lo reconoció como General en el movimiento. Para entonces ya tenía el cargo de comandante militar del Puerto de Acapulco, y Jefe del 35 Batallón.

El General Gómez era un personaje muy importante en el estado puesto que sólo tres hombres comandaban la lucha en toda la región: el Comandante Figueroa hacia la revuelta en Huitzucó; Julián Blanco, en Dos Caminos; y Tomás Gómez, en la Costa Grande. El 24 de diciembre de 1914, a cuatro años de comenzada la lucha, Gómez fue asesinado por la espalda. Plutarca Maganda, su mujer, recibió el cadáver durante el rezo de la navidad

Era sólo el comienzo de la pena de doña Plutarca. Su esposo se había llevado a sus hijos mayores: Manuel y Francisco, y de ellos no tenía noticia. Tan pronto como sepultó a Tomás, recibió los cuerpos de sus hijos asesinados. A partir de ese momento, seis de sus muchachos se unieron a la Revolución. El más joven tenía trece años de edad. Fusilados, muertos en batalla, o a traición, doña Plutarca tuvo que sepultarlos a todos entre los años de 1915 y 1935.

Pero no eran solamente campesinos cargando un fusil, sino que llegaron a desempeñar cargos importantes. Pedro, por ejemplo, era miembro del Partido Obrero, y su hermano Félix, policía del Puerto. (Félix, antes de ser fusilado, vengó la muerte de su padre.)

De sus catorce hijos, doña Plutarca perdió a ocho en la Revolución. Cuatro más murieron a causa de enfermedades y epidemias, producto de la batalla que se vivía y del constante peregrinar para escapar de los enemigos. Los dos hijos que sobrevivieron fueron los menores: Alejandro, e Hilda, la madre de José Agustín.

Por la destacada participación del General Tomás Gómez, y el arrojo de sus hijos al movimiento, el pueblo del Primer Arenal, donde vivía la familia antes de la revuelta, tomó su nombre: Arenal de Gómez. Bajo el mismo decreto presidencial, los restos del General fueron sepultados en La Rotonda de Hombres Ilustres de Guerrero, y se erigió su estatua en bronce.

De la misma manera, Plutarca Maganda recibió un reconocimiento del gobierno en los años treinta: la organización *Excelsior*, que exaltaba a las mujeres mexicanas por su apoyo a la Revolución, le entregó un diploma que la acreditaba como madre heroica de la nación, por haber dado más hijos al ejército revolucionario. Posteriormente, doña Plutarca fue pensionada por el gobierno. Pudo construir una casa en San Jerónimo, y una capilla al fondo de la sala, en devoción a la familia perdida. Gracias a la pensión pudo educar a sus hijos. Alejandro se tituló como abogado, e Hilda estudió secretariado.

Alejandro Gómez Maganda tuvo una importante trayectoria política. En la adolescencia fue secretario de Juan Escudero, el líder socialista convertido en leyenda por haber estructurado las primeras organizaciones obreras y ser fundador del Partido Obrero y del periódico *Regeneración*. Después del asesinato de Escudero, Alejandro continuó en círculos socialistas. Fue maestro rural, empleado en el juzgado de Distrito, periodista, organizador de peleas de box, y teniente de batalla de las fuerzas armadas de Costa Chica. Llegó a ser alcalde de Acapulco en 1945, y gobernador de su estado en el sexenio de 1946 a 1952, cuando el presidente de la República era Miguel Alemán.

El siguiente mandatario, Adolfo Ruiz Cortines, hizo que Alejandro fuera expulsado del gobierno antes de terminar su periodo, debido a su abierta lealtad al alemanismo. Ruiz Cortines logró sumergirlo durante veinte años en el ostracismo político. En ese lapso, Gómez Maganda se dedicó a una de sus grandes pasiones: la literatura. Escribió veintinueve libros de poesía y narrativa. Después de esos veinte años fue llamado a participar de nueva cuenta en el gobierno: fue embajador en Panamá y en Jamaica, y oficial mayor del Consejo Nacional de Turismo, cargo que ocupó hasta su muerte en 1984. (Dos de sus hijas ocupan cargos públicos en la actualidad: Guadalupe Gómez Maganda, es senadora por el Partido Revolucionario Institucional, y Patricia Gómez Maganda, funcionaria cultural del gobierno guerrerense.)

En cuanto a Hilda, la hermana de Alejandro, terminó la secundaria e ingresó a una escuela de comercio. Su madre decía que debía estudiar el secretariado mientras se casaba. Hilda nació el 17 de noviembre de 1914; era una mujer bonita, de piel morena clara, y carácter fuerte.

Augusto e Hilda, los padres de José Agustín, se conocieron cuando tenían veinte años de edad. A pesar de que sus familias vivían relativamente cerca, ellos no se habían encontrado antes. Fue la amistad de Alejandro Gómez Maganda y de José Agustín Ramírez, el compositor, la que los hizo coincidir en una fiesta que se llevó a cabo en la Ciudad de México. Ahí empezó su noviazgo; aunque tuvo muchos altibajos: Augusto para entonces era cadete y debía permanecer en el colegio militar. Un año se mantuvieron así.

Su matrimonio pudo haber sido un suceso tranquilo de no haber intervenido el superior de Augusto, que lo quería para yerno. Le parecía un joven muy dotado, virtuoso y, sobre todo, responsable. Decidió casarlo con su hija, y para ello lo llevó a la base militar de Orizaba, Veracruz. Pero Augusto ya estaba comprometido con Hilda, y debía pedir permisos especiales para poder ir a verla, como ya habían fijado la fecha de la boda. Augusto creyó pertinente contarle la verdad al general. A aquél le indignó tanto que el cadete hubiera atropellado su decisión, que mandó arrestarlo precisamente unos días antes del casamiento.

 Llegada la fecha, Hilda y su familia esperaba en la iglesia, al igual que los parientes del novio. Y Augusto no aparecía. Empezaron a desesperar al cabo de una hora. Los invitados ya murmuraban. Alejandro, el hermano de Hilda, enfureció, alistó su pistola y dijo que si el novio intentaba escapar, no viviría para contarlo.

 Augusto, por su parte, notó que el general había salido y solamente un par de cadetes vigilaban su encierro. Habló con ellos, explicó su situación y les pidió ayuda. Quizá hasta les dio una "mordida" con tal de que lo liberaran; aunque eso iba en contra de su rectitud. Al rato ya estaba camino al Distrito Federal.

 La novia nunca se abismó. Tenía un carácter tan firme que seguramente se arreglaba el peinado mientras las mujeres que la rodeaban le acariciaban compasivamente su vestido blanco. De pronto apareció Augusto. Hubo reclamos, escándalo y al final, suspiros de alivio. Hilda observó el enredo sin pronunciar palabra; sólo mantuvo en los labios una leve sonrisa que les decía a todos: "Yo sabía que iba a llegar."

 En ese año, 1935, los recién casados tuvieron que huir a Guadalajara para que no los localizara el general ofendido. Augusto cursó entonces la carrera de piloto aviador que tanto le atraía, y se dio por terminada la persecución. El tiempo borró el conflicto.

 Audaz e inteligente para aprender con rapidez el arte de la aviación, fue empleado como adiestrador de estudiantes menores. Un año más tarde se estableció con su esposa en la Ciudad de México. Ahí tuvieron a su primera hija, quien murió a las pocas horas de nacida a causa de una falla respiratoria. No se repusieron de ello hasta después de dos años, cuando nació Augusto, en 1938. Posteriormente vino Alejandro, en 1940.

Don Augusto ya se había convertido en piloto aviador, aunque todavía trabajaba para círculos militares. Hilda y él eran inseparables, así que donde lo trasladaban, volvían a establecerse. Es por eso que sus hijos están registrados en distintos estados de la República: la tercera hija, Hilda, nació en Monterrey en 1942; José Agustín, en Guadalajara en 1944; y Yolanda, en el Distrito Federal en 1946. Hasta ese año la familia dejó de desplazarse y se ubicó de manera definitiva en la Ciudad de México.

II. LA VENA GUERRERENSE

Don Augusto se había dado cuenta que muchos pilotos que él había adiestrado, abandonaban la aviación militar y optaban por la comercial; con ello lograban ganar un mejor sueldo y progresaban de manera notoria. Para el tiempo en que nació su última hija, Yolanda, se retiró del Ejército con el cargo de capitán primero, y entró a la empresa Mexicana de Aviación.

Sus familiares tenían la costumbre de que, apenas naciera un nuevo miembro, debía ser llevado a Acapulco a que lo conocieran todos. Cuando nació José Agustín, en Guadalajara, sus padres lo llevaron al Puerto y allá fue registrado. De ahí viene la confusión acerca de su origen: En sus primeros libros se dice oriundo de la ciudad tapatia, y en otros, de Acapulco. Hay quienes afirman que José Agustín se había visto obligado a decir que era de Guadalajara, porque en la época de los cincuenta y sesenta los escritores de prestigio solamente se hallaban en esa ciudad o en el Distrito Federal, debido a su desarrollo cosmopolita. También dicen que Agustín se asume como acapulqueño porque su familia lo es, y que en realidad nació en Huautla, Oaxaca. (El periodista y escritor Alain Derbez escribió a ese respecto: "José Agustín es tapatio-acapulqueño-narvarteño-cuahtlense".) Lo cierto es que su madre dio a luz en el Hospital de la Beata Margarita, en Guadalajara, el día 19 de agosto de 1944. Al mes siguiente fue registrado en el Puerto de Acapulco.

Su nombre viene de su tío, el compositor: tenía la certeza de que nacería un varón, y, como él nunca tuvo hijos, pidió a Hilda que le pusiera su nombre. Hilda le tenía mucho aprecio, por lo que no dudó en llamarlo José Agustín.

La familia vivió un tiempo en la calle de Bajío y Torreón, en la colonia Roma sur. Para entonces ya habían prosperado; no tenían presiones económicas.

Don Augusto viajaba mucho. No sólo hacía vuelos nacionales, sino internacionales. Cuando iba a Estados Unidos podía tardarse hasta cuatro días en un solo viaje porque hacía escala en varios estados; esto, debido a que en México apenas entraban los primeros jets, aviones que por su mayor capacidad podían hacer vuelos directos.

El regreso del papá a la casa era una fiesta: siempre traía regalos para todos sus hijos y su esposa. Ropa y juguetes para los mayores: Augusto, Alejandro e Hilda; discos y mapas para José Agustín —porque eso le gustaba—, y juguetes también para Yolanda, la más chica. A la mamá le traía perfumes y vestidos azules, que además era el color que menos le gustaba.

—¡Oye!, ¿otra vez algo azul? A mi siempre me traes cosas horribles.

El enfado le duraba tan sólo un rato; después de un par de horas estrenaba su vestido y lo lucía encantada.

Don Augusto solía llevar a la familia de paseo. Iban a algún restaurante, a ver las Pirámides de Teotihuacán; hacer un día de campo en la Marquesa, rumbo a Toluca, al Desierto de los leones, y, con mayor frecuencia, a Xochimilco. En el mercado compraban comida y rentaban una chinampa, contrataban un mariachi para que fuera interpretando canciones durante el paseo por el lago.

No obstante que Augusto siempre fue un esposo fiel y responsable, la vida familiar gravitaba en torno a Hilda, pues estaba al frente de la casa y de los hijos. Su temperamento volcánico hacía que los vecinos se quitaran el sombrero en cuanto la veían pasar: ella no permitía un señalamiento injusto, ni un abuso contra sus hijos. Además no había quien quisiera tener problemas con la señora, porque nunca decía una verdad a medias. Si, por ejemplo, una vecina se quejaba de que los hijos de Hilda eran latosos, y no podía andarse cuidando de ellos porque bastante tenía con atender a los suyos y arreglarse las uñas. Hilda era capaz de responder:

—Pues ya déjese de cuidar las uñas y arreglese otra cosa, que yo la veo igual de cuachalota que todos los días.

Cuando José Agustín tenía doce años fue cobrando conciencia del carácter de sus hermanos mayores. Hilda, que entonces tenía catorce, se convirtió en una adolescente rebelde. De manera natural rechazaba la condición de futura ama de casa.

—¿Cuándo vas a aprender a cocinar? —le decía su madre.

—¿Yo? ¡Ni loca! No nací para criada.

Si había discusiones en la casa eran seguramente entre Hilda y su madre. A los hermanos mayores: Alejandro y Augusto, de dieciséis y dieciocho años, esa situación los tenía sin cuidado. Ellos disfrutaban andar en la calle, con sus amigos y su palomilla.

Por otro lado, Yolanda, que tendría diez años, también daba muestras de ser una niña muy inquieta y caprichosa. En una ocasión vio que un niño de la cuadra traía una bicicleta nueva; se la pidió prestada a pesar de tener la suya.

—Déjame probarla, nada más una vuelta.

El niño le dejó su bicicleta y durante todo el día no volvió a tenerla en sus manos; solamente veía pasar a Yolanda dando vueltas y vueltas a la manzana.

Doña Hilda no se daba abasto para controlar a sus hijas. De manera especial protegía a José Agustín, pues consideraba que estaba indefenso en medio de sus hermanos: era el menor de los varones y el "sandwich" de sus hermanas. A ellas les gustaba provocarlo, hacerlo rabiar, y doña Hilda acudía inmediatamente en su ayuda. Había veces que las hermanas jugaban a las luchas con él y fácilmente lo vencían entre las dos. Luego le decían algo que le molestaba: "Tienes ojos de gato negro". La madre iba por él.

—Pues este caballerito de ojos aceitunados me va a acompañar al mercado.

Los mimos de la madre no hicieron de él un niño introvertido; por el contrario, era muy inquieto, travieso, exigente, le gustaba cumplir sus caprichos. Sus travesuras ponían nerviosa a toda la familia: Un día su hermana Hilda le dejó caer en el pantalón un vaso de agua, mientras él estaba en la mesa del comedor, observando embelesado un libro de mapas. Cuando Agustín sintió el chorro de agua, aventó el libro a la consola y correteó a su hermana. Hilda salió a la calle carcajeándose, en tanto él planeaba la forma de vengarse: fue al cuarto de triques y sacó un machete.

—Te voy a matar, muñeca; ninguna niña horrible va a verme la cara.

(A Hilda la llamaban muñeca porque su mamá, tras haber perdido a su primera hija, tenía la obsesión de dar a luz a otra niña. Después de que nacieron Augusto y Alejandro, llegó Hilda, y su madre no paraba de decir que ya tenía su muñeca.)

—¡Alcázame si puedes, enano pelón!

Hilda regresó corriendo a la casa. Y Agustín venía tras ella, blandiendo el machete en el aire. Cuando quedaron frente a frente, en la sala, Agustín estuvo a punto de asestar el primer golpe; pero doña Hilda se puso en medio. Con una sola mirada ordenó que el niño regresara el machete a su lugar.

En otra ocasión, sus hermanas le rayaron los cuadernos. Como a él le gustaba mucho dibujar, siempre tenía a la mano sus lápices y colores. Al ver sus hojas destruidas exigió una explicación. Sus hermanas se soltaron riendo y, entonces, emprendió la carrera tras ellas. Volvieron a ganarle al encerrarse en su recámara y no permitirle el paso. Con patadas a la puerta, Agustín pretendía hacerlas salir. Doña Hilda escuchó el chacoteo desde el jardín pero no hizo caso. Yolanda pedía auxilio a su madre, diciendo que Agustín la estaba molestando y quería pegarle. La señora entendió que los niños estaban jugando y que un enojo era tan común que no era necesario ir a regañarlos; ellos mismos llegarían a un acuerdo.

Agustín se quedó pateando la puerta hasta que la punta de su zapato se clavó en la madera de pino. Jadeante, volvió a patearla hasta que logró hacer un boquete. Cuando doña Hilda llegó, ya inquieta

por los ruidos, se dio cuenta de todo: la puerta parecía un puño de paja. Sorprendida, se llevó al niño a la cocina, empujándolo de los hombros, y le dio unas monedas para que fuera a comprarse un cuaderno nuevo. Don Augusto se molestó mucho cuando descubrió el estado de la puerta, y esa vez doña Hilda no pudo solapar la travesura:

—Fue Pepecutin.

Agustín trató de esconderse, pero no lo consiguió. Aquella fue una de las pocas palizas que le dio su papá.

Don Augusto nunca fue un padre represor. Si llegaba a castigar a sus hijos, lo hacía quitándoles el dinero, o negándoles un permiso. Generalmente era un hombre recto y sereno.

José Agustín, en cambio, no conocía la serenidad. Podía ser un niño tranquilo y normal, pero en cuanto lo hacían enojar, explotaba. Una vez, su hermano Alejandro lo molestó mientras comía. Agustín, en respuesta, le aventó un tenedor a la cara y alcanzó a pegarle muy cerca del ojo. O cuando Yolanda dio un empujón a Agustín y lo hizo caer, éste fue a la azotea con una cubeta llena de agua y estuvo esperando que su hermana saliera al patio. Apenas salió, Agustín le dejó caer la cubeta porque se le hizo muy pesada como para vaciarla, y le atinó a la cabeza de Yolanda. El golpe la dejó aturdida durante un rato.

No es de extrañar entonces que las mujeres que aparecen en los libros de José Agustín sean de carácter fuerte, deshinibidas y rebeldes. No hay en su obra una sola mujer derrumbada por la amargura, ni un niño en paz. Su hermano Alejandro asegura que la infancia de José Agustín es similar a la del niño llamado Luis, protagonista del cuento *Amor del bueno (juegos de los puntos de vista)*, escrito por Agustín en 1968¹. Luis narra las aventuras de sus hermanos y todo lo que sucede en su entorno. Está consciente de que él es el caballito de batalla de la familia, sin embargo, no le preocupa en lo absoluto. Se la pasa metiéndose en todo con tal de tener cosas que narrar: fuma las colillas que sus hermanos dejan en los ceniceros, bebe los restos de las copas de vino, y espía los encuentros amorosos de los mayores:

¹ *Amor del bueno (juegos de los puntos de vista)* se publicó en el volumen de cuentos *Inventando que sueño* (Joaquín Mortiz, 1968). Está considerado por la crítica como uno de sus mejores cuentos. Apareció posteriormente en 1986, a manera de noveleta, editada por el gobierno del estado de México, y en la antología de José Agustín, *Inventando que sueño (cuentos completos 1968-1992)* (Joaquín Mortiz, 1995).

Los infelices no quisieron que de perdida me tomara una pepsi con ellos, así es que desde la banqueta me los fiscalizo. Leopoldo me dijo lárgate al carajo pero mangos: aquí me quedo, la calle es libre, ojalá se le calienten las cheves y le sepan a miados.

Don Augusto solía llevar a los niños a las instalaciones militares de aviación. Los subía a las avionetas y les daba un pequeño viaje; tenía la creencia de que la tosferina se evitaba si hacía acrobacias durante el vuelo. En especial, le gustaba llevar a José Agustín cuando no tenía que ir a la escuela; deseaba motivar su interés por la aviación. Al único que sedujo la idea fue a su hermano Alejandro, quien sí se convirtió en piloto. Recuerda Agustín:

"Mi papá me llevó a Tapachula, a Mazatlán, y a Los Angeles, cuando yo tenía menos de quince años. Me iba sentado en la cabina, muy quieto y alucinado con tantos botones, y neblina, que eran las nubes. Tenía los audifonos puestos y oía más ruido que mensajes; a los mensajes nunca les entendí una chingada."

José Agustín estudió la primaria y dos años de secundaria en el colegio Simón Bolívar, una escuela particular lasallista de mucho prestigio, ubicada en la calle de Galicia, en Mixcoac. Antiguamente se le conocía como "la del Francés del zacatito" porque estaba muy cerca de un depósito de zacate. Antes de comenzar la clase, y al finalizar, los maestros realizaban lecturas y reflexiones sobre la Biblia con sus alumnos, y dedicaban buen tiempo a diferentes actos piadosos. De esta manera, se pensaba que los niños crecerían con una formación académica destacada y una religión inamovible.

Agustín solía ser un estudiante aplicado. Sus hermanos recuerdan que un día llegó condecorado con todas las medallas que el Colegio otorgaba en el fin de cursos; sólo que a él no le gustaba rezar. Se hacía el distraído con tal de no abrir la boca para pronunciar el Ave María. Lo mismo sucedía cuando visitaba a su abuela materna, Plutarca Maganda, en Acapulco. Allí se rezaba el rosario tres veces al día, desde que la abuela perdió a sus hijos en la Revolución. Agustín y sus hermanos escapaban del ritual, casi siempre para hacer la misma travesura: abrir las jaulas de los pájaros que doña Plutarca tenía en el patio, y sacar a los animales al vuelo.

En 1956 la familia Ramírez se mudó a la colonia Narvarte, en la calle de Palenque número quince. En ese lugar transcurriría la adolescencia de José Agustín, sus hermanos le descubrirían el arte, y comenzaría a escribir.

III. "TRABAJA Y ORA"

Sus inicios literarios se dieron a través de las historietas que dibujaba. Al principio eran sólo imágenes; después hubo diálogos y escenas. En diversas ocasiones ha contado cómo fue aquel cambio:

"Con el dibujo di vida a mis personajes. Después, las palabras ganaron terreno a los dibujos y llegó un momento en que los pobres monitos fueron opacados por grandes globos de texto. Ser escritor, en mí, fue algo natural."

En casa, su padre tenía poco tiempo para leer. Le bastaba con ver algunas páginas de la revista *Selecciones* y de vez en cuando adquirir un libro de autores clásicos que estaba en promoción. Fue su tío Alejandro, el gobernador de Guerrero, quien lo indujo mayormente a la lectura. Él ya tenía publicados varios libros de poesía y narrativa. Fue un hombre importante en la vida de Agustín, no sólo porque le proporcionó libros, sino porque era como un segundo padre. Con frecuencia recibían su visita, al igual que la de sus colegas políticos. Alejandro demandaba silencio cuando se ponía a hablar. Parecería una figura autoritaria; sin embargo, no lo era. Su actitud era más bien de cómplice: llamaba a José Agustín y lo llevaba a tomar una copa a casa de sus amigas, unas vedettes deslumbrantes, o le pasaba cigarrillos por debajo de la mesa para que Hilda no lo descubriera.

Como a Agustín le gustaban los mapas y, en especial, el de la colección *Rand MacNally*, que le trajo su papá de Estados Unidos, su tío lo retaba a que aprendiera las capitales del mundo. En una reunión con sus amigos políticos les pidió que preguntaran a Agustín cualquier capital. Al ver que Agustín no erraba, y habiéndole prometido dinero por cada acierto, Alejandro buscó países recónditos. Pero aquél nunca se equivocó. A Augusto, el hermano mayor, también lo hacía participar, pero de manera distinta: tenía dieciocho años y era robusto, de bíceps marcados, así que Alejandro sugirió que se quitara la camisa y presumiera la musculatura. Para él también hubo premios.

Agustín llevaba un diario donde escribía lo que sucedía en casa y le parecía importante. En su autobiografía publicada en 1966, afirma que su primer cuento lo escribió cuando tenía once años, y trataba de un detective aventurero que luchaba contra fieras, ríos caudalosos, y descubría crímenes. Otra de las cosas que escribió a esa edad fue un pequeño periódico para su grupo escolar. Agustín tomó como modelo el diario que había iniciado su hermano Alejandro, y Gerardo de la Torre (quien a la postre

también sería escritor): Ellos se reunían en una nevería para elaborar el periódico de la colonia Narvarte, que se llamaba *Ecos de Palenque*. Firmaban como "Los lobos", porque con ese nombre se conocía a su palomilla. (Todo vecino nuevo que quisiera ser miembro de Los Lobos, debía permitir que le marcaran ese nombre en el pecho, utilizando como pluma una larga espina. José Agustín no pudo ser del grupo porque no tenía edad.)

Durante el quinto y sexto año de primaria Agustín escribió la hoja *Ecos del 50. C*. Por las tardes se sentaba en la mesa del comedor y trabajaba en la máquina de escribir: "La miss de segundo C es una monja esférica con cara de ostión, que consigue sus orgasmos golpeándonos con una regla de ocho kilos"... En una ocasión, estaba haciendo el periódico, y tuvo que dejarlo un momento para salir a la calle. Cuando regresó, su papá le había mecanografiado: "Todo esto está muy bien pero a este niño no le gusta bañarse".

A los 13 años, José Agustín ya era un muchacho ingobernable. Le gustaba el estudio, pero la escuela no le importaba gran cosa. Si acaso, lo que más disfrutaba, era aprender idiomas, como el francés y el inglés. Un compañero suyo, nacido en Estados Unidos, le ayudaba a practicar lenguas extranjeras. Pero además de frases en otros idiomas, le gustaba reproducir las groserías que escuchaba en la calle, o en boca de sus amigos. A sus hermanos les molestaba que hablara de ese modo. Un día estaban comiendo cuando Agustín terminó su bocado y soltó un racimo de groserías. Augusto, su hermano, se enojó.

—Cállate, Pepe.

Agustín disfrutó el pasmo en que había dejado a todos y volvió a decirles.

—Que te calles. No seas grosero o te voy a pegar.

Malicioso, Agustín repitió la dosis con voz más fuerte.

—¡Cállate ya! —Augusto le propinó un golpe.

—Chingó a su madre el verija culero cara de pedo ojete cagado...

Su hermano hizo todo por callarlo: le pelizó el brazo, lo jaló de la camisa, le manoteó la cabeza, y José Agustín nunca cerró la boca. Aunque ya estaba llorando por los golpes.

Los hermanos de José Agustín siempre fueron ávidos lectores. Antes que el tío Alejandro, proporcionaron a Agustín sus primeras lecturas. Éstas lo influenciaron para escribir poesía y breves piezas de teatro. Gustaba mucho de los clásicos, como la poesía de Lorca y *La Eneida*, de Homero; de esta obra llamó su atención la retórica: "Oh, tú Atrida, en el cenit de las estrellas..." También leyó a temprana edad libros como *Lolita*, de Vladimir Nabokov, una novela que lo impactó por su contenido:

la historia de un hombre que gustaba de las relaciones sexuales con niñas, y un día, se enamoró de Lolita. Cuando por fin consiguió la compañía de la niña, descubrió que Lolita tenía una larga trayectoria sexual e hizo con el hombre lo que se le vino en gana.² Otros autores que contribuyeron enormemente a su formación literaria fueron Maupassant, Stendhal, Sartre, Albert Camus, y Hemingway.

Además de la literatura, los hermanos Ramírez Gómez pudieron desarrollar otras actividades artísticas, como la pintura y el teatro, pero sólo en la adolescencia. José Agustín y Augusto, su hermano mayor, fueron los únicos que finalmente se dedicaron al arte. Augusto mostró su vocación para la pintura desde muy temprana edad. Su papá le había regalado un caballete a los trece años cuando descubrió que sus dibujos tenían trazos muy firmes. Uno de sus primeros cuadros fue un retrato de don Augusto montando a caballo, ya que era, además de piloto, un buen jinete. Desde la primaria, Augusto, el pintor, destacaba en las exposiciones; se podían ver, en el salón de actos del colegio Simón Bolívar, las imágenes de san Juan Bautista, Bocanegra, y Nunó, hechos por él. Agustín admiraba tanto a su hermano mayor que decía que el también iba a convertirse en pintor cuando creciera.³

La idea de pintar se le fue incubando con más fuerza a partir de que su hermano Augusto, que ya estudiaba en la Academia de pintura de san Carlos, lo llevó con sus compañeros para que conocieran sus historietas dibujadas en un cuaderno. Los muchachos auguraron que Agustín sería buen pintor pues había cierta precisión en las imágenes. Además, en 1956, hubo un concurso de pintura infantil en televisión y Agustín envió un paisaje, con el que obtuvo un premio. Pasado el tiempo, Agustín fue capaz de aceptar que la destreza pictórica era un don de su hermano, y lo suyo era la literatura.

Otro campo del arte que le descubrieron sus hermanos, y quizá el más importante, fue el teatro. En la avenida Río de la Piedad (hoy Viaducto Miguel Alemán) y Obrero Mundial, se había abierto la Casa de la Asegurada no. 4, del Instituto Mexicano del Seguro Social, donde se impartían clases de teatro, literatura y demás actividades culturales. Quedaba muy cerca de la casa de José Agustín. Su hermana Hilda, que tenía fama hogareña de ser muy expresiva y colérica, fue la primera en inscribirse a las clases de teatro, en aquellos años impartidas por el maestro Carlos Ancira, uno de los mejores actores del país, ya finado.

² *Lolita*, de Vladimir Nabokov, fue publicada en Estados Unidos en 1955, y se prohibió su traducción al español en nuestro país, porque el erotismo en una infante sonaba a pornografía infantil. Hasta 1970 fue publicada en México por la editorial Grijalbo, con la traducción de Enrique Tejedor. La edición que conoció José Agustín fue la original, escrita en inglés.

³ El pintor Augusto Ramírez es el autor de casi todas las portadas de los libros de José Agustín.

En un principio, Ancira requería solamente de actrices para sus obras. Unas semanas más tarde solicitó actores. Hilda invitó a sus hermanos Augusto y Alejandro, y a Gerardo de la Torre. Como a Agustín le gustaba estar en todo aquello que fueran cosas de mayores, siguió a sus hermanos, aunque no tuvo ninguna participación porque no había papeles para niños.

A los pocos meses, Carlos Ancira montó la obra *Petición de mano*, de Chéjov, en el teatro Santa Fe, teniendo como actores a Gerardo, Hilda y Alejandro. Augusto decidió abandonar la actuación y colaborar en la escenografía.

La obra impactó a José Agustín por la dimensión del escenario iluminado, el drama vivo de los actores —que eran sus hermanos—, y las butacas aterciopeladas. Tan pronto como estuvo en el Colegio, se organizó con sus compañeros para representar la misma obra, con los elementos que recordaba. Dado que el Colegio nunca ha sido mixto, disfrazó de mujer a uno de los actores. A la puesta en escena asistieron algunos maestros y alumnos de otros grupos. Los únicos que disfrutaron la obra fueron los actores y su director, José Agustín, porque los maestros salieron de la sala más bien indiferentes.

El Colegio desarrollaba eventualmente actividades culturales; al organizar un concurso de teatro, Agustín escribió su primer pieza titulada *El robo*, y volvió a reunir a su grupo de actores. No obtuvo ningún premio. Al año siguiente participó con la pieza *La jira*, también escrita por él. La producción y escenografía fueron modestas, casi rústicas. Los demás competidores fueron maestros y padres de familia que invirtieron dinero en la obra; por lo tanto, la pieza de Agustín fue relegada al nivel de obra marginal.

En 1958 pudo por fin participar en una obra profesional. El grupo de teatro de la Casa de la Asegurada requería de un niño y el papel fue concedido a José Agustín. La obra fue montada en el teatro Santa Fe, y obtuvo el segundo lugar del concurso regional del INBA, bajo la dirección de los dramaturgos Rosa María Ruiz y Rodolfo Valencia. El papel de Agustín fue realmente pequeño: sólo debía aparecer una vez y decir que iba a comprar unos cigarrillos. Estaba tan emocionado de hallarse en el escenario, que por poco olvida sus parlamentos:

—Te tengo que... ¡salir a comprar cigarrillos!

Otra de sus apariciones en teatro se dio un año más tarde, en la obra *El casamiento*, de Gogol, que fue montada profesionalmente durante tres días en la misma sala.

En esa época Agustín solía jugar beisbol. Por una breve temporada estuvo en la escuela Maya Pony League, que dirigía equipos desde la liga menor hasta la profesional. Agustín formó parte del equipo Ariones.

Por su parte, Alejandro e Hilda Ramírez siguieron su carrera de actores durante unos años más. Agustín se desprendió de esa actividad para seguir escribiendo, quizá porque sintió que no tenía madera de actor; él mismo se describe en su autobiografía como "un niño perfectamente ridículo". Veinte años más tarde demostraría su verdadera capacidad teatral al recibir el Premio Nacional de Teatro con una obra que escribió y dirigió.

José Agustín tenía la manía y el gusto de escuchar la radio. Tan pronto oía que iban a dar la lista de éxitos (el hit parade), callaba con gritos a todos los que estuvieran a su alrededor. En ese entonces había música de orquesta, mambo, chachachá, swing, tríos y radionovelas; pero la audiencia joven había sido arrebatada por el zarpazo del rocanrol. Los intérpretes favoritos de Agustín eran Bill Halley y sus cometas, Chuck Berry, Fats Domino y Elvis Presley. Estaba enterado de todo lo que sucedía en materia de rocanrol puesto que su papá le traía muchos discos y revistas de música de los Estados Unidos. De no haber sido por esa información, Agustín no hubiera podido ser uno de los primeros críticos de rock que tuvo el país en la década de los sesenta, ya que a México llegaban pocos discos porque las fronteras no estaban abiertas a todo tipo de importaciones. Además, los discos que entraban eran extremadamente caros. Agustín escribió sobre su afición por el rock en su libro *Contra la corriente*:

Yo era muy efectivo en las pachangas, bailaba a lo desenfrenado y me pasaban las rolas más intensas, aceleradas y estridentes. Entraba en trance rocanrolero con mayor facilidad mientras más frenética fuera la rola. Pugnaba por la posibilidad de pegar de brincos y maromas y arventar a las neñas de un lado a otro. Como a muchos otros a mí también me gritaron: ¡Ya quita esa música del demonio!

El rocanrol lo marcó desde joven y su influencia se encuentra en cada uno de sus libros: las citas de canciones y el propio cuerpo de sus novelas, irreverentes y enervantes como puede ser una canción de rock. En el mismo libro de ensayos, se lee:

El rock me ha proporcionado orgasmos indescritibles, venidas en seco, retorcimientos, piel enchinada, cabeza penduleante, ojos en blanco, el chile frito bien paralizado, y la certeza de hallarme en regiones donde el tiempo no existe. Olas de luz, presta pa'lorquesta.

Años después declararía a la revista *Piedra Rodante* que su fanatismo tenía un origen: "Voy a seguir haciendo crítica de rock ya que nunca pude llegar a ser un rocanrolero, que es una de mis máximas frustraciones."

De niño leía religiosamente la revista *Billboard* y se pegaba durante horas al radio y a la consola. Con sus compañeros de clase empezó a fumar y a irse de pinta al Parque Hundido. El colegio Simón Bolívar ya no lo aceptó para el tercer año de secundaria, luego de haber reprobado las materias de Moral, Matemáticas y Dibujo.

Aunque comenzaba a rebelarse, era todavía, en el fondo, un muchacho respetuoso de la tradición, ya que en sus libros más íntimos escribía "Trabaja y Ora", como lema vital. Tenía la convicción de que esa era la fórmula para vivir plenamente. No faltaba mucho tiempo para que arrugara las páginas y las cambiara por "El respeto a la chaqueta ajena es la paz".

IV. REBELDE SIN CAUSA

Si José Agustín hubiera tenido el aspecto de un galán hubiese sido tan noviero como sus hermanos. En eso no pudo imitarlos, aunque se enamoraba de cualquier chica con facilidad. A los trece años tuvo su primera aventura con una niña rubia muy bonita que le gustaba besarla a escondidas. Después de ella, no tendría otra novia más hasta los dieciséis años.

La generación que compartió Agustín estuvo marcada por la llamada brecha generacional, aquellos cambios en el terreno de lo social y lo cultural, que permitían a los jóvenes tener una vida mucho más relajada y más dispuesta al disfrute; costumbres añejas se venían abajo, como la que impedía a los jóvenes salir a la calle de noche pues era síntoma de ligereza. A las chicas dejó de importarles el qué dirán.

Varios cronistas e investigadores señalan que los cambios en la juventud de los años cincuenta se vieron impulsados y encauzados por el estreno de dos películas: "El salvaje", con Marlon Brando, y "Rebelde sin causa", con James Dean, en donde los adolescentes proponían una nueva forma de vida: rebelarse contra todo aquel que quisiera imponer un tipo de vestimenta y una conducta moral; sentían la obligación de enfrentarse a lo que representara una forma de autoridad, ya fuera la familia o el Estado. Todos querían ser James Dean: un muchacho rebelde, apuesto, de mirada rencorosa y desconfiada, melancólica. También querían ser Elvis Presley, sacudirse sensualmente al ritmo de la música y levantarse el cuello de la chamarra, para que las muchachas de tobmedias cayeran desmayadas a sus pies. José Agustín no fue la excepción: usaba chamarra negra con una calavera en la espalda, el cuello levantado, y pantalones de mezclilla francamente ajustados. Cuando su papá vio la calavera, dijo a sus otros hijos: "Déjenlo que se vista como quiera, al cabo él es el que se ve ridículo".

A los adultos les disgustaban los rebeldes sin causa. Les tenían miedo, los odiaban, o se burlaban de ellos; decían que eran vagos, locos, viciosos y hampones. El mismo tío de José Agustín, Alejandro Gómez Maganda, había escrito en su libro *Acapulco en mi vida y en el tiempo*, que esos grupos

"¡son rebeliones sin causa, sin motivos!, se fugan de sí mismos y convierten larvas en rebullones que anuncian tragedias. Son negaciones vivientes por instinto y congénitas posibilidades para el mal, porque ni siquiera puede argüirse que lean a Sartre o que se hayan identificado con el derrotismo de Camus, vaya, ni siquiera de Sagán".

Es muy probable que el rechazo de los rebeldes en casa de Agustín, y su corta edad, haya impedido que él se integrara a las pandillas aunque lo deseara. Para ir a la escuela, debía cambiarse de ropa pues estaba prohibido el pantalón de mezclilla; exigían que se usara suéter de lana y corbata. Con esa imagen aparece José Agustín en sus primeros libros.

No obstante el estilo tradicional de rectitud y propiedad que tenían los padres de José Agustín, los pleitos callejeros solían terminar en su casa, porque su hijos tenían fama de belicosos. Se la pasaban buscando motivos para iniciar un pleito. Incluso, cuando no hallaban un pretexto, llamaban a sus hermanas Hilda y Yolanda, y les pedían que caminaran por delante para provocar que los muchachos de la calle les dijeran cosas. Gerardo de la Torre recuerda un aparatoso enfrentamiento, en el cual, Agustín fue fiel espectador:

“Los hermanos mayores de Agustín y yo habíamos estado en la esquina bebiendo con otros amigos. Uno de nuestros compañeros pretendía a la hermana de un muchacho de otra pandilla, y esa noche se juntaron todos los enemigos y fueron tras nosotros. Al principio le entramos a los trancazos, pero luego llegaron más tipos con palos, cadenas y pistolas, entonces corrimos todos a escondernos a la casa de José Agustín. Su papá salió con una pistola y enfrentó a la pandilla. Uno de los muchachos, que llevaba un coche, se le aventó a don Augusto y lo quiso atropellar; pero él ni se movió: empuñó su pistola y le tiró de balazos. El simple hecho de enfrentarlos sin miedo los hizo huir. Por fortuna, nadie salió lesionado.”

Bastaron un par de ejemplos más para que Agustín fuera tan hábil para los golpes como sus hermanos, sólo que él no buscaba el pleito, sino se defendía cuando era necesario; no soltaba al agresor hasta que se cansara. Lo que absorbía su tiempo era su poesía y las piezas de teatro que escribía con la ilusión de ponerlas en escena a la primera oportunidad. Un día estaba trabajando con la máquina de escribir, apoyado en la mesa del comedor, cuando llegó Gerardo. Agustín sólo sabía mecanografiar con los dedos índices; Gerardo sugirió:

—¿Por qué no pones en las teclas unos maicitos y te traes una gallina para que las pique?

Agustín se molestó y llevó la máquina y sus papeles a la recámara, en busca de privacidad. A partir de ese momento la familia dejó de conocer todo lo que escribía; solamente lo escuchaban teclear de madrugada, día tras día.

El tercer año de secundaria lo hizo en una escuela particular no confesional que se llamaba Ra'Da'Ar. Afirma Agustín que en ella se autonombró presidente de la asociación de alumnos, fundó un periódico, organizó un grupo de teatro y montó dos de sus piezas. Por las tardes iba mucho al cine, donde entonces se podía fumar; pero, fiel a su inclinación por el rocanrol, en algún momento tuvo la inquietud de formar un grupo musical que se llamó "Los Borondongos", sólo que la cantada nunca fue su fuerte.

En 1960 se presentó la ocasión para ingresar a un taller literario, que le serviría para someter sus textos a la crítica de otros jóvenes escritores. Se trataba del Círculo Literario Mariano Azuela, que sesionaba en distintos lugares para reunir una mayor cantidad de participantes. Algunas veces se hacía en la Casa de la Asegurada del IMSS, otras en una oficina de la Torre Latinoamericana, o en los cafés de la colonia Narvarte. Los primeros en ingresar al grupo fueron Gerardo de la Torre y Augusto Ramírez. Ellos invitaron a José Agustín.

Apenas entró, Agustín ya apodaba al taller como "el Marrano Cazuela". La dinámica del Círculo era seleccionar lecturas de autores consagrados, comentarlas y dar cabida a la creación de sus integrantes para hacer entre todos una crítica. Al principio, no le fue muy bien en sus lecturas porque decían que le faltaba trabajo y, en general, no les gustaban las historias. Cuenta Gerardo que la actitud del grupo era más bien de condescendencia con José Agustín, porque lo veían muy joven para ser escritor. Tenía dieciséis años.

Cuando el Círculo elaboró el periódico *Nuevas Letras*, que solamente duró dos números, Agustín publicó una pieza teatral llamada *Lo negro*. Fue la primera vez que vio algo suyo en papel ajeno. Ese momento fue muy importante para él porque ya se asumía como escritor; de inmediato adquirió libros de teoría literaria para poder manejar los conceptos de los que hablaban sus compañeros: tono, lenguaje, atmósfera, personajes...

La casa de la familia Ramírez era el centro de reunión de muchos amigos. Iban compañeros de los hermanos mayores, de Hilda y de Agustín. Su madre procuraba tener algo para ofrecerles a todos, ya fuera comida o un refresco. Alejandro, que tenía entonces veinte años, solía llevar novias distintas cada vez; esto impresionaba a José Agustín, porque las mujeres eran muy guapas, víctimas inmediatas del carisma y la simpatía de su hermano. Para entonces, Agustín estaba entusiasmado con la compañía de Margarita Dalton, la primera Margarita de su vida, ya que su segunda esposa tiene el mismo nombre. José Agustín conoció a la señorita Dalton en las clases de teatro y de literatura. Ella trabajaba como

maestra de idiomas en el colegio Franco Inglés y era muy joven, apenas dos años mayor que Agustín. (En la actualidad, Margarita Dalton es escritora y funcionaria cultural.)

Margarita era una mujer muy guapa y desvuelta. Al ver que José Agustín dominaba prácticamente el inglés, lo recomendó en el colegio donde ella trabajaba para que impartiera clases a los alumnos de quinto año de primaria durante un par de meses. Al poco tiempo, Margarita aceptó ser su novia, porque Agustín le parecía muy agradable y cariñoso; además coincidían en la predilección de poetas como Rimbaud.

En una ocasión, un amigo les dio un aventón a su casa y pasaron por el rumbo de Los Pinos. Agustín propuso que le ladraran a los motociclistas que estaban alrededor de la Presidencia, para hacerlos enojar. Así lo hicieron. Pero los motociclistas los detuvieron calles adelante y los llevaron a la delegación de Tacubaya por la falta de respeto. Los hermanos de José Agustín fueron a recogerlos y pagaron una multa. Aunque habían sentido el temor del encierro y el lio con la autoridad, les pareció una aventura divertida. Agustín había pisado por primera vez una delegación de policía y una celda provisional; diez años después padecería por largos meses la cárcel de Lecumberri.

Dos piezas de teatro escritas por Agustín fueron transmitidas en el canal 11 de televisión, casi por casualidad: En una casa de Polanco se montaban obras en coordinación con la Casa de la Asegurada del IMSS. Agustín le había entregado sus textos a Anya Schröder, escritora de teatro, y ella organizó la puesta en escena en Polanco. La estación de televisión recogía imágenes de lo que eran los movimientos culturales independientes, puestas en escena que ahora se conocen como teatro experimental.

En esa época, principios de los años sesenta, estaba en boga el socialismo y el comunismo; así que la Revolución cubana había despertado a América Latina con sus posibilidades de lucha y cambio. Muchos jóvenes e intelectuales mexicanos se integraron a la militancia política, no solo porque los había hecho cimbrar el hecho de que los líderes de la Revolución fueran jóvenes como ellos: el Ché Guevara, Fidel Castro, Camilo Cienfuegos, sino que su conciencia política les era común, y ésta se iba fortaleciendo con lecturas e información marxista leninista. En los cines, antes de la proyección de la película, se presentaba un breve noticiario. Los libros estaban de moda, el rocanrol los había identificado; los jóvenes eran, en definitiva, los protagonistas del cambio.

Los hermanos de Agustín: Alejandro y Augusto, así como Gerardo de la Torre, se integraron a las filas del Partido Comunista. El Partido tenía a su vez la organización Movimiento América Latina, que trabajaba a favor de la Revolución cubana. José Agustín los acompañó a las sesiones del Partido, aunque abandonaría la militancia comunista muy pronto, por dedicarse a los movimientos culturales.

Naturalmente, el apoyo al comunismo no era bien visto por el gobierno, los conservadores y la extrema derecha; así aparecieron campañas que desprestigiaban al movimiento, y reprimían las manifestaciones de apoyo a Cuba. Elena Poniatowska menciona en su libro *¡Ay vida, no me mereces!*, que en las ventanas de las casas se leía un mensaje, en los años cincuenta: "En esta casa somos católicos y no admitimos propaganda protestante"; pero, en los sesenta, la cartulina cambió a "Cristianismo sí, comunismo no".

En ese contexto se arraigó con más fuerza la corriente literaria y filosofía francesa que se esparcía en el mundo: la de los existencialistas. Esta tendencia marcó en gran medida la literatura de José Agustín. El movimiento intelectual estaba encabezado por Jean Paul Sartre, Camus, Kierkegaard y Heidegger, principalmente. Herederos del mundo de la posguerra, aseguraban que los sistemas políticos eran un fracaso, que la literatura había sido soñadora por mucho tiempo y había que traerla a la realidad, a lo cotidiano; de ellos proviene la frase "La vida no tiene sentido, pero vale la pena vivirse". Los jóvenes, influenciados por esas lecturas, lograron cambiar lo que hasta entonces era un solemne acto cultural, según explica el escritor y periodista, Alejandro Ariceaga:

"Si antes, un acto era llegar a un lugar donde había tipos trajeados y señoras emperifolladas, con su piel de zorro en el pescuezo, que se sentaban al piano a tocar 'Claro de luna', los beatniks, chavos existencialistas, se ponían sus pantalones de mezclilla y huaraches, y se reunían en cualquier sitio a leer, a comentar libros y escuchar música. Eso fue para nuestra generación un verdadero acto cultural, la democratización de la cultura."

Poco antes de salir de la secundaria, a José Agustín lo apodaban "el existencialista" por su actitud de insatisfecho y sus pinceladas ideológicas de comunista. En esta etapa escribió su primera novela que, en un principio, había sido un cuento largo, fragmentado en tres episodios, probablemente por la influencia del teatro. El cuento se llamaba *Tedio*. Uno de los primeros lectores del borrador fue su primo Julián, quien opinó en aquel momento:

—Está bien buena tu novela, porque al leerla, ¡se me paró!

El 25 de abril de 1961, Agustín puso a su novela el nombre de *La tumba*. De inmediato llevó la versión al Círculo Literario y allí se llevó duras críticas; dijeron que el texto era indecente y amoral, porque hablaba de chicas que abortaban y tenían relaciones sexuales sin mayor remordimiento. Para él, la virginidad tenía otro sentido y lo escribió en *La tumba*: "El tipo mediocre necesita una mujer virgen,

sumisa, que se ruborice al desnudarse en la oscuridad". Los compañeros del Círculo opinaron también que no podía decir groserías en un libro porque el lenguaje debía tener adornos. La crítica, aunque dura, no le generó ninguna frustración porque le había parecido más auténtico el juicio de su primo.

En casa, sus hermanos conocieron la historia pero no compartían mucho ese desenfado con el que narraba. Les parecía bueno en la medida que era el "jobi" de su hermano menor, y no un estilo novedoso que, en el futuro, sería considerado como parteaguas en la literatura mexicana, que inaugurara una forma distinta de narrar y recrear el lenguaje coloquial.

A sus padres les ocultó el texto: podían ser muy abiertos, pero no dejaba de producirles un cosquilleo incómodo al escuchar una grosería, un albur, o que el menor de sus hijos hablara de sexo. Doña Hilda, en especial, era de formación conservadora. Una vez, vieron todos juntos la película "Dolce Vita", de Fellini, que trataba de un grupo de muchachos que iban a la playa y hacían una fiesta tremenda, que terminaba en caos (la intención de Fellini había sido mostrar la decadencia de los años cincuenta). Para doña Hilda, la película fue un horror; dijo que era subversiva, inmoral, diluyente. Y Agustín respondió que era genial, que la vida y la libertad eran justamente el gozo, la eterna fiesta. Pero la señora no se quedaba callada y defendía con mucha pasión sus argumentos, de tal modo que las discusiones que surgían, eran monumentales.

El tío Alejandro aplaudía sus textos y no dejaba de darle libros para que estuviera bien preparado. Don Augusto, el padre de Agustín, mantenía una actitud abierta hacia sus relatos, aunque en el fondo lo entendía poco. No veía por ningún lado tierra firme para su hijo escritor. Llegó el día en que preguntó:

—Bueno, ¿y a qué te vas a dedicar, o qué piensas estudiar?

—Quiero llegar a escritor.

—Ah... está bien, pero, ¿de qué vive un escritor?

—Me parece que de conferencias y de lo que les pagan por sus libros.

—Ajá, ¿y ya estás estudiando para entrar a la preparatoria?

—Nop.

V. EL CHAVO DE LA ISLA

En 1961 Agustín entró a la preparatoria número 7 de la UNAM. También estudió francés durante un corto periodo en el IFAL. Él hubiera deseado ingresar a la preparatoria cinco, que contaba con una sala de teatro; sin embargo, su amigo René Avilés Fabila, a quien había conocido unos meses antes, le recomendó que entrara a la número 7, pues René pertenecía a la generación fundadora de la escuela y desempeñaba un trabajo de líder político. Con ello le abriría a Agustín la posibilidad de tener un cargo en la Sociedad de alumnos. De esa etapa cuenta René:

“Agustín me cayó muy bien, porque cuando nos presentaron noté que el fumaba cigarrillos Camel y yo unos cigarrillos ingleses; eso me dejó claro que los dos éramos unos sangrones. Recuerdo que Agustín siempre traía libros y un cuaderno donde escribía muchas piezas de teatro, diarios y cuentos. No soltaba su cuaderno para nada.”

En las preparatorias se acostumbraba hacer la novatada a los de nuevo ingreso. A veces los rapaban, o los bañaban en aceite y plumas. Agustín tuvo la suerte de ser excluido de la tradición, gracias a René, que era secretario general de la Sociedad de alumnos. Con varios compañeros del primer semestre, René organizó una planilla y conquistó la presidencia de la Sociedad. José Agustín se convirtió en secretario de acción cultural, su trabajo consistía en elaborar proyectos de conferencias, mesas redondas y lecturas.

Muchas sesiones se realizaron en el café Moneda, del Centro Histórico. El tema medular de las discusiones era la Revolución cubana y la decadencia del gobierno priista. Agustín ya había abandonado el Partido Comunista, aunque solía estar presente en las sesiones, porque muchas veces se hicieron en su propia casa. Fue mucho más participativo en los grupos de la preparatoria, que en los de estudio comunista. Agustín era un muchacho informado, ya disponía de un bagaje literario más o menos amplio, y comenzaba a crecer como orador. En casa tenía el ejemplo de su tío Alejandro, un hombre discursivo que, no obstante que bebía mucho, era capaz de saltar de un tema a otro sin perder el hilo.

René también ingresó al taller literario Mariano Azuela por invitación de Agustín. Junto con Gerardo formaría un grupo de escritores que iría creciendo paralelamente; prueba de ello es el libro *De*

los tres ninguno, que se editaría poco tiempo después y, en el cual, se reúnen cuentos de Gerardo, René y José Agustín.

A los tres les apasionaba el debate, la beligerancia, el alcohol y los plectros. Iban mucho a fiestas de los vecinos y de sus compañeros de escuela. Como si fuera parte de un ritual, bebían todo lo que se pudiera y, a la menor provocación, terminaban peleándose con alguien. No sólo escapaban a causa de los enfrentamientos, sino también por las jugadas que hacía José Agustín en casas ajenas.

“En una ocasión —relata De la Torre— estábamos en una fiesta, y un señor, ya muy tomado, se puso a cantar ópera. Estaba tan borracho que se subió a la mesa para seguir cantando. De pronto, cayó de espaldas, y en lugar de levantarse siguió cantando. En ese momento, Agustín, por pura puntada, acercó su encendedor a las cortinas de la sala y les prendió fuego. Al elevarse las llamas, se hizo el desentendido; por supuesto, el señor, por fin se calló... Otro día, íbamos llegando a la pachanga cuando Agustín propuso que agarráramos una de las macetas que había en el jardín y la lleváramos a la sala; una vez ahí, la dejó caer. Para sorpresa de todos la maceta se hizo pedazos. Era como decir: Soy José Agustín y ya llegué.”

La novia de José Agustín seguía siendo Margarita Dalton. Varias veces habían dado por terminada su relación; sin embargo, volvían a empezar. En ese tiempo, Margarita tenía muchos problemas con su padrastro y deseaba irse de su casa. Ella había destacado en la militancia política: del Movimiento América Latina pasó a la Juventud Comunista, donde fue nombrada delegada en el Encuentro de mujeres 1961, de la Casa de las Américas, con sede en Cuba. Margarita decidió que iría al Encuentro y que ya no regresaría a su casa. Tenía diecinueve años, es decir, era mayor de edad; sin embargo, para quedarse en otro país debía tener veintiún años, o ser una mujer casada. Tanto ella como José Agustín estaban conscientes de que sólo los unía un lazo de amistad y un frágil cariño; por lo tanto, Margarita anduvo buscando algún amigo que aceptara casarse con ella con tal de salir del país. Al no conseguirlo, porque a varios muchachos les pareció una idea descabellada, propuso matrimonio a José Agustín. Bien sabía que él tenía sed de aventura. Y, en efecto, Agustín aceptó casarse, viajar a Cuba e integrarse a las Brigadas de Alfabetización.

Muchos jóvenes mexicanos fueron a la Isla en esos años. Fidel Castro había prometido erradicar el analfabetismo, para lo cual armó una campaña nacional en donde pedía a jóvenes de clase media que alfabetizaran a campesinos. Estudiantes, intelectuales, escritores como Juan Vicente Melo y José de la

Colina, también estuvieron en las filas de apoyo a Cuba. "Somos las Brigadas Conrado Benitez, somos la vanguardia de la Revolución, con el libro en alto cumplimos una meta: llevar a Cuba la alfabetización", era el himno de las Brigadas.

Agustín no podía contraer matrimonio porque tenía diecisiete años y era menor de edad. A escondidas de sus padres, Margarita y él recorrieron juzgados y ofrecieron dinero para que los casaran. En la delegación de Tlalnepantla, en el estado de México, el juez accedió a casarlos el 19 de junio de 1961, de acuerdo al argumento que daban los solicitantes: ambos eran de Guadalajara y sus padres los habían corrido de casa porque la novia estaba embarazada. Era preciso que los casara. No solo les aceptó el argumento para realizar sus planes, sino la falsificación del acta de nacimiento en la que se agregaron cuatro años de edad, que, por supuesto, el juez jamás creyó.

Ni a los amigos de José Agustín, ni a sus hermanos, les gustó que se casara. El mismo Agustín reconocía que pisaba terreno frágil, como lo demuestra una pregunta que le hizo a René Avilés, en una parranda:

—¿Cuánto me das? —dijo Agustín, refiriéndose al tiempo que René apostaría por la duración de su matrimonio.

—Seis meses —contestó René, y tuvo razón. La separación vendría muy pronto.

Alejandro, el hermano de Agustín, se enojó tanto al saber que ya se había casado, que un día antes del viaje a Veracruz, de donde partirían hacia Cuba, informó a sus padres para que trataran de impedir que se fuera. Consideraba que era una tontería y más valdría pararlo en seco. Aquella noche ardió Troya. Doña Hilda se soltó llorando durante horas, porque no podía creer que el menor de sus hijos varones se hubiera casado y, de buenas a primeras, partiera a otro país. Don Augusto tampoco estaba de acuerdo, así que la reprimenda fue mayúscula. Agustín se encerró en su cuarto y escribió una carta donde pedía a su familia que lo dejara ir; deseaba hacer su vida y crecer. Don Augusto entró y leyó la carta. Bajó la cabeza y dijo: "Está bien". A las seis de la mañana del siguiente día, Agustín y Margarita partieron a Veracruz.

Doña Hilda jamás se resignó a su partida. Lloraba todos los días, le preocupaba que Agustín no tuviera quién lo cuidara y lo alimentara. Sus hermanos Augusto y Alejandro, estaban muy molestos porque su madre sufría; eran muy apegados a ella. Alejandro, por ejemplo, había iniciado una exitosa carrera de actor al estudiar con Carlos Ancira, y continuó en la Academia de Actores de Andrés Soler. Luego de tres años en la Academia, cursó dos más en Bellas Artes. También quería ser piloto, como su padre; pero doña Hilda le había pedido que no entrara a la aviación porque la tendría angustiada toda la

vida. Alejandro, entonces, siguió su carrera de actor. Después su madre pidió que regresara a la aviación porque en el teatro había "muchos mariguanos y maricones". Alejandro, finalmente, se convirtió en piloto.

A quienes no les preocupó mucho la partida de Agustín, y, en cambio, lo vieron inicialmente como un descanso, fue a sus hermanas Hilda y Yolanda. El día que se fue, dijeron:

—Qué bueno que se fue este tipo, ¿no?

Pero a la larga lo empezaron a extrañar. Y es que Agustín permanecería en Cuba poco más de un año.

Iniciado el viaje, los recién casados tuvieron que sortear diversas dificultades. Por una u otra cosa no habían alcanzado el barco que iba para Cuba, así que tuvieron que esperar en Veracruz un mes para abordarlo. En ese lapso, Agustín trabajó como agente de ventas en una pequeña empresa que se dedicaba a la fabricación de cortinas, y rentó un cuarto que estaba arriba de una lonchería. De ahí proviene el techo azul que mira Gabriel, protagonista de *La tumba*, en sus momentos de soledad y crisis existencial. El cuarto donde Agustín descubrió la convivencia conyugal por primera vez, tenía un techo azul.

En ese compás de espera recibió la visita de su madre. Ella tenía mucho miedo de no volverlo a ver. En realidad, Agustín nunca estuvo solo: algunos amigos le mandaron dinero, y su tío Alejandro también lo apoyó. Pese a que Alejandro no estaba a favor de la Revolución cubana, nunca le cuestionó que fuera a Cuba; por el contrario, recurrió a su amigo Gilberto Bosques, embajador de México en La Habana, para pedirle que ayudara a Agustín en lo que necesitara.

El viaje a Cuba duró tres días. El barco se llamaba Bahía de Siguanea. En el trayecto, Agustín escribió cuentos, poemas, una noveleta llamada *Nicole Dassau*, y obras de teatro entre las que se encontraba *La miel derramada*, título de un libro de cuentos que publicaría treinta años más tarde.

Nicole Dassau nunca se publicó porque la historia está basada en una película, es decir, la trama no es original de José Agustín. Se trata de la cinta "La picara ingenua", de Snyder, donde una chica que trabaja en una librería descubre que los escritores que admira son poco conocidos, así que escribe una novela donde la protagonista es la gran existencialista de la época. En la historia, la novela tiene tanto éxito, que la escritora se convierte en líder de la corriente beatnik. Con los mismos elementos, Agustín colocó a *Nicole* en otras situaciones. Para poder ubicarla en Austria, tuvo que leer sobre aquel país, lo cual había hecho durante el mes previo al viaje, en alguna biblioteca pública de Veracruz. *Nicole Dassau* se quedó en el intento de convertirse en una novela histórica.

Cuba significó la primera toma de conciencia de José Agustín. Los alfabetizadores no iban a posar como apoyo a la Revolución sino a trabajar con los cubanos, labrar la tierra, y solidarizarse con el crecimiento que tenía la Isla. Sobre su experiencia, Agustín escribió en la revista *Generación*, en febrero de 1993:

“En Cuba se respiraba un aire jubiloso, esperanzador, sumamente excitante. Recibimos entrenamiento en Varadero y luego fuimos a la provincia de Oriente, al municipio de Puerto Padre, el pueblo Los Alfonsos, y el caserío de Juan Sáez; trabajamos la tierra y alfabetizamos. Claramente podíamos ver que en el campo y la ciudad la gente apoyaba la Revolución sin hacerla de pedo, aunque, claro, no faltaban los sectarios. Los cubanos apoyaban a Fidel, muchos lo comparaban con Jesucristo y oían sus discursos en la única tele, ubicada en la placita central de Los Alfonsos. Conoci gente que discrepaba, pero sólo una noche tuvimos que bajarnos del automóvil para quitar las tachuelas que algunos gusanetes habían esparcido en la carretera. Nunca vi o supe de represión, ni mucho menos había un clima de terror y dictadura; más bien, prevalecía la sensación de que las cosas tenían sentido. La gente hacía su vida normal. La mística de la revolución era auténtica.”

Agustín alfabetizó a grupos de cinco adultos. Posteriormente, Margarita y él fueron invitados a participar en círculos de estudio de economía política. Como Agustín había demostrado que podía hacerse cargo de sus grupos y exponer temas sobre alguna materia, a la sazón de ensayos, la ORI (Organizaciones Rebeldes Integradas), que después sería el Partido Comunista en aquel país, tomó a José Agustín como orador en sitios públicos. El hecho de que empezara a destacar fue engendrando una relación de competencia entre su esposa y él.

Agustín no desdeñó la oportunidad de organizar un grupo de teatro y montar sus obras. Había manifestado su interés en las actividades culturales, y la delegación que representaba al pueblo Los Alfonsos y Puerto Padre —donde participaba—, lo apoyó para que en alguna sesión se montara su pieza titulada *La almohada*. Requería de un pequeño espacio y pocos actores. Si bien la obra no tuvo ninguna repercusión pública, a nivel interno Agustín se fortaleció como gente de cultura. En ese momento, Margarita y Agustín decidieron separarse.

Agustín escribió una carta a su padre donde le daba los datos de la delegación en la cual se había casado, y pidió que anulara el matrimonio. Bastó que don Augusto presentara el acta de nacimiento original en el juzgado para comprobar que los datos habían sido falsos. La anulación fue inmediata.

Uno de los momentos más significativos de su estancia en Cuba, y que une profundamente a Margarita y Agustín, fue cuando conocieron en persona a Fidel Castro y a Ernesto, el Ché Guevara, que Agustín narró en *Generación*:

"¡Fidel, Fidel! —gritamos Margarita y yo en cuanto los vimos llegar a caballo—. ¡Somos mexicanos y vinimos a alfabetizar! Castro se interesó al instante y nos preguntó dónde estábamos, con quién, a cuántos guajiros alfabetizábamos, y en fin, cómo veíamos la onda. Margarita y yo nos arrebatábamos la palabra. Estábamos alucinados. Tanto él como el Ché se portaron cuatísimos, un poco como compañeros y otro tanto como papás, ya que estábamos muy chavitos... Para rematar, a los pocos días vimos nuevamente a Fidel, de pura casualidad. Era de noche, él salía por la puerta trasera de un teatro y allí lo interceptamos. Se acordaba perfectamente de nosotros, y platicamos a todo dar en la banqueta."

No todo era trabajo para José Agustín, también iba a bares nocturnos; aprendió a arar la tierra, montar a caballo y ordeñar vacas. Cuando estaba más habituado a su nueva vida, y mejor colocado en las organizaciones culturales, llegaron las malas noticias. Su padre le había escrito una carta donde decía que se le había desarrollado la diabetes; que su hermana Yolanda se encontraba enferma del corazón y necesitaba ser operada, y doña Hilda —en consecuencia—, se hallaba mal.

Sin pensarlo más, Agustín empezó a preparar el retorno a casa. Le dolía dejar esa tierra que tanto le daba, pero también ansiaba estar otra vez con su familia. Tuvo que esperar unos días para recibir su boleto de regreso. Estuvo instalado en el "Hogar latinoamericano", una especie de condominio que pertenecía a la Casa de las Américas, en La Habana. Había sólo tres departamentos, amueblados y con vista al mar. En uno de ellos residía Jean Marie, una chica de Bélgica, que realizaba sus estudios profesionales. Se hicieron amigos. Y vivieron juntos durante diez días.

Casado y separado, con miles de anécdotas y la mitad del alma en Cuba, José Agustín regresó a su casa el día 17 de noviembre de 1962, justo en el cumpleaños de su madre. La familia fue a recogerlo al aeropuerto. Venía crecido, mental y culturalmente; muy emocionado y a la vez preocupado por la operación de su hermana Yolanda. José Agustín les cantó de inmediato la porra de las Brigadas que había aprendido:

*¡Cuba, Cuba!
Estudio, trabajo, fusil!
Lápiz, cartilla, manual!*

Alfabetizar, alfabetizar.

¡Venceremos!

Aunque prometió regresar pronto a la Isla, por diversas circunstancias no lo haría hasta 1985, siendo jurado de la Casa de las Américas. Se encontraría con Fidel Castro, ya rodeado de guaruras, dirigiendo una Cuba que atravesaba los estragos del bloqueo comercial impuesto por los Estados Unidos. Para entonces, el Ché Guevara ya habría sido abandonado a su suerte fatal en Bolivia, y Camilo Cienfuegos habría desaparecido misteriosamente en un vuelo. Sobre Cuba, Agustín escribió:

"Cuando me retaché, seguí con gran atención lo que ocurría en la Isla; lamenté la paulatina soviétización y que se enrareciera la atmósfera literaria para autores que yo apreciaba horrores como Cabrera Infante o Reynaldo Arenas, y, por tanto, a mi adhesión a Fidel añadí una perspectiva crítica. Estoy con Cuba con la conciencia, la razón y el corazón. Yo también pienso que la Revolución cubana debe abrirse, pero en las condiciones que ellos crean convenientes, y no a partir de muy discutibles y más bien culeras presiones del exterior. Con todo y las casi invencibles dificultades circundantes en estos tiempos volátiles, una Cuba libre, democrática y socialista me parece una utopía al alcance. Si esto ocurre, la Isla nuevamente estará a la vanguardia de la humanidad."

Y mientras sus padres decidían dónde sería intervenida Yolanda, se ocupaban también de la salud de doña Plutarca Maganda, a quien tenían en casa, pues estaba sumamente delicada. A José Agustín le tocó dormir en el sofá de la sala. La convalecencia de su abuela y el bullicio familiar le sacudieron paulatinamente cierto glamour que le había dejado la experiencia cubana. Se avecinaban las primeras tragedias para José Agustín: la muerte de doña Plutarca y, el mismo año, la repentina muerte de su madre.

VI. EL DERRUMBE FAMILIAR

La muerte de doña Plutarca, a principios de 1962, fue muy dolorosa para Hilda. Tanto, que su pérdida le produjo un daño en el hígado, que no se manifestó a tiempo, y le causaría la muerte.

José Agustín volvió a integrarse a la preparatoria por medio de exámenes a título de las materias que no había cursado. Con mayores bríos y cierta experiencia como orador, participó en las nuevas elecciones estudiantiles; esta vez, para conquistar la secretaría general de la Federación de Estudiantes. La campaña no prosperó porque sus oponentes tenían mejores influencias con las cabezas de grupo.

René Avilés recuerda que Agustín destacaba como orador y que su aspecto era diferente y original. Solía jalarse los lentes y acomodarlos justo en la frente, en lugar de colocárselos en la cabeza mientras no los ocupaba, o ponerlos en su bolsa; "antes que a John Lennon, yo vi a José Agustín suprimir las solapas y las bolsas de los sacos, porque, según decía, eran innecesarias". La experiencia cubana le había ayudado a adquirir mayor seguridad en sí mismo, y su rebeldía iba en aumento; si antes quería ser distinto, ahora deseaba ser único.

En casa, consideraban que su forma de vestir era extravagante y loca. Cuando don Augusto los llevaba con el sastre, para que les hiciera un traje nuevo, al llegar el turno de José Agustín el papá exclamaba: "¡A ver ahora qué se le ocurre a éste!" Si el traje llevaba solapa, la exigía cuadrada; en las partes lisas sugería dobleces extraños, o de plano pedía que su traje fuera entalladísimo.

Hilda, su hermana, lo presentó en ese tiempo con el maestro Juan José Arreola, de quien dependía en gran medida el lanzamiento literario de José Agustín. Hilda había hecho la secundaria en una escuela inglesa que se llamaba Elena Hertihy Hall (nombre que Agustín mentaba como Elena Cara de Frijol), y posteriormente estudió para educadora de niños en otra escuela privada. Como también tenía inclinación por el arte y, principalmente por el teatro, tomaba los talleres del Instituto Nacional de Bellas Artes, donde conoció a Arreola. A sabiendas de que su hermano menor escribía, le dijo:

—Oye, fíjate que tengo un maestro que es escritor. ¿Vamos a verlo?

Las clases de Arreola se daban en su casa, en la avenida Río de la Piedad. Cuando Agustín lo conoció le pareció un hombre deslumbrante y accesible, así como lo recuerdan quienes fueron sus alumnos. Arreola era uno de los escritores consagrados de ese momento, como Juan Rulfo. (Críticos literarios afirman que durante mucho tiempo, la literatura mexicana se dividió en arreoliana y rulfiana solamente, hasta que repuntaron Carlos Fuentes, Octavio Paz, Agustín Yáñez y José Revueltas.)

Esa tarde sólo estuvieron platicando con él. Arreola, expresivo y poético, puso algunos discos y habló de las letras; todavía no veía el trabajo de Agustín, al que después consideraría prometedor; por lo pronto, el contacto estaba establecido.

Hilda era una rompecorazones: fue novia de Gerardo de la Torre por una temporada, y, al terminar la relación, la conquistó René Avilés. Cuando René dejó de agradarle, Hilda volvió con Gerardo. Y de los brazos de Gerardo corrió a los de René. Los dos también fueron novios de Yolanda, la hermana menor. De aquella situación, René y Gerardo hacían un chiste.

—Mientras José Agustín escribe, nosotros nos ligamos a sus hermanas.

José Agustín, a su vez, descubrió la manera de atraer la mirada de las féminas: el talento. Era de esos muchachos que suelen callar sus sentimientos por miedo al rechazo, pero que, en el fondo, saben que basta una buena dosis de simpatía e inteligencia para atrapar a la mujer que se quiere. Por un par de meses tuvo una novia llamada Teresa, que lo adoraba; pero él no le correspondía en la misma medida. Agustín era exigente en los gustos: sus novias debían ser bonitas y cultas.

Estudiando la preparatoria, conoció a Margarita Bermúdez Garza Ramos, quien sería su segunda esposa. Teresa dejó de importarle en cuanto tuvo enfrente a Margarita, una chica menuda, de dieciséis años, ojos color turquesa, sonrisa franca y bonito cuerpo. El pretexto que puso Agustín para abordarla fue que le interesaba mucho su participación en las actividades de la Sociedad de alumnos. Margarita cuenta su impresión al conocerlo:

“Me pareció que él era un tipo muy raro: traía un traje muy pegadito, distinto a los demás, usaba un gajné y lentes oscuros. Sin conocernos, él me invitó a entrar a la Sociedad con su planilla. Yo no sabía ni lo que iba a hacer; díjeme secretaria de acción social. Entonces le dije que sí, que iba a ver de qué se trataba. Su plática se me hizo muy interesante: escritores, libros; recuerdo que yo estaba leyendo *Buenos días tristeza*, de Françoise Sagán, y lo comentamos. Me contó de sus amigos; todos escribían. Lo que más me sorprendió fue ver su tarjeta de presentación en la que decía llanamente “José Agustín, Ateo”.

Margarita estudiaba el primer semestre de la preparatoria. Venía de haber cursado la secundaria en una escuela de monjas, por lo que el ambiente estudiantil le parecía un mundo nuevo. Su padre, Luis G. Bermúdez, era de una formación católica muy rígida, que calculaba el honor de sus hijos en la medida de su sumisión. Y su madre, Adela Garza Ramos Aguirre, era casi veinte años menor que su esposo; una mujer dócil y comprensiva.

Margarita y Agustín intercambiaron libros; declamaban juntos los poemas de García Lorca. Ella tenía preferencia por la obra de Herman Hesse, que no era del total agrado de Agustín, pero —la musa mueve montañas—, se interesó vivamente en Hesse. Margarita veía una gran diferencia entre su familia y la de José Agustín: le parecía que los Ramírez eran muy espontáneos y desinhibidos. Todo eso la fue conquistando, hasta que aceptó ser novia de Agustín, a los pocos meses de haberlo conocido.

“Me halagaba mucho con los poemas que me escribía, con lecturas, con su compañía; en todo ello había amor. José Agustín era muy cariñoso conmigo, su familia también era cálida. No se me declaró de la forma acostumbrada porque ya no se usaba, pero creo que a un beso le siguió otro más.”

Antes de que iniciaran su noviazgo, la relación entre José Luis, hermano de Margarita, y José Agustín, era buena. En las actividades culturales de la preparatoria había ocasiones en que les fallaba el proyecto, ya fuera por una obra de teatro mal organizada, o una conferencia cancelada. Esa situación era salvada por José Luis, quien tocaba piano clásico talentosamente.

—Porfas, mano, vente a tocar unos Chopanes.

José Luis hubiera tenido una carrera artística deslumbrante, según afirma Margarita, de no haber sido porque su padre le cambió el rumbo y lo mandó a estudiar odontología. En José Luis había cierta amargura. Al saber que José Agustín estaba interesado en su hermana, rompió su amistad con él y se convirtió en una suerte de enemigo. Contó a su padre:

—Cuida a Margarita porque anda con un tipo siniestro: ya estuvo casado una vez, ¡se fue a Cuba!, es comunista, y como escritor, está loco.

Don Luis se aterró. Muchas veces fue a espiarla a la preparatoria. Iba en su automóvil y trataba de ocultarse entre las calles. Agustín y Margarita lo descubrían y les parecía algo muy molesto e inevitable.

Un domingo aparentemente tranquilo, la madre de José Agustín sintió un dolor intenso en el vientre y se fue a acostar. Pensaba que algún alimento le habría caído mal. A la mañana siguiente no quiso levantarse porque el dolor había regresado y era más intenso. Trataba de no quejarse, ni tomar medicamentos; aseguraba que con el reposo sería suficiente. El tercer día en cama fue un aviso de su gravedad. Llamaron al médico de la familia, el primo Tomás Gómez Silva, quien al ver su estado consideró que se trataba de una hepatitis fulminante, y mandó hospitalizarla de inmediato.

Por desgracia, ese mal es irreversible. El promedio de recuperación es casi nulo. La familia Ramírez no podía resignarse a perder a Hilda; a cada momento se preguntaban qué habría causado la enfermedad, por qué no se manifestó. El médico se concretaba a explicar que, posiblemente, habría sido una infección viral que no cursó con ictericia; es decir, que la adquirió meses antes y no presentó piel amarilla. El único tratamiento que Hilda recibió, como cualquier paciente en ese caso, fue a base de suero y exámenes de laboratorio.

Alejandro Gómez Maganda, el tío de José Agustín, estaba especialmente angustiado; recordaba a sus doce hermanos muertos, a su padre, y la reciente muerte de doña Plutarca. Por eso exclamaba, ignorando que lastimaba a la familia, que se iba a quedar completamente solo.

—Hilda se va a morir, ¿se va a morir!

A los dos días de haber sido hospitalizada, amaneció peor. José Agustín, sus hermanos y don Augusto estaban con ella cuando tuvo un asomo extraordinario de fuerza y se levantó de la cama. Arrancó las mangueras del suero y corrió hacia la puerta, diciendo que no podía estar allí porque debía hacer algo muy importante. Ese momento de azoro y dolor para la familia, quedó retratado en la vida de Lucio, protagonista de la novela *Cerca del fuego*, que Agustín escribiría treinta años más tarde:

Estaba en el hospital Santalena. Mi madre vestía una bata blanca de hospital; en su muñeca enflaquecida colgaba un brazalete azul de tela, tenía los cabellos hirsutos y el rostro estragado. Se quitó la mascarilla del oxígeno. En ese momento estaba llena de vigor, de su enfermedad sólo quedaba la flacura y los rasgos demacrados. Me tomó de la muñeca y me jaló hacia ella. "Lucio" —dijo— "tuve un sueño en el que un señor me decía que tenía que verte y darte lo que tengo dentro, porque sólo tú, de todos mis hijos, sabrías qué hacer con lo que yo te diera". ¿Yo? "Sí, tú. Me dijo que te diera un recado: Que puedes perder tu pasaporte si sigues portándote como extranjero en tu propia patria. Bueno, ya te lo dije". Mis hermanos y yo la llevamos de vuelta a la cama. Una enfermera entró y vio a mi madre; se volvió hacia nosotros y dijo: "Esta señora acaba de morir".

El viernes 30 de julio de 1962, Hilda murió a la edad de cuarenta y ocho años. A quien más afectó su muerte fue a sus hijos mayores, Augusto y Alejandro porque tenían más cercanía con ella; de algún modo, Agustín se había desprendido de esa dependencia filial al casarse e irse a Cuba. Probablemente ocultaba su dolor. René Avilés recuerda que muchas veces Agustín le pidió que lo acompañara al panteón, saliendo de la escuela. Alejandro Gómez Maganda vislumbró cierto derrumbe

de la familia Ramírez, y la propia, de la que sólo él quedaba, al escribir el poema *Cuando el olvido*, en memoria de su hermana:

*Cuando inmaduras lunas cuente el tiempo
adverso en su ruindad, indiferente,
diciéndose al oído con el viento:
¡un murmullo desleal... por inclemente!
Yo habré de reanimarte sin lamentos
haciendo del ayer tiempo presente
al rescatar tu vida con mi acento
y tu cordial presencia que insistente
sigue viviendo en mí... ¡pues la presento
en tu alegre mirada y tu pasión ardiente!*

Don Augusto entró en un periodo abismal. Siempre fue muy exigente consigo mismo y su trabajo en la aviación; sin embargo, en ese momento, nada lo levantó de la cama, ni de su tristeza. La familia estaba a punto de disgregarse.

Margarita Bermúdez quiso estar al lado de Agustín en esos momentos, pero su padre lo prohibió terminantemente. Para alejarla de él, don Luis la sacó de la escuela y la llevó a casa de su hermano Vicente, un notario público que vivía en Lomas del Pedregal. Margarita no podía salir a la calle ni estudiar. El encierro duró seis meses.

“Me llevaron con mi tío porque sabían que ahí iba a estar a gusto. No me estaban ocultando, pero sí querían alejarme de todo ese mundo en el que yo entraba: los amigos, las salidas al cine, al café, las actividades estudiantiles. Mi relación con Agustín se mantuvo a través de llamadas telefónicas que podían durar horas. Fue algo muy intenso porque él sufría y yo también. Siemto que debí haber tenido la tenacidad de mi hermana mayor que se las ingeniaaba para pedir dócilmente un permiso; yo explotaba porque sabía que podían negármelo, y así sucedía.”

La pena de haber perdido a su madre y la separación con Margarita, hicieron que Agustín se refugiara en la literatura. Su tío Alejandro no lo dejaba caer en la depresión. Muchas veces le contó de su infancia y de la obligación de ser un hombre fuerte. Ponia el ejemplo de doña Plutarca, cuando no

tenía alimento para sus hijos: les decía que se conformaran con un bolillo para evitar el pecado de la gula. En uno de los entierros de sus hermanos, Alejandro la escuchó decir:

—Sólo quiero saber si mi hijo murió peleando como los hombres.

A lo que un peón respondió:

—Peleó como los hombres, no lo dude.

—Qué bueno, para eso lo parí.

Unos meses después, Agustín tomó un curso de sintaxis con Florencio Sánchez Cámara y Guillermo Rousset Banda. Ambos eran militantes del Partido Comunista. Sánchez Cámara era un antropólogo especializado en lingüística, y Rousset Banda era conocido como el traductor oficial de la poesía de Ezra Pound. Manejaban la teoría de la heterotonía, que consistía en hacer una prosa diversificada donde no hubiera repeticiones verbales; es decir, indagar en el lenguaje, conocerlo. (Sánchez Cámara creaba conceptos como el de la utopía: "la utopía es la ciencia de los topos iluminados".)

A finales de 1962 José Agustín entró al taller literario de Juan José Arreola. El maestro atendía generosamente a jóvenes creadores, exigiéndoles a cambio la disciplina en la lectura y la creación literaria. Su taller fue legendario (tenía más de cuarenta alumnos provenientes de distintos lugares de la ciudad y la provincia), y muchos escritores que ahora tienen una trayectoria, salieron de aquellas sesiones: Alejandro Aura, Elsa Cross, René Avilés Fabila, Gerardo de la Torre, Jorge Arturo Ojeda, Federico Campbell, Beatriz Espejo, Eduardo Rodríguez Solís, José Carlos Becerra...

En un principio, Arreola se guiaba por el interés de acercarse al estilo literario de cada uno de sus alumnos. Pero luego, al conocerlos, tendía a ser selectivo. Por ejemplo, un día, sobre la pila de textos que tenían para leer y comentar estaba un cuento de Gerardo de la Torre. Como en muchos de sus textos, había una carga de contenido político. Arreola consideraba que su prosa, por militante, era áspera; tomó el cuento y lo puso hasta abajo de los demás para que fuera el último en leer. A José Agustín tampoco le fue bien en su primera lectura. Había escrito un poema, un romance octosílabo en el que un comunista se enamoraba de una burguesa —tal vez una proyección de su relación con Margarita—, y Arreola se escandalizó:

—¡Ya párele, muchachó, no siga! Eso es una soberana porquería.

Terriblemente apenado, guardó su material. Como a todo escritor que comienza, le dolió mucho el comentario, sobre todo porque venía de alguien tan experimentado en las letras como Arreola. Su

frustración hubiera crecido, de no haber sido porque escuchó al maestro decir, a sus espaldas, que no hicieran caso de esa lectura porque José Agustín demostraría, algún día, que tenía talento.

A partir de ese momento, Agustín se alejó de la poesía y retomó la narrativa, apoyado en aquellos comentarios encontrados que había recibido en el Círculo Literario Mariano Azuela. Mientras se ocupaba de pulir la versión de su novela *La tumba*, que le abriría puertas editoriales, en casa había incertidumbre: sus hermanos querían irse, de manera definitiva, porque no hallaban un pilar que los uniera. Al año siguiente partirían cuatro de los seis miembros de la familia Ramírez. Su casa se iría quedando vacía y Agustín se aferraría a la novela, que para él, representa la muerte de un espíritu adolescente.

VII. LOS CAFÉS LITERARIOS

José Agustín se sintió desmotivado para continuar la preparatoria. Sus estudios formales terminan ahí, pero eso no le impidió prepararse de manera autodidacta. Su relación con Margarita Bermúdez tuvo que esperar seis meses, hasta que don Luis permitiera la libertad de su hija.

En esa época Agustín escribió *Poemita*, un libro muy breve en el que registraba, con poemas, sus conversaciones telefónicas con Margarita. Nunca lo publicó, porque sentía que había fracasado en este género. René Avilés conoció esos textos que Agustín guarda con celo, y comenta sobre ellos:

“Agustín no era un poeta de versos libres; había aprendido a versificar, a medir; escribía bajo la influencia de Lorca. En ese tiempo le ganó la narrativa y se dedicó a ella, por eso es que la poesía pasó a un segundo término. Me parece que él debió publicar poesía cuando la tuvo cerca.”

José Agustín supo de los Cafés Literarios de la Juventud por su compañero en la preparatoria, César Horacio Espinoza, ahora periodista y escritor. Se trataba de tertulias literarias llevadas a cabo en el café san José, del Centro de la Ciudad; invitaban a escritores consolidados a dar charlas sobre literatura, se hacían recitales, leían textos de los nuevos creadores y había críticas. En muchos lugares del país se iban gestando grupos culturales. México era considerado una potencia en desarrollo, y el gasto público destinado a la educación era muy alto en comparación con etapas anteriores. Los jóvenes, los estudiantes, irían conformando una fuerza social en aumento, ya que más de la mitad de la población era menor de 20 años; esa fuerza se estrellaría contra el gobierno en 1968.

La primera vez que José Agustín asistió al café, leyó una de sus piezas de teatro. El grupo ya estaba conformado; sin embargo, la llegada de Agustín coincidió con la noche en que se elegía mesa directiva. Como hizo propuestas, habló de teatro y literatura, fue nombrado coordinador del grupo, apoyado por César Horacio, quien quedaba como presidente. Al tener ese cargo, Agustín organizó un grupo de teatro al que llamó CENPU (Círculo Escénico Non Plus Ultra), con el que pudo montar piezas suyas más adelante.

Uno de los escritores que estaba en el candelero estadounidense y que fue lectura obligada en la generación de José Agustín, era Allen Ginsberg, con su largo poema *Aullido*. Ginsberg había llegado hasta los tribunales de su país cuando su texto fue tachado de obsceno, porque el autor declaró que lo

había escrito consumiendo drogas. Además de que, en pocas palabras, situaba al sistema de gobierno norteamericano en el colmo de la deshumanización. Ginsberg sedujo con su propuesta sumamente crítica a jóvenes que deseaban alejarse del conservadurismo imperante. José Agustín no padecía imposiciones familiares, pero simpatizaba con las posibilidades de cambio, de transformación. Por ser Allen Ginsberg uno de los autores que más leían sus compañeros de los Cafés, Agustín y Juan José Belmonte, viejo amigo del colegio Simón Bolívar, declamaron fragmentos de *Aullido*, concluyendo su exposición con fuertes gritos. El poema, lleno de exaltación, dice:

*He visto a los más grandes espíritus de mi generación
destruidos por la locura, hambrientos, histéricos,
desnudos, arrastrándose de madrugada por las calles de
los negros en búsqueda de la droga urgente imperiosa...
pobres y rotos, malolientes y bebidos
se reunían a fumar de pie en la oscuridad sobrenatural de los apartamentos,
que pusieron al desnudo sus cerebros...
que pasaron por las universidades con sus ojos lúcidos...
que fueron expulsados de las academias por locura
que fueron golpeados en sus barbas públicas...
¿Qué esfinge de cemento y aluminio les reventó los
cráneos y les devoró sus cerebros y su marginación?
¡Moloch! ¡Soledad! ¡Porquería! ¡Falsedad!
¡Cubos de basura y dólares inalcanzables!
¡Niños gritando en las escaleras!
¡Muchachos sangrando en los ejércitos!
¡Viejos sollozando en los parques!...
¡Moloch donde el amor es petróleo y piedra sin fin!*

Otra participación de José Agustín en las actividades culturales, en 1963, se dio en el grupo de teatro que dirigía la dramaturga Ysabel Nogueira, en la Casa de la Asegurada del IMSS. Montaron tres piezas de Lope de Vega en el teatro Pánuco, por unos días. El papel de Agustín fue el de un anciano.

El grupo de los Cafés elaboró una hoja en la que publicaron sus propios textos. Esa hoja se llamó *Búsqueda*, y estaba a cargo de César Horacio Espinoza, quien firmaba como "Horacio Juván".⁴ En *Búsqueda*, órgano que tuvo una vida efímera, José Agustín publicó poemas y cuentos cortos, dedicados a Margarita. Sobre la hoja literaria opinó el dramaturgo Alejandro Aura, en agosto de 1988 (*Excélsior*):

"Los integrantes del Café nos juntábamos, en efecto, a decir pendejadas; pero también cosas muy importantes, muy sabrosas y dignas; en fin, todo lo que dicen los jóvenes de una actividad cuando piensan que van a hacer de su reunión un punto de partida para elaborar su obra. Ninguno de nosotros tenía quién le ayudara a publicar o le dijera qué leer. No éramos hijos de escritor, de editor, de maestro ni nada. Éramos bastante pinchurrientos todos. El periódico fue muy inocente y tonto hasta que pudimos ser parte de un taller riguroso con Arreola."

Ciertamente, los integrantes de los Cafés se unirían al taller literario de Arreola, y ahí, con el rigor del maestro, escribirían de manera profesional, menos dispersa. En *Búsqueda* vertían su ánimo por la experimentación lingüística, en frases como "Algo se pare" —refiriéndose a un "parto literario"—, o "Algo se rompe", en alusión a las hojas que rompieron en pedazos cuando no les gustó lo que habían publicado.

Podría pensarse que, como el tío de José Agustín, Alejandro Gómez Maganda, publicaba sus libros, Agustín tenía una opción a la mano para editar los suyos; lo que sucedía era que Alejandro publicaba sus propios manuscritos, sometidos, claro, a un trabajo de corrección, pero en imprentas y tirajes mínimos, o en instituciones de gobierno. Incluso Alejandro, como escritor, es casi desconocido en el medio literario, y es precisamente por esa circunstancia: solamente lo hacía para él, sus amigos y su familia; aunque su obra resulta importante, considerando que se trata de más de veinte libros. José Agustín no aspiraba a tener unos cuantos ejemplares, quería destacar como todo escritor que se precia de crear para un público mayor.

Aquellos textos que publicó en *Búsqueda* pasaron inadvertidos por la misma naturaleza de la hoja; era para que ellos mismos se vieran ahí, y la llevaran a grupos estudiantiles, que nunca fueron muy grandes. Agustín creía que ya era tiempo de buscar un medio de mayor difusión: adaptó un fragmento de su novela *La tumba*, a manera de cuento, y lo envió al periódico *El Nacional*. El texto fue aceptado por

⁴ "Juván", significaba Juventud de Vanguardia.

Gustavo Sainz, quien estaba al frente del suplemento cultural. Sainz y Agustín serían, en un futuro cercano, la mancuerna literaria de mayor fama.

José Agustín estaba cerca de cumplir los diecinueve años y dependía económicamente de su padre. Esa condición le resultaba un tanto incómoda, porque ya había tenido la experiencia de bastarse a sí mismo en Cuba. Un tío paterno, Alfonso Ramírez, le consiguió un empleo eventual como maestro de historia de México, en la delegación de Balbuena. Por un par de meses, sus alumnos fueron policías de tránsito.

Para entonces, Margarita Bermúdez ya tenía el consentimiento de salir de casa de su tío, ocasionalmente. Estaba fastidiada por el encierro y lo único que deseaba era huir: quería suicidarse, porque el peso de sus padres resultaba un enorme bloque de hielo que debía cargar eternamente. No era exagerada su determinación: en aquel tiempo era imposible romper con el mando paternal.

Una amiga de Margarita, Beatriz Ortiz, la ayudó a encontrarse con José Agustín. Estaba prohibido que él se acercara, así que Beatriz puso el pretexto de ir a la fonda a comprar un helado, y Agustín aprovechó para situarse en alguna esquina y esperar a su dama.

El permiso le fue nuevamente negado a Margarita, explotó en llanto y gritó que ya no podía más; estaba decidida a acabar con su vida. Beatriz corrió a informar lo ocurrido a José Agustín, y le pidió que hiciera algo pronto para ayudarla. Agustín dijo que actuaba en consecuencia, pero que Margarita debía tener paciencia; ya tenía un plan: Pedro Peñaloza era su amigo de la infancia. Su mamá rentaba departamentos en la colonia Roma. Agustín recurrió a él para solicitarle el préstamo de un cuarto con tal de sacar a Margarita de la casa del tío Vicente, y esconderla ahí. No tenía suficiente dinero para pagar un departamento, ni quería pedir prestado, porque no sabía cuánto tiempo se llevaría esa situación. Peñaloza y su mamá no tuvieron inconveniente en prestarle un cuarto del edificio Comodoro, porque, además de que Pedro y Agustín eran amigos, la señora Peñaloza era una mujer de ideología comunista, que elogiaba la participación de Agustín y sus hermanos en el Partido.

Una vez que se pusieron de acuerdo, Margarita empezó a sacar su ropa y la mandó con su amiga Beatriz al edificio Comodoro, ubicado en la esquina de Alvaro Obregón y Medellín. En una supuesta salida al parque, Beatriz dejó a Margarita en su nueva casa, y la familia Bermúdez no supo de su paradero en poco más de quince días.

Al principio lograron evitar que la familia de Margarita se alarmara, pidiéndole a Beatriz que fuera a Acapulco con las primas de José Agustín, y avisara desde allá que Margarita estaba con ella. Mientras tanto, la pareja pasaba días enteros en el departamento; no salían a la calle con tal de disfrutar

esa luna de miel que, por voluntad propia, se habían regalado. Hasta que don Augusto, el padre de José Agustín, vio con ojos extraños lo que estaba sucediendo.

—Ahora tú, qué te traes —le preguntaba.

—¿Yo? Nada.

—Andas como muy misterioso. ¿No estarás haciendo otro "arreglito" raro, verdad?

—Pues sí, papá. Saqué a mi novia de su casa y la tengo escondida en un depto.

—¡Margarita!

—Sip. Voy a llevarle comida. Mañana regreso.

—Oyeme, jovencito, ven para acá. Eso no está bien.

—Ya lo sé, pero mi suegro no me quiere ver ni en pintura.

—Te voy a dar un consejo: en la vida hay reglas y normas. Ya tienes diecinueve años —Augusto recordó lo que tuvo que pasar con tal de casarse con Hilda—. Vete con Margarita. ¿Llevas pan y todo?, ¿necesitas otra cosa?

—Voy completo.

—Bueno. ¡Oye!, cástate con ella, Pepecutin.

—Si me caso, pero ya no me digas así

Con el paso de los días, fue evidente para la familia Bermúdez que Margarita no estaba en Acapulco. Su prima María Antonieta había confesado que Agustín tenía que ver con su desaparición. Doña Adela no paraba de llorar, ni podía comer, nada más de estar pensando en ese lio. María Antonieta fue al edificio Comodoro y pidió a Margarita que regresara a casa y hablara con sus padres. Finalmente, Margarita accedió a hablar únicamente con doña Adela.

—Mira, mami, yo los quiero mucho. Pero es que tengo que salir a hacer mi vida, ¿me entiendes? Yo amo a Agustín y quiero estar con él... He estado con él.

Doña Adela consideró que había sido un error y debían repararlo.

—Agustín quiere pedirles mi mano.

—Ah, eso está muy bien. Que hable con tu padre. Él tiene que decidir.

Días después José Agustín se presentó en el consultorio dental de don Luis, que estaba en ese tiempo en la calle de Allende 21, en el Centro Histórico. Casi temblando explicó lo sucedido, aunque era obvio que el señor estaba enterado de todo. Sin alguna respuesta por parte de don Luis, Agustín dijo tímidamente que era injusto el trato que le habían dado a Margarita, y consideraba que había un nivel de incompreensión muy grande; trató de conservar la postura de caballero, pero don Luis manifestaba su

rencor con una profunda mirada y gestos despreciativos, por lo que Agustín empezó a desesperar hasta que prácticamente exigió la mano de Margarita.

—Quiero casarme con ella, yo creo que ya es tiempo de que la dejen en paz, ¿no?

—Sientate ahí —ordenó don Luis, señalando el sillón dental—. Tú no me caes nada bien, eres un payaso.

Don Luis pensaba en ese momento que Margarita no era ya la niña que él había dejado al cuidado de Vicente.

—Mire, señor Bermúdez, yo sé que todo esto no fue muy correcto que digamos, pero quiero casarme con ella. Yo creo que Margarita ha decidido ya lo que desea hacer con su vida, ¿no?

—Está bien, pero quiero que sepas que te llevas una joya en su estuchito... Quiero que la cuides, y te advierto que estaré al pendiente de todo. Por lo pronto, regrésamela y no te la lleves hasta que se hayan casado. Y espero no verte por mi casa; no admito un pie tuyo dentro de mi casa. Si Margarita se casa contigo... —don Luis no podía aceptar por yerno a un hombre moreno, no muy alto, de raro vestir y poco capital—, va a ser como si mi hija hubiera muerto. No quiero volver a verla.

Agustín aceptó las condiciones y permitió que Margarita regresara a casa de sus padres en febrero de 1963, en tanto se hacían los preparativos de la boda. Tuvieron que pasar ocho largos meses para llevarla a cabo porque Yolanda, la hermana de Agustín, se encontraba enferma. Ya había pasado un año desde que le detectaron la insuficiencia cardíaca, y la familia Ramírez no pudo planear su operación por todo lo que sucedía. Pero ya estaba decidido que conseguirían un buen cardiólogo y un buen hospital donde intervenirla. En ese lapso, Agustín se dedicó a los Cafés Literarios, a las eventuales participaciones en teatro y al taller del maestro Arreola.

Margarita, por su parte, no vivía precisamente en el paraíso. Sus padres no la estaban juzgando con reclamos por lo que había hecho, pero sí con miradas y comentarios sergados, que lo mismo hacían ellos o sus hermanos. Todo eso la deprimía y la hacía perder la confianza en sí misma. Doña Adela sugería que se pusiera a leer y hacer costuras mientras llegaba la fecha.

Yolanda fue operada en el mes de marzo en un hospital de Los Angeles, California. La válvula mitral le fue sustituida por una válvula de plástico. Su recuperación tardó aproximadamente cuatro meses y fue exitosa; sólo que Yolanda debía tener absoluto reposo, tomar medicamentos y llevar una vida sedentaria, algo que nunca iba a cumplir, porque era muy apegada a los bailes y los paseos.

Agustín y Margarita pudieron frecuentarse antes de la boda. Iban a tomar un café, a dar un paseo y, cada que podían, cortaban camino y se metían a un hotel como quien anda perdido en la ciudad. Su

relación llegaría a feliz término, pero el destino de su amiga mutua, Beatriz Ortiz, no: ella, a causa de la excesiva libertad que su madre le daba y la horfandad paterna, llegó a la conclusión de que su vida era un conflicto; después de casarse, al paso de un par de años, se suicidó.

José Agustín tuvo varios empleos en 1963. Trabajó en la Asociación de Agencias de Viajes, por recomendación de su padre, y luego fue empleado de mostrador en la librería de la editorial Porrúa, en la calle de Justo Sierra. Éste quizá fue su mejor empleo, pues resultó una oportunidad para llenar su biblioteca de obras clásicas.

Mientras ahorrraba dinero para casarse, su familia sufría cambios repentinos: don Augusto había decidido contraer matrimonio con Engracia Vargas, una señora madura, también oriunda de Guerrero. Sus hijos no estaban de acuerdo con él, puesto que aun no se cumplía un año de la muerte de Hilda. Aun así, la boda se llevó a cabo en abril, y don Augusto se mudó a casa de su segunda esposa. Cinco meses más tarde su hija Hilda se casó con el doctor Carlos Díaz; sólo que ellos vivieron en la casa de los Ramírez. (don Augusto sugirió que permanecieran ahí, pero que hicieran una cooperativa para ayudarse mutuamente con los gastos.) El tercer matrimonio, un mes después, fue el de José Agustín y Margarita, el 9 de septiembre. La luna de miel fue en Tlaxcala, en casa de la madre de René Avilés Fabila. Del día de su boda, recuerda Margarita:

"Nos casamos solamente por lo civil. Mi papá quería que fuera por la Iglesia, pero en ese momento mis creencias religiosas habían sufrido un cambio. Aquellos ocho meses de espera nos sirvieron a José Agustín y a mí para conocernos mejor, constatar que en realidad nos queríamos y que debíamos aguantar muchas cosas juntos. Todavía, en nuestra boda, cuando el juez le preguntó a mi papá si tenía algún impedimento para que me casara, contestó: "Pues si ella quiere..." Es decir, todo el tiempo manifestó su desacuerdo. Dos años después volví a mi casa y les pedí perdón, porque sentía la necesidad de hablar con ellos y no había otro recurso."

José Agustín llevó a Margarita a la casa paterna. Aparentemente todo estaba bien, pues permanecían juntos; sin embargo, la reciente boda de su padre y los problemas cotidianos fueron creando cierta tensión en la familia, hasta que tuvieron que separarse. Alejandro Ramírez cuenta que

"había fricciones entre el esposo de mi hermana Hilda y José Agustín, o con Yolanda y Margarita; en fin, cada quien terminó aislado en su propio pedazo de casa, ocupando la cocina a determinadas horas. Yo

llegaba a dar mi cuota y a dormir, porque ya me dedicaba a la aviación. Pero cuando ya no aguanté, puse un departamento y me fui a vivir solo. Nunca me gustó esa vida: llegaba de un viaje de ocho días y no había perro que me ladrara. Mi hermana Hilda tuvo que irse a un departamento con su esposo y se llevó a Yolanda; José Agustín y Margarita también rentaron en el edificio Comodoro y se llevaron a mi hermano Augusto. La casa se fue quedando sola. Yo no soporté ese aislamiento, así que, apenas regresaba de trabajar, me iba a dormir al sofá de Hilda, o me quedaba en la alfombra del departamento de José Agustín con tal de estar cerca de alguien."

Agustín siguió en empleos eventuales y corrigió su novela para llevársela al maestro Arreola y pedir su opinión. La publicación y un asomo de éxito estaban cerca; pero también una serie de dificultades.

VIII. SU PRIMER LIBRO

José Agustín insistió a Juan José Arreola que diera su opinión sobre un cuento que había escrito. El maestro propuso que examinara bien las frases, que buscara la palabra precisa. Hizo énfasis en que la teoría del cuento era una teoría sin fin, no estaba escrita, pero algunos rasgos resultaban esenciales: la atmósfera, la estructura, la congruencia, el tono. Una vez logrado el cuento, Agustín le llevó su novela *La tumba*, y esperó los comentarios. Para su sorpresa el maestro había disfrutado la lectura y lo felicitó por la fuerza de su narración. Tener el reconocimiento del maestro es enorme acicate para cualquier escritor.

El grupo de los Cafés Literarios había logrado el apoyo de la televisión para transmitir su proyecto cultural. Varios de ellos acudieron al encargado de la programación en el canal 11 y consiguieron un espacio que se llamó "Los jóvenes en la cultura", que llegó a transmitirse los lunes. Sin embargo, el grupo de *Búsqueda* no logró permanecer al aire, según explicó Alejandro Aura al periodista Gonzalo Vázquez Mantecón, porque "la falta de dinero y de experiencia para hacer televisión pusieron fin al proyecto, y solamente hubo cuatro programas al aire".³

La trascendencia de aquel proyecto fue llegar al taller de Arreola, en el cual, pudieron ver su producción literaria con mayor perspectiva. La poeta Elsa Cross recuerda algunas ocasiones en que escuchó fragmentos de la novela *La tumba*, en voz de Agustín, durante el taller:

"Arreola era muy respetuoso del estilo de Agustín, aunque le escandalizaba un poco el desenfado mismo con que estaba hecha la novela. Por otra parte, consideraba que tenía un valor literario importante: ese lenguaje tan directo y tan fresco, no era una cosa soltada así nada más, sino que llevaba implícito un trabajo, un estilo, una manera distinta de novelar."

La participación de Agustín en el taller, a principios de 1964, se interrumpió por su necesidad de conseguir empleo. Su hermana menor, Yolanda, inmediatamente después de recuperarse, había partido al puerto de Acapulco a trabajar como empleada administrativa en el hotel Pierre Marqués. Avisó a José Agustín que también había posibilidades para él. Agustín y Margarita aprovecharon la oportunidad para vivir temporalmente en Acapulco. En su autobiografía Agustín afirma haber trabajado como cajero; pero

³ En *La trayectoria de José Agustín en la literatura mexicana*. Tesis profesional, UNAM. 1990.

Héctor Anaya, su amigo, y escritor, menciona en el libro *Confrontaciones* una ocupación distinta: "En realidad, fue ayudante de cocina en un restaurante u hotel de Acapulco; él dice que era cajero, pero no: era pinche."

Cualquiera supondría que a Agustín le sonroja haber desempeñado ese trabajo; pero las palabras de Anaya fueron sólo una broma. Agustín suele admitir sus errores y vicios públicamente; él mismo se define de este modo: "Soy de los pendejos que se echan un pedo y gritan ¡ay, me eché un pedo!" En su segunda autobiografía Agustín narra que financiaba sus paseos nocturnos y fiestas, con dinero extraído de la caja del Pierre Marqués, y se entiende que la única manera de tener acceso a la caja, en un hotel de cinco estrellas, solamente es posible siendo cajero.

Agustín hubiese seguido trabajando en Acapulco, de no haber sido porque su hermana tuvo una recaída. Le habían advertido que no se excediera en el ejercicio y descansara, pero Yolanda tenía dieciocho años y era imposible mantenerla en una vida sedentaria: abandonó toda orden médica y por las noches se fue a bailar y a dar largos paseos. El descuido le produjo una tromboisis, y la mitad del cuerpo se le paralizó.

Yolanda volvió a unir a su familia: Agustín y Margarita se reinstalaron en la casa de la colonia Roma; le siguieron Hilda y su esposo Carlos, y los dos hermanos mayores Augusto y Alejandro. Don Augusto no se quedó con ellos porque viajaba todo el tiempo, y tenía que dividirse entre estar con su esposa Engracia y sus hijos. Así las cosas, Agustín regresó al taller literario de Arreola, y continuó trabajando en el distrito Federal.

El taller tuvo su propia publicación y se llamó *Mester*. Era un órgano más importante que los anteriores en los que Agustín había publicado sus textos, puesto que Arreola avalaba con su nombre esa revista. De aquellas reuniones que se hicieron en casa del maestro, hay una anécdota recurrente: Arreola los ponía a leer, y cada treinta minutos escapaba a su cocina y le daba un trago a la botella de ron. Sus alumnos José Agustín, Gerardo de la Torre y René Avilés, iban supuestamente al baño y se desviaban a la cocina, donde también tomaban de la botella. De cuando Arreola descubrió que se había acabado el ron, cuenta Gerardo:

"El maestro prácticamente se encabronó; preguntó quién había sido el canalla que se había tomado su ron. Agustín era de los que se sentaban hasta adelante y no dijo nada. Los únicos que tenían la mirada vidriosa y el aliento alcohólico éramos René y yo. En ese momento dijo Arreola: "¡Ustedes dos quedan expulsados de mi taller!, ¡no quiero volver a verlos!" Salimos muy apenados de la casa. Y si Agustín no

dijo una palabra no fue por cobardía, sino por fregarnos. Claro, después de unos días, Arreola nos perdonó, pero fue hasta que le llevamos una botella de vino más caro.”

Con el tiempo, Arreola consideró que muchos de los materiales que tenían sus alumnos estaban listos para publicarse. Las editoriales no recibían fácilmente a los jóvenes puesto que en aquella época los escritores eran hombres maduros; así que Arreola y los integrantes de su taller elaboraron un proyecto editorial, en el que todos decidieran el material que publicarían primero. Arreola había conseguido ciertos apoyos para crear Ediciones Mester, ya fuera por parte de instituciones, o de bolsillos particulares. José Agustín era uno de los que ya tenían un material acabado, la novela *La tumba*. En una sesión del taller se discutió la posibilidad de publicarla. Sin embargo, varios compañeros se manifestaron en contra de la obra, diciendo que, en efecto, eran relatos amenos, pero que no podían ser considerados Literatura. Sorpresivamente Juan José Arreola defendió la novela por encima de toda opinión. Y tuvo la última palabra; pero en ese entonces Ediciones Mester sufría la falta de presupuesto, y de cualquier forma no podían editar.

Agustín insistió en la publicación de su novela, aunque fuera en edición casera. Pidió a su padre que le prestara dos mil pesos —una cantidad considerable—, y pudieron hacerse 500 ejemplares. Agustín tenía prisa por imprimirla, ya que en julio se cerraba la convocatoria para obtener una beca del Centro Mexicano de Escritores. No tuvo en la mano los ejemplares hasta el mes de agosto, y ya no fue posible su promoción.

(Desde sus primeras colaboraciones en periódicos y, por supuesto, en su primer libro, su firma fue como “José Agustín” a secas, para que no lo confundieran con su tío homónimo (José Agustín Ramírez), el compositor de Guerrero. Ya era famoso por sus canciones, de tal suerte que, cuando Agustín trabajó temporalmente en Acapulco, de repente, al escuchar su nombre le decían:

—¿No serás tú...?

A lo que respondía:

—No, es mi tío.)

Guillermo Rousset Banda, quien diera a José Agustín el curso de sintaxis, ayudó a que *La tumba* fuera distribuida en librerías. A falta de reconocimiento del autor, la novela fue rechazada en distintos lugares. De cualquier manera, Guillermo no le entregaría a Agustín el dinero de las ventas, porque habían tenido un grave problema personal: Rousset Banda era el presidente del Comité del Distrito Federal del Partido Comunista. Insistía a José Agustín que escribiera su biografía; le contó su vida, sus

experiencias políticas, lo hizo grabar en caset sus declaraciones y, en fin, estaba obstinado con que Agustín fuera el autor de esa versión de su vida. Su compañero Florencio Sánchez Cámara ya había escrito sobre él en su libro *El sapófago*; sin embargo, Rousset decía que quería un punto de vista distinto. Sugirió el modelo de la sátira:

—Tú escríbele, Agustín, no me tengas el menor respeto.

Agustín empezó a escribir el cuento *Los negocios del señor Gilberto*, donde narra fielmente la trayectoria política de Guillermo.

Gilberto, siempre generoso, invitó a sus paupérrimos compañeros escritores a que vivieran con él. Ahí cultivaron una especie de templo intelectual donde gritaban, bebían lo necesario —que era mucho—, se hacían bromas ingeniosas y algunos, incluso, trabajaban... Gilberto buscó nuevas ambientes. Desechó a los intelectuales por decadentistas y pequeñoburgueses y a su jefe-amigo por capitalistalumpenbúrgués, y comenzó a asistir a seminarios de marxismo, a círculos de estudio.

Hasta ahí todo iba bien; Guillermo estaba de acuerdo. Pero fuera de las notas que tomaba Agustín, y de las grabaciones, Guillermo contaba sus peripecias en el Partido y en su vida íntima:

—Me acabo de fregar a un imbécil. ¿Ya viste a mi mujer? Es bien tonta.

José Agustín transcribió hasta la última confesión del líder de izquierda y le ocultó por unos días la segunda parte del cuento.

—Espérate, mano; lo demás está padrisimo.

En la navidad de 1964 Agustín y Margarita habían ido a cenar a un restaurante, cuando Guillermo llegó a su casa en busca del cuento. Tenían una reunión del Partido y Guillermo estaba ansioso por conocer esa segunda parte de la que hablaba Agustín. No aguantó la curiosidad y empezó a abrir cajones, libros y carpetas hasta dar con el texto. Lo que leyó le produjo gran indignación:

Gilberto quería que su recién esposa estudiara lo suficiente para que pudiera ingresar al Partido. Denisse no quería militar, pero el estudio era otra cosa y por eso iba a la Escuela de Cuadros —The School of Squares— donde se impartía marxismo en los matices gilbertianos. Además, por si algún día Denisse llegaba a militar, Gilberto consideró necesario que ella lo acompañara a todo lugar, siempre y cuando se quedara en el auto.

Agustín había narrado la forma en que Guillermo trataba a su esposa Nicole, una francesa muy guapa que vivía reprimida y explotada por su marido, al grado de tenerla como sirvienta y como un adorno de casa. De las veces en que los jóvenes intelectuales estuvieron en casa de Guillermo, cuentan que veían a la mujer dar de comer a los invitados y retirarse tras un grito del marido. Agustín tuvo un motivo adicional para criticarlo: tiempo antes de conocer a Margarita Bermúdez, había estado enamorado de Nicole.

Cuando Agustín y Margarita regresaron de cenar, Guillermo ya se había ido muy enojado. Más tarde, volvió a aparecer:

—¡Si publicas ese cuento, te mato, desgraciado, te mato!

Agustín pensó que estaba exagerando y se rió de él:

—¿Ah, sí? Pues mira, yo no había considerado la posibilidad de publicarlo, pero ahora que lo dices, ¡lo vas a ver en todas las revistas!

Agustín llevó el cuento a la revista *Mester*. Arreola lo leyó con gozo y sorpresa

—¡Pero qué cabrón es usted! —exclamó, sonriente.

Y el cuento fue publicado. Pero el tema resultaba muy delicado porque había adhesión hacia los militantes de izquierda; así que Arreola hizo un ajuste a la revista: siempre aparecía la frase "Mester, revista del taller literario de Juan José Arreola"; en esa ocasión, para desligarse de responsabilidades, la frase se redujo a una palabra: "Mester".

El cuento fue muy leído, tanto en el taller, como en los círculos de estudio que se realizaban en casa de Agustín. Guillermo dijo que eran embustes, y que José Agustín era gente de Gobernación. Con los amigos intelectuales Agustín se desprestigió mucho. El problema también se llevó por delante a su hermano Augusto: Él había llegado al Partido Revolucionario del Proletariado como parte del cuadro intelectual de la dirección (había demostrado su habilidad para la filosofía y la política, estudiando de forma autodidacta). Guillermo gritó a todas voces que Augusto era hermano del "difamador" que había escrito aquel cuento, y esa situación, aunada a las enemistades que tenía Augusto en el Partido Comunista, hicieron que fuera destituido de sus cargos.

La verdadera personalidad de Guillermo se iba a descubrir a los pocos días. Guillermo cargaba generalmente una pistola. Había estado casado primero con una mujer colombiana, y después, con la francesa. Frecuentaba a las dos. Pero un día llegó a casa de la colombiana y la encontró con Carlos Farías, otro militante del Partido, y, tras una acalorada discusión, lo mató a balazos. Tuvo que salir huyendo del país. Se puso en contacto con amigos y familiares poderosos y lo mandaron a Francia.

Agustín quedó pasmado con la noticia, porque entendió que la amenaza de muerte no había sido un juego. Y los integrantes del Partido dieron entonces crédito al cuento. Rousset y Agustín no volvieron a encontrarse.⁶ El cuento *Los negocios del señor Gilberto* sería publicado años más tarde, sin mayores dificultades: en el libro de cuentos *La mirada en el centro* (1977), en la antología personal *Furor matutino* (1992), y en *Inventando que sueño. Cuentos completos 1968-1992*, que aparecería en 1995.

Agustín llevó algunos ejemplares de *La tumba* a periódicos y revistas para que le hicieran una reseña crítica. Sobre su novela hubo tan sólo tres notas en las que dos estaban en contra. No veían ninguna trascendencia en la narración de la vida, sicología y andanzas de un muchacho de clase media. Una de las notas que llamó especialmente su atención fue la que afirmaba que *La tumba* era la historia de un suicidio, porque el personaje terminaba con una pistola en las manos, y su frase final era "El suicidio es cómodo". Y, como a esta afirmación le seguían una lista "clicks", se dio por hecho que "Gabriel" se había disparado en la sien. Con el tiempo, José Agustín aceptaría esta interpretación, aunque los "clicks" hayan significado otra cosa para él: la disolución de la escena; una imagen apagada y no un balazo.

Yolanda, la hermana de Agustín, había perdido el habla con la trombosis que sufrió. No obstante su incapacidad física, se esforzaba por expresarse y cumplir al pie de la letra con la terapia que le permitiría habilitar nuevamente su cuerpo. Como ningún otro miembro de la familia, Gerardo de la Torre ayudó a su recuperación y llegó a enamorarse de ella. Ciertamente, Gerardo había estado enamorado de Hilda, pero aquel amor terminó desbordándose en Yolanda. El último día de diciembre de 1964, Gerardo y Yolanda se casaron.

Y mientras la familia Ramírez estaba feliz con el acontecimiento, el primer libro de Agustín no hacía el menor ruido en el medio literario. *La tumba* se autosepultaría por un tiempo, mas en su reedición, la obra resurgiría y no sería sepultada ni en treinta años. La historia de "Gabriel Guía" recorrería generaciones y países, y se seguiría reimprimiendo hasta la fecha.

⁶ Guillermo Rousset Banda vivió diez años en Europa. Se cuenta que allá volvió a casarse, tuvo problemas de militancia y terminó matando a otro señor. Enseguida huyó a Nigeria y conoció a una muchacha que era hija de un connotado político mexicano. En 1976 la pareja regresó a este país, y, en el aeropuerto, Rousset fue aprehendido por órdenes del padre de su novia; ya lo había investigado y se encargó de que el asesinato de Carlos Fariás -delito ya caducado-, se le imputara. Rousset estuvo en la cárcel de Lecumberri alrededor de tres años. Cuando salió, pudo establecerse: continuó con la traducción de poesía, que le valió el premio Xavier Villaurrutia; dirigió una editorial que se llamó Domés, y se dedicó por completo a la academia. Rousset Banda murió el 28 de agosto de 1996. Su último cargo fue como profesor de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

IX. EL REPORTERO DE CLAUDIA

A José Agustín le gustaba mucho el cine aunque no sentía la vocación y el talento para hacer películas. Como en el teatro, cuyo mérito estuvo en las piezas que escribió, y no en su actuación, en el cine destacó por sus guiones y no por las películas que llegó a dirigir. La influencia de ambos medios es evidente en muchos de sus cuentos, que lo mismo pueden tener estructura de pieza teatral, que de guión cinematográfico.

En 1965 José Agustín ingresó al Centro Universitario de Estudios Cinematográficos. En esa época el Centro no contaba con equipo de producción, del cual pudieran disponer los alumnos para llevar a cabo ejercicios en el terreno práctico. Por esta razón, Agustín no pudo conocer las técnicas de cine, y su única actividad fue ver una gama de películas y documentales, y comentarlas.

Uno de sus compañeros en el CUEC fue Gustavo Sainz, escritor joven también, que le había publicado un cuento en "México en la cultura" casi tres años antes. Sainz conocía a la gente del medio cinematográfico, tenía muchas lecturas y en especial, le gustaba coleccionar libros de primeras ediciones. Sin haberlo planeado, los dos habían coincidido en la forma de hacer literatura. Gustavo Sainz ya había escuchado algo acerca de *La tumba*, y cuando conoció a Agustín, le dijo:

—Así que tú eres el desgraciado que me quitó el crédito de haber escrito la primera novela joven de México.

En realidad, el comentario fue un tanto amistoso. Los dos eran ávidos lectores, aunque Sainz estaba mucho más avanzado en ese terreno. Fue él quien puso al día a José Agustín en cuanto a autores italianos, alemanes y norteamericanos, porque Sainz tenía una columna en el periódico *Ovaciones*, donde escribía sobre las novedades literarias del extranjero. También lo introdujo a la literatura contemporánea mexicana. La única ventaja que tuvo Agustín fue que podía leer en francés y en inglés, algo que Gustavo no hacía.

A los pocos meses, tanto Sainz como Agustín, solicitaron una beca para continuar sus estudios en el CUEC. Los dos la obtuvieron. Pero los gastos que debía cubrir Agustín en casa, con su esposa, lo hicieron desesperar y abandonó el CUEC para buscar trabajo.

En el periódico había un anuncio de la revista *Claudia*, que estaba en proyecto, y solicitaba redactores. Los aspirantes debían llevar una carta con sus datos y su currículum. Como los empleos anteriores de Agustín habían sido de todo tipo, menos de redacción, escribió como dato más importante,

que tenía escrita una novela. Cuando llevó su carta, lo recibió el señor Jorge de Angelli, gerente argentino que se haría cargo de *Claudia*. Agustín le habló tanto de la novela, que Angelli sintió curiosidad:

—Traigame su novela. Si me es posible leerla y llega a gustarme, usted tiene el trabajo.

Al día siguiente recibió la llamada telefónica de Angelli.

—Véngase a trabajar.

El mismo día que José Agustín se presentó en la redacción de la revista, se encontró en la puerta a su compañero Gustavo Sainz.

—Oye, cabrón, ¿qué haces aquí? —preguntó Agustín.

—Pues voy a trabajar como redactor. ¿y tú?

—¡Yo también! ¿Por qué no me habías dicho que había chamba?

—Es que quería tener el trabajo bien asegurado primero, y luego te iba a decir que vinieras.

¿Cómo le hiciste para entrar?

—Mandé mi carta.

—Ah. Oye, ¿ya supiste que van a traer a Vicente Leñero?

—No, ¡qué padre!

Vicente Leñero había destacado en la llamada literatura novelesca y teatral con su obra *Los Albañiles*, que en 1963 ganó el premio Biblioteca Breve. Leñero había padecido el rechazo de la crítica literaria, generalmente desempeñada por gente mayor y elitista, por haber incorporado a su novela el lenguaje coloquial. Varios críticos llegaron a decir que, a partir de la entrega del premio a Leñero, el concurso perdía toda seriedad. Y es que bajo cualquier pretexto querían minimizar a los nuevos escritores. A José Agustín le tocaría así mismo la ración de desprecio de la crítica, que desde 1964 se conocía como La Mafía, porque controlaba los medios de expresión cultural, ya fueran revistas, estaciones de radio u oficinas de difusión, en abierta complicidad con el gobierno. Si alguien quería publicar su obra, ésta debía ser pulcra, exquisita, y oficialista.

En Mex-Abril, la revista *Claudia*, Agustín se desempeñó como redactor y reportero. Para entonces, comenzaba a escribir su segunda novela llamada *De perfil*. Tanto Gustavo Sainz como Vicente Leñero, hicieron observaciones y críticas al trabajo. Veían en él originalidad, frescura y desenfadado, relatos de adolescentes vistos desde la propia experiencia de Agustín.

En la literatura mexicana no se usaba el desparpajo, ni como rasgo psicológico de los personajes, ni mucho menos desde la óptica del narrador. Si había que hablar de jóvenes, sexo y vicios, se hacía con mucho tiento, casi con pinzas. De hecho, no existía novela mexicana cuyos protagonistas fueran jóvenes. José Agustín, influenciado por autores que habían creado héroes adolescentes (Sartre, Camus, Joyce), caracterizaba personajes transgresores, rebeldes, contraculturales, con un lenguaje nuevo:

No puedes compartir mi vivencia; no es que yo participe en esas jaladas esnobes del neomisticismo, zemierdismo, el crackerismo de Candytejas y hasta el concilionuevabolismo. Nop. Pero hay algo en la confesión digno de estudiarse: ese maestro Ottocephalo lo analiza requetebién. La confesión, desmóder polémico. No la burda, pedestre, destesticularizada confesión católica. Pero hay algo... —y alzando los ojos, implacable—: claro que soy ateísta.

En situaciones límite, como la de una violación, cualquier escritor de entonces la narraría con tintes dramáticos y lenguaje culto. Para José Agustín no había tragedia, sino ironía, no había tipos de lenguaje, excepto uno: el popular, que es universal. Escribió sobre una violación, en *De perfil*, de este modo:

—Madréenlo —dictamina Queta.

Todos sacan sus cadenas cuando Octavio chill. Entonces aparezco yo con mi tartamuda (tubo de manguera relleno de balines) y en menos que se dice cuas desmadro a la suastiquiza y huyen despavoridos.

Octavio, con lágrimas en los ojos:

—Gracias, gracias, jefectio.

Quiere besar mi mano, pero digo:

—Charros, buey —y entonces lo agarro a tartamudazos hasta que muere y queda sangrando en el suelo.

Queta Johnson no ha huido y me ve con pavor.

—¿Qué?

—Nada —contesta.

—¿Eres quinto?

Asiente, con gestos de novicia, las manos en el seno.

—Entonces, te doy pira —digo. La tiro sobre el cadáver de Octavio, donde le desgarró la ropa y etcétera etcétera.

En *Claudia*, el cuerpo de redacción terminaba el trabajo de la revista y enseguida se ponía a escribir, cada uno en su propio proyecto literario: Gustavo Sainz escribía entonces su segunda novela, *Obsesivos días circulares*; Vicente Leñero, *El Garabato*, y Agustín, *De perfil*. Sobre la personalidad de Agustín, escribió Leñero en su libro *Lotería, Retratos de compinches*:

“Era un muchacho latoso, deshinbido, ingobernable. Nunca llegaba a las diez de la mañana en punto, nunca se estaba quieto en su escritorio. Se pasaba las semanas escribiendo un horóscopo mensual que él mismo inventaba. Vaciaba cajones y desperdigaba lápices por donde quiera; llenaba de sal las azucareras... Un día, Agustín se escurrió furtivamente en el despacho del director comercial y a su saco de casimir finísimo le cortó con una navaja el nudito rematador de todos sus botones. Cuando el señor se puso el saco para correr a una junta importantísima, los botones, al tratar de ser ensartados en los ojales, se desprendieron del casimir y cayeron como piedrecitas del campo. La maldad nos dobló de risa y de pánico.”

El fanatismo de Agustín por el rocanrol aumentó cuando aparecieron los Beatles y los Rolling Stones en escena. Fiel promotor musical, quería que todos sus amigos conocieran a los Beatles, que entendieran sus letras y compraran sus discos. Algunos amigos compartieron sus gustos, pero otros no. A Gustavo Sainz, por ejemplo, no le impresionó en lo más mínimo escuchar la canción de "Satisfaction", de los Stones, puesto que él prefería los boleros y la música clásica. Lo mismo sucedió con Vicente Leñero. Pero la gran mayoría de jóvenes había quedado seducida con la música del cuarteto inglés en muchos países del mundo.

Del trabajo de José Agustín en la revista *Claudia* trascendieron un par de colaboraciones: la primera fue una semblanza sobre la actriz Julie Christie; Agustín había leído acerca de ella, notas y entrevistas, e hizo un relato en primera persona a manera de cuento. Con el título *Es que vivió en Francia*, la semblanza de Christie se publicaría, además de *Claudia*, en su primer libro de cuentos aparecido en 1968 (*Inventando que sueño*), y en la antología del mismo nombre, en 1995.

Otra de sus colaboraciones destacadas fue un reportaje sobre Acapulco que se publicó en el periódico *Reseñas*, órgano informativo de la secretaría de Gobernación. Sainz y Agustín trabajaban a la

par de *Claudia*, en *Reseñas*. El reportaje de Acapulco, como texto periodístico, cumplió su fin informativo; pero como trabajo literario José Agustín lo retomaría posteriormente para convertirlo en la base medular de su novela *Dos horas de sol*, que escribiría al cumplir cincuenta años de edad. La investigación sobre el puerto le dio otra cosa, quizá lo más importante: durante la investigación conoció a Mario Moya Palencia, entonces director general de Cinematografía, y tuvo una buena relación con él, porque Moya también era escritor. Gracias a esa empatía, Moya Palencia liberaría a José Agustín de la cárcel de Lecumberri, en 1971.

A finales de 1965, Gustavo Sainz publicó su primera novela, *Gazapo*. La había escrito desde antes pero tuvo que esperar tres años a que aceptaran su publicación, porque los apoyos a los nuevos creadores no estaban totalmente abiertos. Sainz era cuatro años mayor que José Agustín. Había en ellos una gana de escribir con mayor soltura y libertad, abandonando el lenguaje rígido. Decía *Gazapo*

Me robé un cuento de la pequeña Lulú. Gisela rió y me dijo que iría al infierno. Le dije que mejor, que el cielo estaba lleno de solteronas insipidas y de señores aburridos; que en el infierno está toda la gente interesante: artistas, perversas mujeres semidesnudas, políticos, delincuentes, magos, pintores, y bellas adolescentes muertas sin confesión.

Gustavo Sainz tuvo mucho éxito con su novela. Fue el primer joven que logró ser publicado en la editorial Joaquín Mortiz, de reciente formación. Con un importante nivel de ventas, los editores descubrieron que había un nuevo y promisorio mercado en los jóvenes, así que pusieron atención a José Agustín. Con el tiempo llegó a ser tan amplio el nivel de lectores, que los editores llegaban a una fiesta preguntando a todo muchacho si era escritor, para publicar su obra; en caso de que no lo fuera, entonces que se pusiera a escribir porque le iban a publicar.

Debido al éxito de Sainz, Agustín estaba seguro de que esta vez sí podría obtener una beca del Centro Mexicano de Escritores. Un año antes la había solicitado, pero *La tumba* no había estado lista a tiempo —como ya se mencionó—, y no la consiguió. De nueva cuenta hizo su solicitud, añadiendo un ejemplar de su primera novela y un fragmento de la segunda. Pero la beca tampoco le fue concedida. Esto provocó su enojo. Consideraba que era una injusticia, no sólo por negársele el beneficio, después de haber destacado en el taller literario, sino porque sentía que ya había cumplido con el trabajo más difícil que lleva a cabo todo escritor que comienza: las horas de corrección, de lectura, el triunfo de haber puesto un punto final a una novela terminada. Ya tenía, además, una segunda obra. Otra cosa que

le molestó fue que la beca se le concediera a Jorge Arturo Ojeda, uno de sus compañeros del taller. Ojeda y Agustín se habían enemistado desde aquella sesión en la que se discutió la edición de *La tumba*, en Mester. Jorge Arturo había sido uno de los que estuvieron en contra de su publicación, de modo que eran rivales literarios.

En ese tiempo, Agustín ya aparecía en los círculos literarios, y de pronto le hacían alguna entrevista. Inmensamente quejoso, declaró a la revista *Gente*, en abril de 1966:

"La gran mayoría de los escritores mexicanos sigue despistada. Es obvio, son viejos, física y literalmente. Por fortuna, los monstruos sagrados del subdesarrollo: Arreola y Rulfo, ya no escriben, y si lo hacen es para seguir con su 'gran preocupación estilística', 'realismo mágico', 'la ubicación de Zapotlán, Tequila y Cuantitlán en la literatura mundial', y demás zarandejas de ese calibre."

Todo esto llegó a oídos del maestro Arreola y lo tomó como una actitud ingrata. José Agustín suele ser agradecido con quienes lo apoyan y un tanto rencoroso con los que le vuelven la espalda en algún momento. También es cierto que todo escritor tiene su maestro y tarde o temprano deberá seguir su vuelo prescindiendo de él. Aquella controversia en la que se hallaba Agustín, criticando al maestro en cuanto salía a colación, terminó de dibujar la enemistad entre él y Jorge Arturo Ojeda; pero a la postre pudo ser benéfica: Jorge Arturo es uno de los escritores que ha dedicado gran parte de su obra al estudio de la producción literaria y la vida de Juan José Arreola. José Agustín se reivindicaría con el maestro muchos años después, como lo explicó en *Excélsior* (septiembre 11, 1988):

"Jorge Arturo me contó que a Arreola le dolieron mucho las pedradas que le asesté en *Gente*. Todavía en el año de 1967, Arreola me dio la oportunidad de sacarme la espina. En un homenaje que le hicieron en el Museo de la Ciudad de México, le pidieron que eligiera a una persona para que lo entrevistara; él no escogió ni a Jorge Arturo ni a Fernando del Paso: me eligió a mí, y yo me comporté terriblemente virulento en su contra. Y si lo anterior le había dolido, esta segunda revocada le dolió muchísimo más. Fue hasta 1976 cuando logré hacerle ver que todo eso había sido una serie de exabruptos parricidas que no tenían que ver con la admiración que siento por él como artista, ni con el profundo agradecimiento que le tengo como mi maestro que fue."

Gustavo Sainz presentó a sus editores con José Agustín. Uno de ellos, Luis Guillermo Piazza, entonces gerente editorial de Novaro, accedió a publicar *La tumba* en la colección de libros de bolsillo, con el título *Revelaciones de un adolescente*. A José Agustín le disgustó la idea de aparecer en esa colección: él aspiraba al reconocimiento del medio intelectual y también al éxito entre el gran público.

Su ingreso a las mejores series editoriales se dio por casualidad y suerte. Tanto Rafael Giménez Siles, editor y codueño de las librerías de Cristal, como Emmanuel Carballo, crítico literario, tenían el proyecto de publicar autobiografías de los escritores jóvenes del momento, como Vicente Leñero, Carlos Monsiváis, Juan Vicente Melo, Juan García Ponce, Salvador Elizondo, Homero Aridjis, José Emilio Pacheco, Gustavo Sainz y muchos otros. Con Gustavo Sainz, Agustín logró llevar su material a Giménez Siles y Emmanuel Carballo. A ellos les gustaron tanto las novelas, que apoyaron a Agustín para que *De perfil* fuera publicada en la editorial Joaquín Mortiz, y le pidieron que escribiera su autobiografía. Al mismo tiempo, ayudaron a que *La tumba* apareciera en la colección de literatura de la editorial Novaro; todo ello, con una sola llamada telefónica, en la que afirmaban que sus librerías comprarían dos mil ejemplares si lo publicaban.

Aquella tarde que recibió el apoyo directo de los editores, Agustín llegó a casa radiante de felicidad. Gerardo de la Torre y René Avilés lo desencantaron:

“Le dijimos que desconfiara de los editores, que eran falsedades, que no debía fiarse de los críticos: eran muy volubles. Lo decíamos por jodones, no por envidia, porque la cara de gusto no se la borraba nadie. Tanto le dijimos, que su alegría terminó por opacarse completamente, y en la noche terminó sumamente deprimido. Finalmente, Carballo cumplió todo lo que prometió.”

Emmanuel Carballo hizo el prólogo a todas las autobiografías planeadas y fue impulsor de Agustín, también fue el primero en empatar su estilo con el de Gustavo Sainz, que, en lo sucesivo, haría que los dos alcanzaran la fama. Sobre la obra de Agustín opinaba:

“Es un punto de partida que abre a la prosa mexicana nuevas perspectivas en lo que se refiere a los temas, las estructuras, el estilo y, sobre todo, la manera de contemplar lo que pasa en el mundo... Lo que más me interesa de *La tumba* es el estilo, en apariencia de primera intención (y en el fondo concienzudamente elaborado): como ella, es irrespetuoso, dinámico, alegre, incisivo, caricatural y, sobre todo, gozosa y desenfadadamente presidido por el humor. *De perfil* es una obra que entusiasma entre

otras cosas por la manera como está escrita; el autor se solaza en los juegos del idioma: se permite corromper las palabras tradicionales, y de tales corrupciones surgen vocablos tan bárbaros como significativos... Si he de ser ingenuamente sincero, tendré que decir que *De perfil* es la novela mexicana más importante que leído desde que en 1958 aparece *La región más transparente*, de Carlos Fuentes."

Al año siguiente, aparecerían simultáneamente los tres primeros libros de José Agustín. Las editoriales le abrirían decididamente las puertas, aunque de la crítica literaria obtendría una rotunda descalificación.

X. AL BORDE DE LA GUILLOTINA

Todo parecía indicar que los libros de Agustín aparecerían a la venta sin mayores problemas. Sin embargo, uno de los accionistas de la editorial Novaro leyó *La tumba*, cuando ya estaba impresa, y decidió que debían guillotinar la edición de cinco mil ejemplares, porque le parecía una burla para la literatura. Era uno de los primeros juicios desfavorables que se acercaban.

Luis Guillermo Piazza, gerente editorial de la misma empresa, defendió la obra y logró impedir su desaparición. Una de las armas de las que se valió para apoyar el libro fue la reproducción de declaraciones a favor de la novela, que hicieron varios escritores, entre ellos Gustavo Sainz, Vicente Leñero, Emmanuel Carballo, Gabriel Careaga, y Francisco Zendejas, en el periódico *Excelsior*.

José Agustín estaba pendiente de lo que sucedía, y el día 6 de marzo de 1966, leyó en el periódico una entrevista con Juan Rulfo. Hablaba de la trascendencia de su obra y sobre los nuevos valores literarios:

—¿Es verdad que un ejército de escritores nuevos harán polvo su obra junto con la de Arreola?
—pregunta el reportero.

—Así es —contesta Rulfo—, y me parece muy bien.

—¿Cuáles son las obras que liquidarán el pasado? Se dice que una de ellas es *La tumba*, de José Agustín...

—Sí, claro. Es una novela extraordinaria, de grandes ambiciones.

Juan Rulfo desconocía por completo la obra; sin embargo, no podía admitir públicamente que ignoraba algo acerca de un libro. José Agustín transcribió su declaración y la llevó con Luis Guillermo Piazza para incluirla en los comentarios a favor de la novela. Cuando Rulfo conoció *La tumba*, y leyó sus propias palabras, sintió mucho desprecio por Agustín; en el Centro Mexicano de Escritores, donde era uno de los directivos, hizo toda clase de críticas contra la obra.

Cuando los reporteros entrevistaron a José Agustín acerca de su libro, aprovechó para refutar la crítica de Rulfo. Quizá no lo movía el rencor, porque, en realidad, nadie logró detener sus publicaciones; lo que sucedía era que Agustín sentía la obligación de defenderse de todo comentario adverso. Esas diferencias con Rulfo se mantendrían por muchos años. Rulfo diría que la "literatura de la onda", era la

literatura payasa, y José Agustín respondería, escribiendo: "Tequila ruco Rulfo, siniestro, usted caminará sobre su propia guácara".⁷

Lo cierto es que la declaración de Rulfo sirvió para que la obra tuviera un respaldo. La primera edición que llevó el título *La tumba, revelaciones de un adolescente*, agotó sus cinco mil ejemplares y pronto volvió a editarse, ya sin la segunda parte del título. A los juicios a favor se sumaron comentarios de Salvador Novo, Efraín Huerta, Carmen Galindo, Rafael Solana y Ramón Xirau.

En septiembre del mismo año, 1966, apareció la autobiografía de José Agustín, y su segunda novela, *De perfil*. Una muestra de la posición de los intelectuales hacia su obra, es la ilustración que Luis Spota ordenó que apareciera al lado de una reseña de Huberto Batis: se trataba de la silueta de un burro de perfil, que decía "José Agustín, *De perfil*".

La aparición de sus libros fue un suceso un tanto desafortunado y mal recibido por la crítica. Veinte años después, *De perfil* sería considerada una de sus novelas más importantes, y la protagonista del llamado *parteguas* en la literatura mexicana. Muchos lectores nacidos en la década de los cuarenta y cincuenta, señalan que esa novela les produjo un gran descubrimiento: como en ningún otro texto literario, vieron que los personajes eran jóvenes como ellos. Esa novela desmoronó la posibilidad de hacer tediosa una lectura de más de trescientas páginas. El dramaturgo Hugo Argüelles comenta:

"*De perfil* me parece su primera gran obra. Aún se mantiene como una novela que inaugura un modo de contar, un lenguaje que, amén de la temática que mostraba: el estudio de la juventud de entonces, tenía ya un estilo que configuraba a un narrador de polendas, que brillaba y divertía. Para mí fue toda una revelación encontrar que alguien tan joven tuviera ese poder de expresión; una prosa tan fluida y un tono tan desenfadado, que se hacía realmente placentero leer. Yo conocía a José Agustín y me constaba que tenía muchísimas lecturas, de las mejores."

El cineasta José Buil, quien también la leyó siendo muy joven, escribió al respecto:

"Los jóvenes no sabíamos nada de lo que la vida nos deparaba y, sin embargo, estábamos dispuestos a encontrar una novia sin miedo a perder la virginidad, un amigo tan desorientado como nosotros, un lenguaje, unos pantalones como los de Jim Morrison, una buena forma de alivianarse, y un buen libro. Un libro que respondiera a nuestras broncas más urgentes: Cómo sobrellevar la soledad, cómo escapar

⁷ En *Se está haciendo tarde (final en laguna)*.

de la familia, cómo masturbarse sin remordimientos de culpa, cómo hablar con las muchachas, cómo darse un toque y entrar a clase sin que el maestro lo notara, cómo responder a las eternas agresiones de la policía, o de los adultos que odiaban a los Beatles. En medio de todas esas inquietudes que ahora podrían causar risitas irónicas, aparecieron los libros de José Agustín. *De perfil* mostraba un personaje que se parecía a nosotros y se movía en barrios y lugares conocidos. Significaba que nuestra cotidianidad también podía ser expresada, de manera muy parecida a nuestra sintaxis oral, con nuestras palabras y palabrotas, albures y chascarrillos de toda índole. El autor nos decía que nuestro lenguaje valía, para definir un mundo que trataba de existir de manera diferente al que nos había heredado el desarrollo institucional de la revolución mexicana."

Gustavo Sainz y José Agustín eran la novedad literaria, la mancuerna de mayor fama. A mucha gente le dio por oponerlos. Decían que uno de los dos era el aficionado y el otro era el escritor. Ellos estaban conscientes de esa situación y no les afectó en su momento (A principios de los años ochenta, su amistad se deterioró, porque Sainz manifestó, en alguna conferencia que dio en los Estados Unidos, que él había formado a José Agustín.)

La fama trajo muchas cosas consigo: en primer lugar, lo afianzó en las editoriales, que esperaban que escribiera otra cosa para publicársela. Por otro lado, amainó el recelo que sentía por él su suegro, don Luis G. Bermúdez. El reconocimiento que tenía Agustín, aunque en proporción mínima todavía, lo colocó ante los ojos de don Luis en una posición más honorable.

Para las "buenas conciencias" de la época, las nuevas novelas fueron un escándalo. Con José Agustín sucedería un poco más tarde, pero con el libro de Gustavo Sainz, *Gazapo*, la censura fue inmediata: Mario Froylán, un maestro de Moral en el Colegio Madrid, recomendó a sus alumnos, libros como el de *Rocco y sus hermanos*, *El diablo y las mujeres*, y *Gazapo*. A los pocos días, el profesor fue llamado por el director del Colegio y lo despidió, con el argumento de que había recomendado el "libro pornográfico" de Gustavo Sainz, a alumnos de buena familia. Este caso volvería a repetirse en más de tres ocasiones con los libros de Agustín; no sólo serían despedidos dos profesores de literatura, sino que José Agustín padecería directamente la censura en diversos medios de comunicación: el cine, la televisión, el teatro, la prensa y hasta en las librerías.

Hacia 1967, Agustín abandonó la revista *Claudia* y fue colaborador del periódico *El Día*, por invitación de Arturo Cantú, directivo de la plana cultural. Escribía tres notas a la semana sobre rock, que era el tema que mejor conocía: fiel radioescucha, lector de revistas especializadas y coleccionista de

discos. También escribió sobre literatura, pero fue reconocido principalmente como crítico de rock. En alguna ocasión, Gustavo Sainz lo invitó a hablar sobre música en Radio Variedades. De esa manera tuvo su primer y único programa de radio llamado "José Agustín comenta el hit parade".

Otra de sus colaboraciones fue la redacción del epílogo a las obras completas de José Revueltas, editadas por Empresas Editoriales. José Agustín admiraba, como muchísimos jóvenes, a Revueltas: era el ideólogo de los movimientos del proletariado, eternamente atacado por el gobierno. (Desde los quince años había sido encarcelado en las Islas Marias por su participación en la lucha de los ferrocarrileros, a finales de la década de los cincuenta. Jamás abandonó la disidencia. Toda su vida fue un reo político que entraba y salía de la cárcel con el cargo de disolución social (delito que en la actualidad se conoce como "subversión"), y que fue el pretexto para que el gobierno pudiera encarcelar, con base a Derecho, a estudiantes, líderes de izquierda y jipis.)

Varios críticos señalan que en la obra de Agustín se encuentra la influencia revueltiana: la crítica feroz contra el gobierno; la disidencia, la inconformidad. Agustín tuvo contacto con Revueltas durante la recopilación de su obra. Volvería a encontrarse con él tres años después, en la cárcel de Lecumberri: los dos estarían presos, aunque por motivos muy distintos.

En esa época, las diferencias ideológicas entre escritores se resolvían de frente y a golpes. (En la actualidad, las "riñas" literarias se resuelven por el medio epistolar, a través de notas periodísticas, o, cuando mucho —dice Emmanuel Carballo—, se avientan la copa de vino.) Uno de los altercados que tuvo Agustín fue con Salvador Elizondo, quien había hecho una crítica adversa, de sus novelas. Agustín se presentó en casa de aquí:

—¿Tú eres Salvador Elizondo?

—Sí.

—Yo soy José Agustín.

—Ah, mucho gusto.

—"Mucho gusto", ni madres. Escribiste cosas en mi contra.

—Ah, sí, es que me parecía que/

—Nada, cabrón. No vuelvas a escribir contra mí.

—Bueno, cálmate; vamos a discutirlo.

—Discutir, ni madres. Sal a la calle, que te voy a romper el hocico.

Y se dieron de golpes. Elizondo no volvió a escribir una sola línea sobre José Agustín.

Otro de sus enfrentamientos fue con el periodista Agustín Granados, cuando eran estudiantes en la UNAM. Granados era un hábil golpeador y Agustín entendía que estaba en desventaja. A punto de iniciar la riña, José Agustín le tendió una trampa:

—Quitate el suéter —exigió.

Granados, desconcertado, empezó a quitárselo. Y justo cuando tenía la prenda cubriéndole la cabeza, Agustín le asestó un certero golpe en la cara.

Si había alguien, verdaderamente conflictivo en el medio literario, era Parménides García Saldaña. Aterrorizaba a todos, por simple gusto suyo, a Elena Poniatowska le rompió a patadas la puerta de su casa; a René Avilés y Gerardo de la Torre los acusó en Gobernación por ser "rojos" (comunistas), a manera de broma. Parménides era un joven escritor y adinerado rebelde. Curiosamente, con quien se llevaba muy bien era con José Agustín; aunque también llegó a abusar de su confianza. Un día, mientras Agustín escribía una nota para el periódico, Parménides se detuvo a observar su colección de discos. Todo aquel que no era de su agrado, lo tiró al suelo y lo rompió a pisotones. Agustín se enojó muchísimo y lo sacó de la casa. Generalmente, cuando iban a una cantina, Parménides terminaba totalmente ebrio y ofendía a los policías:

—¿Qué me ves, pinche tira ojete? ¿Quién eres tú?, un pobre pendejo. Yo, en cambio, he leído a Cortázar, a Bellow, a Mailer, a Revueltas...

Siempre caía en una delegación de policía, y sus papás tenían que ir a pagar la multa para sacarlo. Parménides moriría muy joven, luego de haber llevado una vida desatada: probó todas las drogas posibles, sufrió un daño cerebral a causa de un cachazo que le dio un policía, quedó deteriorado de una pierna cuando lo atropelló un camión, fue internado muchas veces en hospitales psiquiátricos, y otras tantas estuvo en la cárcel. Como escritor produjo muy poco, menos de cinco libros. Pero, por su estilo narrativo, sería ensamblado al lado de José Agustín, Gustavo Sainz, René Avilés y Gerardo de la Torre, en la llamada "literatura de la onda".

José Agustín fue llamado por Carlos Velo para llevar su novela *De perfil* al cine. Velo, además de tener mucho prestigio por la reciente filmación de la película *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, era esposo de Angélica Ortiz, productora de cine y madre de la actriz Angélica María. La intención de Carlos Velo era hacer un cine nuevo, distinto, un cine de jóvenes. Como José Agustín se había distinguido por esa frescura en la literatura, Velo y Angélica Ortiz le compraron los derechos sobre la novela. Agustín consideró que debía hacerse cargo de los guiones: por una parte, le pagarían mejor, y por otra, no se perdería la riqueza del lenguaje, que era su propuesta literaria. El cineasta aceptó las

condiciones e incluso llevó a José Agustín a que conociera las técnicas de cine, que no había podido practicar en el CUEC, por salirse muy pronto de la escuela y por falta de recursos técnicos.

Agustín se ilusionó profundamente con la posibilidad de ver su novela en el cine. Sin embargo, el proyecto se vino abajo cuando Angélica Ortiz decidió que *De perfil* debía esperar, y, en su lugar, propuso que corrigiera el guión de *Ángel o demonio*, escrito tiempo atrás por Fernando Galiana. Deseaba producir esta película y dar el estelar a su hija. (Angélica Ortiz tenía los medios económicos y de difusión para realizar cualquier capricho. Fue una mujer muy importante dentro del mundo del espectáculo, pero no se puede ignorar su voracidad hacia cualquier proyecto que le resultara más redituable y acrecentara la fama de Angélica María.)

El viraje a la producción de la novela fue solamente uno de los que vendrían después. Angélica Ortiz daría a José Agustín otros trabajos de guionismo, se los arrebataría a las primeras de cambio; lo acercaría a su hija Angélica y luego se interpondría entre ellos; aplaudiría el éxito de Agustín, pero también le echaría en cara los fracasos. Y no obstante sus exigencias, fue a quien Agustín le tuvo la mayor gratitud: ella lo sacaría, con el apoyo de Mario Moya Palencia, de la cárcel de Lecumberri.

XI. EN LAS MIELES DE LA FARANDULA

La entrada de José Agustín al medio cinematográfico, al lado de Angélica María, daría un giro radical a su vida. La fama llegó de una manera arrolladora y no supo administrarla. En entrevistas, conferencias, mesas redondas y demás actividades culturales, que lo consolidaban como un personaje público, Agustín admitía estar en pleno desarrollo; pero reconocía, sin modestia, que estaba bien dotado para la literatura, y siempre había sido ambicioso, temerario y audaz. En 1967, su vida, aparentemente establecida, se convertiría en un caos a partir de una segunda tragedia: la muerte de su hermana Yolanda.

Los problemas empezaron una noche que la señora Angélica Ortiz le hizo un comentario, mientras trabajaban en el guión cinematográfico de *Angel o demonio*, que llevaría el título definitivo de *Cinco de chocolate y uno de fresa*:

—Oiga, Agustín, ¿no se ha dado cuenta que Angeliquita está muy entusiasmada con usted?

Hasta ese momento, Agustín no había reconocido su interés por Angélica María, la máxima estrella juvenil del momento, puesto que él nunca había sido infiel en su matrimonio. Sin embargo, la confesión de la señora Ortiz, que más bien fue inducción, le dio la certeza de que Angélica también se sentía atraída por él.

Angélica María era llamada la Novia de la juventud, título de la farándula que nadie ha logrado arrebatarse aun al paso de los años. Tenía veintitrés años, la misma edad de Agustín, y era una joven muy talentosa, guapa, carismática, el ideal de los muchachos. Su madre no sólo estaba al tanto de su éxito, conduciéndolo siempre a una cima más alta, sino también buscaba su lucimiento: no había nada mejor para ella que un noviazgo entre la actriz y el escritor de moda.

José Agustín y Margarita se había mudado a la calle de Mérida 37. Agustín empezó a llegar tarde a casa. Disfrutaba especialmente la compañía de la señora Ortiz, pues había despertado su necesidad de la protección materna. Por otro lado, Agustín y Angélica María comenzaban a salir juntos. Después de unos meses inició el noviazgo.

En un principio, Agustín no tuvo el valor de confesar a Margarita que Angélica y él habían decidido vivir juntos. Primero estuvieron unos días en el hotel Amazonas y después alquilaron un departamento en la calle de Río Marne, en la colonia Cuauhtémoc. Sólo que ese departamento quedaba a unas diez cuadras de Mérida 37.

La tensión de trabajar en el guionismo, dejar a Angélica en el departamento, y enseguida emprender el retorno a la casa de Mérida, fue tremendamente desgastante para Agustín. Además, tenía sobre los hombros la autoridad de la señora Ortiz, que lo había acercado a su hija. Aunque la primera noche que pasarían en el departamento, la señora Ortiz se llevó a Angélica María para su casa. Después le permitió volver.

Agustín no deseaba romper su matrimonio. Estaba seguro de poder controlar esa doble vida. Margarita empezó a notar la distancia, sus ausencias y titubeos. Llegó el momento que Agustín confesó su infidelidad.

—¿Con cuál Angélica andas? —preguntó confundida Margarita, a sabiendas de que la señora Ortiz le tenía un cariño excesivo a Agustín.

—...con Angélica María.

Para entonces, el romance era público y la única que lo ignoraba era Margarita.

—Yo me voy, Agustín —dijo, contrariada—. Y me voy de México. Esto no lo puedo aguantar.

¿Qué hago yo?

Margarita tuvo deseos de huir muy lejos. Sabía de lo espectacular que resultaba un romance de la actriz, y no podía aceptar tal humillación. En ese tiempo, estudiaba francés en el IFAL. No tuvo la suficiente serenidad como para ver la posibilidad de solicitar una beca en el Instituto e irse a Francia. Lo único que sabía era que no iría a ningún lado sin dinero. A los veintidós años de edad y cuatro de casada, era imposible decidir cómo organizar su vida de un momento a otro.

“Fue muy doloroso para mí; un valde de agua fría porque yo sabía que Agustín me quería, se desvivía por mí, teníamos todo un mundo formado de amigos, de arte. De pronto, todo se rompía en pedazos. Agustín y yo, sin embargo, éramos muy amigos: entonces traté de comprender lo que sucedía. Nunca intenté molestar a Angélica porque se me hacía una chava muy linda y no debía odiarla. Le tuve el respeto que pude; no me movía más que el amor tan grande que tenía por mi esposo. Angélica también me respetó. Después supe que Angélica Ortiz decía estar muy contenta con la relación de Agustín y su hija, y que yo estorbaba.”

Agustín rogó a Margarita que se quedara. Decía que todo eso era pasajero. Mantuvo por unas semanas esa relación hasta que, irremediamente, terminó por intensificarse en Río Marne y no en Mérida. Margarita se sentía muy desorientada. A veces salía corriendo a la calle a buscar a José Agustín

porque quería que estuviera con ella y no con Angélica. Durante unos seis meses se fue a vivir a casa de sus padres y siguió estudiando francés.

Para entonces, ya había penetrado en México la ola de la psicodelia: ese mundo nuevo, de colores brillantes y olores a incienso y marihuana que proponía el movimiento jipi como rito de iniciación a una nueva vida. Los acontecimientos en el mundo dibujaban un caos: el asesinato del presidente John F. Kennedy, de Luther King, del Ché Guevara, la guerra de Vietnam, los movimientos estudiantiles en diversas partes del mundo, principalmente en París. Urgía un cambio, un renacimiento. Muchos jipis llegaron a México tras escapar de las filas que los enlistarían camino a Vietnam. La mayoría eran jóvenes de clase media cuyos padres les habían dado su fortuna para que partieran lejos y no tuvieran que enfrentarse a la muerte. José Agustín se identificaría muchísimo con las ideas de transformación de la psicodelia.

A pesar de que Agustín cuenta que su relación con Angélica fue algo muy profundo e intenso, que a los dos les dejó una huella, algunos amigos de Agustín no creen en aquel sentimiento. Consideran que lo sedujo el destello que le provocaba ser el compañero de la Novia de la juventud, al grado que, cuando a Agustín le presentaban alguna persona, respondía:

—Juventud Ramírez, a sus órdenes.

En contraparte, Elena Poniatowska afirma en su libro *¡Ay vida, no me mereces!*, que José Agustín se moría de amor por Angélica, y que incluso andaba "ojeroso y desfajado". Los hermanos de José Agustín reconocen que había en él un gran entusiasmo por sus nuevos proyectos en el cine, y mucho cariño hacia la actriz, aunque ninguno es capaz de asegurar que estuviera realmente enamorado. Los cambios que sufrió la relación con Margarita, hicieron que ella tomara una decisión.

"Ya no pude más y me fui a vivir a Acapulco con su hermana Hilda. Luego anduve de casa en casa con amigos. Vivía dos meses con una, y luego con otra. En Acapulco conocí a Gino, un canadiense de 35 años. Había llegado al Puerto a vivir con sus amigos jipis. Ellos tenían dinero, pero en el fondo querían instalarse para vender mota. A Gino le interesaban las ciencias ocultas: tenía libros de budismo y yoga. Para mí fue un mundo distinto porque él parecía gozar de una paz interior que contagiaba. Fue un relax conocerlo. Anduvimos juntos un tiempo; Gino me decía que probara la marihuana para que mi vida interior cambiara, que buscara la naturaleza y me alejara del daño que me producían tantos recuerdos. Nos fuimos a vivir a una cabaña en Copacabana. A pesar de que todo ese mundo de los jipis era bello,

muy natural y regocijante, yo estaba consciente de lo que llevaba dentro: un amor irremediable por Agustín."

A veces, Margarita llegaba a México en busca de la reconciliación, y Angélica María manifestaba a José Agustín el desagrado que le producía saber que Margarita estaba cerca. Quizá estaba consciente de la imposibilidad de que Agustín se desprendiera completamente de su esposa. Angélica coleccionaba novios, como lo ha dicho públicamente en varias ocasiones, pero también exigía una absoluta fidelidad.

Por otro lado, la señora Ortiz deseaba que su yerno fuera productivo. Agustín comenzó a escribir canciones que pudiera interpretar Angélica María; si había algo que le disgustaba de ella eran las letras sosas de su repertorio musical. La presión que la señora Ortiz ejercía sobre Agustín se comprende en un fragmento de su segunda autobiografía, *El rock de la cárcel*: "Angélica Ortiz quería que yo escribiera algo muy chingón para Angélica María. Yo también, pero no se me ocurría nada. Una noche me estuvo jode y jode para que le escribiera la Historia Perfecta, ¿qué no la quería?, ¿no que su hija debía hacer cosas muy fregonas?" En esas circunstancias escribió el cuento *Cuál es la onda*, que aparecería en *Inventando que sueño* un año después. Ese cuento es uno de los que contienen un juego tipográfico y de lenguaje, ya muy común en el estilo de Agustín. Aunque es probable que la historia tenga como trasfondo el desorden sentimental que vivía:

*Si, Requelle Belle, dijo él con galantería,
y vaticinó:*

apuesto que eres una cochina intelectual.

Claro, dijo ella, no ves que digo puras estupideces.

Eso mero; digo, eso mero pensaba; pues chócala, Requilla, yo también soy intelectual, músico de la nueva bola y todo eso.

Intelectonto, Olivista: exageras diciendo estupideces.

Así es, pero no puedo evitarlo: soy intelectual de quore matto; pero dime, Rebelle, quiénes eran los apuestos imbéciles que acompañábante.

Amigos míos eran y de Las Lomas, pero no son intelojones.

Ni tienen, musitó Oliveira Lépero.

*Y aunque parezca
increíble, Muchacha comprendió.*

*Y hasta le dio gusto, pensé,
qué emoción, estoy en un hotel con un tipo ingenioso y hasta gro
se*

ro

te.

La tercera ocasión que solicitó la beca del Centro Mexicano de Escritores, tuvo éxito. Con la beca escribió su primer libro de cuentos titulado *Inventando que sueño*, cuyos textos reflejan el mismo estado anímico que el anterior, ya citado: la incertidumbre, confusión, la ficción —género que no había explorado y no sería su fuerte—, y la experimentación con el lenguaje y las estructuras.⁸

José Agustín se había saturado de actividades: debía hacer sus notas para el periódico *El Día*, terminar su libro y cumplir con la beca que le habían otorgado, continuar sus prácticas en el cine, e idear un guión adecuado para Angélica María. En medio de todo, debía sacar adelante su vida amorosa. A veces no le daba tiempo de leer por completo un libro para reseñarlo y entregar una nota al periódico, así que optó por inventar libros y autores y figurar una crítica literaria. El problema fue que resultaron tan verosímiles, que los editores andaban a la caza de esos libros tan importantes de los que hablaba. Cuando se descubrió la verdad, Agustín empezó a tener problemas en el periódico.

El motivo de su renuncia al diario, a finales de 1967, se dio a partir del primer libro de René Avilés Fabila, *Los juegos*. Era una novela donde satirizaba a los intelectuales mexicanos; decía que Carlos Monsiváis había sido encontrado en un concurso de Mister México entusiasmado por el desfile de hombres robustos; que José Luis Cuevas era el "culey"; Luis Guillermo Piazza violaba a un muchacho que salía de una parroquia; al presidente de la República se refería como "el pendejo"; y, en fin, aparecían todos los escritores en situaciones escandalosas.

José Agustín se entusiasmó tanto con ese libro que ayudó a su promoción; pero el editor Joaquín Díez Canedo no estaba dispuesto a publicarlo. El día que René y Agustín llevaron el texto, dijo don Joaquín:

—Yo no voy a ir a la cárcel por este libro. Le voy a dar un consejo, René: quémelo. Le va a causar muchas enemistades.

⁸ Aunque de esos seis textos tendría dos grandes aciertos: uno de los cuentos (*La casa sin fronteras*) se convertiría en película española, y el otro (*Amar del bueno, juegos de los puntas de vista*), recorrería antologías y sería publicado de manera independiente en dos ocasiones: por el gobierno del estado de México, en 1986, y la editorial Grijalbo, en 1995.

Pero a ninguno de los dos les importó el riesgo y consiguieron fondos para hacer una edición de autor. El libro tuvo tanto éxito que en dos meses vendió sus dos mil ejemplares, y, con ese dinero, René Avilés pagó la segunda edición. El precio adicional que tuvo que cubrir por *Los juegos*, fue ser despedido del periódico *El Día*. Y José Agustín, enseguida, presentó su renuncia.

Angélica María fue una de las personas que cooperaron para la edición de *Los juegos*. En un principio, René se mostraba reacio a aceptar la ayuda puesto que Angélica le parecía antipática. Cuando supo de su relación con Agustín, René se molestó. José Agustín le había llamado por teléfono una noche:

—Quiero hablar contigo, René. Me urge, mano.

Se reunieron en una cantina del Centro.

—Estoy enamorado de Angélica María —dijo—. Voy a separarme de Margarita.

"La noticia me pareció espantosa. Era terrible, porque había días en que nos reuníamos José Agustín, Margarita, mi esposa Rosario y yo. Pero al día siguiente nos reuníamos sin Margarita, y, en su lugar, Angélica María. Para mí era algo muy incómodo: Angélica llegó a hablarme por teléfono en alguna ocasión para pedirme un consejo amoroso. Obviamente no se lo pude dar: nunca he sido la doctora Corazón. Y si no puedo resolver mis problemas amorosos, cómo chingados voy a resolver los de los demás."

La familia Ramírez había comenzado el año con una preocupación: la hermana menor, Yolanda, estaba embarazada. Tanto ella, como su esposo Gerardo de la Torre, estaban conscientes de que no era posible la maternidad, porque Yolanda padecía del corazón. Acababa de recuperarse de la trombosis y debía tomar anticoagulantes para evitar un desequilibrio en la circulación de la sangre. No podía tomar pastillas anticonceptivas porque también le perjudicaban; pero ya había tomado la decisión de ser madre, aunque perdiera la vida. Sin decirlo a nadie, procuró quedar embarazada hasta conseguirlo. Al anunciar su estado, la familia no pudo hacer otra cosa más que apoyarla. Un aborto era igualmente riesgoso, aunque resultaba una posibilidad que Yolanda jamás quiso considerar.

En noviembre de 1967 Yolanda dio a luz a una niña. Logró superar el trabajo de parto y en un par de días ya estaba en su casa con su esposo y su hija. La familia celebró su salud, y Angélica María le regaló un enorme perro de peluche. Tres días más tarde, Yolanda sufrió un paro cardíaco y murió.

Doña Alicia, la madre de Gerardo, y su hermana Silvia, se hicieron cargo de la niña. Gerardo no sabía qué hacer y sólo se encerraba en su cuarto a beber. Hilda Ramírez, la hermana de Agustín, sentía la obligación y el enorme deseo de cuidar a la niña; sin embargo, doña Alicia nunca lo permitió.*

José Agustín resintió mucho la muerte de su hermana. Tenía una profunda sensación de vacío. Se acentuaba su temor al fracaso. Margarita empezó a fumar marihuana con la certeza de que algo cambiaba en su interior, y lo invitó a que también fumara. Agustín se resistió, porque consideraba a las drogas como un asunto de hedonistas. Poco a poco fue aceptando la idea. Al año siguiente comenzaría su larga búsqueda en la sicodelia.

* Con el paso de los años, doña Alicia se volvió mucho más celosa y posesiva. Cuando falleció, quince años después, su nieta Yolanda se fue de la casa en busca de su independencia. Actualmente, Yolanda de la Torre Ramírez tiene 29 años, y vive con su padre, Gerardo. Es guionista de televisión y poeta.

XII. LAS REVOLUCIONES

El año 1968 fue un año de cambios y luchas en todo el país, mismos que sacudirían la historia de México. En el estado de Morelos Rubén Jaramillo encabezaba una nueva lucha zapatista; en Guerrero, Genaro Vázquez Rojas —Los Cívicos—, al lado del profesor Lucio Cabañas; en la Ciudad de México, José Revueltas apoyaba el movimiento estudiantil; en Chihuahua, Arturo Gámiz García —Liga 23 de septiembre—, en los sindicatos disidentes, Vallejo y Valentín Campa. Los jóvenes se habían negado a adoptar una actitud pasiva y obediente al sistema de gobierno y apoyaban todos los movimientos de lucha. Protagonizaron el cambio, pero cientos de ellos serían asesinados a traición, desaparecidos y detenidos en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco, junto con vecinos y periodistas.

José Agustín comenzó el año con la noticia de que Margarita tenía experiencias con marihuana y ácido lisérgico. Con Angélica María no todo marchaba bien, tenían frecuentes discusiones. El motivo de sus peleas es difícil de desentrañar; Angélica María no acepta entrevistas sobre su relación y él es muy reservado para hablar del tema.

Margarita reconoce que estuvo presionando a José Agustín para que probara la marihuana, diciéndole que conseguiría la paz interior y no había otra manera de salvar su matrimonio. El primer viaje con ácido lisérgico que tuvo Margarita es muy simbólico y refleja sus verdaderos temores:

“Me fui con Gino a Puerto Vallarta durante un mes, a vivir junto al río de Mismaloya, que estaba lleno de jipis. Gino me dio una dosis muy fuerte de LSD y la experiencia fue tremenda. Comencé a ver que a mi lado nacía un árbol. Yo estaba recostada y lograba verlo salir de la tierra. Crecía, se ensanchaba hasta hacerse muy alto. Podía ver claramente que al árbol le costaba mucho trabajo crecer; la tierra se dolía por el nacimiento de las raíces. Entonces empecé a compartir ese dolor y sentí irritación por todo: me molestaba el río, la luz, la tierra; me dolía el cuerpo, cada pensamiento. Gino fue a buscarme para ver cómo estaba y yo seguí alucinando: como Gino era tauro, le vi unos cuernos enormes y empecé a hablar en otro idioma. Cuando todo pasó, se mantuvo dentro de mi aquel dolor que había sentido y decidí partir. Le dije a Gino en la terminal de autobuses: Goodbye, mano.”

Cuando Margarita regresó a su departamento de Mérida 37, se llevó la sorpresa de encontrar ahí a Angélica María y José Agustín.

—Vengo a ver a mi esposo —dijo, sin escandalizarse.

—Ah, sí. Se está bañando.

Al salir del baño, José Agustín conservó la calma y trató de ocultar su asombro. Angélica se despidió de ellos, y Agustín la acompañó a tomar un taxi para que no se le echaran encima sus admiradores.

“Agustín me contó, poco después, que tenían ya muchas peleas, y cuando Angélica me vio llegar, aprovechó la oportunidad para despedirse definitivamente. Nos quedamos juntos, pero otra vez no funcionó. Y es que en ese momento yo ya había entrado en una etapa distinta: sentía que algo en mí había avanzado hacia la madurez, y Agustín estaba en el mismo sitio; su mundo permanecía intacto.”

La versión de José Agustín, en su segunda autobiografía, sobre aquella tarde en que Margarita y Angélica se encontraron en el departamento, es distinta:

Una tarde que Angélica María y yo pensábamos pasarla tranquila en casita, fui a la esquina a telefonarle a Augusto Elias. Regresé bien contento porque había obtenido una chamba perfecta. Para mi absoluto horror encontré a Angélica y a Margarita hablando de mí. Margarita había llegado intempestivamente de Puerto Vallarta y Angélica estaba fumando, después de meses de no hacerlo. Qué pesadilla.

Lo cierto es que ese encuentro provocó la separación de Angélica y José Agustín, y las circunstancias no favorecieron la reconciliación entre él y su esposa. Como no lograron entenderse, Margarita partió nuevamente. Por unas semanas estuvo en casa de una amiga, y después viajó a Vancouver, donde la esperaba Gino.

Por el cruce de testimonios, que no de declaraciones directas de Angélica, es evidente que le disgustaba que Agustín quisiera proteger a Margarita. Agustín se sentía culpable, tanto de la situación que atravesaba su esposa, como de la titubeante relación que sostenía con Angélica. Es un hecho que ella se alejó porque no soportaba el sentimiento de culpa de Agustín. El único testimonio que reproduce fielmente aquella situación, y que es inamovible porque se trata de un cuento, es el texto *Complejo de*

culpa, que Agustín escribió en febrero de 1968 y publicó casi diez años más tarde.¹⁰ No es más que una larga carta, de treinta páginas, dirigida a Angélica María:

Se suponía que Elena me escribiría de Mismaloya, pero nunca lo hizo. Te cuento esto para que veas que nunca hablé con ella para pedirle que regresara conmigo, como tú creíste. Fue una verdadera conmoción verlas discutiendo acerca de mí. Me daban ganas de echarme a correr y sólo recobré la claridad cuando vi que tú estabas decidiendo que Elena y yo teníamos que volver. Pensé que en el fondo querías deshacerte de mí. Eso me dio mucha tristeza. Elena y yo platicamos. Ella refería su cambio, sus vivencias. En ese ambiente dudoso hicimos el amor. Yo tenía una gran nerviosidad porque todo era extraño: me había habituado a ti, a tu calor, a tu cuerpo, a tus movimientos. Lo que ocurrió en los días siguientes se puede resumir de esta manera: Elena sólo quería hablar de sus temas y por ningún motivo accedía a que yo hiciera otra cosa que no fuera escucharla con sumisión. Dijo que se iría, pero antes yo debía hacer una última prueba para que nuestra relación no fracasara: que fumara mariguana con ella. Insistió y yo me negué rotundamente. Entonces se fue. Ahora espero perdones que te haya abrumado con todo esto. Tú sigues siendo para mí lo más hermoso, la luz única. Antes, yo me creía seguro de mí mismo, creía saber quién era: ahora no tengo la más remota idea. Todas estas cosas me llenan de debilidad y, por más que quiero, no puedo coordinar ni decirte cómo te amo y cómo te necesito. Siento que he desilusionado a todos; sin embargo, no sé por qué conservo la esperanza: una esperanza loca, aunque no sé si es por volver contigo o por sobrevivir, simplemente.

Margarita regresó a México a finales del mes de abril y le pidió el divorcio a José Agustín. Para mayo ya estaban separados legalmente. Y Angélica María no volvió a aceptarlo. Entonces José Agustín escribió la que sería su tercera novela y quinto libro, *Abolición de la propiedad*, texto estructurado en un largo diálogo entre una pareja que llega a destruirse más con sus pensamientos que con sus manos. La crítica literaria la consideraría una novela incomprensible y hueca, mientras que, para José Agustín, es la que tiene mayor peso a nivel personal: en ella relató, de manera simbólica, cómo se desgajó su vida en el momento que perdió a Angélica María y a Margarita.

El empleo que Agustín había conseguido aquella tarde conflictiva, fue como redactor en "Publicidad Augusto Elias". Como creativo no funcionó, y en cambio le ofrecieron que se hiciera cargo

¹⁰ *Complejo de culpa* aparece en el libro de cuentos *La mirada en el centro* (Joaquín Mortiz, 1977).

de los guiones del programa "Domingos Hérdez", que era de entretenimiento.¹¹ Al poco tiempo, tuvo la oportunidad de dirigir y escribir un programa propio, no por su éxito en los guiones de "Domingos Hérdez", sino porque le estaban dando la oportunidad de continuar en el medio, después de no haber funcionado en los trabajos encomendados con anterioridad.

El programa que dirigió se llamaba "Happenings a gogó". No sólo había números musicales y de entretenimiento, sino inserciones culturales, como las lecturas de los nuevos escritores. Resultaba un programa novedoso, puesto que rompía con el estereotipo televisivo. Sin embargo, su transmisión duró escasamente tres meses, porque apoyó abiertamente al movimiento estudiantil. La poeta Elsa Cross, quien fue la última escritora participante en el programa, relata:

"Fue censurado al grado de que se suspendió su transmisión en cuanto leíamos poesía. Desde un punto de vista literario eran textos muy malos; sin embargo, en ellos vertíamos el contexto tremendo que se estaba viviendo en el 68. Era septiembre, es decir, a un paso del dos de octubre. Me acuerdo que estaba Javier Báziz en el programa, acababa de tocar algo de música. De pronto, empecé a leer el poema y la transmisión fue cortada al instante. Hubo una llamada telefónica para el director, que era José Agustín, donde le avisaban que en ese momento se acababa su programa."

La censura que ejercía el gobierno no sólo se daba en la televisión, sino en todos los medios de comunicación y en todos los ámbitos. Un año atrás, por ejemplo, había desaparecido la revista *Cuadernos del viento*, que era una de las más importantes en materia de literatura y ejercía el pensamiento crítico. Muchos dirigentes estudiantiles habían sido aprehendidos desde entonces, y todo se estaba preparando para la manipulación de las masas a lo largo del país. En Guadalajara estaba prohibido el cabello largo en los hombres; ser joven, músico, intelectual, artista, o estudiante, era señal de enemistad con el gobierno y las instituciones. Muchos cafés cantantes y bares fueron cerrados con el pretexto del combate a la droga, la prostitución y la vagancia. A los músicos de rock se les obligó en un tiempo a bajar el volumen de sus amplificadores a su mínima expresión, por lo que algunos grupos se burlaban haciendo la pantomima de tocar estridente en completo silencio.

En ese contexto, José Agustín anduvo en bares y cantinas con amigos y compañeros de la televisión: cantantes, actores y músicos. A muchos de ellos también los había seducido la sicodelia y,

¹¹ Por cierto, el conductor del programa, Jorge Labardini, había enfrentado problemas con la justicia, tiempo atrás, por haber publicado pornografía. Se decía que él mismo aludía a la pornografía en la frase "Los chiles Hérdez están... que se antojan".

cuando iban a una fiesta, en una mesita había de todo: ron, whisky, cerveza, marihuana, hongos alucinógenos y ácidos. José Agustín escuchaba que los viajes sicodélicos producían un desdoblamiento del interior y lo sacaban a la superficie, descubrían sus miedos, sus fobias, se veían a sí mismos en distintas facetas, de una manera tan nitida como si estuvieran viendo una película sobre su personalidad oculta. Empezó a sentir curiosidad. Sobre todo porque su hermana Hilda, quien vivía en Acapulco, también lo instaba a que probara los ácidos. Hilda Ramírez relata su búsqueda:

“La idea era conocernos y encontramos a nosotros mismos. Cuando probamos los ácidos fue por pura curiosidad. Después de la experiencia descubrimos que en efecto, queríamos ser mejores. Se nos ocurría transformar el mundo vaciando ácido lisérgico en los tinacos de las casas, a ver si la gente, estando bien prendida, comenzaba a amar. Éramos en aquella época muy idealistas; queríamos que el mundo cambiara, que hubiera paz, igualdad social. Vimos varias opciones para producir el cambio: participando en la Juventud Comunista, en el movimiento estudiantil y en el jipismo.”

José Agustín consiguió unas pastillas de LSD y fue a casa de su amigo Hugo Argüelles, uno de los dramaturgos mexicanos de mayor prestigio hasta la actualidad, a quien veía con frecuencia. Platicaban de cine, de música, o iban a comer (a José Agustín le gustaba en especial la comida china). Argüelles siempre ha sido un apasionado coleccionista de música clásica, y Agustín, de rock; así que intercambiaban su conocimiento sobre autores y discos. En casa del dramaturgo, en la calle de Cacahuamilpa, de la colonia Condesa, José Agustín tuvo su primer viaje sicodélico, que describe Hugo Argüelles:

“Esa noche vino José Agustín con el guía del viaje. Recuerdo que, por razones de fatiga, yo tenía un derrame en el ojo izquierdo, y les comenté: ‘Como estoy, no creo que deba viajar; vayan ustedes a saber qué le sucederá a mi ojo, qué tal si estalla’. Entonces el guía dijo que no, que al contrario, el derrame se iba a absorber. Pepe tenía tantas ganas de hacerlo, y yo, tanta curiosidad, que acepté. Nos metimos una dosis bastante fuerte y seguimos platicando de lo que nos llamaba la atención en ese momento: música y cine. No pasaba nada. Media hora después reclamé: ‘Yo no sé si estamos viajando o no, pero me siento igual. Y si esto es viajar, no tiene el menor caso seguir’. El gurú respondió: ‘Por el tipo de personas que son ustedes, no se han querido soltar; la verdad es que tienen mucho miedo, ejercitan su mente en otras disciplinas, y así no pueden viajar: con la dosis que les di, es para que ustedes ya estuvieran en el

cosmos. Hay que emplear mariguana'. La fumamos y seguimos platicando. Yo había puesto música, una sinfonía. De pronto, le dije a Pepe: '¿Estás oyendo cómo suenan los metales?, qué increíble, ¡están aquí!' Entonces me di cuenta que estábamos girando. Yo andaba en otras dimensiones fascinado por las muchas formas en que la música podía oírse: la orquestación era notable, la descomposición de los sonidos conservaban la armonía. Agustín expresó que sentía lo mismo. Los dos dijimos 'qué bárbaro, esto es impresionante'. Recuerdo que yo giraba alrededor de las estrellas cuando debí haber tenido algo parecido a un desmayo, porque desde arriba podía ver mi cuerpo en el sillón. Me preguntaba si estaba desmayado o muerto. Agustín se acercó para ver qué me había sucedido y preguntaba al guía, '¿Qué pasa, qué tiene Hugo?' Todo eso lo estaba viendo yo desde el firmamento: es decir, hubo un desdoblamiento. Decidí regresar y desperté con muchos trabajos. 'No me pasa nada, estoy bien', le dije a Pepe, 'lo que pasa es que fui al firmamento, qué bárbaro, qué sensaciones'. Preguntamos al guía cuánto tiempo duraría el viaje, y nos respondió que aproximadamente diez horas. Les dije que yo quería largarme por la ciudad y caminar en el bosque. Me fui al parque México y José Agustín se fue a su casa."

En la casa de Mérida, Agustín puso discos de rock y mantuvo esa sensación de viajar a través de los sonidos. También vio demonios de color fosforescente y larvas que lo perseguían. Al día siguiente, se acabó el sueño. Hugo Argüelles descubrió, al verse en el espejo, que el derrame en su ojo había desaparecido. Y José Agustín quedó tan impresionado por la penetración que la música había tenido en su cuerpo, que quiso hacerlo de nuevo; aunque sentía temor.

Argüelles, antes de dedicarse por completo al teatro, había estudiado medicina. Preguntó a sus compañeros sobre el riesgo que implicaba seguir viajando con ácidos.

—No lo hagas —dijeron—. No se sabe realmente qué daño te puede causar, ni lo que vas a ganar si lo sigues consumiendo.

—Pues yo le voy a seguir: quiero ver hasta qué punto me estoy exponiendo.

Por la noche, Argüelles telefoneó a José Agustín.

—En este momento me voy a meter la pastilla.

—No, Hugo, no lo hagas.

—Ya está decidido. Acondicione mi estudio, puse una serie de transparencias de pintura renacentista y música clásica. Además, pienso poner hojas en el piso para comprobar si se puede escribir o no durante un viaje.

—Es que nos estamos arriesgando demasiado.

—Lo sé, pero no me importa. Te llamé para pedirte que, pase lo que pase, vengas a verme mañana temprano.

José Agustín llegó a las diez de la mañana del siguiente día.

—¿Lo hiciste?

—Sí.

—¿Y qué pasó? ¡Cuéntame!

—Fue algo muy bello. Me encontré con los muchos que soy yo: los vi, los escuché, pude sentirlos. Observé cómo se manejan entre sí, discuten, se comunican. Fue toda una puesta en escena de "Hugos". Descubrí que todos esos "yos" son míos y debo quererlos. Pero, ¿sabes qué? A mitad del viaje, una transparencia se atoró, ¡pack!, el golpe me entró como un mazazo al cerebelo. Y me caí. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente, pero recuerdo que hacía esfuerzos por recuperarme y escribir.

—¿Qué escribiste?

—No sé, vine a desayunar primero. Si quieres saber, ve al estudio: ahí están los papeles tirados.

Cuando José Agustín regresó del estudio, estaba pálido.

—Oye, ¿hace cuánto tiempo leíste la biblia?

—¿La biblia? No sé. Quizá en la preparatoria.

—¿No sabes lo que has escrito?

—No. ¿Y tú le puedes entender? Porque si en mi juicio mi letra es pavorosa, ahora imagínate viajando.

—Pues escribiste los salmos de David. Aquí están.

Los siguientes días Hugo Argüelles descubrió que las imágenes se repetían. En cambio, José Agustín había tenido otra experiencia con su hermana Hilda y unos amigos: se descubrió en un huevo cálido, muy oscuro y palpitante, que lo remitió al seno materno.

—Oye, Pepe, fíjate que me está pasando una cosa muy curiosa —le comentó Argüelles—. Se está repitiendo todo.

—A mí, no me ha pasado todavía. Yo veo cosas distintas: formas onduladas, coloridas, geometrías y animales. Muchísima luz me sale del cuerpo. Quiero seguirle.

—Mira, para bien o para mal, yo creo que los ácidos ya me dieron lo que podían. Si se va a repetir, no me interesa. Estoy satisfecho. Fue interesante, pero no me arriesgo más.

Argüelles dejó de experimentar definitivamente. Y José Agustín continuó: al ácido lisérgico le siguieron hongos alucinógenos, marihuana, peyote, mescalina, silocibina, spring sunshine... Los planos de la realidad que descubría, eran desagradables en ocasiones. Muchas veces llegó a colapsarse cuando mezclaba una y otra sustancia. Los viajes también le revelaban sus instintos, como la capacidad de de matar. Para comprender aquellos mensajes del inconsciente, recurrió a lecturas: autores como Timothy Leary, Aldous Huxley, Hoffman, y muchos otros que escribieron sobre sus experiencias, y las analizaron desde diversas perspectivas, ya fueran místicas o científicas.

José Agustín tuvo varias novias del medio del espectáculo. Sentía una fuerte soledad, no sabía vivir sin una compañera. Una de ellas fue la actriz Cora Cardona —su relación no pudo echar raíces porque Cora era amiga de Margarita Bermúdez—. Y Pilar Bayona, una de las gemelas de la mancuerna estelar "Pili y Mili" —su noviazgo generaba la envidia de los muchachos—. Después de un par de meses terminaría esta última relación, porque la madre de Pili la llevaría definitivamente a Madrid.

Con Pilar participó en diversas manifestaciones estudiantiles. En una ocasión, fue invitado a dar una plática dentro del ciclo Los narradores ante el público, que se llevaba a cabo en Bellas Artes y consistía en que un escritor contara acerca de su vida y su trayectoria literaria. Ese día se realizaba la manifestación del silencio, una de las reuniones multitudinarias más importantes que precedieron a la de la Plaza de las Tres Culturas. Agustín cumplía con su exposición, cuando Hugo Argüelles le sugirió abandonarla:

—Deja en paz esta conferencia para toda esta gente acartonada y plana que no tiene nada que hacer, y mejor jálala para unimos a la manifestación. La lucha de allá afuera es mucho más trascendente.

Agustín no lo pensó más. Invitó al público, y mucha gente lo siguió. Salieron coreando los gritos que hacía él y su grupo:

—¡Chingue a su madre Díaz Ordaz! ¡Chingue a su madre Díaz Ordaz!

El dos de octubre de 1968 se apagó la luz en el país. El gobierno había mandado masacrar a los manifestantes para degollar la lucha efervescente a lo largo de la República. José Agustín no estuvo en la manifestación en Tlatelolco, pero su hermano Augusto, el pintor, sí, y logró escapar. A partir de la matanza fluyó una gran cantidad de testimonios de estudiantes, obreros, y muchas personas que participaron en la marcha o estuvieron presentes. Algunos contaban que habían visto pasar los tanques militares sobre los cuerpos de los estudiantes, para no dejar sobrevivientes; otros dijeron que escucharon a una hilera de jóvenes gritar por las calles del Centro: "¡Guerra civil!, ¡guerra civil!"; los negocios

cerraron sus puertas. El edificio Chihuahua, situado en la Plaza, parecía ser refugio para los estudiantes, y se convirtió en una trampa cuando el Ejército irrumpió en él, departamento por departamento. La fachada del antiguo convento e iglesia de Santiago Tlatelolco sirvió de paredón y el Ejército exterminó indistintamente a estudiantes, vecinos, mujeres, todo aquel que pasara por Tlatelolco esa noche de infierno.

Augusto contó a José Agustín lo que había visto y que marcaría a su generación. El gobierno repitió la represión el 10 de junio de 1971, con menor número de muertos, pero con igual saña. La revista *Piedra Rodante* acertó al decir que los estudiantes, ante la impotencia de expresar su sentir, habían hecho hablar a paredes y muros. *Piedra Rodante* recogió los mensajes de las fachadas:

"Ni Cortázar, ni Paz, ni Fuentes: ¡Nosotros!"

"El que tire basura será consignado a los Halcones"

"Quien siembra terror, siembra revolución"

"¡Todos nacimos el 2 de octubre!"

XIII. PERDIDO EN EL COSMOS

Todavía en 1968 resurgieron proyectos para que José Agustín trabajara en el cine con la productora Angélica Ortiz. Poco después, el cuento *La casa sin fronteras*, que había incluido Agustín en el volumen *Inventando que sueño*, con la beca que le otorgó el Centro Mexicano de Escritores en 1967, llegó a manos del cineasta Pedro Olea, quien quiso filmarlo en España. El contacto entre Olea y José Agustín se dio a través de Paco Ignacio Taibo I. Le pagaron bien los derechos sobre el texto, y la filmación arrancó. En los planes de Olea se contemplaba tener como estelar a Ringo Star, baterista de los Beatles, pero la estrella fue finalmente Geraldine Chaplin. La película *Lluvia*, título con el que fue adaptado el cuento,¹² tuvo cierta resonancia en España, luego de su aparición en 1972. En México no fue distribuida. José Agustín recuerda la impresión que tuvo al ver uno de sus textos hecho película:

"Fue algo fascinante. Era una película muy esteticista, bellamente filmada. La vi en una de las muestras de cine que se hicieron aquí. Aunque la película, en sí, me pareció de acción muy floja. José Emilio Pacheco decía que tenía mucho más sentido en España, porque era la época de Franco; entonces, los españoles la habían visto como una metáfora del Opus Dei o de los grupos sectarios. Ese sentido no lo percibimos aquí."

A principios de 1969, la película *Cinco de chocolate y uno de fresa* se estrenó con éxito. Fue por eso que la señora Angélica Ortiz llamó de nueva cuenta a José Agustín para que fuera su guionista de cabecera. Agustín suponía que trabajaría en su novela *De perfil*, que había quedado pendiente; sin embargo, la señora Ortiz propuso otro guión. Llevó el título definitivo de *Alguien nos quiere matar*, y, por supuesto, fue estelarizada por Angélica María.

Para entonces, Angélica Ortiz ya conocía la nueva novela de José Agustín, *Abolición de la propiedad* y también quiso filmarla. Lo que obstruyó el plan fue que la dirección de Cinematografía no permitió alusiones al movimiento estudiantil del 68, a José Revueltas, Fidel Castro, el Ché Guevara, y

¹² *La casa sin fronteras* apareció por vez primera en *Inventando que sueño*, bajo el nombre de *Lluvia* (Joaquín Mortiz, 1968). Reapareció en la antología personal *Furor matutino*, como *La casa sin fronteras (Lluvia)*, (Diana, 1985). En una segunda antología personal, *Inventando que sueño, cuentos completos 1968-1992* (Joaquín Mortiz, 1995), fue publicado nuevamente con los dos nombres. Este cuento también aparece en *Latinamericana*, antología realizada por Angel Rama, y *Narrativa mexicana de hoy*, recopilación de Emmanuél Carballo.

demás líderes revolucionarios, y la novela estaba llena de ellos. Eliminar las menciones a los momentos históricos y a los guerrilleros, equivalía a despojar a los personajes de su ideología y de su vida misma.

Angélica Ortiz propuso a José Agustín escribir otro guión y dirigir la película. Agustín no quería quedar mal, y tenía la ilusión de recuperar a Angélica María. Adaptó el cuento *Cuál es la onda*, aquel texto que había escrito obligadamente tras la orden de la empresaria. Agustín supuso que la historia funcionaría en el cine, apoyado en el hecho de que el cuento, por iniciativa del dramaturgo Raúl Ruiz, había sido llevado al teatro a principios de 1968 (no había requerido la autorización de José Agustín para presentar la obra en la antigua sala Villaurrutia, de la Escuela de teatro del INBA, porque se trataba de un trabajo escolar). Sin embargo, no se filmó, porque la historia resultaba incomprensible para Antonio Matouk, quien haría la inversión en el lugar de Angélica Ortiz.

Después de largos meses, se estrenó la película *Alguien nos quiere matar*, y pasó sin pena ni gloria. La productora Ortiz quedó muy molesta, porque no había sido un éxito taquillero como esperaba.

Para entonces, José Agustín consumía drogas diariamente. Tenía una fuerte necesidad de dinamitar su mente y apoyarse en algo para recuperar la seguridad. Se sentía desprotegido. Muchas veces, en un viaje con ácidos, se tiraba al suelo y preguntaba:

—¿Quién soy yo? ¿Qué hago aquí?

Paulatinamente, fue sustituyendo el alcohol por las drogas. Su actitud hacia sus detractores cambió; dejó de ser un muchacho belicoso. En esa época fue desprendiéndose de algunos amigos, porque sus hábitos comenzaron a ser distintos. A René Avilés y a Gerardo de la Torre no les llamaba la atención la experiencia sicodélica. Avilés Fabila relata:

“José Agustín manejó mi primer viaje con ácido lisérgico, en Cuautla, donde ahora vive. Esa casa era de su papá y de vez en cuando nos la prestaba para ir a pasear. Ahí me di cuenta que Agustín y yo estábamos en frecuencias distintas, porque al iniciar mi viaje, le manifesté que tenía hambre. Estaba pensando en albóndigas, frijoles refritos, milanesas espléndidas con papas y sopa de fideo. José Agustín me pedía que no fuera tan terrenal, y a mí me daba por reír y contar chistés, que seguramente eran malísimos, pero a mí me hacían mucha gracia. Él agarraba la onda mística: meditaba, levitaba; lo que hacía él me parecía una pendejada completa.”

La experiencia que tuvo De la Torre, guiado por Agustín, no fue tan agradable como la de René. Cuando Gerardo entró al territorio de su inconsciente, se encontró con el recuerdo y la imagen viva de su esposa Yolanda, a quien había perdido dos años atrás. La incertidumbre, el no saber cómo cuidar a su hija, lo hacía sentir miserable, y amenazaba con tirarse por la ventana de un tercer piso. El momento era tan intenso que no podía parar de llorar. José Agustín tenía que calmarlo y arrebatarlo de la ventana, aunque él mismo estaba bajo los efectos del ácido.

Gerardo y René desertaron de la búsqueda. Pero José Agustín tenía tal convicción en su utilidad, que les decía:

—Si yo no fumo mota y no le entro a los ácidos, traicionaría a mi generación.

Gerardo refuto:

—Si dejamos de beber, traicionaríamos a la humanidad.

Con las mismas palabras, José Agustín conminó al dramaturgo y escritor, Juan Tovar, a que tuviera la experiencia. Su respuesta fue:

—Yo no quiero ser un traidor de mi generación. Presta.

“Uno de los mejores viajes que yo tuve fue con mescalina, en la casa de Cuautla, con José Agustín. Fue una época decisiva en mi visión, porque todos los slogans de la psicodelia eran ciertos: todos somos uno. Cuando nos echábamos unos hongos, cada quien se iba por su lado y se disolvía en el universo. Éramos partículas palpitantes. Todo tenía vida. Después, la personalidad se reconstituía. Los viajes eran mas profundos que una borrachera. Cada uno buscaba su rincón, se acurrucaba y se transportaba a las estrellas. Por su naturaleza, era una unión mística. Era religión.”

Los viajes psicodélicos no consistían únicamente en ingerir ácidos y dejarse llevar por sus efectos. Eran sesiones planeadas, basadas en lecturas y en el análisis de las experiencias. Antes de tomar cualquier cosa leían a Carl Gustav Jung, o el popular I Ching, el libro de las mutaciones, al que Agustín se hizo aficionado, buscando en los arcanos la razón del pasado, el presente y el futuro. Muchos jóvenes que experimentaban lo hacían solamente para escuchar música, tener relaciones sexuales y descubrir otro tipo de sensaciones o por diversión; de ahí que los excesos tuvieran consecuencias como la pérdida de la razón, o la muerte.

Los grupos con los que se reunía José Agustín procuraban darle a sus sesiones otro sentido; es decir, adquirir el conocimiento práctico y científico. Para ello platicaban con intelectuales, con gurús,

músicos, brujos y filósofos, y tenían por norma discutir un texto y poner música antes de consumir hongos o tomar pastillas. La poeta Elsa Cross, quien compartió muchos de esos momentos, explica:

“No había un mero afán de reventón; aunque claro, había un poco dentro de todo. Pero también había una búsqueda bastante seria que consistía en ampliar los horizontes de la conciencia, buscar otros ámbitos donde pudiera llegar la mente más allá de la percepción cotidiana y ordinaria. Recuerdo que consultamos muchos autores para saber cómo operaba el ácido, cuáles eran sus efectos, hacia dónde nos llevaba. Los hongos y los peyotes, los consumíamos con total conciencia de que eran plantas sagradas y nos estábamos acercando a ellas. Toda sustancia era instrumento de revelación de estratos muy profundos del propio ser. Y quienes la consumimos, tuvimos experiencias muy importantes de orden espiritual.”

José Agustín comenzó a escribir la novela —que nunca se publicó como tal— *Ya sé quién eres (te he estado observando)*; ésta sí sería llevada al cine y dirigida por él mismo. Los estelares fueron Angélica María y Octavio Galindo.

La relación entre Angélica y José Agustín cambió por completo; él lo ha llamado la peor etapa de su vida. Y es que la actriz le hacía todos los desplantes posibles: manifestaba la alegría de estar separada de él, hacía bromas en torno a su viejo noviazgo y exigía que se sujetara a su papel de director. La señora Ortiz no era menos sutil al decirle constantemente:

—Nunca te voy a perdonar el daño que le hiciste a mi hija.

Y no obstante la actitud de “las Angélicas”, como él las llama, quería estar cerca de ellas. Se había propuesto, además, dirigir la película con tal de cumplir con el nuevo proyecto que le habían encomendado —aunque no supiera mucho sobre las técnicas—, en lugar de retirarse por miedo al reto.

En las sesiones de filmación siempre estuvo nervioso. Para dirigir las escenas se basaba únicamente en la intuición y en la imagen mental que tenía de la historia. A mediados de 1970, la película ya estaba terminada. Cuando se estrenó, en 1971, la crítica cinematográfica fue implacable: la consideró una historia trivial, intrascendente, “un soberano churro”. Fallaba la luz en muchas escenas, los diálogos tenían poca naturalidad, largos momentos de silencio, falta de consistencia en la historia, y un rasgo que los críticos no comprendieron: las tomas a los anuncios que rezaban, antes de cada secuencia: “canto primero, canto segundo, canto tercero”. Nadie le encontró sentido, excepto la crítica literaria. Evodio Escalante escribió: “Los únicos que criticaron bien la película de José Agustín dijeron que él demostró

que no iba a hacer escenas garigoleadas y elegantes, sino que iba a torcerle el pescuezo a la convencionalidad como lo hace con sus libros.”

En efecto, rompía lo convencional. En medio de la película aparecían los propios camarógrafos y el director de la película: José Agustín. Actores y técnicos se conjugaban de pronto y todos se volvían personajes. Hay un momento en que Angélica María (Rosalba), saluda a José Agustín con un beso en la mejilla. Ella sonríe, desborda simpatía. Él también sonríe, pero se observa tenso, nervioso, titubeante. Se dan el beso muy rápido y vuelven a sus papeles.

El resultado un tanto pobre que vio la señora Ortiz, antes del estreno de la película, completó su antipatía por José Agustín:

—Pero qué tontito me salió, muchacho. ¿Inexperiencia?, ¿irresponsabilidad?

En opinión de Hugo Argüelles, quien también escribió algún tiempo para el cine, la película pudo tener mayor éxito si Agustín hubiera trabajado con otros productores:

“Los guiones me parecen afortunados y la historia también, dentro de su contexto, que era el aire juvenil de los años sesenta. Sin embargo, la película no estuvo en manos adecuadas: el director era capaz de hacer un filme roquero, y los productores eran personas adultas, de otro estilo, sujetándose a las reglas del cine comercial.”

Con el mismo arrojo con que José Agustín decidió ir a Cuba en la adolescencia, participar en teatro y detonar su cuerpo con cualquier sustancia, busco en adelante una nueva religión. Estudió el psicoanálisis, el I Ching, la telepatía, limpias con brujos, espiritistas, lectura del tarot, budismo, astrología, cristianismo, y aprendió a practicar yoga; es decir, se entregó al misticismo. De todas esas interpretaciones del universo, se identificó con la que hacía el escritor —conocedor de la brujería— Carlos Castaneda, en su libro *Las enseñanzas de don Juan*. Castaneda afirmaba que, para que un hombre lograra la impecabilidad en sí mismo, debía primero sacudir “la mierda” que hubiera en su cuerpo. Y para extraerla estaban las drogas.

Llegó un momento en que José Agustín ya no conseguía administrar las energías ni sus actividades. Tenía dinero, un auto nuevo que le había dado Angélica Ortiz en pago por el guión de *Abolición de la propiedad*, cuya filmación se había truncado, y pagaba sin problemas la renta de otro departamento, ubicado en la misma calle de Mérida, número 65. Recibía todavía las regalías por sus

primeros libros que volvían a editarse. Pero él no hallaba acomodo en ningún lugar, ni fuerzas para detener la búsqueda sicodélica.

Una noche asistió a la inauguración de un cabaret al sur de la Ciudad. El conductor de televisión, Raúl Velasco, lo entrevistó sobre el cine y los jóvenes. José Agustín estaba bajo los efectos del ácido lisérgico y la marihuana. Mientras él veía que su cuerpo estallaba en una burbuja incandescente, y las luces del cabaret se volvían agujijones, escuchaba, a lo lejos, las preguntas de Raúl Velasco. No podía contestarle. Tratando de ocultar su estado y alejarse pronto de su entrevistador, Agustín contestó, de manera inconsciente, con incoherencias y absoluta indiferencia.

René Avilés era director de publicaciones del Instituto Nacional de la Juventud Mexicana, desde 1967; editó libros de Gerardo de la Torre, Juan Tovar, Vicente Leñero y otros. Invitó a José Agustín a escribir un libro sobre rock, ya que Agustín era considerado una autoridad en la materia. En 1969 había dado una conferencia de este tema en la facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, que se llamó *La nueva música clásica*. De ahí tomó elementos para escribir su libro de ensayos en torno a los músicos más importantes del momento: Elvis Presley, Chuck Berry, Bob Dylan, los Beatles, Jim Morrison, Frank Zappa...

Su novela *Abolición de la propiedad* y *La nueva música clásica*, libro editado por el INJUVE, fueron títulos que aparecieron entre 1969 y 1970, y ninguno recogió críticas favorables. Por un lado, la novela demostraba por sí misma que no había conquistado a sus lectores: las ventas siempre fueron bajas. Para José Agustín es un libro que lo remite a una etapa dolorosa; por tanto, cuando alguien le pregunta sobre él, responde: "Ésa, mejor la hago a un lado". Aunque en su momento, pese a que no tuvo éxito con ella, solía decir: "Mi novela contiene elementos insólitos en nuestra literatura, y sinceramente creo que es lo mejor que se haya escrito en estos tiempos". Por otro lado, *La nueva música clásica* tuvo muy buenas ventas —y no muy buenos comentarios de la crítica—; pero Agustín supo reconocer que se había excedido en un detalle: por amor a Angélica María la había puesto a la altura de los Beatles, los Doors y Bob Dylan. La importancia de la cantante y actriz la justificaba de esta forma:

La única y verdadera cantante mexicana es Angélica María. Y no hay vuelta de hoja. Y no porque yo lo quiera, porque: do, es la única que sabe cantar: maneja su voz hasta los registros que quiere; re, es la única que posee un ángel sobrehumano: una vez que se le mira es imposible dejar de hacerlo simplemente porque siente lo que canta, lo proyecta, lo transmite y pone en trance al público; mi, no hay otra cantante que posea las virtudes anteriores.

Sin embargo, cuando terminó de dirigir su película, vio que había cometido errores y ya estaba muy desencantado de Angélica María. Su éxito en la literatura tuvo un descenso. El mismo José Agustín prohibió que *La nueva música clásica* se siguiera reimprimiendo y la sacó de circulación de manera definitiva; pero esto sucedería en 1973, porque antes se le atravesaría la cárcel.

Margarita había estado viviendo en casa de su amiga María Antonia Mora. Ya no creía en el poder de la mariguana y, en cambio, se manifestaba en contra de quien la fumara. El divorcio con Agustín y sus experiencias con Gino le exigían una estabilización emocional. Su amiga María Antonia le presentó a un hombre llamado Fred. Tenía cincuenta años, se dedicaba al yoga y a la investigación del vegetarianismo. Fred invitó a Margarita a viajar a la India. En un principio, el viaje la entusiasmó, pero prefirió hacer un retiro a Veracruz, que consistía en abandonar sus posesiones materiales y reencontrarse con la naturaleza. Después de ese retiro, que duró unos meses, Margarita se sintió desprotegida espiritualmente. Buscó refugio en la doctrina cristiana y regresó a la Ciudad de México, a casa de sus padres. Un día, soñó que Agustín y ella se encontraban en una habitación llena de espinas; sus cuerpos se habían fusionado en uno solo y, de pronto, Agustín se desprendía y caminaba hacia la puerta. Margarita le pedía que no se fuera. La imagen de José Agustín terminaba diluyéndose detrás de una cortina. Despertó llorando. Conmovida por esa imagen fue a buscarlo. Y él, después de haber entendido que sus relaciones anteriores no tenían profundidad, pidió a Margarita que se quedara en casa y trataran de vivir juntos. No consiguieron acoplarse. Margarita para entonces ya trabajaba: primero se dedicó a la venta de aspiradoras y luego fue modelo en anuncios de televisión. Cuando volvieron a separarse, decidieron que ya no habría más oportunidades en su relación. Ese amor intermitente se daba por concluido.

En noviembre de 1970 Agustín buscó a Margarita en un lugar donde solían reunirse con Teresa Ulloa, una amiga mutua que les leía las manos y las cartas. Cuando la tuvo enfrente, le dijo, sin cortapisas, que los tropezos de ambos ya eran suficientes y no quería estar separado de ella.

—Necesitamos tiempo, Agustín.

—No, Marga, más tiempo no. Ya nos sacamos todos los trapos al sol, ya nos dimos en la madre, ya nos toca estar juntos, ¿no?

—Quiero pensarlo...

—Yo te acompaño. Vámonos a Acapulco.

—¡Buena!

Apenas terminaron sus compromisos en el cine, José Agustín y Margarita viajaron a Acapulco en busca del descanso y el reencuentro. La prueba definitiva de su unión estaba a un paso: la cárcel.

XIV. EL PALACIO NEGRO

Alrededor de esos años aparecieron dos libros sobre los nuevos valores literarios. Sus autores, Xorge del Campo y Margo Glantz, no imaginaban que su crítica resultaría tan polémica, que sería revisada hasta el hartazgo durante muchísimo tiempo. Se trataba de *Narrativa joven de México*, y *Onda y escritura en México*, en los que se analizaba someramente la nueva corriente juvenil. Margo Glantz había acuñado el término de "literatura de la onda", cuando era funcionaria cultural de Bellas Artes.

Bajo esa etiqueta situaban principalmente a los escritores: René Avilés Fabila, Parménides García Saldaña, Juan Tovar, Gerardo de la Torre, Gustavo Sainz y José Agustín. Como características de su estilo enumeraban: la antiolemonidad, rebeldía, coloquialismos, ironía, influencia del rock, carencia de redacción, y un diseño tipográfico fuera de lo común. El autor de este primer libro no veía grandes aportaciones de los escritores, y más bien los consideraba, en general, como arribistas y vanos.

En realidad, la producción literaria de esa generación estaba todavía muy fresca como para descubrir su trascendencia. Lo mismo ha sucedido con todos los autores que rompen un orden establecido para inaugurar otro. Por ejemplo, cuando apareció *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo, varios críticos lo descalificaron, y sin embargo, la obra de Rulfo es ahora una de las más importantes de la literatura mexicana, y conocidísima en el extranjero. Así que, en su momento, descalificaron a la literatura joven. Esto tuvo un peso especial, de modo que los autores, José Agustín entre ellos, mostraron su inconformidad al negar la etiqueta de "literatura de la onda", a través de conferencias y declaraciones a la prensa.

La controversia fue mayor cuando apareció el segundo libro, *Onda y escritura en México*, de Margo Glantz, una investigación más completa sobre autores jóvenes: por un lado hablaba de los consagrados, como Carlos Fuentes, Sergio Galindo, Juan García Ponce, situándolos dentro de la parte de "la escritura". En la segunda parte, "la onda", quedaba de nueva cuenta la generación en la que se hallaba José Agustín. Y la apreciación era la misma: los escritores de "la onda" eran ofensivos para los consagrados de la literatura nacional.

El calificativo de "la onda" no era en sí tan malo. Era una palabra que indicaba movimiento, sintonía y cambio. En Estados Unidos, con la efervescencia del rock, la politización y filosofía de muchos músicos: John Lennon, Bob Dylan, Jim Morrison, y el movimiento jipi, se hablaba de estar "in", quería decir, estar en la frecuencia del cambio social y la vanguardia cultural. En México, era estar en

onda. Hablar de la "literatura de la onda" abarcaba muchas cosas: una generación de jóvenes, de rompimientos en lo tradicional, una escritura más natural, enérgica, y fuera de los cánones. Sin embargo, el término no era tan generoso cuando en el fondo minimizaba a los protagonistas, los encasillaba en el nivel de aficionados.

A pesar de compartir la misma generación, los escritores señalados como de "la onda" eran muy distintos entre sí, y esto fue lo que no revisaron los críticos en aquel momento. A Gustavo Sainz, por ejemplo, no le gustaba el rock ni compartía la psicodelia o el jipismo. René Aviñón, Juan Tovar y Gerardo de la Torre, escribían de una manera más tradicional, sin las supuestas "violaciones" a la sintaxis ordinaria. Con la excepción de que Gerardo alguna vez escribió un cuento que no le quisieron publicar porque tenía una estructura muy particular: el texto comenzaba con una coma (,) y terminaba con la palabra "pero", y sin punto final. Su intención era que el texto se leyera de manera circular y no tuviera fin. Pero esto fue algo que los editores no aceptaron, simplemente porque un texto no podía iniciar con una coma.

Los únicos que experimentaban con las formas y lograban su publicación, eran Gustavo Sainz y José Agustín. Sainz, por ejemplo, escribía "¡Ay, ignaro ignorante de la verdadera verdad!" Y José Agustín: "Me presentaron al señor Yonoloínvité". A Parménides García Saldaña jamás le interesaron las formas, ni su exploración; él escribía tan suelto como hablaba. Poco a poco se fueron reduciendo los nombres de los escritores de "la onda". Después de unos años, los "onderos", o innovadores, eran solamente Sainz, Parménides y Agustín.

Parménides fue el único que estuvo a favor del término. Afirmaba en uno de sus libros: "Mi literatura será ondera, o no será." Gustavo Sainz, después de sus tres primeras novelas, cambió de estilo. Ya no volvió a utilizar el lenguaje desenfadado e irónico con que solía narrar. De modo que el término de "literatura de la onda" prevaleció para lo escrito por Agustín y Parménides. Pero Parménides murió muy joven; escribió apenas tres libros y no pudo observarse su crecimiento literario.¹³

Descartados Sainz y Parménides de "la onda", quedó solamente José Agustín, y tuvo que seguir con la discusión desde que el término salió a la luz en 1970, hasta finales de los ochenta. Siempre ha manifestado lo mismo que en el principio: que la descalificación intentaba parar en seco una nueva forma de expresión que se rebelaba al sistema en diversos ámbitos: religiosos, sociales, políticos, sexuales, culturales...

¹³ El 19 de septiembre de 1983 fue encontrado muerto en su departamento de la colonia Narvarte. Muchos dijeron que la causa había sido una sobredosis de droga o se había suicidado. En la necropsia se determinó una neumonía.

A la larga, críticos literarios, periodistas e investigadores retomarían el término para referirse a José Agustín y su generación. Algunos lo llamarían "el ondero mayor" de manera objetiva y amistosa; muchos otros lo apodarían "el maestro de la onda", manifestando su desdén. Y es que la etiqueta es recurrente y ha acompañado a José Agustín desde entonces. En algún momento llegó a convertirse en un duelo personal entre Margo Glantz y él. Un día, en una conferencia, dijo la investigadora:

—Así como Arreola propició un arreolismo nefasto, Agustín también provocó que la literatura de la onda planteara un manoseo, y una falta de relación de muchos jóvenes con lo verdaderamente literario, porque a muchos les ha parecido muy fácil escribir como él o Gustavo Sainz, echando miles de madres en la literatura.

—No soy responsable de que haya seguidores míos, como tampoco Marx de los marxistas, ni Cristo de los cristianos —respondió Agustín—. Yo me siento hermanadísimo con la contracultura; pero no puedo ser considerado escritor de la onda. Creo que hay un vacío crítico en la literatura mexicana, que viene desde el 64 a la fecha, y tú, Margo, deberías avocarte a redondear una clasificación que creaste y que ha quedado incompleta.

—Yo solté la onda... Pero no la quiero retomar.

Agustín y Margo se conocían desde 1961, poco antes de que él contrajera matrimonio y fuera a Cuba. Margarita Dalton era amiga de Margo Glantz y los presentó, porque en ese tiempo, Margo quería dedicarse al teatro antes de la crítica literaria. José Agustín la llamaba cariñosamente "Mambo" Glantz. En los años ochenta, José Agustín detestaba las constantes alusiones a "la onda". Margo era entonces directora de literatura del INBA, y llegó a retomar el tema. A José Agustín no le gustó y se refirió a la directora como "Rambo" Glantz. Esto produjo el enojo de la investigadora. A principios de los noventa, se encontraron en una conferencia y algún ponente lanzó el tema, como buscapíes. Margo Glantz se puso de pie:

—Es un tema que me resulta muy incómodo y estoy cansada de explicarlo. Reconozco que fue una falla de interpretación. Me metí en una bronca que nunca imaginé y creo que mi definición de la literatura no fue afortunada.

José Agustín agregó:

—Yo tampoco quiero hablar de esto. Me tiene hasta la madre. Por un lado, me pegó muy duro; pero por otro, no puedo negar que es una suerte de mitificación. Qué bueno que Margo lo ha dicho: espero que ahí muera todo.

No fue así. La "literatura de la onda" es un cuento de nunca acabar. Existen muchos ensayos que intentan analizarla y definirla, tesis profesionales e investigaciones en Estados Unidos; concluyen que hay un lenguaje nuevo, enriquecido con neologismos; que representan un momento de efervescencia cultural y social; desmoronan las barreras de la clase media y la enjuician, rechazan el sistema y recrean el presente de los jóvenes. Y por mucho que se haya dicho, la etiqueta sigue vigente.

Cuando José Agustín concluyó su labor en la película *Ya sé quién eres (te he estado observando)*, estaba en ebullición el término de "la onda". Hizo algunas declaraciones, en las que refutó la clasificación, como ya se ha mencionado, y partió al puerto de Acapulco con Margarita Bermúdez. Estaban divorciados, pero habían decidido emprender el vuelo, de nueva cuenta.

En Acapulco tuvieron muchas experiencias con hongos alucinógenos y pastillas psicótropas. Sólo la marihuana era lo que Margarita descartaba por completo. Ambos creían ciegamente en la trascendencia de los viajes sicodélicos; aunque algunos momentos que compartieron no fueron tan sublimes. Un viaje podía resultar una pesadilla: se veían a sí mismos muertos o enfermos. Y al volver a la realidad, les quedaban sensaciones contradictorias: calma y paisajes exuberantes, luego rencor y ansiedad. Margarita recuerda de aquella etapa:

"Cuando José Agustín viajaba trataba de hacerlo con toda intensidad, sin medida alguna. Con dosis muy fuertes se obligaba a penetrar los laberintos de la mente en busca del centro de las cosas. Y cuando regresaba, meditaba en torno a los paisajes y sensaciones que había experimentado."¹⁴

Las playas de Acapulco no los llenaron de paz como esperaban. De regreso a México, Agustín estaba demasiado tenso para conducir su automóvil. En una curva, vio que un camión se aproximaba en el carril contrario; no había de qué preocuparse, pues venía despacio. Cuando estuvo cerca, Agustín perdió el control y se imaginó que iba a chocar, entonces dio un volantazo y se salió de la carretera hacia la cuneta. Por fortuna, el auto encontró la planicie y ahí se detuvo. La tensión de Agustín aumentó, de modo que decidieron parar en Cuernavaca y hacer una visita a su amigo Salvador Rojo, que escribía en ese tiempo la canción de la película *Ya sé quién eres...*

¹⁴ Agustín declaró recientemente (*Criteria*, agosto, 1996) que los viajes sicodélicos que ha hecho a lo largo del tiempo, suman más de doscientos, y que en la actualidad consume hongos alucinógenos por lo menos una vez cada dos años.

Era 14 de diciembre de 1970. Salvador los recibió en los búngalos que rentaba su esposa. José Agustín llevaba una lata de leche en polvo que contenía marihuana, y se pusieron a fumar. Recordaron aquellas veces que participaron en las manifestaciones del movimiento estudiantil: José Agustín daba alguna conferencia y, al terminar, Salvador Rojo y Allan Trumblay, con quien formaba el grupo musical "Los dos", amenizaban la reunión cantando y tocando la guitarra. Hablaban de la dureza de la represión del gobierno contra los estudiantes, mientras le daban fin a un cigarro de marihuana. En ese momento una decena de policías judiciales entró a los búngalos con estrépito.

—¿Y ahora qué pedo? —preguntó Agustín.

—No sé. No hagan ruido. Voy a ver por la ventana.

Salvador vio que los judiciales arrestaban a su vecino, conocido como "el Beto", y lo sacaban al patio a punta de pistola, con las manos en la nuca.

—Van a registrar todo —supuso Salvador—. Mejor salgo y veo qué se traen... Buenas tardes, soy Salvador Rojo y vivo aquí.

Los agentes desconfiaron de él al verlo de pies a cabeza: traía el cabello muy largo, un collar de caracoles y piedras, sus huaraches y los ojos verdes de un brillo intenso, extraviado en los efectos relajantes de la marihuana.

—¿Quién es ése? —preguntaron, refiriéndose a Agustín que se asomaba por la puerta.

—Es mi amigo.

—¿Ah, sí? —el comandante se tomó un momento para indicar a sus compañeros cómo actuar—: A ver, cabrones, ¡contra la pared! Todos. También las viejas.

Los agentes entraron al búngalo, empujando a Agustín y a Salvador con sus rifles. El efecto de la marihuana se esfumó en un tris. Margarita y Alicia se aterrorizaron. Manteniendo las manos atrás de la cabeza, como ordenaban los judiciales, vieron que Beto era conducido, esposado, a uno de los autos.

—Sáquenlos al patio —dijo el comandante—. Ojalá se echen a correr para meterles un balazo, pinches greñudos.

Registraron la casa y dieron con la lata de marihuana.

—¿De quién es esta cosa? ¿Es tuya? —preguntaron a José Agustín.

—No.

—Pues ya te jodiste, porque tu mujer dijo que era tuya.

—¡No es cierto! —gritó Margarita—. ¡Yo no he dicho nada!

—¡A callar! Ahorita mismo nos vamos a la Procu, a ver si allá despepitan con la calentada que les vamos a dar.

Con Alicia se encontraba su hija Indra, de cuatro años, y Alicia suplicó a los agentes que no se la llevaran. Dejaron a las dos. Pero José Agustín, Margarita, Salvador y Beto fueron llevados a la Procuraduría General de la República, en el Distrito Federal.

En los separos entendieron el por qué de su detención. Los agentes iban tras Beto, que traficaba drogas al lado de sus compañeros: Héctor, Marta, Raúl y Enrique, quienes ya habían sido arrestados previamente. Beto logró escapar a Cuernavaca y pidió ayuda a su hermano Gustavo, un escultor que vivía en los búngalos. Los judiciales dieron con Beto y su carga de diecisiete kilogramos de marihuana; pero no se conformaron con atraparlos solamente a él y decidieron que Agustín y Salvador eran también traficantes. En el informe del operativo quedó registrado:

"El agente judicial Sánchez Neyra dice reconocer al detenido que responde al nombre de 'José Agustín Ramírez Gómez' como un lanchero de Acapulco que suministra drogas, utilizando como medio de transporte su propia lancha."

En los separos, Beto y sus compañeros arrestados discutían la manera de salir. De vez en cuando volteaban a ver a Agustín y Salvador para decirles:

—Esto es una onda de mota, ustedes no tienen nada que ver y se desafanan pronto.

Pero Agustín no sentía ninguna seguridad con lo que ellos decían. Les habían negado el derecho de hablar por teléfono a sus familiares, y ya los habían fichado al lado de los verdaderos traficantes, con sus diecisiete kilos.

Al día siguiente, Margarita fue liberada, después de que Agustín declarara ser dueño de la lata de marihuana. También salió Marta, que iba con el grupo, y Enrique fue trasladado al Tribunal de Menores.

La celda estaba llena de detenidos. Los judiciales iban por unos y los regresaban con moretones en el cuerpo y la cara hinchada. A cada momento, los delincuentes habituados al encierro, decían a Salvador y Agustín:

—Prepárense porque los van a mandar a la grande. Allá se los van a violar... Miren: les inyectan heroína, se los cojen, les meten de golpes y luego se hacen clientes.

El 16 de diciembre José Agustín, Salvador, Héctor, Beto y Raúl fueron trasladados a la cárcel de Lecumberri. Agustín acababa de cumplir veintiséis años de edad y Salvador era un año menor que él.

Les había dado tanto miedo el panorama que les dibujaron respecto al Palacio Negro, o "la Peni", como se conocía Lecumberri, que José Agustín gritó, desesperado, a uno de los jueces:

—Créame por favor que no traficamos. Nosotros nos dedicamos a la cultura. Salvador es músico y yo soy escritor. He trabajado en el cine, el teatro, la televisión y el periodismo. La lata de mariguana no era mía; los agentes la pusieron para involucrarnos. Todo esto es una injusticia... ¡Dije que la lata era mía, pero fue para que liberaran a mi esposa!

Entre bostezos, el juez dijo a su secretario:

—Apúntale por ahí que con los mariguanos cayó un intelectual.

La llegada a Lecumberri fue hasta cierto punto tranquila. Como a todos los presos nuevos, les quitaron sus pertenencias y les leyeron las opciones de hospedaje: el precio que costaba permanecer en una celda de privilegiados, el costo de las tejas de jabón, las toallas, papel higiénico; la cuota con la que evitarían hacer la fajina, que es la limpieza a mano del piso en plena madrugada; y el precio de la seguridad. En un principio, Agustín y Salvador pudieron pagar algunos "lujos", como permanecer más tiempo del permitido en la crujía "H", la antesala de la cárcel, y no hacer fajina. Evitaron comer el "rancho" (frijoles con menudencias grasosas y un bolillo), y se bañaron en cuartos aislados. Sin embargo, conforme pasaban los días, el dinero escaseaba y tuvieron que hacer lo que los demás: comer la ración de rancho que les correspondía y bañarse con más de veinte presos en el baño central.

Don Augusto Ramírez mandó a su abogado, el general Becerra, a que aclarara la situación jurídica de su hijo y lo liberara. Dentro de Lecumberri se encontraban los juzgados, así que Agustín podía ver a su abogado varias veces en un día. Salvador también tenía su propio defensor. Los dos coincidían en que el primer paso era deslindarlos del tráfico de los diecisiete kilogramos y, después, defenderlos por la posesión de la lata de mariguana. Lo ideal para obtener su libertad era que los traficantes declararan que Salvador y Agustín no tenían nada que ver en el negocio. Y para que ellos, Héctor, Beto y Raúl, salieran en libertad, podían escoger a uno solo que se culpara, y los otros dos le ayudarían desde afuera. Pero les daba miedo. Sabían que entre ellos también había traición y no quisieron hacer nada, ni dejar sin culpa a Salvador y José Agustín. En vísperas de la navidad, todos fueron declarados formalmente presos bajo el cargo de tráfico, transportación, suministro y posesión de diecisiete kilos de mariguana.

José Agustín y Salvador sentían una profunda humillación por el cargo que se les imputaba. No era solamente el hecho de estar ahí por delitos contra la salud, sino que el ambiente que se vivía en la cárcel les resultaba lastimoso: la mayoría de los presos eran estudiantes, líderes políticos, intelectuales,

jipis y rocanroleros que habían sobrevivido a la matanza de Tlatelolco. Para todos ellos había un trato especial: los celadores tenían instrucciones de no molestarlos, pues el gobierno no se daba abasto con los problemas que enfrentaba después de haber ordenado la masacre; cientos de desaparecidos, demandas por vejaciones y muertes.

Los celadores no peleaban con "los políticos"; tampoco los presos abusaban de los estudiantes, puesto que su lucha, la causa de su detención, inspiraba un profundo respeto: estaban ahí por haber iniciado el movimiento estudiantil. Celdas y paredes tenían inscripciones simbólicas: "En la vida del revolucionario, la cárcel es un accidente de trabajo", "Hasta la victoria siempre". La cárcel podía doblegar a un delincuente, pero no a un revolucionario. Era una cuestión de honor estar en Lecumberri bajo el cargo de preso político. Para Agustín y Salvador resultaba más penoso su delito que el encierro en sí. Sus abogados tuvieron que esperar veinte días para continuar con el proceso, porque se atravesaron las vacaciones de diciembre.

José Agustín tenía suficiente fama como para lanzar comunicados a la prensa o pedir a sus amigos que escribieran notas explicando su situación; pero, desde el principio, le aconsejaron que no lo hiciera porque significaba ejercer presión sobre los jueces, y el proceso se alargaría mucho más. Fue por ello que su encierro pasó inadvertido en el medio literario y artístico, con excepción de un par de notas en las que Javier Bátiz, músico y amigo de Agustín, suponía que su detención se debía a la crítica que había hecho Agustín contra el gobierno en una conferencia que dio en Iguala. La única nota aclaratoria que hubo en torno a su afirmación, fue escrita por Salvador Rojo en la revista *Piedra rodante*: antes de relatar el verdadero embrollo, se manifestó decepcionado porque Javier Bátiz se había expresado desdeñosamente de los Beatles y los Rolling Stones. Finalmente, se despedía con un mensaje: "Desde la Peni, con amor, Salvador Rojo."

José Agustín recibió la visita de sus familiares. Es obvio que para ellos resultaba devastador tener a su hermano en la cárcel por drogas; sin embargo, evitaron todo reproche. Varias personas recuerdan que lo veían muy molesto, furioso, que se sentía agredido y a la vez soslayaba cualquier posibilidad de deprimirse. La poeta Elsa Cross cuenta su impresión:

"Agustín no ocultaba que estaba pasando por algo muy duro, pero que al mismo tiempo enfrentaba con entereza. Pienso que fue muy importante para él ese momento, por latoso que haya sido, y con todos los problemas que le pudo ocasionar, porque en el fondo resultó benéfico: hubo cambios en él, pudo ver con perspectiva muchos aspectos de su vida. Y cuando salió, sentí que había madurado."

Sus hermanos le aconsejaron que no se abismara y siguiera escribiendo. Agustín trataba de lucir fuerte e íntegro. Desde su estancia en los separos de la Procuraduría había intentado escribir; lo hacía en bolsas de papel. Los primeros días en Lecumberri usó un cuaderno que le llevaron. Después de unas semanas, ya tenía una máquina de escribir. Salvador, por su parte, componía canciones con su guitarra.

El asunto de la película *Ya sé quién eres...* no había terminado por completo. Se encontraban en el trabajo de posproducción y faltaba la música. El compositor Eduardo Mata¹⁵ se encargó de ir a la cárcel y hacer ahí los arreglos musicales a la canción que escribía Salvador Rojo. Para Eduardo resultó una experiencia terrible y extraordinaria tener que ir a laborar a Lecumberri, sobre todo porque era la primera vez que hacía música para el cine.

Salvador y Agustín trataban de olvidar que era un 24 de diciembre; no podían dejar de pensar que todo el mundo celebraba la nochebuena, excepto ellos. En medio del murmullo nocturno proveniente de otras celdas, quejidos lejanos, y en completa oscuridad, practicaban la canción *No tienes nada que esconder*. Canción que, por cierto, la productora Ortiz exigió que no llevara el título de la película, porque iba a ser más caro pagar los derechos de la autoría.

*Quién y cómo eres, ya lo sé
porque te observo, y te observé
no tienes nada que esconder
no todo es como tú lo ves,
a veces todo es al revés.
Tienes que ver la realidad
y ella aceptar
y siempre importa
lo que has de hacer
cada momento tiene su verdad
y en la vida
es lo que has de encontrar.*

¹⁵ Compositor y director artístico de una gran cantidad de orquestas sinfónicas mexicanas y extranjeras. A los 20 años de edad ya dirigía sus propias obras en Bellas Artes. Eduardo Mata falleció en 1995, al desplomarse el avión que pilotaba.

XV. HUÉSPED DE LECUMBERRI HILTON

El proceso de Agustín y Salvador estaba prácticamente empujado, ya fuera por las diligencias de sus abogados que debían enfrentar la burocracia, o por la enorme cantidad de demandas que había por detenciones injustificadas: se contaban por cientos. La capacidad de la cárcel era para menos de mil presos y en esa época albergaba a más de cuatro mil. Cotidianamente, los estudiantes ponían telones o cartulinas exigiendo atención a su proceso, con la esperanza de que algún medio de comunicación recogiera sus demandas. Naturalmente, al caso de Agustín y Salvador nadie prestó especial cuidado.

Ambos encontraron su libertad a través de la literatura. Dejaron de lado esas eternas caminatas en el pequeño espacio de su celda, revisando minuciosamente cada punto de grasa en la pared, los hongos dibujados, las imágenes de Cristo hechas con rayones. Se hartaron de las horas que pasaron cuestionándose lo que iba a suceder y del día que salieran libres. Ya no les resultaba entretenido participar con otros presos en las apuestas a las carreras de cucarachas. Se pusieron a leer y su actitud cambió. José Agustín dijo en una entrevista (*Excélsior*, julio 14, 1996), que uno de los libros que recibió de sus hermanos fue *Las mil y una noches*, y con él descubrió la función más noble del arte: "En ese momento entendí que la literatura salva la vida, porque a mí me la salvó: de repente ya no estaba en la cárcel sino inmerso en un mundo donde la imaginación no tenía límites, y la fantasía era un arraigo extraordinario."

No dejaban de sentirse indefensos y sujetos a la voluntad de los jueces, pero el paso de los días y las semanas terminó por mitigar su indignación.

—Agustín, esta es una prueba que nos pone Dios o el destino. Tenemos dos opciones: hundirnos o fortalecernos. Yo quiero ser más fuerte.

La vanidad fue la primera máscara que les arrebató Lecumberri. Agustín y Salvador eran personas de clase media, acostumbrados a la comodidad y a veces al despilfarro. Salvador había llorado cuando le cortaron el cabello, y a José Agustín le daba mucha pena tener que amarrarse los pantalones con un lazo, porque le quedaban grandes. Después de unas semanas se esfumaron los prejuicios; eran ellos, sin tapujos.

Sobre su experiencia carcelaria, Agustín contó al periodista Gonzalo Vázquez Mantecón:

"La cárcel te enfrenta a lo desconocido de ti mismo. No sabes cómo vas a reaccionar: si te vas a volver un culero o un héroe. Entonces te tienes miedo sin saberlo. Y la cárcel prueba tu honestidad, fortaleza y solidaridad humana. Prueba si tienes miedo o terror, y tu capacidad de amar. Admites todas tus fallas, porque la prueba definitiva está allí enfrente."

Hasta febrero de 1971, José Agustín y Salvador compartieron las mismas vivencias. De ahí en adelante, Salvador estuvo en la crujía "F", y Agustín se quedó en la "H". Poco antes de separarse, pasaron por una prueba muy dura: había entre los presos un norteamericano llamado Chellico, no tenía quién guiara a su hermano, del aeropuerto a Lecumberri, para llevarle dinero. Chellico pidió a Agustín que le hiciera un favor:

—Dile a tu esposa que vaya por mi hermano. ¿no? Para que me pueda traer unos dólares.

—No, mano. La neta es que no quiero meterme en broncas.

—No hay pedo, mexicano, me van a ayudar a meter la lana.

—No, hijo; dile a otro.

Chellico recurrió a Salvador. Él aceptó confiado en que todo estaba bien. Alicia iba casi llegando a la reja cuando Salvador la llamó.

—Oye, pasa por favor al hotel Continental Hilton y recoge un dinero que le van a mandar a un cuate que se llama Chellico. Mañana te lo traes en la visita.

Alicia iba todos los días, al igual que Margarita. Al día siguiente no llegó.

—¿Y Licha? —preguntó Salvador a Margarita.

—¿No ha llegado? Me dijo que iba al hotel y luego se venía para acá. Salió desde temprano.

—Oye, qué raro, ¿habrá pasado algo?

—No sé.

—Cálmate, mano —dijo Agustín—. Mañana viene. Tal vez no le dio tiempo.

Más tarde se fueron a dormir. A media noche escucharon el escándalo de los celadores que aprehendían a Chellico y a varios de sus compañeros, y los llevaban a la jefatura de seguridad del penal. Agustín y Salvador volvieron a su sueño, muy inquietos. Una hora después, escucharon otra vez los pasos de los celadores:

—¡Salvador Rojo! —gritaron.

—Qué pedo, qué está pasando.

Los hombres lo sacaron a jalones y lo llevaron a un interrogatorio. El jefe de seguridad lo recibió mientras se quitaba el reloj, como si se preparara para darle una golpiza.

—¿Para qué era el dinero que traía tu mujer? ¡Para comprar droga! ¡Para una fuga! ¡Para sobornar a los jueces, o qué!

—Oí...ga, señor, es que no sé de qué me habla... O sea, no entiendo lo que sucede.

—¡No te hagas pendejo, güero! ¡Tú sabes bien de qué se trata la movida!

—Mire, señor, yo le juro que no sé nada.

—Te voy a sacar la sopa a madrazos, si no hablas.

—Es que lo único que sé es que el señor Chellico me pidió que mi mujer pasara por su hermano al hotel donde iba a llegar, y traerlo a la prisión para que ella le ayudara a meter un dinero que ocupaba para sus gastos... ¡Se lo juro, señor!

—Ya te jodiste, güero... ¡Llévenlo a donde ya saben!

Salvador fue trasladado a una jaula al aire libre, que no tenía techo y se encontraba alrededor del polígono, la torre de control del penal. Prohibieron, a todo el que circulara por ahí, que le diera una cobija o se acercara. Pasaron tres días. Y a José Agustín nadie informaba de la situación de Salvador. Un día se acercó un hombre a la jaula:

—Güero, fíjate que vi pasar a tu mujer. La tienen detenida.

—¡Pero por qué! Qué chingados está pasando.

—No sé, mano, pero es una bronca muy gruesa.

El tercer día llegaron los celadores por Salvador y lo metieron a una celda de castigo, un cuarto pequeño, completamente vacío, sin luz, sin reja por la que entrara el sol, únicamente una letrina atiborrada de excremento: el apando.

—Uy, güero —dijo un guardia—, yo no sé qué habrás hecho pero aquí vas a estar guardado por lo menos unos meses.

—Dios mío, pero ¡por qué!

—Tu pedo, mi buen.

“Yo pensé que ahí se acababa mi vida. En el apando había una reja que había sido tapada por fuera con tabiques. Y en los barrotes colgaba el lazo del último tipo que estuvo ahí: se había suicidado. En ese momento pensé: de aquí voy a salir loco, muerto, o muy fortalecido. Diario me repetía que estaba bien, y me dediqué a mandar las mejores vibras hacia afuera, como si nada pasara. Me llevaban mis frijoles.

atole y un bolillo. Decidí que debía comer un poco nada más, para no morirme, y no tener que ocupar la taza del baño. Estaba tan tapada que los olores eran veneno. Y me la pasé meditando, caminando en cuadrado, preparándome para lo peor. Fueron siete días así.”

Al octavo día, el hombre que llevaba la comida le abrió la puerta.

—Orta no está el mayor del dormitorio. Si quieres, te saco a pasear.

—¡Uta, qué aliviane, mano! ¡Gracias!

—Que te pegue un rato la luz del sol, ¿no, guero?

—¡Sí, mano, muchas gracias!

El hombre lo llevó a una celda con otros presos. Platicaron un rato, hasta que uno de ellos sacó un cigarro de mariguana.

—Date un toque, guero, pa que te relajés.

—Este... ¡Bueno! Dentro de todo, ustedes me están alivianando, ¿no? La mera verdad.

Terminado el cigarro, uno de los presos se acercó a la espalda de Salvador y comenzó a acariciarle la nuca y la barbilla. Salvador entendió de inmediato lo que se proponían.

—Este... ¿sabes qué, mano? Yo... la verdad tenía mucho tiempo de no darme un toque, ¿no? Y esto, pues, como que me está haciendo daño. Discúlpame, ¿no? Mejor regrésenme a mi celda, por favor. Y de volada porque me estoy poniendo muy paranoico con este churro.

Los hombres ya no insistieron y accedieron a llevarlo al apando. Lo único provechoso de aquella salida fue que pudieron explicarle el motivo del castigo. El hermano de Chellico no mandaba unos cuantos dólares, sino miles. Los presos que iban a participar en la operación, de la que nunca se supo a ciencia cierta si era para drogas, una fuga o sobornos, no se conformaron con la parte que les tocaría, así que el asunto llegó a oídos del director del penal. Fue tan aparatoso el problema que el director fue removido de su cargo. Finalmente, toda la cárcel se enteró que habían sido unos “cientos” de dólares. Aquellos miles quedaron en distintos bolsillos, y Alicia, la esposa de Salvador, fue liberada cuando se comprobó su inocencia; no por una cuestión de justicia, sino que de haberla encarcelado se habría sabido la cantidad real de dólares que entraron a Lecumberri.¹⁶

Con la salida del director hubo cambios: la crujía “H”, de los privilegiados, fue desalojada, y los presos ocuparon la celda que les correspondía. Fue entonces que Salvador pasó a la “F” (junto con

¹⁶ Alicia había sido arrestada junto con su hija Indra, su cuñada Marta, y Allan Trumblay, mancuerna musical de Salvador.

Héctor, Beto y Raúl), la de delitos contra la salud, y José Agustín se quedó en la "H": ya había acudido la señora Angélica Ortiz a ayudarlo. Por mucho que Agustín pidiera permanecer con Salvador, las autoridades decidieron separarlos.

Una de las visitas que tuvo Agustín provocó que el trato de los presos hacia él cambiara totalmente. Fue la de su tío Alejandro Gómez Maganda, exgobernador de Guerrero. Gómez Maganda era entonces oficial mayor del Consejo Nacional de Turismo, y el nuevo director del penal había resultado ser su amigo. A José Agustín todo el mundo lo extorsionaba porque veían que tenía miedo. Estaba neurotizado desde el momento que se llevaron al apando a Salvador, y no había noche que no esperara que fueran por él para darle un castigo similar. Los presos se referían a Agustín como "el Èse". o "el Greñudo". Y José Agustín era consecuente con ellos. Sin embargo, esa tarde que llegó su tío Alejandro, acompañado con toda solemnidad por el director del penal, José Agustín dejó de ser "el Èse". y se convirtió, para los presos, en "el Señor".

—Ánimo, hijo —decía su tío—. Tienes que salir de ésta. Haz lo que quieras, menos quedarte en el ocio, ¿me oiste?

A partir de la visita de Gómez Maganda, Agustín logró permanecer en la crujía "H" sin tener que pagar tanto como antes. Obtuvo además el trabajo de portero en la reja por donde iban los presos a los juzgados. También lo visitaron amigas actrices, como July Furlong y Julia Marichal, una cubana guapa y frondosa que alborotó a los presos con su sola presencia. Con tantas visitas distinguidas, y la protección que significó el hecho de tener a su tío Alejandro, José Agustín pudo salir a otras crujiás con más seguridad; de modo que cuando varios de sus amigos llegaron a visitarlo, lo encontraron mucho más relajado y platicador. Hugo Argüelles recuerda:

"El día que llegué a verlo me presentó a varios presos con los que ya compartía gustos sobre música. Yo presumo de ser un melómano y tengo una discoteca muy grande. Agustín conoció a un joven que se jactaba de tener la mejor colección de discos en México. Platicamos durante horas acerca de autores poco conocidos de música clásica. Este muchacho aseguraba que tenía ocho mil discos. Yo le dije, "ah, me llevas por dos mil, pero no es un asunto de números sino de calidad". Y le empecé a preguntar por autores y grabaciones. Conocía muchísimas. Y mientras platicábamos entusiasmados, junto a nosotros pasaban asesinos, violadores y demás."

Cuando José Agustín recibió la visita de la señora Angélica Ortiz, el director del penal mandó que se usara una oficina privada para que pudieran platicar con toda comodidad. Ya estaba enterado de que la señora Ortiz era amiga de Rodolfo Echeverría, quien había sido nombrado recientemente director del Banco Cinematográfico. Rodolfo era hermano del presidente de la República, que en diciembre de 1970, había tomado posesión. Con tales apoyos e influencias, Agustín era ahora "el Señor Don Escritor". Estaba muy seguro de obtener su libertad; pero no fue así.

Tratándose de trabajo, la señora Ortiz era sumamente exigente, pero en el trato cercano solía ser cariñosa y protectora. Cuando llegó a Lecumberri abrazó a José Agustín, lo cubrió de besos y luego le gritó a la cara:

—Eres un pendejo. Todo el tiempo piensas que no puede pasarte nada. ¿Crees que eres un protegido de Dios, o qué? ¡Mira a tu alrededor! Tienes para aprender que eres tan vulnerable como cualquiera.

La señora Ortiz recurrió a Rodolfo Echeverría para que pusiera otro abogado en el caso. Rodolfo seleccionó a Arsenio Farrell Cubillas, abogado personal de la familia Echeverría. Farrell era, además, amigo de don Augusto Ramírez, porque el abogado había sido asesor de la Asociación Sindical de Pilotos Aviadores. Entre Farrell y el padre de Agustín había otro vínculo: el sobrino del abogado, Jorge Farrell, trabajaba en el Instituto Mexicano del Seguro Social, y había llamado a don Augusto a trabajar con él, como jefe de compras, ya retirado de la aviación¹⁷ (Diariamente, don Augusto recibía a personas que intentaban sobornarlo. Las compras del IMSS a nivel nacional, desde papelería, insumos, alimentos y demás, implicaban ganancias extraordinarias para proveedores. Pero don Augusto jamás aceptó un centavo. En una ocasión supo de un hombre que, nada más por saber en qué momento encontraría a don Augusto en un restaurante, ofrecía siete millones de pesos. Su rectitud ganó el prestigio y el respeto de los Farrell.)

José Agustín suponía que, teniendo para su defensa a un hombre que toda su vida había estado en la cúpula gubernamental y que, además, era amigo de su padre, el proceso que se le seguía sería muy rápido y eficaz. Sin embargo, el licenciado Farrell no tomó personalmente el caso, y se desentendió de él. En su lugar, mandó a otros abogados a que se hicieran cargo de las gestiones; en cuatro meses no hubo ningún avance.

¹⁷ Don Augusto tuvo que abandonar la aviación desde 1968, porque le dio diabetes. Fue director de Aeronáutica Civil, y después, jefe de compras del Instituto Mexicano del Seguro Social.

Lo que sucedió después reveló que el encierro de Agustín y Salvador tuvo un peso político: Héctor, Beto y Raúl habían declarado ya que Agustín y su compañero no tenían que ver en el asunto del tráfico. Obviamente, esperaban que su salida fuera inmediata, puesto que se había ignorado en los documentos la existencia de la lata de marihuana, por darle más importancia a los diecisiete kilogramos. Sólo faltaba que los jueces decidieran y, entonces, los dejaran libres. En las diligencias de sus nuevos abogados, enviados por el licenciado Farrell, informaban a José Agustín que saldría en un par de días. La siguiente semana era la misma noticia y no pasaba nada. El dramaturgo Juan Tovar, así como muchas otras personas, coincide en afirmar la causa de esa segunda detención del proceso

“Dejarlo en la crujía “H”, la antesala del infierno, y ponerle trabas a su salida, dejó claro que querían darle un escarmiento, aprovechando que ya había caído en la cárcel. Un tipo tan popular, reventado y con opiniones políticas tan mandadas, tarde o temprano iba a ser congelado de alguna forma. Lo vieron protegido, y por eso no hicieron nada más, porque el aparato estatal vivía momentos de paranoia y, con, o sin evidencias, lo hubieran refundido por tráfico de drogas.”

Sobre su capacidad de convocatoria que tuvo en distintas conferencias antes del movimiento estudiantil del 68, le habían preguntado a José Agustín:

—Debes sentir una responsabilidad muy grande con los jóvenes, puesto que te siguen donde te presentas y tus libros suscitan mucho interés. ¿no te parece?

—Momento: yo no siento que cargue ninguna responsabilidad, porque no soy pastor de nadie, ni mis lectores son borregos. Si mis planteamientos obtienen una respuesta de la gente, la acepto como una forma de comunicación y nada más.

Margarita y la señora Ortiz no paraban de llamar por teléfono a los abogados tratando de informarse. Llegó un momento en que los defensores se negaban a contestar sus llamadas o recibirlas en su oficina.

El licenciado Farrell Cubillas ha tenido siempre la fama de ser un hombre de mano dura. En una semblanza que hizo la revista *Proceso* (enero 8, 1996), se dice que era tan intransigente que, una vez, llegando al Instituto Mexicano del Seguro Social, donde se desempeñaba como director, sorprendió a una persona dormida dentro del área de trabajo. Llamó a su jefe de relaciones laborales y le dijo: “Le

rescendes el contrato". El funcionario respondió: "Es que esta persona no trabaja en el IMSS"; a lo que Farrell ordenó: "Pues le das una plaza y de inmediato se la quitas".

José Agustín supone que Arsenio Farrell le tenía un odio gratuito. Aunque pudo haber sido otro el origen de su apatía: el licenciado Farrell, a su vez, estuvo preso en Lecumberri menos de un mes, acusado de fraude en 1959.¹⁸

Mientras el proceso seguía empantanado, José Agustín trabajaba como vendedor de periódicos. Tenía autorización para andar en cualquier crujía. Alrededor del mes de mayo ya conocía a muchos presos políticos e intelectuales. Se encontró con José Revueltas. Agustín lo admiraba tanto que lo veía como padre y maestro. Revueltas había caído en Lecumberri después del movimiento estudiantil. Quienes lo aprehendieron le preguntaron si era responsable del movimiento, a lo que respondió: "Sí lo soy".¹⁹ También se encontró con Sócrates Campos Lemus (señalado como el traidor de la revuelta estudiantil), y Goyo Cárdenas —asesino en serie que enterró a sus víctimas en el jardín de su casa, y pasó treinta y cuatro años en Lecumberri—. ²⁰ Lo que más sorprendió a Agustín fue encontrar lectores suyos en la prisión.

De vuelta a su celda practicaba yoga y consultaba el I Ching. Bastaba tirar tres monedas al aire y ver el número de hexagrama que indicaba, para abrir las páginas y leer el augurio. El I Ching es un texto adivinatorio, fundamentado en la filosofía china. Era muy socorrido entre los lectores jóvenes de la época. Pareciera que en realidad responde a la búsqueda de quien lo consulta, pues hay coincidencias extraordinarias: de acuerdo al hexagrama que obtuvo Agustín, leyó: "Atado con cuerdas, encerrado en una prisión con espinas en las paredes, durante tres años no se encuentra el camino". "Éxito supremo si se vencen las dificultades del principio y se extrae el orden del caos y la confusión". El I Ching también se basa, como la Biblia, en la fe, el simbolismo y en la historia de la cultura milenaria que le dio origen.

En cuestiones de dinero, muchos de amigos de Agustín ayudaron a cubrir sus gastos. Podía también sostenerse con el pago de las regalías de sus libros, que mandaban sus editores. Su novela *De*

¹⁸ En la revista *Proceso*, ya citada, se lee que Arsenio Farrell obtuvo su libertad bajo fianza. En los más de veinte años que ha laborado en la administración pública, ha desempeñado los cargos de director de la Comisión Federal de Electricidad, director del Instituto Mexicano del Seguro Social, Secretario de Trabajo en dos sexenios, Coordinador de Seguridad Pública de la Nación, Asesor jurídico en: la Asociación Sindical de Pilotos Aviadores (ASPA), la Cooperativa Cruz Azul, y la Asociación Nacional de Actores (ANDA). Actualmente, es secretario general de la Contraloría y Desarrollo Administrativo.

¹⁹ José Revueltas salió de la cárcel en 1971. Murió cinco años más tarde.

²⁰ Gregorio Cárdenas Hernández terminó la licenciatura en Derecho, estando preso, y asumió su propia defensa y la de otros reclusos. Al sufrir daño cerebral, fue internado en el hospital psiquiátrico de La Castañeda. Fue autor de las novelas testimoniales *Celda 16*, *Pabellón de locos*, y *Adiós Lecumberri*.

perfil, e inventando que sueño, en ese momento eran publicadas en Italia. El pago por los derechos de la obra también le fue entregado en Lecumberri. Y Margarita trabajaba como modelo para una empresa de jabones.

En especial, hubo un detalle que lo conmovió profundamente: A la hora de visita se le acercó un muchacho a conversar sobre literatura. Agustín suponía que el joven había visitado a otro preso y, por simple gusto, se quedaba un rato más. Cuando el muchacho estaba a punto de irse, sacó cincuenta pesos de su bolsa y se los entregó; dijo que había ido a Lecumberri específicamente a visitar a José Agustín, pues era su lector y se había enterado del encierro. Sin decir más, se encaminó a la reja de salida. Agustín se retiró a su celda y retomó la escritura de su novela *Se está haciendo tarde (final en laguna)*, que sería considerada por los críticos, su primera obra maestra.

XVI. EL VERANO LUMINOSO

José Agustín llevaba un año con dos novelas en proyecto: *Dos horas de sol*, y *El cielo se está nublando (con freak-end en laguna)*. Es por eso que en los periódicos de aquellos años se anunciaba ya su aparición. La primera novela resultó una versión fallida y no se publicó. Sólo retomó la segunda, con el nuevo y definitivo título de *Se está haciendo tarde (final en laguna)*, que terminó de escribir en la cárcel. Sobre esas horas de creación, declaró en 1990:

“Todos los días me encerraba a escribir y sabía que escapaba de la cárcel; me iba, vivía entre soles radiantes, paisajes maravillosos, playas y desmadres a todo dar. Cuando tenía que dejarla, porque me llamaban a filas y me formaba, sentía como si estuviera en un viaje: viendo todo de lo más distinto”

Para entonces ya se había habituado, irremediablemente, a la vida carcelaria. Con el cambio de director los mayores de las crujiás fueron sustituidos, y de momento tendían a ser menos rudos que los anteriores. Agustín conoció al mayor Pepe Ciper, nuevo encargado de la “H”, con quien hizo una amistad profunda. En su autobiografía relata que Ciper tenía un hermano escritor y, por tanto, era un hombre con mayor sensibilidad y cultura, llevaba cuatro años de cárcel y, no obstante, conservaba sus valores morales íntegros. A Pepe Ciper le dedicó el cuento *Punto decisivo*, aparecido en el volumen *La mirada en el centro*, en 1977.

En una carta que Agustín envió a René Avilés, desde Lecumberri, reflexionaba acerca de su encierro:

“La cárcel ha resultado todo un viaje. Me ha servido, por diferentes motivos: he visto la solidaridad de mi familia, de mis amigos; he podido conocer en serio la realidad de este país, porque aquí en la cárcel, maestrísimo, te enteras de grandes intrigas gubernamentales, de todas las ojetadas de la policía y de la justicia; he visto diez mil casos delictivos, pero, sobre todo, sé que esto es una prueba para revisar mi vida y madurar a pasos gigantes. Aquí he conocido, al máximo de intensidad, las etapas del terror, de la emoción, de la felicidad y la creatividad. En estos momentos me siento de poca madre; ya no me altera nada, mis convicciones se han arraigado en el sentido espiritual y político. Espero salir con más filo que una shick inoxidable (inserción pagada).”

Durante los siete meses que Agustín estuvo preso, Margarita no faltó un solo día. Después de las primeras visitas, y ante la detención del proceso, le llevó alimentos para que dejara de comer "rancho". A Margarita ya no le preocupaba que interviniera la señora Ortiz, lo cual implicaba una participación indirecta de Angélica María, sino, por el contrario, agradecía sus esfuerzos, aunque el licenciado Farell se mantenía ausente del caso. Después de todo, la aprehensión de Agustín estrechaba hondamente su unión, como ella misma lo expresa:

"Desde el primer momento que lo vi en la celda con su uniforme azul cielo, evitando a toda costa ponerse paranoico o dar el 'carcelazo', como le decían a los gritos de los detenidos que no soportaban el encierro, supe que necesitaríamos mucha fuerza para salir adelante. Yo no podía ponerme a llorar y manifestarle que me dolía verlo despedirse a través de las rejas con un beso, así que me hice la fuerte y le llevé comida. Saliendo de Lecumberri, me iba al mercado, y guisaba algo diferente para el siguiente día. Entre Agustín y yo hubo una fusión: él era una parte de mí que estaba encerrada, y yo era una parte suya que andaba en la calle. En ese momento vimos nuestra relación como un cristal: totalmente transparente."

Salvador, mientras tanto, seguía en la cruzija "F". Allí no era una antesala sino la cárcel más real y cruda. En las celdas vivía todo tipo de traficantes, desde los más pequeños hasta los más organizados. Por las noches Salvador escuchaba a los comandos, que son los presos que desempeñan el papel de fuerza de los celadores entre los internos, y era testigo de sus planes y discusiones; especulaban cómo matar al hombre que no les pagó la droga, en qué momento ir a golpear al enemigo. Salvador trataba de acoplarse a ellos y manifestar indiferencia hacia todo lo que oía. Desde que llegó, le habían advertido:

—Mire, señor Rojo, aquí estamos todos por la misma situación, ¿me entiende? Pero tenemos implementado un buen sistema de seguridad entre nosotros. Mientras usted pague sus cuotas y no la haga de tos, no le va a pasar nada. Si quiere mariguana, heroína o cocaína, nomás díganos. Y si se entera de alguien que esté vendiendo fuera de esta área, avisenos, porque aquí no se permite la competencia. ¿Estamos?

Un día vio que los presos llevaban a un hombre y le invitaban un cigarro mientras platicaban. Salvador les dio la espalda y se puso a tocar su guitarra. Le ordenaron que subiera el volumen del radio y siguiera tocando. De repente, llegaron dos tipos más y le encajaron un fierro en el pecho al invitado.

Los gritos desgarrados del hombre se confundían con el estruendo de una cumbia, y las cuerdas de la guitarra. Por la discreción de Salvador y su resistencia, le dieron el cargo de Comando en la crujía. Salvador narra su relación con Agustín, en ese periodo:

“Realmente nos veíamos muy poco. Yo ya me había acostumbrado al ambiente de mi celda, y todas las noches me inventaba una filosofía: ‘Dios me sigue probando’, ‘No es maldad, es miseria’. Cuando fui comando, empecé a llevar a unos cuates a la escuela; luego me dieron chance de recorrer las instalaciones de Lecumberi. Aprovechaba para ver a mi hermano Agustín; le pasaba datos y chismes. Un día lo invité a mi celda y escuchó las transas de mis cuates, los muertos que tenían en su haber. Un tipo que traficaba coca había matado a un par de federales, y Agustín se puso bien nervioso. ‘Tranquilo’, le decía yo, y el cabrón no podía con el sube y baja de su adrenalina.”

José Agustín también había hecho muchos amigos y trataba de no meterse en problemas. En una ocasión, conoció a un preso que hacía entregas de marihuana dentro del penal. Este hombre, de apellido Galindo, lo instó a unirse a la distribución. Agustín no quería saber nada de eso; sin embargo, Galindo le puso una “trampa amistosa”. Avisó a sus compañeros que Agustín se haría cargo de la entrega ese día.

—Tú sabes, ñero, o le entras o recibes los guamazos que te van a recetar porque ya están avisados de que tú las traís.

No tuvo más remedio que cargar el paquete de cigarros de marihuana. Galindo lo acompañaría. Le recomendó que lo escondiera en sus partes nobles. El hombre se divertía con el pánico que había provocado en Agustín.

—Qué tal, ¿cómo va todo? —preguntaba Galindo al jefe de vigilancia—. Vamos al rondín.

La entrega llegó a sus destinatarios; pero antes, Galindo había hecho un enorme recorrido por los pasillos, saludando a celadores y comandos con toda tranquilidad. Ese momento de angustia se repitió cuando Agustín no resistió la tentación de fumar un cigarro.

Los primeros días de junio, la señora Angélica Ortiz ya estaba cansada de la indiferencia del licenciado Farrell, y recurrió a otro de sus amigos, el secretario de Gobernación en ese tiempo, Mario Moya Palencia. Moya dijo que ayudaría en la resolución del caso, siempre y cuando Agustín le escribiera una carta y explicara detalladamente su situación. En diez cuartillas narró la historia del arresto, y contó de sus experiencias con las drogas sin autocensurarse. No pedía que lo sacara de la cárcel, sino que diera

un impulso al proceso, considerando que ya estaba deslindado de aquellos diecisiete kilogramos. Moya Palencia apreció la sinceridad y actuó en consecuencia.

Como ya se mencionó, Moya y José Agustín se habían conocido en 1965. Agustín trabajaba para la revista *Claudia*, y el abogado era director de Cinematografía. Con Gustavo Sainz había colaborado en la preparación del boletín *Reseñas*, y precisamente hacían la revisión de artículos y reportajes en la oficina de Moya. Estimaba a los escritores jóvenes, puesto que él también escribía. Al decidido apoyo que el abogado brindó a José Agustín, contribuyó el hecho de que Moya tenía una vieja frustración: sus primeros vuelos literarios se vieron opacados por la gran figura de Carlos Fuentes. Moya participaba en un concurso, de cuento o novela, y Fuentes resultaba ganador absoluto. Por muchos años abandonó el medio literario y se dedicó a la política. Los cargos que desempeñó fueron tan importantes, que pudo haber sido el sucesor del presidente Echeverría en 1976; sin embargo, dirigió su carrera a la academia y asuntos diplomáticos. A los cincuenta años de edad volvió a las letras y publicó sus primeras novelas.²¹

Bastó que Moya Palencia tomara el teléfono y llamara al procurador de Justicia, para que en unos días ocurriera lo que no había sido posible con el otro abogado en siete meses. Según la versión que dio la señora Ortiz a José Agustín sobre aquella llamada telefónica, escuchó:

—Este muchacho es un escritor connotado. Yo lo aprecio mucho. En realidad, el caso es permeable y te pido que intervengas.

Diez días después, el sábado 7 de julio de 1971, José Agustín y Salvador obtuvieron su libertad. Margarita había ido a contarle que saldría muy pronto, pero Agustín se resistía a albergar esperanzas, y decidió no decirle nada a Salvador. Ese día por la mañana, Salvador estaba haciendo sus trabajos con papel maché, cuando alguien gritó:

—¡Salvador Rojo! ¡Sales a las dos de la tarde!

Se encogió de hombros y respondió al grito anónimo:

—Cabrón, esas bromitas no se las paso a nadie.

—¡Salvador Rojo! ¡Si no estás en diez minutos en la reja, te quedas hasta las seis!

En diez minutos regaló su guitarra, su ropa, pósters y chucherías y corrió a la reja, donde ya lo esperaba José Agustín.

²¹ Después de la secretaria de Gobernación (1970-1976), Mario Moya fue profesor universitario, y director general en distintas agrupaciones: en la Organización Editorial mexicana; en Fonatur, Exportadores Asociados, y Ocean Garden Products. Como diplomático, fue representante permanente de México ante la ONU, embajador en Cuba, Italia y distintos países de Centroamérica y el Caribe. Es autor de las novelas históricas: *El México de Egerton (1831-1842)*, *Mexicanos al grito de guerra*, y *Los ojos del tiempo*.

—¿Te cae que ahora sí vamos a salir?

—¡Sí, mano! ¡Ya nos vamos!

Ese sábado no había llovido. Los días anteriores fueron tan húmedos que el cielo estaba completamente despejado; el viento era fresco. Margarita y Alicia recibieron a sus esposos en la calle. Salvador recuerda:

“Cada uno se fue por su lado. En la calle nos dimos un fuerte abrazo, una buena despedida, y nos felicitamos por estar nuevamente en circulación. Fui a casa de mis papás a agradecer su apoyo y más tarde viajé a Cuernavaca a tratar de reactivarme y disfrutar la libertad.”

Se despedían de momento, pues un año más tarde emprenderían otra aventura. José Agustín recobraría el éxito como escritor y nunca más se separaría de su esposa. Y Salvador sería Campeón Nacional de tenis en 1980, aun cuando nunca hubiese tenido entrenador alguno.²²

²² Salvador Rojo se divorció años después. Actualmente está casado con la pintora Aviva Shore, y reside en un fraccionamiento privado de Chipitlán, en Cuernavaca. Es instructor de tenis, y escribe su primera novela, *Cómo vivir como un marqués, sin serlo*, y su autobiografía. La señora Angélica Ortiz falleció el 26 de octubre de 1996, víctima de cáncer en el hígado.

XVII. COMO UNA PIEDRA QUE RUEDA

Cuando Agustín salió de la cárcel buscó a su padre para darle la noticia. No lo encontró en su casa de Tlalpan, y se ocupó de instalarse en un nuevo departamento: en la calle de Gabriel Mancera 1433, colonia del Valle, donde ahora reside su hermana Hilda. Esa noche hubo una gran fiesta. Llegó su hermano Augusto, el pintor; Alejandro, el piloto aviador; e Hilda, quien fue educadora durante veinte años y en la actualidad es astróloga. Más tarde llegó don Augusto.

—Pienso hacer muchas cosas: primero pulir mi novela y publicarla, ver lo del estreno de la película en el cine Regis y colaborar en *Piedra Rodante*.

Entre copas, abrazos y anécdotas transcurrió el tiempo.

—¡Uta! En el tebo si uno no se pone verga se lo carga la puritita chingada. Vi a un montón de gandallas que se pasaban de verga. Un día, a un cuate mío, le metieron de vergazos...

—¡Oye, ya párale! —exclamó don Augusto—. ¿Qué es eso de tanta "verga"? ¡qué boquita, niño!

—¿Soy muy grosero?

—¿Pues qué no te oyes? ¡Qué bárbaro!

Hasta que obtuvo su libertad corrió la noticia de que había estado en la cárcel. Agustín pensaba que no debía hablar del tema, pues generaría juicios desfavorables hacia su persona; sin embargo, decidió hacerlo porque entendía que tarde o temprano se sabría el motivo de su encierro. Algunos medios que lo entrevistaron fueron: el noticiario de televisión "24 horas"; el canal 4, y la revista *Piedra Rodante*. En "24 horas" se refirió, mesuradamente, a las condiciones de miseria y corrupción del sistema penitenciario. En el canal 4, un directivo quiso humillarlo:

Héctor Anaya coordinaba un programa de mesas redondas sobre cultura. Invitó a José Agustín a hablar de su trayectoria en la literatura y en el cine. A mitad del programa, transmitiéndose al aire, Víctor Hugo O'Farril —funcionario de Televisa—, llamó muy molesto al coordinador y le dijo:

—Saca a ese escritor del programa.

—¿Qué sucede, señor? —preguntó Anaya.

—No sucede nada, ¡sácalo! Es un expresidario, ¡cómo le dan un micrófono! Lo quiero fuera.

"Fue una pena terrible pedirle que abandonara el set. Era mi amigo; habíamos trabajado juntos para varios periódicos. Yo estaba entre la espada y la pared. Llamé a Agustín y le expliqué la situación. Él estaba en todo su derecho de reclamarme por qué no había investigado antes lo que podía suceder, o de sentirse ofendido; sin embargo, me dijo: 'No te preocupes, cuate, me salgo para que no tengas problemas'. Y nuestra amistad se mantuvo intacta."

En *Piedra Rodante*, declaró Agustín:

"Mi estancia en la cárcel fue muy cotorra: la neta es que los primeros días fueron de absoluto terror; pero después, uno se acostumbra a rocho, hasta al tanque, y se empieza a cotorrear el patin carcelario. En el bote no fui ninguna víctima. Si estuve ahí fue porque me tocaba. Ahí tenía que conocerme, domarme y aprender."

José Agustín siempre ha tenido la capacidad de reirse de sí mismo. El asunto de la cárcel no podía ser la excepción. En su novela *Se está haciendo tarde...* se lee: "Delante de Pie de la Cuesta hay sembradíos con alambres de púas de alta tensión y guardias con ametralladoras. ¿De quién jijos de la verga pueden ser esos sembradíos de mota? El que responda correctamente se hará acreedor de una fabulosa estancia de por vida en Lecumberri, gastos pagados." No fue una actitud momentánea, en 1986 escribió en *Cerca del fuego*: "A principios de 1971 yo me encontraba en la cárcel de Lecumberri con una beca que me dio el gobierno para hacer mi novela *Se está haciendo tarde*."

La segunda mitad del año fue colaborador de la *Piedra...* Tenía una columna llamada Patines, donde firmaba como "Rolling stone". En ese tiempo la censura estaba muy fuerte en distintos ámbitos, y provocó la desaparición de la revista a principios de 1972. Los puristas la descalificaron porque publicaba fotografías de lesbianas y textos informativos sobre las drogas. Además de que la publicación no tenía un *grado* de solemnidad y sus articulistas eran totalmente irreverentes. Nunca se ha vuelto a ver una revista como aquella. Tenía una gran penetración, considerando que su tiraje era de veinte mil ejemplares. En 1992, Manuel Aceves, quien fuera su director, comentó acerca de las colaboraciones de José Agustín (*unomásuno*, abril 24):

"Él es el culpable de que hicieran talco a la *Piedra...*, y de que no sea yo actualmente multimillonario como Jann Wenner, propietario de la *Piedra Rodante* en inglés. Agustín, abusando de mi amistad, se

soltó la greña antiliteraria como jamás lo había hecho, ni siquiera en sus libracos más gruexos. Nunca antes, en este azotado país, se habían impreso en amate o en papel, tantas leperadas juntas.”

En el país había un alboroto en torno a la "onda": la generación rebelde. Por un lado, censuraban a los medios culturales, y, por otro, a los artísticos. Se desató, por ejemplo, una polémica a raíz de la presentación de la obra de teatro "Hair" en México. La obra era un canto a las drogas, a la masturbación sin culpa, a la liberación plena; era un canto a la "generación de acuario". José Agustín, al igual que otros articulistas, pugnó por la presentación de "Hair" sin censura. También se hablaba del festival "Avándaro 71", al que no asistió Agustín, y del que hubo controversia entre autoridades y padres de familia, que veían el evento como una reunión satánica donde habría rocanrol, sexo y drogas sin control. (Fue muy sonado el caso de unos sacerdotes que se sometieron al psicoanálisis y ya no pudieron ser los mismos después; o el clérigo y escritor Enrique Marroquín, colaborador de la *Piedra...*, conocido como "el cura jipiteca", porque daba sus misas tomando previamente dosis de peyote.)

Agustín se ocupaba de leer en preparatorias y salas de cultura fragmentos de su novela escrita en la cárcel, y presentar en el cine Regis la película *Ya sé quién eres...* Como ya se dijo, el filme fue visto como una mala caricatura de la juventud sesentera. Los críticos la hicieron trizas. Lo que más atacaron fue la pedantería de los personajes: Rosalba (Angélica María), en una escena, se tira en la cama y hace un soberano berrinche para atraer la atención de sus padres. Una vez que los ha angustiado lo suficiente, se pone de pie: "¡Bueno, ya estuvo suave, me voy!", "¡No mijita, por favor, no te vayas!" En esa pedantería estaba, justamente, el valor de lo que hacía José Agustín en sus libros y en el cine: era capaz de desentrañar la psicología de la clase media y reflejarla.

En el estreno Agustín vio la cinta con mucha frialdad y disgusto. La cárcel había roto el encanto del cine. Hasta entonces aceptó que había dado más importancia a la historia y la actuación, por encima de la composición, la luz y edición. Le provocaba dolor de cabeza saber que había quedado tan mal en ese medio.

Por supuesto, antes del evento, Agustín había ido a casa de la señora Angélica Ortiz a agradecerle todo su apoyo en Lecumberri. Margarita fue con él y se quedaron a comer. Con largos silencios y el tema de la película por delante, se estableció entre Agustín y Angélica la relación que prevalece hasta la fecha: una relación distante y de respeto. Sus últimos encuentros fueron en 1988, al resurgir cariños de antaño, por parte de Angélica.

En cuanto a la novela, sucedió que el público reaccionaba de manera contradictoria, a veces divertía el relato y a veces escandalizaba. Y es que no existía otro libro con tanta droga y tanto sexo como *Se está haciendo tarde...* Los personajes excursionaban por Acapulco, la cuna de Agustín, e iniciaban el descenso a los infiernos de la propia mente. Había innumerables juegos del lenguaje: alburas, coloquialismos, palabras en inglés-español. Todo esto fue valorado por la crítica quince años después, hasta llegar a la conclusión de que era su novela mayor, una obra maestra.²³ Pero, en su momento, la descalificación desconcertó a Agustín.

—Háblanos de tu novela —pide un periodista, a finales de 1971.

—¡Hijo!, es una obra realmente espeluznante, una obra nefastísima. En primer lugar, es una obra pomográfica. Es una novela bastante estúpida, no sé ni por qué la escribí. Yo creo que la voy a tirar tan pronto como la lea, a no ser que haya dos o tres a los que les guste; pero lo dudo, porque en todas partes me han estado linchando cada vez que la leo... En la prepa 4, hubo un chavo que se paró y me dijo: "Yo siempre he pensado que eres un degenerado sexual, un cochino depravado y morboso, ahora lo veo y lo compruebo".

En opinión de los especialistas, la novela reflejaba el declive de José Agustín y su generación. Paloma Villegas, por ejemplo, tituló su reseña crítica *Se está haciendo viejo*, arguyendo que la "literatura de la onda" se diluía debido a la corta visión de quienes la escribían. En contraparte, algunos críticos dijeron que reflejaba la llamada muerte de las utopías, y que en ello residía el valor de la obra, porque, hacia 1972, el movimiento de "la onda" se acabó: los grandes músicos morían a causa de las drogas (Janis Joplin, Jimmy Hendrix, Jim Morrison), y muchas personas siguieron sus pasos o terminaron en hospitales psiquiátricos. El jipismo ya no provocaba ganas de transformar al mundo, sino más bien bostezos. La guerra de Vietnam había terminado, los Beatles se desintegraron, y las comunas jipis desaparecían porque el gobierno enviaba a los extranjeros de vuelta a su país... Y aunque se auguraba la decadencia de la obra de José Agustín, sus libros seguían siendo reeditados cada año.

Juan Tovar opina sobre el significado de la novela y la etapa que sellaba Agustín a nivel personal:

"Tuve la impresión de que José Agustín decidió pararle a la sicodelia desde la cárcel. Es muy significativo el final de la novela: 'Yo creo que mejor nos regresamos, se está haciendo tarde.' Este libro fue lo más alto; el climax, una forma desquiciada de reventarse. El protagonista entra a un mundo de

²³ *Se está haciendo tarde (final en laguna)* ha sido traducida al inglés, francés y alemán. En 1995 recibió el premio Dos océanos, otorgado por el Festival de Cine y Cultura de América Latina, en Biarritz, Francia, como la mejor traducción del año.

drogas y sexo que desconocía, entonces pierde el control. Toda la novela se desquicia, pinches páginas en negro, en blanco... Uno se pregunta, ¿qué está pasando aquí? Ah: es que el personaje está viajando. Decididamente es el descenso de Agustín en la sicodelia. A partir de esa novela sus libros son más mesurados; el tono abandonó la forma de dinamitarse.”

Es verdad que Agustín dejó de consumir drogas con la misma intensidad de antes. Nunca las abandonó por completo; sin embargo, tendió más al misticismo, al lado espiritual. De cualquier manera, haya o no padecido la rudeza de la cárcel, la pérdida de su libertad lo marcó y salió con recelos más agudos. Margarita recuerda que él mostraba mucha seguridad estando en alguna presentación, pero apenas se aproximaba una patrulla o caminaban policías a su lado, se neurotizaba.

Después de sus compromisos de lectura, Agustín y Margarita fueron a descansar a Cuautla un par de semanas. Don Augusto sugirió que se alejara un poco y reflexionara. Margarita notó que el sueño de Agustín era inquieto y frágil; había noches en que se imaginaba de vuelta a Lecumberri, o que en realidad no salía todavía. No todos los días resintió el acoso de los recuerdos. También hubo destellos de profunda alegría, como lo cuenta Margarita:

“Siempre que teníamos oportunidad nos íbamos a pasear. Caminábamos largo rato, conocíamos lugares en el estado de Morelos, escuchábamos música y veíamos mucho cine. Cada paseo tenía mayor sentido para él; disfrutaba todo, recordaba cualquier detalle agradable y lo traía siempre en la mente para platicarlo otra vez. Estábamos en una etapa que yo llamo de cristalización: ya nos entendíamos bastante bien y nos teníamos toda la confianza. Fue entonces que decidimos tener un hijo.”

En septiembre de 1971, Margarita le dio la noticia de su embarazo. No había visto en Agustín un momento de mayor radiancia y gozo.

En la literatura, fusionando el espíritu de su generación, o de cierta manera, ajustar cuentas con la sicodelia, escribió el cuento *Luz externa*, en el que narraba la historia de un gurú. Cuando sus amigos jipis conocieron el texto se manifestaron en contra de su publicación, por los momentos coyunturales que vivía el país en torno al movimiento; sentían que era una manera de delatar a quienes circulaban pastillas sicotrópicas y marihuana; prácticamente significaba pedir a la policía que fuera por ellos. Agustín consideró que esa posición limitaba el enfoque crítico que deseaba plasmar. Decidió publicarlo.

Contrario a lo que sus amigos esperaban, el texto tuvo buena aceptación. Al año siguiente, alumnos del taller de cine de la Universidad de Zacatecas buscaron a Agustín para producir algo de su material. Fue justamente *Luz externa* lo que adaptaron, y la dirección estuvo a cargo de Agustín. Quizá la película no resultó un éxito puesto que era un trabajo universitario; sin embargo, para él fue de mayor trascendencia, porque procuró no repetir los errores que había cometido en el cine comercial. Salvador Rojo se encargó de la música y tuvo también una pequeña participación como actor.

El reencuentro con el medio audiovisual y las horas de remembranza con Salvador Rojo, fueron gestando un nuevo proyecto literario. José Agustín quería expresar la vida carcelaria, pero todavía no tenía clara la forma de hacerlo. Imposible filmar en la cárcel escena alguna, ni siquiera con una cámara de súper 8, el antecedente de las cámaras de video. Agustín no deseaba escribir una novela, sino darle una dimensión más viva que pudiera llegar al gran público. Bastó que recordara la primera noche del encierro en la que Héctor, Beto y Raúl discutían acaloradamente sobre la parte de culpa que les tocaba, mientras Agustín y Salvador observaban desde un camastro:

—¿Que yo soy el amo conectando? No, cabron, tú tienes más años en el negocio. Echate la culpa y nosotros te ayudamos desde afuera.

—¡Ah, chingá! ¿Y si no vuelven? ¿Y si me abandonan aquí? Ya los conozco, infelices, el otro día me dejaron solo cuando pase unos churros y no me quisieron pagar. En lugar de defenderme, ustedes se abrieron.

—¡Bueno, vamos a echarnos un disparejo!

—¿Un volado? ¡Qué te pasa, guey!

Cuando se pusieron de acuerdo, lanzaron la moneda al aire.

—¡Ah, no! —se quejó el más joven de los tres—. ¡Yo tengo menos tiempo corriendo mota! Además, todos estamos en el pedo, no se hagan pendejos. Ayer la barca de oro y hoy a lavar cagada.

Ninguno quiso responsabilizarse del tráfico de drogas, de modo que los tres (los cinco), tuvieron que quedarse. Pero al momento del volado, José Agustín miró a Salvador y le dijo:

—Qué bárbaro mano, ésta es una obra de teatro sensacional.

El teatro era el medio ideal para representar las entrañas de la cárcel. José Agustín había hecho amistad con muchísimos actores y podía invitarlos a participar. Empezó a escribir la obra *Círculo vicioso*. Su hermano Augusto podría diseñar un cartel; Salvador, la música junto con Allan Trumbly; la escenografía no requería grandes inversiones: camastros, paredes sucias, pósters. Sólo faltaba conseguir

lo más importante: una sala de teatro y la autorización de la Oficina de Espectáculos del Departamento del Distrito Federal. José Agustín se encontraría con la censura más demoledora.

XVIII. EN EL CÍRCULO VICIOSO

A partir de 1972, la aparición de artículos, reseñas y fragmentos de las novelas de José Agustín, se dio en muchísimos periódicos y revistas de cultura. Un cuento que se publicó en el suplemento cultural de *Siempre!*, recogido en libro, hasta después de diez años, fue *Todas somos uno*. José Agustín lo había escrito en la cárcel la primera noche que tuvo una máquina de escribir.²⁴ Con la ironía que acompaña todos sus relatos, se mofaba del encierro:

Señor Presidente de la República: Tengo que verme en la penosa necesidad de informarlo de algo que Usted no sabe. Yo, su Humilde Servidor, a la edad de sesenta años, estoy encerrado en esta cárcel preventiva ¡por una injusticia, Señor Presidente! Le voy a decir lo que sí hice y lo que no, y Usted juzga: Vi a una muchachita dormida en su casa. Sin hacer ruido me metí a la cocina y ahí estaba ella en el patate, bien pero bien dormida. Señor Presidente, la mera verdad, me la monté luego luego. Ni plo dijo la muchacha. Siempre consintió y fueron muchas veces, ¿cómo salen entonces que fue violación? ¿Cuál violación? ¡No es justo, Señor Presidente!

Al terminar de escribir *Círculo vicioso*, su segunda obra de teatro profesional —ya que la crítica considera que la primera fue *Abolición de la propiedad*—, José Agustín formó una cooperativa de treinta personas, aproximadamente. En febrero de 1972, recurrió a las autoridades de la Unidad Artística y Cultural del Bosque de Chapultepec para solicitar el uso del Teatro Orientación. El licenciado Francisco Villarreal, entonces gerente general de la unidad cultural, cedió el teatro para los ensayos, en tanto la Oficina de Espectáculos del Departamento del Distrito Federal autorizaba la realización de la obra. Acordaron que, cuando se representara, la Unidad recibiría un treinta por ciento del ingreso bruto en taquilla. Pero en un mes no tuvieron noticia del dictámen.

José Agustín, Raúl Ruiz y Mario Alcántara buscaron la manera de entrevistarse con el jefe de la Oficina de Espectáculos, y apresurar el trámite. (Raúl Ruiz había representado una pieza de Agustín en 1968 a nivel escolar, y en *Círculo vicioso* trabajaba como asistente de dirección. Mario Alcántara estaba

²⁴ José Agustín corrigió este texto y lo publicó formalmente hasta 1988, en *No hay censura*, con el título definitivo *Mirate en este espejo*. Apareció también en la antología personal *Inventando que sueño, cuentos completos 1968-1992*.

a cargo de la realización, y estudiaba dirección de teatro en el INBA.) La respuesta de Mario Álvarez, el funcionario de la dependencia, les advirtió de la censura:

—La obra está siendo estudiada; no hemos podido dar una resolución.

—¿Hasta cuándo debemos esperar?

—Unos días más. Me parece que la pieza es muy importante y amerita la formación de un cuerpo consultivo de intelectuales para su revisión... Creo que haremos un par de sugerencias o les pediremos que modifiquen unas cosas.

El funcionario no supo explicar a ciencia cierta el motivo de la censura. José Agustín y su grupo suponían que tendrían que hacer algunos ajustes, aunque no sabían exactamente de qué tipo. En una segunda reunión lo entendieron.

—Es que la obra está llena de obscenidades —dijo Álvarez—. Es muy ofensiva. Viene a ser un insulto a las buenas costumbres.

—Disculpenos, pero el lenguaje en sí no es obsceno. Se trata de una obra realista en la que los diálogos son completamente inherentes al contenido. En la cárcel no se habla como en las telenovelas. En todo caso, lo que sí es obsceno es Lecumberri, y la obra solamente es un reflejo, un espejo de la sociedad mexicana.

—No es posible autorizar esta pieza. Deberán reescribirla. Tú tienes talento, ¿no? ¿Por qué no la corriges? ¿No puedes escribir cualquier cosa? Si la idea es hablar de algo deprimente, aunque sea cierto, hay que tratar de plantear los aspectos bellos y constructivos de la sociedad...

—Le digo que el lenguaje no es ofensivo, ni intenta insultar a nadie, solamente crear una realidad artística. Quizá si la viera en el escenario, en los ensayos, se daría cuenta que el argot carcelario cumple una función estética.

—No, señor, es que no la vamos a ver en escena.

—Eso significaría reprimir la libertad de expresión.

—Fíjese que no: lo que sucede es que el público mexicano no está capacitado para ver este tipo de espectáculos. Si quieren mi autorización, tienen que volverla a escribir. Totalmente.

—No vamos a ejercer la autocensura; eso es trabajo suyo y lo más que podemos aceptar es hacer algunas modificaciones, pero ningún cambio sustancial.

—Voy a reunir a mi cuerpo consultivo de intelectuales y posteriormente les avisaremos lo que deben cambiar.

—¿Cuándo?

—Posteriormente.

Nada se resolvió. Ni se prohibía ni se autorizaba. Y es que en realidad el "lenguaje obsceno" no era la única objeción, sino la abierta denuncia de las corruptelas en el sistema penitenciario. Los presos discutían en la obra:

Aquí se necesita más dinero que en cualquier otro laredo. Este es Lecumberri Hilton: si quieren hablar por teléfono, les cuesta veinte pesos; bañarse en vapor, diez pesos sin contar toalla, brillantina y cremas; hasta una pistola pueden conseguir. ¿Que es un centro de rehabilitación? ¡Rehabilitación mis huevos! A mí me meten por intentar contra mi salud fumando mota, y aquí hay más mota que afuera y un chorro de drogas más. Aquí se paga por protección, rescates por lo que se roban, ver crímenes y pleitos, lana para la fajina general, la de cocina, la de bombas, la de panadería y la fajina del propio dormitorio. Y mejor pagarlas, si se puede, porque si no, los levantan a las dos de la mañana a trapear toda la cárcel. En un día les sangran las manos, palabra, a parte de que los traen a puras pinches patadas.

El grupo de teatro decidió hacer un ensayo público en el auditorio "A" del Instituto Politécnico Nacional, plantel Zacatenco, el 21 de abril. Casi novecientos espectadores aplaudieron la obra. Se recogieron críticas y notas favorables, además de que los actores eran de primer nivel. Por mencionar sólo algunos, Fernando Balzarotti hacía el papel del traficante "Héctor"; Octavio Galindo interpretaba a "Beto"; Arsenio Campos, a "Raúl", y Fernando Borges, a "Gómez".

La situación del preso "Gómez" era una representación simbólica del caso de José Agustín y Salvador. A "Gómez" lo habían atrapado caminando por la catedral metropolitana, cuando se detuvo a preguntar la hora. A unos policías el sujeto les pareció sospechoso. Al registrarlo encontraron un cigarro de marihuana y eso fue suficiente para encarcelarlo por tiempo indefinido.

El funcionario, Mario Álvarez, se indignó al recibir en su oficina la invitación al ensayo público. Consideró que se había pisoteado su autoridad y más que nunca impidió la temporada profesional. Para entonces, ya habían pasado tres meses y la unidad cultural decidió ceder el Teatro Orientación a otro grupo, ya autorizado.

Los dramaturgos sabían que cualquier teatro del Distrito Federal requería el visto bueno de la Oficina de Espectáculos; recurrieron entonces a la Universidad Nacional, territorio autónomo, y el Comité de lucha de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales consiguió el teatro de Arquitectura para

hacer representaciones gratuitas, mientras se aclaraba la situación de la obra con sus censores. *Círculo vicioso* se puso en escena del día 16 al 21 de mayo. Salvador Rojo cuenta los pormenores de esa aventura:

“Yo actuaba poco, porque hacía la música. La obra era muy importante para nosotros, pues expresaba la experiencia en Lecumberri. Por otro lado, estaba bien preparada; los actores eran excelentes. Nuestro objetivo estaba claro: si el sistema se oponía, había que luchar contra él. ¿Nos iban a encerrar otra vez? No siempre éramos tan valientes. A veces, durante los ensayos, escuchábamos ruido en la calle y nos asomábamos, temblando. Pensábamos que eran los granaderos. Fueron momentos de mucha tensión y diversión. La gente estaba dispuesta, daba ideas, convivíamos como una gran familia. Todos nos habíamos unido: el reto era aventarnos y ver de a cómo nos tocaba con el gobierno.”

Las presentaciones en la UNAM tuvieron éxito. El teatro de Arquitectura estuvo repleto todos los días; por ello, el grupo decidió poner un subtítulo a la obra: *Círculo vicioso, Puestas en escena en rebeldía*. Tres días antes de que iniciara la temporada, el día 16, nació el primer hijo de José Agustín. Andrés, ahora editor y poeta.

La paternidad lo alentó mucho y no se desmoronó cuando tuvieron que parar las representaciones de manera definitiva. La cooperativa se desintegró, pues los actores, profesionales en su mayoría, habían dedicado cinco largos meses a la obra sin retribución alguna. José Agustín comprendía bien esa situación y consideraba que había sido un esfuerzo generoso por parte del equipo; valía la pena seguir luchando por una obra que el público aceptaba.

A mediados de año insistió nuevamente en la Oficina de Espectáculos. Mario Álvarez le informó que la resolución ya no estaba en sus manos, y había pasado a su superior. José Agustín localizó al superior, y el superior lo envió con el jefe del Departamento del Distrito Federal. El regente de la Ciudad se negó a recibirlo y solamente avisó que el caso volvía a estar bajo la responsabilidad de Mario Álvarez. Los meses siguientes Agustín peregrinó en las tres oficinas, sin respuesta.

En septiembre Agustín demandó legalmente a la oficina de Espectáculos por incumplimiento de reglamento, a través del Tribunal de lo Contencioso, que se encargaba de corregir abusos burocráticos. El primer mes del trámite, el Tribunal consideró que la demanda era pertinente. Al mes siguiente, la demanda ya era, para la autoridad, improcedente. No había más instancias, de modo que Agustín y el grupo de teatro abandonaron la obra.

Círculo victoso resucitó dos años después. Mario Alcántara, el realizador, destacó notablemente como director en la Escuela de Arte Teatral de Bellas Artes. Emilio Carballido, su maestro, le dio la oportunidad de escoger una obra y representarla profesionalmente bajo la producción del plantel. Mario Alcántara eligió *Círculo victoso*, y propuso el mismo teatro universitario que habían utilizado en 1972.

No todo resultó tan fácil. El departamento universitario de actividades teatrales ya había comprometido la sala y no pudo facilitarla. Mario Alcántara acudió al INBA y fue Emilio Carballido quien finalmente tuvo la última palabra: gracias a él, consiguieron el teatro El Galeón, de la Unidad Artística y Cultural del Bosque, sin necesidad de pasar la obra a supervisión.

Círculo victoso se estrenó nuevamente el 13 de julio de 1974, bajo la dirección de Mario Alcántara. Muchos actores fueron distintos en esta ocasión: Baltazar Oviedo hacia el papel de "Héctor"; Abel Woolrich, el de "Beto"; Héctor Avila, "Raúl"; y Raúl Ruiz, interpretaba a "Gómez". Durante un mes las presentaciones marcharon bien. Repentinamente, la unidad cultural solicitó un cuarenta por ciento del ingreso en taquilla y, al no poderlo cubrir, les retiró la sala de teatro.

El dramaturgo Emilio Carballido volvió a apoyar al grupo y les facilitó la sala Villaurrutia, en el mismo complejo. Sólo entonces la obra pudo ser puesta sin interrupciones. El 25 de octubre de 1974 cumplió con cien representaciones, y fue colocada en la sala una placa conmemorativa.

Había, en especial, un actor al que apodaban "la hormiga". En la obra sólo se escuchaba su voz atrás de las paredes, pero, en determinado momento, salía furioso y gritaba a los presos y al público:

—¡Ahí les van mis miados, hijos de la chingada!

Y les tiraba una cubeta con agua.

El público ignoraba que este actor se emocionaba tanto cuando asistían personajes políticos a ver la obra, que, tras bambalinas, depositaba en la cubeta sus orines verdaderos. Y con notable gusto decía a los funcionarios en la puerta:

—Por favor, licenciado, pase usted hasta adelante para que vea bien la obra; será un honor.

Y los salpicaba con auténtica agua de riñón.

Salvador Rojo recuerda otra anécdota:

"La canción 'Los presos' la interpretábamos Allan Trumblay y yo. Cuando la obra ya se había consolidado, ocurrió que olvidé mi guitarra en casa; es la única vez en la vida que me ha sucedido algo así. En la sala había un piano y empecé a tocar sólo para ver si podía hacerlo, porque en realidad nunca lo había utilizado. De pronto, se acercó el director, Mario, y dijo que la canción se escuchaba muy bien

con ese acompañamiento. Seguramente el público pensó que la obra era más sofisticada, pero en realidad fue pura casualidad que de ahí en adelante tocara el piano para *Circulo vicioso*.”

El éxito de la obra no terminó en sus ciento cuatro representaciones. La Asociación Mexicana de Críticos de Teatro otorgó el Premio Nacional Juan Ruiz de Alarcón, a *Circulo vicioso*, como mejor obra, —distinción para José Agustín—; director revelación, para Mario Alcántara, y mejor grupo teatral del año.

*Pensando en la gente y en su libertad,
alejada por completo de la sociedad,
privada de su propia voluntad de ser y estar,
el hombre que mató y el hombre que robó
y aquél que una vez la cabeza perdió
y el pobre que no sabe ni por qué,
el hombre que bebió y el que se drogó
y aquél otro que hasta un banco asaltó
y el hombre que no sabía ni qué estaba mal,
es gente como tú y yo,
es gente que también tiene corazón
y nunca los debemos de olvidar.*

De la canción "Los presos"

En el intermedio obligado, de 1972 a 1974, José Agustín dio un curso de novela en el Instituto Cairós, una escuela para adultos que dirigía un sacerdote de apellido Pardini. Agustín programó varias novelas para ser leídas a profundidad. La única obra a la que dedicó cuatro sesiones fue *El apando*, de José Revueitas. A la par, colaboró en el periódico *El Sol de México*. En este medio publicó un ensayo sobre *El apando*, resultado del curso que había impartido. En 1973, luego de terminar sus clases, fue invitado a participar como guionista cinematográfico en la productora "Marco Polo". José Agustín repuntaría nuevamente en el cine, haría una gran cantidad de guiones y, precisamente, la adaptación que le daría un decisivo prestigio, sería la de *El apando*, cuyo ensayo llegó a manos del cineasta Felipe Cazals.

XIX. GUIONISTA Y DRAMATURGO

En 1973 Agustín trabajó para la productora de cine Marco Polo, que en ese momento adaptaba películas de Jorge Fons. Tuvo un buen desempeño como guionista cinematográfico pero, desafortunadamente, ninguna de las películas en las que colaboró fue llevada a la pantalla gigante, por diversas circunstancias.

La primera adaptación fue *Historia de la CTM*. En realidad, la película iba a ser un vehículo político para debilitar la organización cetemista y a su líder Fidel Velázquez. Sin embargo, como recuerda Agustín, el presidente Echeverría dio instrucciones de cancelar la adaptación pues el gobierno había negociado una vez más con la CTM y decidió evitarle fracturas.

El segundo guión fue una versión mexicana de la novela de Hoffman, *Los elixires del diablo*. El cineasta Jorge Fons ya no quiso producirla porque se había estrenado *El exorcista*, y causó el suficiente revuelo como para hacerle sombra a *Los elixires...*

En esta época, Agustín vivía una transformación a nivel personal. Después de la experiencia sicodélica y las largas sesiones con brujos, yoguis y demás, su actitud tendió a ser distinta. Veía los acontecimientos como resultado de las fuerzas cósmicas. Esta visión se reflejó en sus libros posteriores: la experiencia mística, preocupaciones metafísicas, oníricas. En los ensayos en torno a su obra *José Agustín, Onda and Beyond*, de Carter y Smidt, afirman que desde la década de los setenta en adelante, "las preocupaciones de Agustín son volver al centro de la existencia social e individual, aceptando de modo fatalista la imposibilidad del escape." En este cambio influyó la personalidad y la obra de Carlos Castaneda.

Agustín conoció personalmente a Castaneda en 1972, a través del dramaturgo Juan Tovar, quien traducía sus libros al español. De aquel día en que se citaron en un restaurante, Agustín escribió en *Contra la corriente*:

Carlos nos habló de las drogas. Dijo que para don Juan, la marihuana, como el toloache, era una yerba femenina, voluble, caprichosa, pasional y tiránica. Me impresionó profundamente. Y yo, artista naco y puerlerino, desde un principio lo consideré un hermano mayor, alguien más adelantado, pero al que no era necesario poner en un altar.

Durante el tiempo que Agustín trabajó para Marco Polo, Castaneda estuvo muy cerca de él. Iban juntos a comer, a dar un paseo, y el maestro aprovechaba para hablar del poder de las plantas. En una ocasión, expuso sus nociones de impecabilidad: que se debe borrar la importancia de uno mismo, dejar de alimentar la vanidad con el fin de estar más ligero. Agustín había vuelto a la mariguana y ya se le había hecho un hábito. Lo que sucedió esa noche, después de la conversación con Castaneda, fue narrado también en *Contra la corriente*:

Con el empujón de un fuetazo de roja sin semilla entré en un viaje total. Salí al jardincito que tenía y, textualmente, algo me tomó de los hombros y me hizo girar en semicírculo hasta enfrentar la sala. Veía mi casa como una proyección de mi mismo y pude entrever algo que de plano estaba muy mal. Pensaba que Carlos ofrecía la posibilidad de la vida impecable, mientras yo seguía deslumbrado en el laberinto de mi ego, por el lujo y la celebridad. Qué mal me sentí. Empecé a llorar vivamente.

Por unos años Agustín idealizó los postulados de Castaneda. El maestro solía llamar a Agustín desde cualquier parte del extranjero donde se encontrara, y platicaban por teléfono durante horas. Después ya no coincidían en su postura ideológica: Castaneda había llegado a la conclusión de que un hombre no debía tener hijos porque se hacía un boquete en su cuerpo de luz, y por lo tanto, impedía su desarrollo místico. También consideraba que el sexo era secundario, y proponía el celibato. José Agustín consideraba que, por el contrario, el sexo era una parte fundamental del ser humano, y que el amor paternal —como el de la madre— daba luminosidad al hombre. En esas fechas, el 26 de octubre de 1973, nació Jesús, el segundo hijo de José Agustín y Margarita.

A pesar de sus diferencias, entre ellos existe una amistad profunda. En 1982 José Agustín tradujo al español *El don del águila*, sexto libro de Castaneda, y no sólo fue un triunfo personal, por la admiración que le tenía, sino que significó una tarjeta más de presentación para que los editores, en lo sucesivo, requirieran el trabajo de Agustín como traductor literario.²³

Hacia 1974, después de haberse suspendido la producción de la película *Los elixires del diablo*, dejó de trabajar para Marco Polo. En un coctel de cineastas se encontró con Felipe Cazals. Agustín ya sabía que Cazals estaba muy entusiasmado por filmar *El apando* en su casa productora, Alfa Centaury.

²³ José Agustín colaboró en 1969 en la traducción de *Comienzo Cabot Wright*, de James Purdy, al lado de Juan Tovar.

—Oye, qué padre que vayas a hacer la novela de Pepe Revueltas —comentó Agustín—. ¡Felicidades, es una obra estupenda!

—Tú acabas de escribir algo sobre *El Apando*, ¿no? Lei tu ensayo.

—Ah, sí.

—Aprovechando que la estudiaste, ¿nos podrías ayudar en algo que necesitaríamos para la adaptación?

—¡Claro!, lo que quieras.

A los pocos días el cineasta le llamó por teléfono:

—Revueltas nos acaba de dar una sinopsis del guión, pero nadie le entiende. ¿Por qué no le entra a la adaptación para que moderes un poco las imágenes? Son completamente oníricas

“El guión que proponía Revueltas era de corte surrealista, con metáforas visuales. En la novela esto ganaba mucho, pero en el cine lo perdía. Hablé con él, nos habíamos hecho muy cuates en la cárcel y le dio gusto verme. Le dije: ‘La gente se va a desconcertar mucho con estas escenas, quizá están bien para una película de Buñuel, pero no para lo que quiere hacer Cazals’. Revueltas estuvo de acuerdo en cambiar la estructura y el lenguaje cinematográfico. El guión prácticamente se rehizo ”

Mucha gente del medio del cine consideraba que la novela difícilmente podría ser adaptada. Cuando Agustín logró hacerlo, ganó prestigio como guionista y esto le abrió muchas oportunidades de trabajo. *El apando*, novela salida de Lecumberri, tuvo que enfrentarse a la censura. José Agustín recuerda los ires y venires de esta película:

“Las autoridades del cine prohibieron terminantemente su producción. En ese tiempo, el presidente Echeverría andaba en Chile queriendo conquistar política y culturalmente a este país, donde gobernaba Allende. Allende trataba de construir el socialismo bajo el rostro humano y democrático, así que Echeverría quería fortalecerse imitando esos términos. Para esas fechas, Leduc acababa de filmar ‘Reed, México insurgente’, y no le gustó al Sistema. La vetaron bajo el argumento de que era una historia opuesta a la oficial. Esto coincidió con la gira del presidente en Chile, y allá, alguien le dijo: ‘Oiga, hay una película que hizo un muchacho de izquierda, fue traída a Chile y tiene un éxito tremendo’. Entonces Echeverría se adornó como nadie: se erigió como el patrón de las artes, el demócrata, el hombre de la libre expresión, y pronunció su famosa frase de que ‘El cine que miente es un cine que embrutece, y en

México las películas deben decir la verdad'. Promovió a su hermano, el director de cinematografía, Rodolfo Echeverría, para que hiciera un cine de crítica social. En esa coyuntura fue permitida la producción de *El apando*. Y para sorpresa de todos, la película fue un éxito impresionante; asistió a los festivales de cine y vistió de poca madre a México. El presidente se vanaglorió de esa permisión, porque a final de cuentas le daba fuerza política."

Después de *Círculo vicioso*, José Agustín tuvo una pequeña participación en la pieza *Muerte y resurrección de Jesucristo*, escrita por Ricardo Vinós, un destacado fotógrafo, amigo suyo. La obra fue representada por una corta temporada en comunidades del estado de México. Agustín asistía en la dirección, pero principalmente intervenía como actor: hacía el papel de uno de los discípulos de Emaús.

José Agustín volvía a estar en el candelerero; cuando no hablaba de su novela *Se está haciendo tarde...*, lo entrevistaban acerca del teatro, del Premio Nacional, de los guiones cinematográficos y en especial sobre *El apando*, que había suscitado el interés de críticos y periodistas. Además, dado el éxito de *Círculo vicioso*, decidió publicarlo como libro el mismo año de 1974. Su brillo en distintos medios despertó envidias y notas irónicas, a veces anónimas, que le dedicaron en la prensa. Una de ellas decía: "Conviértase en escritor en sólo ocho meses; primero hay que parecerlo y después serlo; usar bálsamo. éste es exclusivo para aquellos que escriben con un solo dedo, máxime cuando creer que a más cuartillas mejor escritor."

A finales de 1974, luego de que el presidente Echeverría decidiera acoger con fines de lucimiento a grupos de artistas, invitó a muchos escritores a una gira por Argentina. José Agustín estuvo en este viaje, conocido en el medio periodístico como "el jet de redilas", por la cantidad de personajes que llenaron el avión. Agustín escribió esta anécdota en el segundo volumen de *Tragicomedia mexicana*, que aparecería en 1992:

Todos fueron arreados al Hotel Sheraton donde iniciaron los pleitos, porque el embajador cometió la imperdonable torpeza de reservar habitaciones dobles, y los ilustres invitados tenían que hospedarse en parejas. "¡No puede ser!", se oía, "¡dos en un cuarto como en congreso barato!" Para compensar la incomodidad de oír los efluvios alcohólicos, los ruidos gástricos y las doctas flautulencias de algún roommate, hubo cuentas abiertas para todos, sin contar con que los intes pidieron para sus chocolates, y circularon sobres que calentaban billetes de cien dólares. El escritor José Agustín, ofamado como

naco y prángana, peló los ojos al ver que le pasaban 200 dolarucos; pocos, porque aún era joven e inexperto.

En Argentina se llevó una sorpresa más: en una de las comidas que se organizaron le tocó compartir la mesa con funcionarios políticos. Entre ellos se encontraba Arsenio Farrell Cubillas. Ninguno de los dos mencionó el asunto de la cárcel; de hecho, el abogado prefirió no intercambiar palabra, excepto el saludo:

—Cómo le va.

En 1975 Agustín fue llamado por el cineasta Paul Leduc para hacer la adaptación de *Bajo el volcán*, novela de Malcom Lowry. En realidad, el guionista sería Gabriel García Márquez; pero él había pedido trabajar con otro escritor. Invitaron a Salvador Elizondo y no aceptó, entonces le dijeron a Agustín. El guión fue escrito en Barcelona, en tres meses. A nivel profesional, Agustín no estaba muy conforme con el tratamiento que Leduc y García Márquez daban a *Bajo el volcán*, sin embargo, se disciplinó por ser minoría.

Al volver a México, el presidente Echeverría pidió a Leduc que escribiera y adaptara al cine una biografía del novelista B. Traven, porque lo admiraba profundamente, y su historia era desconocida: un gran comunista expulsado de Alemania, que echó raíces en el estado de Chiapas. Una vez que el cineasta recopiló la información, Agustín hizo el guión. Pero Leduc tenía el suficiente orgullo como para estar cumpliendo los caprichos del mandatario, de modo que dejó pasar el tiempo y le dio largas a la producción. Al final, fue otro guión trunco. Y cuando el trabajo de *Bajo el volcán* ya estaba terminado, el cineasta decidió parar el proyecto.

El año de 1975 lo dedicó únicamente a su trabajo en el cine. Surgieron otros proyectos que si fueron llevados a la pantalla, como el guión de *Amor a la vuelta de la esquina*, realizado por Alberto Cortés, un joven director. Se sentía un poco inseguro con su material y recurrió a José Agustín para que hiciera algunos ajustes a la estructura. La autoría fue exclusiva de Cortés.

Otro de los guiones que trabajó fue *Ciudad de ciegos*, segunda película dirigida por Alberto Cortés, con el guión de Herman Bellinghaussen. La historia trata de una odisea por las décadas anteriores, y la participación de Agustín consistió en sugerir la forma de visualizar cada época: el tipo de música, el vestuario. En esta cinta iba a ser incluido un cuento suyo, a petición del director, y se hizo la adaptación. Pero ya no hubo el suficiente espacio para meterlo en la filmación.

También participó en *Viva Sandino*, y *El año de la plaga*. Destacan los guiones, que si se produjeron: *La viuda de Montiel*, un cuento de García Márquez adaptado por Agustín; y *El recurso del método*, de Carpentier; bajo la dirección de Miguel Littin.

La experiencia que adquirió le dio seguridad para volver al terreno de la dirección cinematográfica. Consiguió el apoyo de los Estudios América para filmar su novela *Se está haciendo tarde (final en laguna)*. Entusiasmado, declaró a la prensa: "Estoy emperrado en hacer mi novela. Será una metáfora de la descomposición del capitalismo, y una película de terror por la experiencia sicodélica de uno de los personajes. El cine me fascina, no es un hobby."

José Agustín era capaz de superar la frustración de los guiones no realizados. Después de todo, era un trabajo remunerado y los impedimentos para su producción eran situaciones ajenas. El hecho de que la censura pretendiera coartar sus obras era muy desgastante; pero ya tenía la plena seguridad de que esta vez su novela llegaría a la pantalla gigante. La censura volvió a hacer de las suyas. Y esa fue la gota que derramó el vaso.

XX. EN LA TIERRA DEL TÍO SAM

La segunda mitad de 1975 José Agustín se ocupó de buscar el reparto de actores que participaría en la película *Se está haciendo tarde...* Era una labor difícil, considerando que entre los principales personajes de la novela se encontraban dos mujeres canadienses que rebasaban los cuarenta años de edad. Para esos papeles le parecieron ideales Erika Carlson²⁶ y Lucila Balzaretto —quien era esposa del cineasta Ignacio Retes—. Todo estaba listo para que la filmación arrancara en septiembre, sólo que en los Estudios América tenían otros proyectos y el trabajo debió esperar.

Para entonces, José Agustín, Margarita y sus hijos, se habían mudado a la residencia de Cuautla, en Campanulas 31, del fraccionamiento Brisas. Don Augusto había construido esa casa para su descanso, en 1968; sólo que iba esporádicamente y sentía que no la aprovechaba. Cuando la puso en venta, Agustín se la compró en abonos. Ahí nació su tercer hijo: José Agustín, “Tino”, el 2 de agosto de 1975.

A principios de 1976, la filmación de la novela era un hecho. José Agustín y sus productores hicieron los trámites pertinentes en la dirección de Cinematografía, y, al igual que en *Círculo vicioso*, la respuesta se tardó varios meses. No se dieron discusiones con funcionarios como en 1972, porque la censura operó de forma distinta: por la vía del mutismo y el papeleo.

En ese compás de espera, Agustín fue llevado a la Iglesia católica por su suegro. Don Luis G. Bermúdez nunca había dejado de insistir que su hija Margarita debía estar bien casada. Perdonaba que Agustín hubiera tenido la tentación de andar con otra mujer (Angélica María), que llegaran a divorciarse y su yerno cayera posteriormente en la cárcel, si todo eso los había llevado a la estabilización de su hogar; pero ya no podía con la inquietud de saber que tenían tres hijos y seguían legalmente divorciados. No le importaba tanto la boda civil, sino la religiosa. En julio le cumplieron su deseo. José Agustín tenía treinta y dos años, y Margarita, treinta. La boda y la fiesta fueron en Cuautla. Solamente su hijo Andrés pudo ser el paje que levantó la punta del vestido; tenía cuatro años. Sus hermanos eran todavía muy pequeños: Jesús, de dos años, y José Agustín, de uno.

Al poco tiempo, Agustín conoció el dictamen de la dirección de Cinematografía: la película no estaba autorizada para su filmación. Fue una frustración enorme.

²⁶ Joven muy guapa y talentosa; desperdiciada como actriz de segunda junto a Roberto Jordán, como cantante acompañada de los Sleepers, y como solista con melodías insulsas. Ahora se dedica a la música sacra, después de educar su voz de soprano, y vive de las grabaciones de spots comerciales.

En realidad, sus libros no descubren ningún hilo negro como para generar alboroto; son textos que gritan y se mofan de la corrupción, el uso de las drogas —que no se circunscribe a una clase social o a un sector—, la miseria de un sistema político y social. El crítico Eduardo Mejía lo define así: "Agustín es el narrador desbordado, relajiento, inquieto, el cruel intelectual que fustiga a media humanidad por las inhibiciones, complejos e hipocresías, que llenan sus escritos con chistes secretos y públicos."

Por unos días, José Agustín se reservó el malestar de haber tenido que mandar su guión al cajón, porque surgió un ambicioso proyecto de publicación. Cuatro años atrás había escrito el cuento *Luz externa*, aquel que narraba la vida de un guía de viajes sicodélicos y, además de recibir buenos comentarios, se convirtió en película por la Universidad de Zacatecas. A pesar de haber funcionado como cuento autónomo, Agustín sentía que le hacía falta un complemento, su contraparte. Escribió entonces *Luz interna*, valiéndose de los mismos personajes, y colocándolos en situaciones distintas que descubrieran su lado luminoso, como lo llama Agustín. Si en la primera parte el guía de viajes era un muchacho temerario y cínico, en la segunda era un tipo con mucha soledad, capaz de amar intensamente.

Luz interna y *Luz externa* llevaron el título de *El rey se acerca a su templo*. José Agustín había vendido los derechos de esta obra a la editorial Joaquín Mortiz en 1974; sin embargo, no apareció porque se le dio prioridad a *Círculo vicioso*. El pago por la novela vino a ser el pago por la obra de teatro. Posteriormente, Agustín fue contactado por la señora Flasher, una editora de renombre en Grijalbo, y quiso comprarle los derechos de publicación de *El rey se acerca a su templo*. Ofreció pagar el triple de lo que podría obtener en Joaquín Mortiz, y Agustín no dudó en vendérsela. La editorial tampoco tuvo ninguna objeción en devolverla.

La señora Flasher realizaba un proyecto editorial; se había asociado con Francisco Aguirre, exdueño de canales de televisión y radio, y formó la casa editora Leo-Mex al estilo norteamericano: fuertes inversiones en su catálogo, propaganda y grandes adelantos. El libro fue producido en los Estados Unidos con el nombre de *The king approaches his temple*, y en México con su título en español. Se tiraron diez mil ejemplares, algo inaudito tratándose de una novela, y Agustín recibió setenta mil pesos.

De pronto, sucedió una catástrofe: vino la devaluación y los costos de producción se dispararon al cien por ciento; el dólar, de 12.50, se elevó a treinta pesos. Con muchas dificultades los editores pudieron salir avantes de la deuda; pero el problema no paró ahí, porque se atravesó un enredo político. Agustín conoció bien el asunto:

"Era diciembre y había cambio de gobierno. El nuevo jefe de aduanas resultó ser un enemigo de Francisco Aguirre, el inversionista. Este pobre cuate ya había pagado sus deudas en Chicago y mandó la edición de diez mil ejemplares a México. En la aduana los pararon y logró meter únicamente cien. Yo recibí cuarenta, y nada se supo del resto de los libros. Me alegro que no haya circulado esta edición porque estaba horrenda, descuidada, había miles de erratas; definitivamente la habían hecho con las nalgas. Yo esperé un año, sabiendo que si el libro no salía a la venta en ese lapso, disponía otra vez de los derechos. En ese tiempo, Francisco Aguirre se peleó con la señora Flasher. Y Flasher creó una editorial nueva en la que publicó las memorias de Irma Serrano, *A calzón quitado*, y, como resultado, la corrieron del país. Entonces me quedé solo, lidiando con el naco de Aguirre, qué espanto. Pero tuve una suerte loca: recogí mi libro y volví a publicarlo, cuando ya de antemano le había sacado un lanal."

El lío que detuvo la salida de *El rey...* generó rumores en el medio literario, puesto que ya había sido anunciada su aparición en Leo-Mex. Se decía que, por ser la apología de la drogadicción, su circulación estaba prohibida; también dijeron que era una cuestión de pago de impuestos, que Agustín tenía escondidos miles de ejemplares en su casa, y dejaba pasar el tiempo para él mismo distribuirlos, o ya estaba a la venta pero era difícil conseguirlo.

Poco se aclaró cuando después de dos años, *El rey se acerca a su templo* salió con el sello de la editorial Grijalbo. En esta edición Agustín sugirió que las noveletas que la conformaban (*Luz interna*, *Luz externa*), aparecieran empalmadas de tal forma que una de las partes quedara inversa a la otra, semejando al símbolo del ying y el yang. Lo que no imaginó fue que tal presentación sería rechazada por el público, pues al parecer creían que era una novela con fallas de impresión y, por lo tanto, tuvo pocas ventas. La crítica tampoco la recibió bien. Varios escritores comentaron que Agustín se había repetido en los temas: drogas-violencia-I Ching.²⁷

A raíz de esta publicación varios periodistas se refirieron a él como "el escritor drogadicto". Desde que sus novelas empezaron a tratar este tema, Agustín fue muy cuestionado, pero no tanto como cuando apareció *El rey se acerca a su templo*. Incluso, tres años después, un hombre que firmó como

²⁷ Estas dos noveletas recobraron su autonomía y sólo entonces se elevó su venta. Fueron publicadas en varias ediciones: *Luz interna* apareció en la antología personal *Furor matutino*, con el título (*Para estas alturas*) *Raquelita ya no puede ni rezar*, bajo el sello de la editorial Diana, en 1985. Y en la editorial Grijalbo como *Luz interna*, en 1989. *Luz externa* fue publicada en el volumen de cuentos *La mirada en el centro* (Joaquín Mortiz, 1977), y en Grijalbo, en 1990.

"Aguirre" dijo a la prensa que Agustín había pedido públicamente el consumo de drogas en una conferencia realizada en el Colegio de Ciencias y Humanidades, plantel Oriente. Agustín se vio obligado a aclarar que jamás había propuesto su consumo y que, si se refirió a las drogas, fue para explicar algunos aspectos sobre el movimiento jipi en la década de los sesenta. (*unomásuno*, abril 25, 1979.)

En marzo de 1977 publicó un libro de cuentos: *La mirada en el centro*. Incluía una versión corregida y aumentada de su primera autobiografía. Unas cuantas notas se refirieron a esta obra dentro de las novedades literarias, aunque no le encontraron gran trascendencia.

La respuesta de la crítica y el reencuentro desafortunado con la producción cinematográfica, terminaron por generarle mucha incomodidad en los medios artísticos y culturales. Le preocupaba sobre todo que señalaran el tema de las drogas como de su exclusividad, y que algún enredo o calumnia pudiera tener consecuencias. Su tensión fue mayor cuando surgió una nueva posibilidad de filmar la novela (*Se está haciendo tarde...*) y el dictamen de la censura mantuvo su negativa. Por todo ello, y una última entrevista que dio a la prensa en diciembre, decidió irse del país.

—Tú que fuiste drogadicto, dime, ¿qué aporta el consumo habitual de drogas a la experiencia humana vital, a la realización del hombre, a su felicidad?

—Pues mira, ningún tipo de droga es recomendable. Yo ya le tengo miedo hasta a una aspirina. Ahora bien, con respecto a las drogas sicotrópicas, hay casos cuyos efectos dependen de la persona, del contexto, de la finalidad con que se consumen ..

—Vuelvo a la pregunta original. ¿qué es lo que aporta la droga —en un sentido positivo, constructivo, creador—, al valor vivencial de un ser humano?

—Hay una definición que dice que el efecto de la marihuana depende del lugar donde se consume, de la educación de quien la consume, del por qué y de lo apropiado que sea el ambiente en su alrededor. Todos estos factores determinan el efecto.

—¿Cuál de esos factores es el determinante?

—La finalidad: ¿por qué diablos se consume la droga?

—Y bien, ¿por qué diablos consumías tú la droga?

—Seré sincero contigo: yo la consumía porque había experimentado algo terrible que echó por los suelos mi escala de valores. Sufrí un par de fracasos amorosos que me hicieron notar que en realidad no tenía ni la más remota idea de quién era yo. Mi deber fundamental era encontrarme a mí mismo.

—¿Y qué conclusiones has sacado del total de esas experiencias?

—Te digo ahorita que no soy un defensor de las drogas, pero si una persona que las toma con una gran prudencia. Yo no le recomendaría a nadie que las consumiera. Una de las primeras tomas fundamentales de conciencia que yo asumí fue que tenía que alejarme de todo tipo de droga. ¿no? Simplemente por el problema de la dependencia. Es como depender de tu mamá, del Estado, o de un patrón. A la larga es lo mismo. Implica que no estás parado sobre tus propios pies frente a la realidad, que no eres el verdadero dueño de tu destino.

A principios de 1977 solicitó la beca de la Fundación Guggenheim para escribir una novela e irse a los Estados Unidos. No sólo la obtuvo, sino que esa beca lo llevó a otra: la de la Fundación Fulbright, para impartir clases de literatura mexicana en la Universidad de Colorado. A partir de esos primeros trabajos en el extranjero, tendría muchos otros; no sólo en Norteamérica sino en Europa.

En Estados Unidos, Agustín, Margarita y sus hijos vivieron cuatro años. Estuvieron primero en Denver, Colorado, mientras Agustín trabajaba como profesor residente en esa Universidad; después en Iowa, participando en el International Writing Program. Dio clases en la Universidad de California, en Irvine, y, por último, en la Universidad de Nuevo México. Desarrolló también otras actividades: conferencias y ensayos acerca de la libertad de expresión en México, investigaciones en torno a los medios de comunicación, y, por supuesto, realizó obras de teatro.

Al principio la distancia le sentó bien. Pero luego extrañaba mucho sus ambientes y aprovechaba las vacaciones para viajar al puerto de Acapulco. Cada que salía del país a reintegrarse a su trabajo en el extranjero, Agustín debía elaborar una carta donde se autorizaba a sí mismo a viajar con sus hijos, puesto que, legalmente, seguía divorciado. La solución definitiva a este trámite se dio el día 28 de mayo de 1978: Agustín y Margarita se casaron por tercera ocasión, en el Consulado de Denver.

Diversos investigadores de literatura, en Estados Unidos, habían empezado a estudiar la obra de Agustín como el último rompimiento o innovación en la narrativa mexicana. Llamaba especialmente su atención que hubiera escrito su primera novela a los dieciséis años, y que a los veinte, fuera publicada en una editorial importante. Algunos trabajos que se editaron en torno a su obra se refieren al aspecto místico, a la censura y al uso del lenguaje; está, por ejemplo, una compilación de ensayos hechos por profesores de la Universidad de Missouri, *José Agustín, Onda and Beyond*, la tesis de maestría de Scott Hadley, por la Universidad de Arizona; ensayos de John Kirk, en Canadá; el libro *José Agustín, una literatura desde los márgenes del poder*, de Raquel Lloreda, publicado en Puerto Rico, y *Flight from reality in the works of José Agustín*, de Bernard Craig Hoover, Universidad de Texas.

José Agustín consideraba que cada etapa debía llevar implícita una renovación. Vivir en los Estados Unidos significó un cambio tan importante, que llegó a la conclusión de que su literatura tenía que manifestarlo. Pensó en escribir una novela en la que el personaje hiciera una revisión a su vida de manera retrospectiva: que las drogas fueran un punto y aparte, que todos sus momentos traumáticos se fundieran y lograran una fuerza positiva; es decir, encontrar la salvación a través de la perdición, y que fuera un texto completamente distinto a los anteriores.

Desde que salió de Lecumberri, en 1971, llevaba un diario en el que escribía sus sueños. Esta idea surgió cuando la poeta Elsa Cross, en una visita que le hizo en la cárcel, comentó que había soñado que unos ancianos le decían que su amigo preso debía registrar los mensajes de sus sueños pues de ellos saldría una novela. Para el tiempo en que Agustín vivía en Estados Unidos, ya contaba con varios cuadernos escritos a mano de todas las imágenes oníricas que había tenido los últimos años. Con ese material, haciendo de los sueños un cuento, y de los cuentos, una historia lineal, empezó la novela *Cerca del fuego*.

El proyecto le atrajo de tal forma, que fue capaz de dedicarle el tiempo que nunca, ni antes ni después, ha dado a una sola novela: ocho años. Agustín estaba seguro de que *Cerca del fuego* llegaría a ser una obra maestra. Sin embargo, con los resultados que obtuvo en 1986, cuando apareció la novela, aprendió que cada libro es una moneda al aire y no se sabe lo que puede suceder. No obstante sus grandes esperanzas en este libro, la crítica y el público lector la considerarían, simplemente, una novela más.

A mediados de 1980 la Universidad de Denver propuso a Agustín que se quedara definitivamente en Estados Unidos. El trabajo como profesor y el sueldo eran por demás atractivos; pero él, por mucho que lo pensó, decidió regresar a México. En Barcelona García Márquez le había hecho un comentario que lo sorprendió: "En la vida he cometido un serio error: irme de mi país. Ahora siento que ya no tengo país. Cuando estaba fuera de Colombia, amaba Colombia y quería regresar, pero cuando regresaba, ya no quería estar ahí y estaba más a gusto en Cuba. Siento que de pronto se han ido mis raíces."

Agustín habló por teléfono con Gustavo Sainz, el escritor con quien había compartido los primeros momentos de gloria en su lanzamiento literario, y le pidió que ocupara su lugar en la Universidad:

—Mira, mano, la mera verdad me quiero regresar. Si me quedo aquí, ¿de qué voy a escribir? Mi mejor posibilidad es convertirme en escritor chicano, otro extranjero que va a narrar la vida del gabacho.

Eso para mí no tiene sentido. Además, como académico, me voy a volver ortodoxo, tradicional. Yo quiero ser un escritor que tenga su base; mejor me retacho.

—Pero, es que todavía tengo la dirección de Literatura y quisiera seguir aquí.

—Decídete por una cosa; acá te conviene.

—Tal vez pueda con las dos, sin tener que renunciar al INBA.

—No, mano, yo te recomendaría que agarraras una sola chamba.

—Voy a pensarlo.²⁸

²⁸ Gustavo Sainz ocupó el lugar que dejaba José Agustín. Durante algunos meses cumplió con ese cargo y con la dirección de literatura de Bellas Artes; pero llegó un momento en que a funcionarios de la institución mexicana les desagradó que Sainz tuviera compromisos en el extranjero, y le pidieron su renuncia. Fue puesto un nuevo director en Literatura, y a los pocos meses se suscitó un escándalo: El INBA editaba el suplemento *La semana de Bellas Artes*, que se insertaba gratuitamente en los periódicos de circulación nacional. La publicación era responsabilidad del director de Literatura. El nuevo funcionario que estuvo a cargo, cometió el descuido de no revisar a conciencia cada uno de los textos, y el semanario, como era usual, se encartó en los periódicos. Iba publicado un cuento ("La feria de san Marcos"), en el que se hablaban obsenidades de la esposa del presidente López Portillo. El presidente conoció el cuento y se puso furioso; buscó a los responsables, intervino el Ejército, hubo encarcelados, perseguidos y torturados. Algunos intelectuales ignoraban que Sainz ya no era el director, y lo señalaron como culpable; otros dijeron que había sido "su venganza" porque lo habían despedido del INBA. A raíz de esta situación, Gustavo Sainz decidió quedarse, definitivamente, en Estados Unidos.

Agustín declaró a la prensa que le había advertido a Sainz que se dedicara a un solo trabajo, para que no tuviera problemas, pero que no hizo caso. Esta crítica disgustó a Sainz, y en alguna entrevista comentó que él había formado a José Agustín como escritor. Estas fricciones fueron olvidadas con el tiempo, aunque dejaron huella.

XXI. LAS LETRAS VIVAS DE AGUSTIN

Al volver de Estados Unidos, a finales de 1980, Agustín fue llamado por el periodista Ricardo Rocha para trabajar en el programa de televisión *Para gente grande*, que en ese tiempo arrancaba. Unos días antes, Rocha le había telefonado a Albuquerque, donde residía, proponiendo que le enviaría una cámara determinados días del mes para que grabara allí su intervención. Pero Agustín, de cualquier manera, ya había decidido regresar a México. Trabajar en televisión, después de más de diez años, fue muy importante para él, no sólo porque exploraría profesionalmente este medio sino por la autenticidad del programa de Rocha:

"Era el único en México que no había sido copiado del extranjero. La idea original es de Rocha, y logró crear una verdadera isla dentro de Televisa; abrió las puertas a temas tabú en la televisión comercial, penetró profundamente en asuntos delicados a nivel político, y le dio cabida a la cultura y la ciencia. Mi trabajo fue como editorialista del programa, al lado de Luis Guillermo Piazza y Héctor Anaya."

Los siguientes cuatro años, Agustín trabajó de manera constante en Televisa. Simultáneamente realizó otras actividades: fue de nueva cuenta colaborador del diario *El Día*, y, como ávido lector de Castaneda, fue requerido por la editorial Diana para traducir *El don del águila*. Posteriormente tradujo *Paraiso infernal*, de Ronald G. Walker, una compilación de ensayos sobre México, publicada por el Fondo de Cultura Económica.²⁹ Gracias a estas dos obras, y el contacto con otras editoriales, Agustín estaba cerca de mostrar un repunte espectacular como escritor.

La editorial Diana quiso adquirir una novela de José Agustín. Él había comentado que escribía *Cerca del fuego*, pero ya estaba contratada por Plaza y Valdés. Propuso entonces otro proyecto literario: tenía fresca la experiencia de haber vivido en Estados Unidos y la traducción de *Paraiso infernal*, donde el ensayista se refería a México como un escenario trágico y paradisiaco al mismo tiempo. Su proyecto era escribir una novela que, en respuesta, expusiera el verdadero estilo de vida norteamericano: los avances tecnológicos, el consumismo como motivo de la existencia, "ciudades desiertas de calor humano, ausentes de tradiciones; yo quería hacer una crítica al sueño americano, la pequeña venganza de Moctezuma".

²⁹ Su traducción más reciente es una edición de *El viejo y el mar*, de Hemingway.

José Agustín fue muy exigente con la editorial Diana pues sabía que ésta opera con un porcentaje que proviene del consorcio Televisa, y Agustín siempre ha sido un crítico del oficialismo; no tenía la intención de integrarse a la literatura comercial (llamada también "literatura light"), pero a la vez entendía que una novela en esta editorial ampliaría su campo de lectores. En primer lugar pidió que se le pagara por adelantado, y que solamente hubiera una edición. No más. Cuanto requirió le fue concedido, y en siete meses escribió *Ciudades desiertas*.

Cuando el libro fue editado, se suponía que aparecería en la sección de literatura; sin embargo, le vieron tantas capacidades a la novela que decidieron enviarla a Edivisión, donde aparecían únicamente best sellers norteamericanos. Nunca se había publicado un texto mexicano en esta sección que tenía el apoyo en televisión para anunciar libros. *Ciudades desiertas*. Fue la primera obra de Agustín con promoción televisiva.

Poco faltó para que la novela fuera censurada por representantes de la editorial. Agustín supo que se realizó una junta en la que discutieron la publicación, y que, incluso, propusieron que se guillotinará. Y es que el tono irreverente de Agustín fue todavía más incisivo que en otros libros. Eligió, su protagonista, viajaba a Estados Unidos en busca de Susana, su mujer, quien aseguraba que ya no lo amaba. Como buen macho mexicano fue a meterla en cintura, sin imaginarse que el sometido en realidad era él. Y en su paso por Norteamérica descubrió un mundo robotizado, insaboro y frío:

Eligio deseó ver un mercado mexicano con puestos de bofe y cabezas de cerdo, con charcos y perros flacos; y ya no los supermercados enormes, asépticos, con ambiente de banco, y sus cajeras tan programadas como computadoras, que sonreían al decir hi, how are you today! Quiso ver a los visitantes médicos bien pero bien ahogados de alcohol diciéndose me cae compadrito que yo a usted lo quiero y no soy puto. A una familia de madre gorda, una librería de viejo, un puesto de pepitas, un miserable tragafuego en la esquina; le urgía regresar a México; quería el ingenio, el humor, la energía.

En los primeros cuarenta y cinco días de promoción la novela agotó sus treinta mil ejemplares; un promedio de seiscientos libros vendidos por día. Fue una sorpresa tan grande que Agustín aceptó su reedición. El éxito de *Ciudades desiertas* no paró ahí: la editorial la envió, un año después, al concurso

de Bellas Artes para competir por el Premio de Narrativa Colima 1983, en obra publicada. José Agustín resultó ganador.³⁰

Durante 1982 y 1983 la novela recogió una enorme cantidad de reseñas en periódicos y revistas de cultura. Al igual que en sus inicios, cuando se publicó *La tumba* y de ella se habló en muchos medios escritos, *Ciudades...* suscitó gran interés. También hubo críticas demoledoras que acusaban a José Agustín de "oportunista y vendido" por trabajar con Edivisión. Su éxito no obedeció únicamente a la crítica del sueño americano, sino al recorrido descarnado por la intimidad de una pareja: Eligio y Susana. Fue considerada la primera novela antimachista escrita en México.

—Mira, Eligio, ni creas que ahora vas a llegar a ordenarme lo que tengo que hacer y a exigir cosas. Entiende que tú ya te quedaste atrás y tienes que respetarme como soy; si me fui de México no fue para que vinieras a tronarme el látigo.

—¡Óyeme!, yo sólo te estoy preguntando por qué me abandonaste sin decir nada.

—Porque me dio la gana.

—¡Ah, no! Ahora no te vas a poner como niña consentida. Yo no vine hasta el culo del mundo para que salgas con que te dio la brama; ponte seria, Susana, porque desde este momento te advierto que todo me importa madres, y si es necesario armar un pedisimo en este pinche rancho elotero, te juro que lo armo.

—Pues yo supuse que me buscarías un tiempo y después te irías olvidando de mí.

—¿Así de fácil? ¡Pues no! ¿Por qué te busco, Susana? ¡Carajo, porque te quiero!

—No, Eligio, tú crees que me quieres. Estás acostumbrado a tener una criada que te haga todo porque nunca has dejado de ser un niño consentido.

—¡Uta! Pues entonces me agencié a la criada más cara y huevona del siglo. Miles de veces yo fui el pendejo que lavó los trastes y barró la alfombra y tendió la cama. Pero tampoco es algo tan vil. Cuando yo lo hice fue con mucho gusto; te juro que hasta disfrutaba barrer la sala si antes ponía un disco de Santana para agarrar buen ritmo.

Eligio resultó tener una personalidad arrolladora, carismática. Muchas de sus lectoras afirmaban que José Agustín era Eligio, y casi se enamoraban de él. Nunca le había ocurrido algo semejante con uno

³⁰ *Ciudades desiertas* también apareció en otras editoriales, tiempo después, como Alfaguara y Grijalbo. Es una de sus novelas traducidas a más idiomas, y, justamente en Estados Unidos, es donde más se ha vendido. Anualmente se tiran casi diez mil ejemplares en ese país.

de sus libros. Esto fue narrado por Elena Poniatowska, quien lo vio de cerca, y en una entrevista que le hizo (*El Nacional*, enero 16, 1995), sacó el tema a colación. Agustín respondió:

“Algunas chavas piensan que soy Eligio, pero pronto descubren lo contrario. Yo soy muy tímido con las mujeres; me meto mucho en los temas del amor y del sexo, pero como un complemento de mi propia personalidad, tal vez porque soy muy torpe. Siempre fui torpe con las mujeres. Con las chicas que he podido tener una relación bonita y a fondo ha sido pues... con mi esposa. Y un par de chavas más con las que logré vencer mi timidez. Pero, con las demás, no sé, las siento muy poderosas, muy inteligentes y tienden a intimidarme; casi nunca puedo estar suelto y natural. Para el lígüe no la hago.”

En esos años, Agustín volvió a los talleres literarios. Ya no era únicamente participante, o maestro, sino funcionó como enlace entre las autoridades universitarias de la Ciudad de México (UNAM), y las municipales en Cuautla, para llevar a cabo encuentros de narradores. En 1983 se llevó a cabo el primer evento, y los dos años siguientes se volvió tradición. Con la excepción de que el gobierno del estado de Morelos suspendió los encuentros de 1986 a 1992. Cuando se reanudaron, hubo algunos problemas: el gobierno municipal avisó que no disponía de recursos para cubrir los honorarios de los escritores participantes, y que el pago se efectuaría tiempo después.

En noviembre de 1983 Agustín volvió al teatro con su pieza *Abolición de la propiedad*. Esta es, con seguridad, una de sus obsesiones: el texto escrito durante aquellos días de profunda inseguridad y rompimientos a nivel personal, cuando sostenía una doble vida amorosa. Los críticos han coincidido en afirmar que *Abolición...* no está dentro de lo mejor que ha escrito. Como novela no cosechó éxitos; sin embargo, como pieza de teatro, teniendo unos cuantos ajustes encima, resultaba una obra decorosa, de menos virtudes que *Circulo victioso*. No obstante, es la que Agustín ha querido llevar al teatro los últimos años; en Estados Unidos, con alumnos de la Universidad de Denver; luego, en 1983, en el foro de la Compañía de Shakespeare, en la calle de Zamora 9, Colonia Condesa; y, posteriormente, en 1985, con el grupo teatral “Tepito Arte Acá”. Aunque en esa puesta en escena ocurriría una tragedia.

Hacia 1984 José Agustín fue llamado por Paco Ignacio Taibo II, escritor, cineasta y productor de televisión, para hacer un programa sobre literatura en el canal 13 (Imevisión), la competencia de Televisa. El proyecto tenía el nombre de “Novela vivida”. Agustín aceptó, sin dejar de trabajar para Televisa; esto provocó que a finales de año lo descontinuaran en el canal 2 por estar trabajando con la competencia. Aunque ya había logrado aparecer simultáneamente en ambos canales durante seis meses.

Agustín cambió el formato del programa "Novela vivida". Como director y conductor, le puso el nombre de Letras vivas, y su transmisión duró casi cinco años. Consistía en estudiar libros y autores importantes, y sobre ellos hablaban críticos y especialistas; otros colaboradores (Agustín Ramos y Armando Ramírez) contextualizaban la obra en corrientes y estilos. Las imágenes apoyaban el texto literario, sin ser una reproducción de la historia. Casi todos los programas se hicieron en la calle, en locaciones que no requerían maquillaje alguno. Por ejemplo, para hablar de la obra de José Revueltas, el equipo se ubicó en la fachada de Lecumberri y en el Primer callejón de la Soledad, en el Centro histórico; la música eran danzones. Cuando el autor en cuestión fue Parménides García Saldaña, había rocanrol y la locación era Hip 70. Si se trataba de Carlos Fuentes, se grababa frente al Colegio Nacional, con música clásica o rumba; Juan Villoro, fue entrevistado en el Museo del Chopo; Luis Carrión, en una cantina...

Letras vivas se acreditó y logró los mejores horarios; primero se transmitía media hora los miércoles (12:30 pm), después, una hora los días jueves (11:30), y terminó pasando de 11 a 12 de la noche los sábados. Como programa cultural tuvo especial trascendencia: A veces llegaban a comentar sobre él en las páginas editoriales de los periódicos, porque proyectaba algo que era imposible de hacer en televisión: mensajes políticos, información sobre el movimiento estudiantil del 68, del festival de rock Avándaro 71, estudios sobre las drogas, desnudos, algún coloquialismo dicho de manera espontánea. Todo eso, aunado a una serie de libros "delicados" contribuirían a la desaparición del programa en 1988.

Los directores y colaboradores se divertían haciendo el programa, pues el objetivo era soslayar cualquier rigidez o formalismo televisivo. Actuaban de forma natural, casi improvisadamente, y se permitían hacer jugadas; Agustín Ramos hizo una que fue célebre: creó una sección en la cual enseñaba cómo robar un libro. Se puso una chamarra amplia y voluminosa, y entró a la librería donde se filmaba el programa. Los dueños se mantuvieron al margen de la grabación, respetuosos del trabajo y satisfechos de brindar el espacio de su librería para que apareciera en televisión. Lo que ignoraban era que Agustín Ramos se estaba robando los libros verdaderamente, y más tarde llegaba con el equipo de producción: abría su chamarra y dejaba caer la mercancía, como la imagen del indio Juan Diego cuando derrama las rosas de castilla de su zayal.

Era para todos estimulante que, camarógrafos, microfonistas y todo el personal técnico, se quedara en el estudio después de haber hecho su trabajo. Se sabe que el personal suele retirarse después de las sesiones de grabación, y que en realidad no les interesa observar las transmisiones. A pesar de

haberle dedicado la tarde, el equipo técnico ocupaba un lugar en el estudio y veía el programa. Agustín decía a sus compañeros: "Si estos cuates nos ven, ya la hicimos".

No obstante las buenas oportunidades de trabajo, y el goce de un envidiable lugar en la literatura, el año de 1984 fue especialmente triste para José Agustín; de manera sucesiva tuvo que vestirse de luto: en abril falleció su padre, a causa de la diabetes. La familia Ramírez no acababa de sobreponerse a esta pérdida cuando murió don Luis G. Bermúdez, el padre de Margarita, a las tres semanas. Y un mes más tarde, falleció el tío Alejandro Gómez Maganda.

XXII. REENCUENTROS

En 1985 José Agustín vivió una serie de reencuentros; cumplía veinte años de haber incursionado en la literatura. En primer lugar, se repitió la misma situación que en su lanzamiento: publicar tres libros sucesivamente. Por otro lado, regresó a Cuba y le tocó vivir una experiencia interesante con Fidel Castro. También tuvo problemas: la censura en cine y en televisión.

La Casa de las Américas, institución cubana, lo invitó a participar como jurado en una serie de premios que otorga anualmente. (Uno de los empleos que tuvo Agustín, siendo adolescente y estando en Cuba, fue precisamente como encuadernador de libros en esa institución.) No podía esperar más para volver a la Isla. El jurado estuvo hospedado en un hotel de la Bahía de Cienfuegos, un lugar lo suficientemente apartado del Puerto, como para leer en calma cada una de las novelas participantes.

Cuando fue otorgado el premio, hubo gran fiesta en el Palacio de la Revolución, un auditorio con decoración suntuosa. A esta reunión asistió Fidel Castro.

“Los del jurado nos retiramos a un salón más pequeño para poder platicar a gusto; Castro quiso estar con nosotros. Se suponía que platicaríamos unos minutos con él, pero se quedó cerca de tres horas. Yo le conté cómo lo había conocido a finales de los años cincuenta, junto con Margarita Dalton. No se acordó, pero apreció el recuerdo. Fidel ya no fumaba; traía un trozo de puro en la mano sólo porque necesitaba tenerlo. Su barba estaba muy crecida y enmarañada, se la pasaba alisándola con los dedos. Llegó un momento en que me quedé observándolo, de modo sonriente, y de pronto, Castro volteó a decirme con la mirada: ‘Sé perfectamente lo que estás pensando, ten mucho cuidado, soy Fidel Castro’. Nadie jamás me había mirado con ese poder y regaño. Cuando vio que yo captaba el mensaje, me sonrió cordialmente.”

La fiesta continuó. Más tarde, Fidel Castro se acercó para comentarle que conocía su trabajo en la televisión mexicana. Letras vivas había hablado acerca de autores cubanos, y el dirigente suponía que José Agustín estaba relacionado con las cúpulas gubernamentales:

—Quiero que lleves este videocaset al presidente Miguel de la Madrid.

Agustín le explicó que no tenía el menor acceso a la presidencia de la República.

—No hay problema —dijo Castro—. Llévate este video y uno de mis amigos va a enlazarse con las altas esferas. Él te indicará dónde debes depositar la cinta.

Tan pronto como Agustín llegó a su casa de Cuautla, puso el videocaset:

“Fidel planteaba el problema de las deudas externas en Latinoamérica. Decía que eran impagables y debía formarse un club de deudores que ejerciera presión a los acreedores, porque esa deuda no la iba a pagar su pinche madre jamás. Era una muestra de lucidez muy grande en Castro; me impresionó su manejo de datos y estadísticas, no había nada de México que él no supiera, tanto en la política como en las artes. Días después me llegó un recado de la presidencia: debía dejar el video en la dirección del Canal 13. Así lo hice. Luego supe que Castro había pedido el mismo favor a otro jurado, de Colombia.”

Con el éxito que tuvo *Ciudades desiertas*, la editorial Diana persiguió nuevos títulos. Agustín escribió su primera antología personal, llamada *Furor matutino*. En ella trabajó los momentos climáticos de sus novelas más importantes y los transformó en cuentos autónomos. Esto, a manera de recapitulación y tratando de dibujar un mapa de su desarrollo literario. Por la misma casa editora apareció su libro de ensayos titulado *La nueva música clásica*, el mismo nombre que Agustín había puesto a ese primer volumen de textos sobre rock en 1969.

El tercer libro publicado el mismo año fue *Ahí viene la plaga*, un guión cinematográfico llevado al papel como consecuencia de la censura en el cine. La adaptación era de Gerardo Pardo, José Buil, y José Agustín. Se trataba de un proyecto de Silvia Hernández, directora del CREA (antes Instituto Nacional de la Juventud Mexicana), quien quería cerrar políticamente fuerte su paso por la institución. *Ahí viene la plaga* era una serie de historias breves que recorrían la década de los cincuenta hasta los setenta, pasando por los hechos históricos como el movimiento estudiantil, la aparición del rocanrol, la Revolución cubana, los jipis, los punks, Avándaro y los hoyos fonquí. Cada momento se basaba en un cuento ya publicado, de distintos autores. Gerardo Pardo estaría a cargo de la dirección.

Como es costumbre, había problemas económicos a raíz del término del sexenio presidencial, y la dirección de Cinematografía empezó a restringir el flujo de dinero destinado a la producción. El proyecto se vino abajo. Al año siguiente, el guión volvió a proponerse; se dio a conocer en el medio del cine y tuvo buena acogida. Finalmente, el dictamen de la censura fue negativo: no se autorizaba porque era “demasiado fuerte” para ser una película oficial; es decir, que una institución gubernamental como el CREA la promoviera.

Con esa nueva —aunque ya conocida— frustración, José Agustín trabajó el texto y lo publicó como libro, en coautoría con Gerardo Pardo y José Buil. Si bien la obra recibió pocas críticas, las regalías demostraron que el público lector la acogía sin mayor presentación.

A mediados de año volvió al teatro. Primeramente, algunos alumnos de la Universidad Autónoma Metropolitana hicieron una puesta en escena de *Ahí viene la plaga*. Enseguida Agustín montó su pieza *Abolición de la propiedad*, dentro de la temporada de Teatro vivo de México, organizada por la subdirección de acción cultural del ISSSTE y coordinada por el dramaturgo Emilio Carballido. En esta temporada se presentaron tres obras más: *La serpiente codiciosa, o nadie sabe para quién trabaja*, de Antonio Argudín; *Las tres heridas*, de Alejandro Liconia; y *La dama de las camelias*, de Sergio Magaña.

En el grupo teatral con el que trabajó Agustín, "Tepito Arte Acá", estaba una personalidad del rock en español: Rockdrigo González. Él hacía la música para la obra. *Abolición...* se presentó durante unos días de julio en la sala de la Compañía de Shakespeare. En septiembre inició su temporada formal en el teatro de la Ciudadela, pero todo acabó el día 19, cuando la Ciudad de México fue sacudida por el terremoto. No sólo se sufrió el derrumbe del teatro, sino la pérdida irreparable de Rockdrigo; murió atrapado en las paredes de su departamento en la colonia Roma; al igual que muchas víctimas que no pudieron ser rescatadas con vida de los escombros.

La puesta de *Abolición de la propiedad* fue retomada profesionalmente por el dramaturgo Nathán Grinberg en el teatro Santa Catarina, de Coyoacán. En este caso, a Agustín le fue pagada una cesión de derechos y no participó en la puesta porque fue independiente.

Los dos años siguientes, 86 y 87, José Agustín realizó muchos viajes al extranjero. Dio conferencias en universidades de California; fue a países sudamericanos como Guatemala, Colombia, Chile, Argentina. A Guatemala ya había ido en 1982 a estrechar lazos culturales; sus libros fueron muy bien recibidos pues había una corriente en boga similar a la que en México se llamó "literatura de la onda".

No todos los viajes fueron cómodos paseos. En Colombia sucedió que después de su conferencia, quiso probar platillos típicos y se fue a las calles. El resultado fue una salmonelosis. Tuvo que someterse a un tratamiento de varios días para recuperar los líquidos perdidos. Cuando fue por primera vez a París caminó durante horas y no se abrigó lo suficiente. Al día siguiente amaneció con bronquitis. Estaría una semana en ese país, y cuatro días permaneció en el hotel. Daba la conferencia, acosado por la temperatura y la tos, y corría a recostarse. José Agustín es de las personas que no les

gusta ir al médico, a menos que sea algo grave; en caso contrario, le basta con dormir y aventurarse a que el cuerpo mejore por sí solo.

En 1986 aparecieron dos libros de mucho peso a nivel personal: *El rock de la cárcel* —su segunda autobiografía— con el sello de Editores Mexicanos Unidos, la misma casa editora donde veinte años atrás había publicado la primera versión de su vida, siendo apenas un muchacho. *El rock...* agotó sus ejemplares.

Una de las presentaciones que hizo sobre este libro fue en el programa *Para gente grande*. Ricardo Rocha pidió a una conductora que entrevistara a José Agustín, sólo que esta chica no tenía la menor idea de quién era él, y tampoco investigó. Le bastó saber que debía preguntar sobre *El rock de la cárcel*. Estando al aire, la conductora comenzó la charla:

—Y, aparte de este disco, ¿has hecho otros rocks?

José Agustín permaneció callado un momento; advirtió la situación y contestó, elocuente:

—¡Si, claro! Hice, por ejemplo, "Agujetas de color de rosa", "Eddie, Eddie", y muchos otros...

—Oye, ¿y con qué grupo tocas?

—Con los *Roqueros de Cuautla*.

—Nunca los he escuchado.

—Es que ya somos rucos y ahorita no estamos produciendo.

Avanzada la entrevista, Agustín decidió poner fin a la confusión de la conductora, sin tener que delatarla. Se dirigió al público, sonrió y exclamó:

—¡No se crean nada de lo que estamos diciendo!, en realidad es una puntada que nos traemos aquí, la conductora y yo, puesto que *El rock de la cárcel* es un libro, y yo, soy escritor.

El segundo libro era su novela más ambiciosa, a la que había dedicado los últimos ocho años: *Cerca del fuego*. Previamente había publicado fragmentos para ir dando a conocer. Los textos aparecieron en diversos periódicos y revistas, incluso, en dos antologías.³¹ Llamó la atención del medio literario por ser su regreso al género de la novela después de cuatro años; sin embargo, no tuvo una recepción espectacular como lo fue en su momento *Se está haciendo tarde... o Ciudades desiertas*.

Cerca del fuego es muy simbólica: uno de los personajes principales tiene el nombre de Juan José Salazar Saldaña, una combinación de personas importantes en la vida de Agustín: Juan José Arreola, su maestro primero; José Revueltas, el ideólogo de movimientos de lucha; Rubén Salazar Mallén, un

³¹ *Latinamericana*, de Angel Rama, en 1979; y *Jaula de palabras*, de Gustavo Sainz, en 1980.

escritor que surgió en los años treinta y fue llevado a la corte porque en su novela *Cariátide* incorporó el lenguaje coloquial; y Parménides García Saldaña, joven escritor, que murió en 1983. Aunque no puede considerarse una novela autobiográfica, sí constata muchos aspectos de su vida personal: los sueños que tuvo después de Lecumberri, el recuerdo de la muerte de su madre —momento que no aparece en ningún otro libro—, e imágenes familiares, como las rabietas que hacía de niño, sintiéndose un incomprendido; la infancia de sus hijos y la madurez en su matrimonio. Todo esto narrado a través de más de cincuenta cuentos que integran la obra. En voz de Lucio, el protagonista, decía de su vida: "Yo mismo he muerto varias veces; estoy orgulloso de ello". A pesar de la seriedad que pueden implicar ciertos temas, Agustín nunca ha sido solemne en su escritura:

Casi me cago cuando ol que unos coches se daban en la madre pero bien cerquita, casi como atrasito de mí. Me cae que hasta salté. Es que los choques son padrísimos. Yo ya sé manejar, pero ni quién me preste una nave. Cómo me gustaría ir a mil por hora en un carrozo y ¡mocos!, estrellarme. Me pasan tanto los carros, que me gustaría morir atropellado por uno de llanta gorda.

O en la parte *La reina del metro* (y otros cuentos), que fue antologada:

¡Qué imagen portentosa! Era una chava de rostro horripilante, picoteado por años de barros y remedios para combatirlos, pobrecita: narizona, bocona, de dientes chuecos, ojos pequeñitos, pestañas ralas, orejas de duende y pelos parados como dobles signos de interrogación. Lo maravilloso era que ese horror, la máscara de seiscientos sesenta y seis de la Bestia (esto es, la bestia de la Bestia), no intentaba cubrir su fealdad; de hecho, la ostentaba. Y seguía siendo la cuin del metro; un fenómeno cuya belleza es áspera y conmovionante: la belleza de la caca.

José Agustín pensaba que su novela tendría éxito y no fue así; aunque recogió buenas críticas, como la de Christopher Domínguez, quien suponía que *Cerca del fuego* proponía una serie de ideas difíciles de comprender, y que solamente con el tiempo se irían revelando. José Emilio Pacheco afirmaba que con este libro Agustín alcanzaba la madurez como escritor. Las ventas demostraron que no había tenido tanta penetración.

Con el paso de los años fue revalorada. No sin antes haber causado estragos en dos preparatorias particulares y ortodoxas, en las que un maestro fue despedido por haber leído a sus alumnos el cuento *La reina del metro...*, y otro profesor por el fragmento *Yautepec*.³²

El nivel más alto que alcanzó la novela fue la nominación al premio internacional Rómulo Gallegos 1987, galardón venezolano para obra en español. Los finalistas fueron Camilo José Cela, de España; Abel Posse, de Uruguay; Alfredo Bryce Echenique, de Perú; Lisandro Otero, de Cuba; José Donoso, de Chile; y José Agustín, de México. El ganador fue Abel Posse.

Hacia 1988 la censura en televisión contra su programa *Letras vivas*, era evidente. En realidad, los directivos no querían quitarle el programa, sino ponerlo bajo control. Se preparaban las elecciones presidenciales y el tema de la política era delicado. José Agustín nunca estuvo de acuerdo en someter sus guiones a previa revisión, y los censores no tenían más remedio que verlo al aire. Ya habían manifestado su molestia por los libros de los que había hablado el programa: *El cazador oculto*, de Sallinger, porque incluía en el texto la palabra "pendejo"; *Tiempo transcurrido*, de Juan Villoro; *Los presidentes*, de Julio Scherer García; *Evocaciones requeridas*, una autobiografía de José Revueltas; *El divino*, de Gustavo Álvarez Gardeazábal, que hablaba del narcotráfico en Colombia; y *El mismo cielo*, de Hernán Lara Zavala, porque en él se hacían referencias al movimiento estudiantil y se narraba una escena en donde se escuchaban gemidos sexuales a través de una pared.

"Con los guiones yo siempre me hice pendejo y no los entregué. Acostumbré al productor a que presentara el programa justamente dos minutos antes de entrar al aire. Esa independencia no les gustó. Me empezaron a censurar, yo protesté públicamente, y hasta los censores vinieron aquí a Cuautla a tratar de negociarlo conmigo. Hice cuatro programas por adelantado y los prohibieron. Entonces, me monté en mi macho y dije que si no los pasaban, no grababa más. Un año entero me esperaron; repetían incansablemente los programas, hasta que llegó 1988 y la censura se puso más perra. Con la entrada del nuevo presidente decidieron tumbar el programa."

Al poco tiempo publicó un nuevo libro de cuentos que inicialmente tenía el nombre de *Pura vida*. Con la desaparición de su programa de televisión, incluyó un cuento en el que satirizaba la manera en que operaba la censura. Todo el volumen llevó el título de ese cuento: *No hay censura*.

³² En 1996 apareció una nueva edición de *Cerca del fuego*. Esta vez, por la editorial Joaquín Mortiz. José Agustín supone que su corrección permitirá una mejor valoración de la obra.

Yo no le debía quedar mal, estaban muy duros los cocolazos allá arriba y todos andaban delicadísimos, en especial con la tele. Me advirtió: Mucha atención a las malas palabras, alburas o corrienteces populares, a los desnudos o escenas de corte erótico "atrevido" (whatever that means); nada contra el presidente, el partido y el sistema en general, nada irrespetuoso contra los héroes de la patria; nada, o lo menos, sobre los partidos de oposición, guerrilleros, comunistas, o izquierdistas; nada sobre el 68 o los jipis, nada de rocanrol ni chavos marginales, ni drogas ni narcos; mucho cuidado en cosas de la familia y la religión. Ay, cabrón, me cae que se me heló la sangre.

Ya sin programa, volvería por tiempo completo a su trabajo como escritor. Pero antes, ocurrió algo de lo que él no desea hablar, por respeto a quien pudiera afectar su declaración. Fuentes cercanas a José Agustín cuentan que en ese tiempo la actriz Angélica María se había divorciado de Raúl Vale, y buscó por todos los medios un reencuentro con Agustín. Él apreciaba sus visitas a Cuautla, pero en realidad no quería iniciar una nueva relación. Dicen que cuando ella terminaba con un amor nuevo, la nostalgia la llevaba con Agustín. Hasta que un día él dijo: "No más cercanía".

XXIII. LAS TRAGICOMEDIAS

José Agustín había demostrado públicamente en televisión, en el cine, teatro, prensa y literatura, que nunca sería aval o comparsa del sistema de gobierno ni de las capillas literarias oficialistas. Quizá por ello fue que la oficina de prensa del Partido Revolucionario Institucional, a través de Mercedes Certucha, su titular, le encargó que hiciera un ensayo sobre la historia reciente de México. Agustín no era, de ningún modo, militante del partido oficial; por lo tanto, su trabajo de investigación sería hasta cierto punto imparcial. No hubo censura cuando lo entregó, a principios de 1989; sin embargo, no lo quisieron publicar por ser "demasiado crítico".

El proyecto del PRI era publicar una serie de ensayos sobre el país; algunos historiadores hablarían de la época prehispánica, otros, de la Colonia y de la Independencia. A José Agustín le correspondía abarcar el periodo de 1940 a 1970, con el título *Retrato de México*. Cuando la publicación del volumen de sesenta cuartillas fue rechazado, Agustín conservó el texto y no buscó su promoción, hasta que recibió la visita del director editorial de Planeta, Homero Gayosso:

—Te juro que esta chamba me prendió durísimo —comentó Agustín, mientras Gayosso leía fragmentos.

—Yo quiero esto, me interesa mucho. Pero quiero más cuartillas. No pares en 1970, sigue hasta la época actual.

—¡Bien, mano! Oye, pero cáete con una lana para que yo le pueda meter el suficiente tiempo y no me dedique a otra cosa.

Durante más de dos años, la historia de México fue su única ocupación. El proceso de investigación tuvo tres etapas: la primera fue un bosquejo bibliográfico muy amplio que incluyó biografías de personajes históricos, crónicas y libros de historia. La estructura que dio a su trabajo estuvo basada en los tomos escritos por Salvador Novo, *La vida en México*, que a través de artículos, crónicas y cartas, daba un panorama de cada sexenio presidencial. No solamente trazaba las épocas políticas, sino las sociales y culturales; podía incluir desde un decreto hasta un conjunto de chismes populares.

Esa idea lo sedujo. Su trabajo se llamaba inicialmente *Oscuridad mexicana*. Y al igual que Novo, recogía los distintos acontecimientos sociales, políticos, económicos y culturales, dándoles brillo con las voces del sentir popular: los albures, las modas, los chistes en torno a cada presidente.

La segunda parte de la investigación fue realizada en el Archivo General de la Nación. En las primeras visitas Agustín no podía concentrarse; nada más de estar pensando que esas salas de estudio solían ser las celdas de Lecumberri, se le helaba la sangre. Las viejas planchas metálicas a prueba de fugas, empotradas en los muros, ahora son cajas fuertes que protegen la memoria del país: la Constitución de 1917; el Acta de la declaración de Independencia; los Sentimientos de la Nación, de Morelos... Después de la etapa hemerográfica y documental, Agustín entrevistó a especialistas de muchas materias: deportes, espectáculos, obras públicas.

En 1990 apareció el primer volumen de lo que finalmente se tituló *Tragicomedia mexicana*. Siendo su incursión en el ensayo histórico, llamó notablemente la atención de la prensa y otros medios de comunicación. Tuvo tan buena acogida que agotó sus treinta mil ejemplares en la primera edición, y pronto comenzaron las reimpressiones.

También vinieron los problemas. Diversos testimonios en la prensa dieron noticia de que los ejemplares de *Tragicomedia mexicana*, destinados a reporteros de la fuente cultural, llevaban escondido un sobre con un millón de viejos pesos en efectivo, proveniente de la Procuraduría de Justicia del Distrito Federal. A la par, aparecieron críticas descalificando la obra en su totalidad. La reseña crítica que más sobresalió, tratándose de un estudioso de literatura mexicana, fue la que hizo Christopher Domínguez en la revista *Vuelta*: sorpresivamente decía que se trataba de una novela y que, además, era pésima. Entre líneas pedía a José Agustín que ya no hablara más sobre la historia del país.

La descalificación lo puso en un mal sitio frente al medio cultural. No es lo mismo reprobar una novela, que un libro de historia. En 1991 se cumplían 25 años de haber logrado el éxito literario con su novela *De perfil*. La Universidad Nacional, el Consejo para la Cultura y las Artes, el INBA, y la editorial Joaquín Mortiz, le hicieron por vez primera un homenaje, que se llamó "25 años, De perfil". En el momento en que supo de su homenaje, solicitó:

—Háganlo a todo dar, porque eso me protege mucho, mucho.

Los juicios favorables en torno a la obra, y los de sus detractores, no modificaron el nivel de ventas del libro. Con la aparición del segundo volumen de *Tragicomedia...*, aumentaron. A lo largo de cuatro años ha vendido doscientos cincuenta mil ejemplares, en sus nueve reimpressiones. Sobre esto, opinó el periodista Humberto Musacchio (*El Financiero*, enero 12, 1993): "Los dos tomos de *Tragicomedia mexicana* son devorados por la chamacada, ávida de que le cuenten una historia en la que actúen personas, no estatuas; una historia que les describa un México sin el logotipo del Pronasol."

Después de las *Tragicomedias* no tenía empleo; recurrió a sus amigos en televisión, el cine y la prensa, y no había proyectos en puerta. A los cuarenta y cinco años de edad no iba a poner el grito en el cielo. Se presentó en las editoriales a cobrar sus regalías. Lo que encontró fue asombroso: había reunido la suficiente cantidad de dinero como para dedicarse únicamente a escribir durante un par de años, sin necesidad de buscar otro ingreso. Sobre este asunto, declaró a la prensa (*El Nacional*, enero 16, 1995):

"He podido escribir con mucha soltura y sin descuidar todo el trabajo de riñones y nalgas que hay que meterle al asunto. Tardé más de veinte años para poder vivir propiamente de la literatura. El apoyo que dan las regalías me produce una sensación de libertad maravillosa."

Su primer homenaje se llevó a cabo en el Aula Magna de la Facultad de Filosofía y Letras, de la UNAM. Escritores de su generación, editores, críticos, así como los nuevos valores literarios, hablaron de su trayectoria. Para el festejo hubo un enorme pastel y vino. El periodista Walter Ramírez Aguilar escribió la siguiente crónica del evento:

"La celebración del 25 aniversario de la novela *De perfil* rompió el récord de asistencia al Aula Magna. Desde 30 minutos antes de la hora anunciada, decenas de jóvenes se congregaron para alcanzar buen lugar. Cuando faltaban unos minutos para las siete, el inmueble estaba a reventar. Los pasillos laterales del salón tuvieron que albergar a una cantidad de personas similar a la de la gente sentada. Al llegar José Agustín, las casi 300 personas lo recibieron con aplausos... Terminado el homenaje, José Agustín partió el pastel y agradeció la presencia de los asistentes, que al dar por terminado el evento, se avalanzaron sobre él para pedirle una dedicatoria en sus libros."

Después de este homenaje recibió otros: en la Universidad Autónoma de Zacatecas, y en la Universidad Veracruzana, celebrando también la permanencia de esa novela que escribió a los veinte años de edad, y se seguía reimprimiendo como si fuera nueva. Gustavo Sainz, quien irrumpiera en la literatura al igual que Agustín, fue de la misma manera galardonado con un homenaje por los 25 años de su primera novela, *Gazapo*.

José Agustín publicó un nuevo libro en la editorial Diana: *Contra la corriente*. Reunía una serie de crónicas y artículos sobre el rock en México, y distintas expresiones contraculturales, como los libros de Carlos Castaneda, la música de Rodrigo González, la literatura de Parménides García Saldaña, y la

obra pictórica de su hermano Augusto Ramírez, cuya expresión artística es muy profunda: posee un ojo inigualado para el detalle y el momento del mensaje político. Como pintor, su tarea es más silenciosa y quizá su brillo se opaca con la figura de Agustín; lo cierto es que a cualquiera inquietan sus cuadros, como el de la "Muerte del Ché Guevara", en el que sublima el cadáver del guerrillero a una crucifixión similar a la de Jesucristo.

Contra la corriente no requirió de muchas presentaciones para ser aceptado por los lectores; si acaso, en una de las lecturas, un periodista aprovechó para hacerle la vieja pregunta.

—Hace 20 años fuiste encarcelado por pachecho, ¿qué consideraciones has hecho de entonces a la fecha acerca de las drogas?

—Es un fenómeno muy complejo que depende de chorrumul circunstancias. Condenar las drogas, sería condenar un espectro en el cual se encuentra involucrada toda la sociedad; porque habemos mucha gente que bebe, se mete coca, anfetaminas, barbitúricos; la pequeña ayuda de mamá sigue funcionando en muchas familias de clase media, y ésas son manifestaciones de drogadicción que no se suelen aludir... No me preocupa tanto esa cuestión porque es un problema personal.

El libro que sí resultó polémico y apareció en 1992 fue *La miel derramada*, un volumen de cuentos eróticos con el sello personal de Agustín: la irreverencia. Ya no le sorprendería ser censurado en televisión o en cine, pero esta vez quedó azorado con la forma en que uno de sus libros iba a ser condenado a las bodegas de la editorial. *La miel derramada* tenía en su portada un torso femenino al desnudo; eso fue suficiente para que varias tiendas de autoservicio y los restaurantes de Sarnborns retiraran el libro de sus mesas. A simple vista parecería un hecho intrascendente, pero retomándolo a profundidad, era una moderna forma de reprimir la venta de libros, es decir, censurarlos.

Esta situación desencadenó una serie de notas que volvieron a poner a José Agustín en boca de reporteros y articulistas. Lo mismo había sucedido, tiempo atrás, con los libros *Presidente interino*, de Rafael Loret de Mora; y *Un hilo de sangre*, de Eusebio Ruvalcaba. En una entrevista, Agustín expresó:

"Se trata de un anacronismo espectacular de serias tendencias a la regresión cultural, en las esferas del poder económico. Muchos centros comerciales no mantenían ninguna discrepancia con el contenido del texto, pero sí con la portada. Francamente no me explico cómo es que hay tal cantidad de revistas *playboy*, películas eróticas extremadamente malas y baratas, o que en las portadas de los discos de música tropical se anuncien rasgos eróticos muy visibles. Esto es algo incomprendible y profundamente peligroso para la libertad de expresión."

La solución que dio la editorial Planeta fue práctica: recogió los libros, diseñó un forro y cubrió la portada. Ya sin pretextos se puso a la venta. Y agotó en cinco ocasiones los dos mil ejemplares que se reimprimieron.

Dos libros más aparecieron en 1992, lo cual hizo que Agustín permaneciera en el ojo público todo el año: *No pases esta puerta*, donde incluía sus primeros cuentos y otros inéditos³³; y una nueva novela, *La panza del Tepozteco*, en la que, por primera ocasión, exploraba la literatura fantástica, con una editorial distinta: Alfaguara. Para la mayoría de los críticos fue un rompimiento inesperado. Se había hecho costumbre que Agustín narrara con humor y crudeza, aspectos juveniles y adultos; nadie esperaba que de pronto escribiera para niños. Y es que había querido experimentar y dirigirse a otros lectores. Sus tres hijos abandonaban en ese tiempo la piel adolescente, y no sólo eso: los tres habían decidido emprender el vuelo y hacer sus vidas fuera del hogar paterno.

No hubo notas que ahondaran sobre esta nueva propuesta de Agustín; los críticos elogiaron más bien las ilustraciones que aparecían a lo largo del texto, y que habían sido hechas por el trazo firme de Tino, el hijo menor de José Agustín, ahora pintor y escritor. La única nota reprobatoria que existió fue anónima (*El Universal*, diciembre 1, 1992): "Esta novela es un churro del Quinto Centenario que no aporta nada al difícil género de la literatura juvenil; diga NO a esta panzada". *La panza del Tepozteco* no tuvo un éxito espectacular; pero sí logró agotar la totalidad de sus ejemplares en las tres reimpresiones que tiene hasta la fecha.

A lo largo de 1992, además de presentar sus cuatro libros en distintos foros y al interior del país, viajó al extranjero; volvió a Argentina, a España, a Estados Unidos y Guatemala. Esto le ayudó a proyectarse en Europa. Hubo en especial un viaje que agotó al máximo su resistencia física: la gira por Alemania que duró dos meses. Llegando a su casa, se tiró en el pasto a tomar el sol. Pasaron las horas, se sentía muy bien. Al incorporarse lo derribó una punzada en el estómago. Ya había sentido dolores extraños anteriormente, pero no les hacía ningún caso. Esta vez ya no pudo moverse; de urgencia llamaron a su primo Tomás, gastroenterólogo, y al revisarlo dijo que debía ser operado de inmediato: se había desarrollado un absceso perianal. La intervención lo inmovilizó durante dos meses.

³³ En la primera edición de *La namba* (Joaquín Mortiz, 1966) aparecen al final algunos cuentos. Con el tiempo y las reediciones, *La namba* se publicó sin ellos. Estos textos son los que se incluyeron en el volumen *No pases esta puerta* (Joaquín Mortiz, 1992), al lado de los inéditos.

XXIV. FINAL EN LAGUNA

Después de treinta años publicando empezó a cosechar reconocimientos. En 1993, el gobierno de Guerrero entregó a José Agustín el premio Juan Ruiz de Alarcón, por su trayectoria en las letras. Esta distinción la había recibido en 1974, por la obra de teatro *Círculo vicioso*. En la entrega, dijo:

“Que el reconocimiento venga de lo que uno ama es doblemente afortunado; soy acapulqueño y amo mi tierra. Después de muchos años de talonear la literatura me hace sentir orgulloso; si no es por haber obtenido la mejor calificación, que el diploma sea, entonces, por perseverancia.”

La novela *De perfil* fue publicada en Francia, y a partir de ella, su obra se proyectó a otros países. *De perfil* fue nominada al premio Médicis y a la mejor traducción. Aunque no logró obtener ninguno de los dos reconocimientos, sí recibió el premio literario Dos océanos, otorgado por el Festival de Biarritz, Francia, cuando apareció la traducción de *Se está haciendo tarde (final en laguna)*.

Veinte años atrás, Carlos Fuentes había dicho que Agustín era un escritor intraducible: imposible pasar a otro idioma sus coloquialismos y neologismos (*Ya sábanas, ese huato de moronga es puro guarumo y los ojotes quieren una quiniela, qué vergas, mejor llégale a esta roja sinsema del volcán, son puras coliflores, me cae que te despedorra*). Pero la obra de Agustín ha sido traducida a muchos idiomas; en 1970 empezó en Italia con el volumen de cuentos *Inventando que sueño*. Fue hasta 1993 cuando sus libros más importantes empezaron a ser publicados en otros países: España, Estados Unidos, Alemania, Francia, Italia, Noruega y Bélgica.³⁴

Si José Agustín había estado en las páginas de los diarios los últimos años por cuestiones de censura y éxito editorial, en 1994 no hubo medio impreso que no hablara de él; el motivo fue su cumpleaños número cincuenta. El escritor Eusebio Ruvalcaba, expresó en el periódico *El Financiero* (agosto 22, 1994):

³⁴ *La tumba, De perfil, Inventando que sueño, Se está haciendo tarde (final en laguna), El rey se acerca a su templo, Ciudades desiertas, Cerca del fuego, y Dos horas de sol*. También existen traducciones al inglés de *Abolición de la propiedad* y *Cuál es la onda*; y dos ediciones distintas que se hicieron en Francia con *De perfil*: una en París y otra en Bélgica.

“Quién se iba a imaginar que este escritor habría de darle un vuelco a la literatura mexicana con una obra sólida y abundante; que sería fundamental, no sólo para las letras, sino para miles de chavos que verían en su palabra escrita el reflejo de sus propias vidas; que se convertiría en uno de los más altos exponentes de un estilo personalísimo e inconfundible, sin perder un ápice de actualidad, así transcurrieran 25 años de haber sido escrito; que provocaría la envidia de los mediocres y la rabia descomunal de la crítica ciega, cuando no torva. Cada palabra suya sería recorrida por la savia vital, sin engaños, con la neta por delante, por los siglos de los siglos... Quién iba a decir que recibiría premios y distinciones, y más que nada, abriría un surco: les diría a muchos que escribieran así, sin miedo.”

José Agustín fue homenajeado en distintos estados de la República. Por mencionar algunos, en marzo, su homenaje fue organizado por el Centro Estatal de Escritores, en Monterrey; en agosto, por el Instituto Coahuilense de Cultura, en Saltillo; y por la UNAM y el INBA, en Cautla, Morelos. José Agustín expresó en el primer festejo:

“Cumplir 50 años ciertamente representa haber navegado por la vida en condiciones a veces muy favorables y a veces terribles, llenas de oscuridad en grandes cimas. Pero también es interesante tener que recapitular todo, repensar; hay que volver a ver las cosas desde un principio. Uno no sabe exactamente cómo puede ser el desarrollo de algo que se llama Homenaje. El término, verdaderamente, puede resultar horrendo.”

En el marco de sus cincuenta años de edad se publicó su novela *Dos horas de sol*. Era su retorno a este género después de dos años, cuando la última había sido *La panza del Tepozteco*. La obra era muy esperada y despertó interés en los medios televisivos y escritos. Si en la primera historia desarrollada en Acapulco, *Se está haciendo tarde...*, en la década de los setentas, había mostrado un Puerto que solía ser el paraíso, en la segunda, *Dos horas de sol*, mostraba el nuevo rostro de Acapulco: la corrupción, su decadencia y envilecimiento. No dejaba de lado su estilo desenfadado, ni los temas rectores en su obra como lo son las doctrinas orientales y las drogas; aunque sobre las drogas, sus personajes habían sufrido la embestida de la modernidad: no eran ingenuos consumidores de marihuana ni de hongos alucinógenos, eran de cocaína, de sustancias industrializadas que recorren el mundo.

El retorno de José Agustín al cine volvió a ser desafortunado. Un nuevo proyecto permitió la adaptación cinematográfica de la novela *Ciudades desiertas*. El guión estuvo a cargo de José Buil y

Alejandro Pelayo; pero Agustín consideró que la esencia de *Ciudades...* se había diluido en ese guión, y tuvo que ser sometido a una etapa de trabajo que hasta la fecha no concluye. Bul y Alejandro Pelayo adaptan actualmente *Dos horas de sol*; su producción está en el aire.

Otro intento por filmar *Ciudades desiertas* se dio cuando José Agustín fue invitado por la productora Gina Terán, a que dirigiera su propia película. Propuso esta novela, y el medio cinematográfico apoyó la idea. Pero ocurrió que un día se presentó el cineasta Alfonso Cuarón (director de la película *Sólo con tu pareja*, que en la actualidad cosecha éxitos en Estados Unidos), y se manifestó interesado en dirigir la novela de Agustín en el extranjero. Ya había, incluso, un cuerpo de productores. Agustín sabía que la película tendría más fuerza en Estados Unidos, pues no tendría que pasar por el filtro de la censura, así que retiró *Ciudades...* del proyecto de Gina Terán, y firmó contrato con Alfonso Cuarón. Meses después, uno de los inversionistas abandonó el proyecto y todo se vino abajo.

José Agustín ha seguido trabajando para el cine en etapas breves, de las que apenas hay registro; hace unos años hizo el guión para una película biográfica de don Jesús Martínez, "Palillo", el hombre de las carpas que a lo largo de su vida sufrió todo tipo de represiones y censura, por su crítica mordaz al gobierno. Este proyecto surgió a instancias de la actriz Ana Martín (hija de don Jesús) y la productora Lucy Orozco. No se filmó.

En 1986 adaptó la novela *Mal de piedra*, de Carlos Montemayor. Fue producida por la Universidad Autónoma Metropolitana. Otra participación fue en la película *Deveras me atrapaste*, de Gerardo Pardo (cinta basada en un cuento de René Avilés Fabila), donde Agustín aparece unos minutos como actor. Varios muchachos, dentro de la cinta, están hablando de Parménides García Saldaña, y de pronto, uno de ellos no sabe de quién se trata:

—¿Parménides? ¿Cuál Parménides?

En escena aparece el fantasma de José Agustín en la cocina, diciendo:

—¡Oye! Ya ni chingas, mano. Si los chavos de hoy no saben quién es Parménides, valen madres.

—¡Uta! —contesta el muchacho—. Ya no me regañes; pareces mi papá.

José Agustín ha vuelto al teatro, pero no a organizar puestas en escena, sino como espectador de sus propias obras, que realizan alumnos universitarios y de nivel preparatoria. En Guadalajara, por ejemplo, se montó *No hay censura*, en la sala de teatro de la preparatoria 4.³³

³³ Existe registro de que en 1970, cuando Agustín terminaba la filmación de *Ya sé quién eres...*, montó por unos días la pieza *Los atardeceres privilegiados de la prepa 6*, antes de viajar a Acapulco.

José Agustín sigue siendo el punto de atracción donde quiera que se presenta pues lleva, tras de sí, una trayectoria que lo sitúa en el lugar de un escritor polémico que de un momento a otro puede suscitar controversias. Muestra de la inquietud que genera, fue la reunión que se hizo en 1996 con motivo de la presentación de una antología de textos escritos por personas que estaban en la cárcel (autores, por su condición, desconocidos). Hablaron sobre este libro autoridades de Bellas Artes, profesores que imparten talleres literarios en los Centros de Readaptación Social, y José Agustín, como invitado. A la reunión asistieron muchísimos funcionarios políticos. Hubo diversos testimonios que destacaron un solo punto: la angustia de los asistentes (los funcionarios) que esperaban el momento en que Agustín despotricara contra el sistema penitenciario mexicano, o contra el gobierno. Esto no ocurrió, porque Agustín concentró su ponencia en la creación literaria detrás de las rejas.

En 1995 Agustín fue invitado a residir por un largo tiempo en la ciudad de Montpellier, Francia, como traductor literario en la Casa St. Lazare. Estuvo tentado a aceptar, pero prefirió no hacerlo, y a cambio ir eventualmente a la Universidad de Rennes, en Gran Bretaña, y a la Universidad de Saint-Malo, como profesor invitado.

Los títulos más recientes que ha publicado son: los libros de artículos y conferencias *Cama de campos, campos de batalla y Confrontaciones*, en ediciones universitarias; reediciones de sus cuentos de antaño y de la primera autobiografía en *Amor del bueno*, por la editorial Alfaguara; la pieza de teatro *Baño de niñas* (Cuadernos de teatro, Universidad Veracruzana); la segunda antología personal *Irventando que sueño, Cuentos completos 1968-1992*; y el volumen de ensayos *La contracultura en México*, en Grijalbo. Está por publicarse una novela nueva y el tercer volumen de *Tragicomedia mexicana*, que abarcará los últimos sexenios presidenciales.

La obra de José Agustín sigue siendo estudiada en otros países. En el nuestro, ha sido llevada a los programas de estudio a nivel secundaria y medio-superior. En las investigaciones sobre literatura mexicana está considerado como de lectura obligada, al lado de los clásicos y contemporáneos: Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, José Mancisidor, Agustín Yañez, Juan Rulfo, Sergio Galindo, Carlos Fuentes, Octavio Paz... José Agustín, de acuerdo con el investigador de literatura Lauro Zavala, es uno de los cuatro escritores cuyos cuentos han sido traducidos a más idiomas, en toda la historia del cuento mexicano.

Desarrollo de todo, hay algo que sorprende al mismo Agustín: que sus primeras novelas sigan vigentes y sus lectores sean muy jóvenes, y las salas donde se presenta estén llenas de ellos. Quizá se deba a que, para sus lectores, aún palpita el presente que capturó Agustín en sus libros. Porque, como han dicho los especialistas, su cualidad efímera es la esencia de su universalidad.

Ciudad Nezahualcóyotl, septiembre de 1997.

ANDRES RAMIREZ, EL POETA

"José Agustín es una persona muy normal; tiene sus problemas de humor, de carácter, de sensibilidad. La única diferencia es que él escribe; esto le permite tener otra visión del mundo, otros objetivos, y su experiencia le ha dado mucho conocimiento. Cuando no anda de viaje, o no tiene compromisos en puerta, sus días transcurren así: se despierta tarde, va por el periódico, vuelve a casa, desayuna unos huevos con frijoles y una cocacola; se baña, va al centro de Cuautla y paga el teléfono; lee el periódico y algunas revistas, platica con su esposa, come —para entonces ya se tomó unos tequilas—, se asegura de que los perros estén bien alimentados, duerme un rato... Al levantarse, dando las siete de la noche, se pone a escribir, y quién sabe qué pasa en su estudio.

José Agustín tiene un carácter muy fuerte, a veces, dominante, pero se controla. Nunca fue represivo; nos educó con un sentido de la libertad y del orden. Nos decía que debíamos ir a la escuela y leer mucho. Mi madre nos acercó a la iglesia católica, y también nos habló de otros dioses y otras culturas. Podíamos convivir con un ritual, sin tener la sensación de que era algo impuesto.

Viví con mis padres hasta que cumplí los veinte años. Al igual que a mis hermanos, nos ayudaron a pagar un departamento en el Distrito Federal. Empecé a estudiar Sociología en la UNAM; deserté para irme a la carrera de Antropología social, en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. No terminé ninguna de las dos porque quería trabajar. José Agustín me ayudó a entrar al grupo Planeta, como asistente editorial. Ahora soy editor y he mantenido mi trabajo por méritos propios.

Acerca de las drogas pienso que no se usan bien. Los únicos que las han sabido utilizar son los indígenas; ellos tienen un ritual, una convicción ancestral. Sé que expanden la conciencia y los sentidos, porque alguna vez quise tener la experiencia y me metí en serio: consumí marihuana, ácidos, inhalantes, alcohol... Pero llega un punto en que las drogas son incontrolables, atrapan con facilidad. Ahora sólo fumo tabaco.

Me casé el 17 de mayo de 1995, con Una Pérez Ruiz. Ella es poeta y traductora. La conocí en una presentación de libros. El matrimonio ha sido para mí un paso de evolución, una aventura que ha valido la pena.

Siempre me gustó la poesía, más que la narrativa. He publicado dos poemarios: *Un canto para las navegantes*, por la Universidad de Zacatecas; y *Por amor*, editado en la UAM. Escribo artículos y cuentos en *Mira*, *La Jornada*, *Los Universitarios*, *Tierra adentro* y *Generación*."

JESUS RAMIREZ, EL SABIO

“Mi padre es una persona muy interesante. Creo que la educación que nos dio fue poco convencional; nunca nos inculcó los ideales de clase media: hacer una carrera, tener dinero y una familia. Él y mi madre son personas muy espirituales, aunque con su lado profundamente humano y dionisiaco; pero me da gusto poder decir que crecí rodeado de amor.

Mi familia tiene muchos secretos; José Agustín protege una parte suya que es muy íntima, impenetrable. Es una persona con dos estados: de día, es radiante, alegre, optimista, de buen ánimo, muy temperamental. De noche, cuando se pone a escribir, es una persona que desconozco. Al leer sus libros percibo que tiene preocupaciones de orden psicológico, y esto es lo que no se manifiesta a la luz del día; divide su lado luminoso del lado oscuro. Yo también soy una persona secreta y no relato intimidades fácilmente.

A mí siempre me interesó el mundo académico y los deportes. En la primaria y secundaria me fue tan bien, que me dieron premios, vacaciones, y me llevaron con otro grupo de estudiantes a saludar al presidente Miguel de la Madrid.

Cuando terminé la preparatoria, en Cuautla, me fui a la Ciudad de México. Estudié medicina en la UAM Xochimilco, y ahora realizo el servicio social en San Lucas del Maiz, una comunidad dispersa, del estado de México.

Me casé el 29 de junio de 1996, con Tesi Ortiz, quien fue durante mucho tiempo mi novia en la universidad. Decidimos casarnos con la ilusión de ir al servicio social como si fuera una gran misión. Nos hemos enfrentado a una realidad distinta; sin embargo, ha sido un aprendizaje y una relación muy bella.

He planeado hacer una especialidad en psiquiatría o un posgrado en neurociencias. Me gusta la literatura porque en ese medio crecí. Mi papá nos leía un chorro de cuentos. Quedé fascinado con el mundo de los relatos; y como beber la vida en cápsulas. He publicado cuento y ensayo en *Tierra adentro*, *Generación* y en *La Jornada semanal*.”

TINO, EL ARTISTA

"José Agustín, como padre, fue muy chido. Le tengo mucho respeto; he sido formado en su ideología, y estoy tan de acuerdo con lo que postula, que me cuesta trabajo imaginarme en otra familia. Como todos, tuvo sus guerras particulares. Aunque se oiga muy mamón, como dice Nietzsche, o el I Ching: "él es un hombre superior", un guerrero que no se raja y nunca deja de aprender.

Mi jefe me decía que leyera, pero me hice tonto un buen tiempo. Por llevarle la contra dejé de estudiar de manera constante. Tengo la fortuna de haber conocido distintas expresiones artísticas; José Agustín me contaba cosas de música, pintura y literatura. Mi casa era como una isla de información, porque yo veía que ninguno de mis compañeros de la escuela tenía acceso a publicaciones o revistas especializadas. Todas las noches, mientras cenábamos, mi jefe sacaba una historia: a veces era mitología china, griega, persa, ¡órale!, ¡los cuentos de Tolkien!

Pienso que mi papá fue muy reventado, pero estuvo bien. Alguna vez sentí que debía rebelarme, ser más atacado y desmadroso como la gente de mi generación. Era casi imposible: el maestro fue tan rebelde que yo no podía serlo más. La piensa uno dos veces cuando ve a aquél bien dañado.

Mis hermanos también tuvieron su temporada desmadrosa. Se aplacaron; son sobrios, serios, apretados, ¡casados! Tengo novia, pero el matrimonio está completamente fuera de mis planes. Aborrezco el matrimonio civil: la sociedad no tiene nada que ver con mis sentimientos y no tengo por qué ir a pedir su bendición.

En mi formación convive el catolicismo y los rituales orientales. Mis hermanos y yo hicimos la Primera comunión y etcéteras, pero más bien por tradición. No suelo someterme a los dogmas.

Tuve muchos problemas en la primaria. En mi casa había cierta información, y en la escuela era distinta, represora. Yo era un desmadre severo; en la secundaria monté obras de teatro de Emilio Carballido y el consejo técnico me mandó llamar para regañarme. Como yo jalaba a los chavos a que hiciéramos grafittis y teatro al aire libre, los maestros me apodaron "manzana podrida", "líder nocivo", "mal estudiante". En este pueblo cuautlense estaban muy fresas y decidí largarme al Distrito Federal.

Encontré gente más alivianada, rumbos chidos, eventos culturales, la selva urbana. Me siento como en casa. Ahora estudio música, danza, artes plásticas y teatro en el SEDART, la escuela de artes del INBA. Me divierto mucho: hago diseño por computadora, pinto, dibujo, escribo, monto obras.

José Agustín me ha abierto muchas puertas: donde quiera que voy, nomás digo que soy su hijo y me dan entrada. Recuerdo que en la preparatoria tuve que leer sus novelas y no paraban de admirarse de que mi papá fuera el autor. Nunca me ha molestado conseguir espacios gracias a su figura; en un país como éste, donde las oportunidades de crecer artísticamente son mínimas, qué importa si es por herencia o influencias: lo que importa es el arte mismo. Pienso que cuando se tiene talento, la cuna es lo de menos.

Hice las ilustraciones para la novela *La panza del Tepalcateco* y una plaqueta de cuentos y dibujos que se llama *Sueños de la muerte*, en la editorial La cuadrilla de la langosta. He montado obras en distintos lugares: el bar La tirana, Bar Alicia, Museo de culturas populares... Ahora hago historietas para el *unomásuno*.

He llegado a la conclusión de que quiero hacer cine. Me fascina; es la fiesta de las artes: se puede escribir la obra, dirigirla, ponerle música, tiene mucho de artes plásticas, danza...

De literatura, persigo a los autores fantásticos y de ciencia ficción. Leo mucho a Bukowski, Ginsberg, Kerouac, Burroughs, Tolkien, Süskind, Borges, Gabriel García Márquez. Nunca he leído a Octavio Paz, ni lo leeré, les recomiendo que no lo lean.

Mis jefes me pagan mi depto. Sé que es una cuestión de dependencia, pero si ellos quieren hacerlo, está bien, porque me permite desarrollar otras actividades que no podría hacer si estuviera trabajando. Seguido me echan un ojo para ver qué estoy haciendo con su lana, y si ya terminé la prepa. Les digo que en eso ando, no hay pedo.

Mis aspiraciones no son el reconocimiento ni la farándula intelectual. Me late escribir, y estoy leyendo para aprender. Mi familia dice que soy la tercera generación de joseagustines y debo hacer algo interesante (el primero, fue compositor de Guerrero; el segundo, es un escritor consolidado). Yo voy a hacer mi lucha como me place: de forma alivianada. No ando detrás de un modelo."

BIBLIOGRAFÍA

- AGUSTIN, José. *La tumba*. Novela. México, Ed. Novaro, 1966. 141 pp.
- _____ *De perfil*. Novela. México, Joaquín Mortiz, 1966. 355 pp.
- _____ *Autobiografía*. Nuevos escritores mexicanos del Siglo XX presentados por sí mismos. Empresas Editoriales, S.A. México, 1966. 61 pp.
- _____ *Inventando que sueño*. Cuentos. México, Joaquín Mortiz, 1968. 178 pp.
- _____ *Abolición de la propiedad*. Novela. México, Joaquín Mortiz, 1969. 111 pp.
- _____ *Ya sé quién eres (te he estado observando)*. Largometraje. México, Estudios Churubusco-Azteca, 1970.
- _____ *La nueva música clásica*. Ensayos. México, INJUVE, 1972. 81 pp.
- _____ *Se está haciendo tarde (final en laguna)*. Novela. México, Joaquín Mortiz, 1973. 253 pp.
- _____ *Círculo victioso*. Obra de teatro. México, Joaquín Mortiz, 1974. 96 pp.
- _____ *De los tres ninguno*. Antología de tres autores: René Avilés Fabila, Gerardo de la Torre, José Agustín. México, Fed. Ed. Mexicana, 1974. 125 pp.
- _____ *La mirada en el centro*. Cuentos. México, Joaquín Mortiz, 1977. 216 pp.
- _____ *Luz externa*. Noveleta. México, Grijalbo, 1990. 108 pp.
- _____ *El rey se acerca a su templo*. Novela. México, Grijalbo, 1978. 233 pp.
- _____ *Ciudades desiertas*. Novela. Best Seller Edición. México, Diana, 1982. 200 pp.
- _____ *Confrontaciones, el creador frente al público*. Col. Laberinto. México, UAM-Azcapotzalco, 1984. 51 pp.
- _____ *Furor marítimo*. Antología. México, Diana, 1985. 192 pp.
- _____ *Ahí viene la plaga*. Guión cinematográfico. Coautores: José Agustín, José Buil, Gerardo Pardo. México, Joaquín Mortiz, 1985. 125 pp.
- _____ *El rock de la cárcel*. Autobiografía. Col. Voces de México. México, Editores Mexicanos Unidos, 1986. 187 pp.
- _____ *Cerca del fuego*. Novela. Col. Platino. México, Plaza y Valdés, 1986. 314 pp.
- _____ *Amor del bueno. Juegos de los puntos de vista*. Noveleta. Gobierno del Estado de México, 1986. 88 pp.

- _____ *No hay censura*. Cuentos. Nueva Narrativa Hispánica. México, Joaquín Mortiz, 1988. 131 pp.
- _____ *Tragicomedia mexicana I. La vida en México de 1940 a 1970*. Ensayos históricos. Col. Espejo de México. México, Planeta, 1990. 274 pp.
- _____ *Contra la corriente*. Ensayos y crónicas de la trayectoria del rock y otras expresiones artísticas. México, Diana, 1991. 112 pp.
- _____ *No pases esta puerta*. Cuentos. Col. Cuarto creciente. México, Joaquín Mortiz, 1992. 141 pp.
- _____ *La panza del Tepozteco*. Novela. México, Alfaguara, 1992. 118 pp.
- _____ *La miel derramada*. Cuentos. México, Planeta, 1992. 125 pp.
- _____ *Material de lectura. El cuento contemporáneo*. No. 86. Dirección de Literatura, Coordinación de Difusión Cultural UNAM. México, 1992. 42 pp.
- _____ *Tragicomedia mexicana II. La vida en México de 1970 a 1988*. Ensayos históricos. Col. Espejo de México. México, Planeta, 1992. 293 pp.
- _____ *Dos horas de sol*. Novela. Biblioteca Breve. México, Seix Barral, 1994. 213 pp.
- _____ *La gran piedra del jardín*. Fragmento de la novela *De perfil*. En: *Atrapados en la escuela*. Compilación. Cuentos Mexicanos Contemporáneos. México, Selector, 1994. 224 pp.
- _____ *Inventando que sueño*. Cuentos completos (1968-1992). Antología. México, Joaquín Mortiz, 1995. 390 pp.
- _____ *Yantepec. Transportarán un cadáver por express*. Caset de cuentos. Voz viva de México. Difusión Cultural UNAM. México, 1995.
- _____ *Amor del bueno*. Cuentos. México, Alfaguara, 1995. 200 pp.
- _____ *La contracultura en México. La historia y el significado de los rebeldes sin causa, los jipitecas, los punks y las bandas*. Ensayo. México, Grijalbo, 1996. 168 pp.
- _____ "Sigue la satanización de la onda". En: *El Universal*. Noviembre 16, 1992.
- _____ "Muy mala onda. Idioma culto". Artículo sin fuente del Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Julio 23, 1982.
- _____ "El lenguaje de los chavos. Los diversos niveles de la onda". Artículo sin fuente del Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Marzo 21, 1981.
- _____ "La novela que Lucio escribe". En: *La Jornada Semanal*, no. 253. Abril 17, 1994.
- _____ "Ni induje a la droga ni fui huésped de porros". En: *Unomásuno*. Abril 25, 1979.

- _____ "Luces de la Ciudad". Entrevista Canal 22. Diciembre, 1994.
- _____ "Cuando pinte mi obra maestra". En: Revista Generación, año III, no. 30. Febrero, 1993.
- _____ "Rock y letras: cincuenta años en el rol". En: El Nacional. Agosto 19, 1994.
- _____ "Entre paréntesis, señas de identidad". En: Reforma. Enero 13, 1995.
- _____ "The Rolling Beatles". En: La Jornada Semanal. Febrero 4, 1996.
- _____ "Contraculturas". En: La Jornada Semanal, no. 65. Junio 2, 1996.
- _____ "Ay, el amor". En: La Jornada Semanal, no. 109. Febrero 5, 1996.
- _____ "Los narradores no cobran en Cuautla". En: El Universal. Septiembre 20, 1993.
- _____ "30 años de Joaquín Mortiz". En: El Universal. Noviembre 23, 1992.
- _____ "Esplendores y miserias del FCE". En: Reforma. Febrero 28, 1994.
- _____ "México en crisis". En: Reforma. Marzo 28, 1994.
- _____ "Un avance del próximo libro de José Agustín: Oscuridad mexicana". En: Revista Natura, no. 148. Julio, 1989.
- _____ "Nueva y vieja moralidad. Renovación". Artículo sin fuente del Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Julio 7, 1982.
- _____ "El cine y la moral familiar. Censura, No". Artículo sin fuente del Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Septiembre 4, 1981.
- _____ "Cine y literatura. De la máquina de escribir a la moviola". Artículo sin fuente del Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Abril 22, 1981.
- _____ "Gómez Maganda, un hombre verdadero". Artículo sin fuente del Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Febrero 12, 1982.
- _____ "Por la dignidad del escritor, profesionalización". Artículo sin fuente del Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Mayo 22, 1981.
- ACEVES, Manuel. "José Agustín, Piedra Rodante y la Chamchomona. Desolladerote". En: Unomásuno. Abril 24, 1992.
- ACORDEON, El. Número especial en Homenaje a José Agustín. No. 5. Ed. Universidad Pedagógica Nacional, 1991.
- AGUILAR, Enrique. "Estrenarán la obra de José Agustín". Artículo sin fuente del Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Mayo 23, 1983.

- ALCANTAR FLORES, Arturo. "Busco abarcar los hemisferios interior y exterior. Si no hay renovación del ser humano, no la tendrá la sociedad". En: *Excélsior*. Diciembre 24, 1994.
- _____. "El lector en México puede ser muy inteligente". En: *Excélsior*. Diciembre 23, 1994.
- APULEYO MENDOZA, Plinio. *Gabriel García Márquez, El olor de la guayaba*. México, Diana, 1982. 134 pp.
- ARANKOWSKY, Alberto. "La narrativa mexicana es muy saludable". En: *El Nacional*. Abril 10, 1991.
- ARICEAGA, Alejandro. "La novela mexicana en México 69". En: *El Sol de Toluca*. Mayo 23, 1969.
- ARGUELLES, Juan Domingo. "Casi todos los cuentos de José Agustín". En: *Novedades*. Marzo 27, 1996.
- ASENCIO MENDEZ, Luis. "La condición de periodista". (Compilación). México, Pangea, UAM Xochimilco, 1988. 35 pp.
- ASENJO, Norberto. "Vivencias, alucinógenos y amorfos de un José Agustín clasemediero". En: *El Nacional*. Octubre 26, 1985.
- AVILA, María de Jesús. "Festejan con literatura su medio siglo de vida. Escritores y críticos participan en el Homenaje que Coahuila le organiza a José Agustín". En: *El Norte*. Agosto 19, 1994.
- AVILES FABILA, René. *Material de lo inmediato*. México, Serie alterna CNCA, 1995. 209 pp.
- _____. *Catálogo de sorpresas*. México, UAM Xochimilco, 1996. 119 pp.
- AZUELA, Mariano. *Dos biografías: Pedro Moreno y Francisco I. Madero*. México, Asociación Nacional de Libreros, 1985. 167 pp.
- BAENA PAZ, Guillermina, y MONTERO, Sergio. *Tesis en 30 días. Lineamientos prácticos y científicos*. México, Editores Mexicanos Unidos, 1988. 100 pp.
- BAUTISTA, Manuel. "Gustavo Sainz y la novelística actual". En: *Revista Mexicana de Cultura*, Suplemento de *El Nacional*. Noviembre 19, 1977.
- BENITEZ, Jesús Luis. "En torno al patin más reciente de José Agustín". En: *La onda*, Suplemento de *Novedades*. Junio 24, 1973.
- BENITEZ, José. "Técnica periodística". México, Praga, 1984. 53 pp.
- BUIL, José. "Literatura para ser usada". Artículo sin fuente del Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Enero 30, 1983.
- CAMARGO BREÑA, Angelina. "Urge que se escriba nuevamente de la problemática rural". En: *Excélsior*. Agosto 12, 1989.

- CARBALLO, Emmanuel. "Agustín y Sainz frente a frente. Del 20 al 26 de marzo de 1967". En: *El Financiero*. Enero 22, 1995.
- CARTER, June C.D., y DONALD, L. Smidt. *José Agustín, Onda and Beyond*. University of Missouri Press. Missouri, Columbia, 1986. 127 pp.
- CARDENAS, Noé. "La prosa libérrima de José Agustín". En: *Tierra Adentro*. No. 82. Octubre-Noviembre, 1996.
- CARDENAS HERNANDEZ, Gregorio. *Adiós Lecumberri*. México, Diana, 1979. 391 pp.
- CARRIZALES, David. "Marcos, un comunicador fenomenal". En: *La Jornada*. Marzo 13, 1994.
- CASTAÑEDA, Salvador. "La subversión armada en América Latina, ¿sin futuro?". En: *Revista MIRA*. No. 349. Diciembre 11, 1996.
- CASTAÑÓN, Adolfo. "José Agustín, aguja de navegar azotes". En: *La Cultura en México, Suplemento de Siempre!* No. 7. 1977.
- CIPER, Gerardo. "Tras la conciencia emocional". En: *Cultural, Suplemento de El Heraldo de México*. Noviembre 17, 1974.
- CISNEROS MORALES, Jorge. "No le tengo miedo a la expresión de los sentimientos: José Agustín". En: *El Nacional*. Diciembre 29, 1994.
- COHEN, Sandro. "La onda ha muerto, ¡viva la onda!" En: *Unomásuno*. Enero 2, 1993.
- CORCHADO, Leticia, y SANDOVAL, Víctor. "En tres o cuatro años surgirán movimientos contraculturales: José Agustín". En: *Revista Generación*, año IV, no. 34. Noviembre-Diciembre, 1993.
- CORDOVA JUST, Arturo. "Un sábado con dos libros". En: *El Financiero*. Enero 21, 1995.
- CORIA, José Felipe. "Los nuevos inquisidores. La miel derramada". En: *El Financiero*. Septiembre 24, 1992.
- DALLAL, Alberto. "José Agustín, lenguaje y autenticidad". En: *Diorama, Suplemento de Excélsior*. Marzo 11, 1973.
-
- Periodismo y literatura*. México, UNAM, 1985. 223 pp.
- DE LA COLINA, José. "Retrato fantasma de Juan Vicente Melo, parte II". En: *Suplemento de Novedades*, no. 723. Febrero, 1996.
- DE LA TORRE, Gerardo. "¿Qué me cuentas, José Agustín?" Artículo sin fuente del Archivo personal de Gerardo de la Torre. Mayo 19, 1971.
-
- Muertes de Aurora*. México, Difusión Cultural UNAM, 1991. 155 pp.

- DELGADO, Dora. "Archivo General de la Nación: memoria histórica de los mexicanos". En: *Selecciones del Reader's Digest*. Mayo, 1992. pp. 65-70.
- DERBEZ, Alain. "¿Cuántos planos tiene un día?". En: *La Jornada Semanal*, no. 278. Octubre 9, 1994.
- DIA, El. Nota sin autor. "Teatro vivo de México, se estrenó Abolición de la propiedad". Julio 22, 1985.
- DWIGHT, y Bárbara Worker. *Fuga de Lecumberri*. México, Diana, 1981. 247 pp.
- ESCOTO, Guillermina. "José Agustín, un hombre feliz". En: *El Sol de México*. Febrero 2, 1992.
- ESTRADA, Josefina. *El señor del espectáculo. Biografía de Joaquín Pardavé*. México, Editorial Clio, 1996. III Tomos.
- ESPINOSA, Jorge Luis. "Ecos del Palacio de Minería. La tumba, libro espantoso". En: *Unomásuno*. Marzo 15, 1988.
- ESPINOZA, Verónica. "José Agustín recibió el premio Juan Ruiz de Alarcón". En: *El Universal*. Agosto 29, 1993.
- EXCELSIOR. Nota sin autor. "La panza del Tepozteco". Julio 12, 1993.
- FERREYRA FERNANDEZ, Carlos. "José Agustín, adelante su nueva Tragicomedia mexicana". En: *El Universal*. Mayo 22, 1993.
- FINANCIERO, El. Nota sin autor. "Los días contados". Julio 25, 1991.
- FLORES AGUILAR, Verónica. "Cerraré la saga con la crónica de los dos últimos sexenios". En: *El día*. Marzo 3, 1993.
- FORTSON, James. "Francotirador agazapado contra sí mismo". En: *El Sol de México*. Diciembre 5 y 6, de 1976.
- FRASER, Bond. *Introducción al periodismo*. México, De. Limusa-Wiley, 1979. 419 pp.
- GALLEGOS, Elena, y ROMERO, Ismael. "Figueroa debe ser llevado a juicio penal y político: Félix Salgado". En: *La Jornada*. Marzo 14, 1996.
- GARCIA FLORES, Margarita. "José Agustín, cineasta". En: *La onda*, Suplemento de Novedades. Agosto 22, 1976.
- GARCIA HERNANDEZ, Arturo. "Acapulco, microcosmos que refleja la realidad nacional". En: *La Jornada*. Enero 10, 1995.
- _____ "Alejandro Aura en la presentación del libro *Dos horas de sol*". En: *La Jornada*. Febrero 10, 1995.
- _____ "Cada grupo intelectual grita, no hay más ruta que la nuestra: José Agustín". En: *La Jornada*. Marzo 8, 1993.

_____ "La contracultura, vigente. Persisten las condiciones que le dieron origen". En: *La Jornada*. Marzo 7, 1993.

GARCIA SALDAÑA, Parménides. *En algún lugar del rock (El callejón del blues)*. México, Top Editores, 1993. 159 pp.

_____ *El rey criollo*. México, Ed. Diógenes, 1986. 165 pp.

GARZA, Hernando. "50 años de José Agustín". En: *El Norte*. Agosto 19, 1944.

GOMEZ MAGANDA, Alejandro. *El sol en las bardas*. México, Gobierno del Estado de Guerrero, 1995. 127 pp.

_____ *Acapulco en mi vida y en el tiempo*. México, Comisión editorial municipal del Estado de Guerrero, 1984. 327 pp.

GOMEZ MONTERO, Sergio. "Magia y religión en José Agustín". En: *Revista Mexicana de Cultura, Suplemento de El Nacional*. Julio 24, 1977.

GONZALEZ DE ALBA, Luis. *Los días y los años*. Novela testimonial sobre el movimiento estudiantil y Lecumberri. México, Ed. Era, 1971. 207 pp.

GONZALEZ GARDUÑO, Beatriz. "Al cumplir 25 años, De perfil vivo y coleando". En: *El día*. Mayo 30, 1991.

GONZALEZ MONTES, Fidencio. "En México se producen las literaturas más importantes del mundo: José Agustín". En: *El Nacional*. Junio 15, 1987.

_____ "El sectarismo fue un rasgo detestable en la generación de Juan Vicente Melo". En: *El Nacional*. Agosto 13, 1986.

GONZALEZ REYNA, Susana. *Manual de redacción e investigación documental*. México, Trillas, 1991. 204 pp.

GÜEMES, César. "José Agustín presenta mañana en Guadalajara Dos horas de sol". En: *El Financiero*. Diciembre 2, 1994.

_____ "José Agustín presenta su libro de ensayos *Tragicomedia mexicana*". En: *El Financiero*. Marzo 1, 1991.

_____ "En México vivimos hoy una contrarrevolución cultural: José Agustín". En: *El Financiero*. Septiembre 11, 1992.

GUTIERREZ FUENTES, David. "Los comienzos de una generación. Jorge Arturo Ojeda". En: *El Búho, Suplemento de Excelsior*, no. 155. Agosto 28, 1988.

- _____ "Los comienzos de una generación. ¿Qué ha sido de los de Búsqueda?" En: *El Búho, Suplemento de Excélsior*, no. 154. Agosto 21, 1988.
- _____ "Los comienzos de una generación. Parte IV". En: *El Búho, Suplemento de Excélsior*. Septiembre 11, 1988.
- _____ "José Agustín contra la censura". En: *El Búho, Suplemento de Excélsior*. Junio 19, 1988.
- HERNAN, Uribe. "Periodismo y literatura". Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación. México, UNAM, 1983. 247 pp.
- HÖLZ, Karl. "El viaje de la literatura de la onda". En: *Reforma, El ángel* no. 35. Julio 31, 1994.
- HOMERO, José. "Dos horas de sol de José Agustín. Gótico ingenio mexicano". En: *Novedades*. Enero 29, 1995.
- JUAREZ, América. "José Agustín, su paraíso perdido". En: *Reforma*. Enero 3, 1995.
- KERMODE, Frank. *D.H. Lawrence. Biografía literaria*. Madrid, Editorial Gedisa, 1988. 240 pp.
- LADRON DE GUEVARA, Verónica. "Traición, pasto, cachondez, tarántula: José Agustín". En: *Revista Entrevistas*. Abril 18, 1993.
- LARA CATALAN, David. "José Agustín, de frente y de perfil". En: *La Jornada Semanal*, no. 253. Abril 17, 1994.
- LARA DE LA FUENTE, Leonor. "El final del sueño: José Agustín". En: *Excélsior*. Febrero 18, 1990.
- LEÑERO, Vicente, y MARTIN, Carlos. *Manual de periodismo*. México, Grijalbo, 1986. 225 pp.
- LONGI, Ana María. "En De perfil tuve ayuda de mis maestros". En: *Excélsior*. Mayo 30, 1991.
- _____ "Nací, escribí y no le he parado: José Agustín". En: *Excélsior*. Abril 7, 1990.
- LOPEZ QUESADA, Rigoberto. "El 68 fue un parteaguas cultural: José Agustín". En: *El Universal*. Marzo 8, 1988.
- LUJAN, Delfina. "Crisis de lectura en México". En: *El Nacional*. Diciembre 2, 1991.
- LUVIANO, Rafael. "Aspiro a perdurar durante mucho tiempo". En: *Excélsior*. Febrero 13, 1988.
- LUVIANO DELGADO, Rafael. "En Morelos no hay la menor simpatía cultural". En: *Excélsior*. Agosto 7, 1986.
- LUVIANO, Rafael, y MELENDEZ, Jorge. "Las formas clásicas me salen de la patada: José Agustín". En: *Excélsior*. Octubre 19, 1985.
- MARTI, Ellú. "José Agustín, se está haciendo tarde". En: *El Heraldó de México*. Mayo 20, 1973.
- MARTINEZ, Uriel. "Homenaje a José Agustín en Saltillo". En: *La Jornada*. Agosto 28, 1994.

_____ "Desde su inicio José Agustín rompe el centro de la literatura. Inició su homenaje y evaporó monjas". En: *La Jornada*. Agosto 28, 1994.

MARTINEZ CARRIZALES, Leonardo. "No pases esta puerta y la miel derramada, sus dos nuevos libros. El narrador José Agustín en las horas rotundas del atardecer". En: *El Financiero*. Octubre 9, 1992.

MARTINEZ RENTERIA, Carlos. "Ni en sueños he tratado de seguir siendo adolescente: José Agustín". En: *El Universal*. Agosto 19, 1994.

_____ "El rechazo de la crítica y el afán de la posteridad". En: *El Universal*. Octubre 18, 1995.

_____ "La inquisición y letras vivas". En: *El Universal*. Enero 18, 1988.

_____ "José Agustín escribe la vida de Palillo". En: *El Universal*. Abril 14, 1988.

_____ "La obra de José Agustín se ha estudiado más en E.U. que en México". En: *El Universal*. Julio 9, 1993.

MATUS, Macario. "Las ondas de José Agustín". Artículo sin fuente del Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Agosto 15, 1989.

MELENDEZ, Jorge. "José Agustín para adolescentes y... La voz invitada". En: *El Universal*. Junio 25, 1993.

MEJIA, Eduardo. "¿Esto es literatura?" En: *La onda, Suplemento de Novedades*. Diciembre 21, 1975.

_____ "José Agustín está triste". En: *La onda, Suplemento de Novedades*. Noviembre 5, 1978.

_____ "¿José Agustín, ya es serio?" En: *La onda, Suplemento de Novedades*. Julio 17, 1977.

MENDOZA, Gabriela. "Entrevista con Gustavo Sainz". En: *Revista Mexicana de Cultura, Suplemento de El Nacional*. Marzo 11, 1973.

MENDOZA MOCIÓN, Arturo. "El escritor regala firmas antes de navidad. Dos horas sin sol con José Agustín". En: *Reforma*. Diciembre 23, 1994.

MOLINA, Javier. "Ningún escritor que gana una beca puede ser manipulado". En: *La Jornada*. Octubre 6, 1982.

_____ "Circula ya Tragicomedia mexicana I". En: *La Jornada*. Mayo, 1990.

_____ "Sobran los decálogos en los géneros literarios". En: *La Jornada*. Mayo 17, 1990.

- MONROY GOMEZ, David. "José Agustín, cincuenta años que son veinte". En: *El Nacional*. Septiembre 10, 1994.
- MONSALVO, Sergio. "La estética rocanrolera, De perfil". En: *El Nacional*. Agosto 19, 1994.
- MONSIVAIS, Carlos. *Amor perdido*. Ensayos. México, Era, 1977. 348 pp.
- MONTERO, Rosa. "La vida desnuda". México, Santillana-Taurus, 1996. 257 pp.
- MONTES GARCIA, Enrique. "¿Por qué soy escritor?" En: *Excelsior*. Abril 19, 1992.
- MORAL, Fidel. "Mario Moya Palencia, nuestro hombre en La Habana". En: *Revista Varón México*. No. 17. Agosto 1992. pp. 101-105.
- MUSACCHIO, Humberto. "Traslado". En: *El Financiero*. Enero 12, 1993.
- NATURA. "Artículos sobre los hongos alucinógenos". Julio, 1989.
- NATURA. "Avances sobre el libro de José Agustín". Julio, 1989.
- NOVEDADES. Nota sin autor. "José Agustín obtuvo el premio de narrativa Colima 83 con Ciudades desiertas". Noviembre 23, 1983.
- OCHOA SANDY, Gerardo. "Romper el espejo deforme: José Agustín". En: *La Jornada*. Enero 28, 1990.
- OJEDA, Jorge Arturo. "Gazapo, extraordinario". En: *Diálogos*. No. 13, 2, 15. 1977.
- ORTEGA, Roberto Diego. "El hombre camina en la cola del tigre, el tigre muerde al hombre: José Agustín". En: *La Cultura en México, Suplemento de Siempre!* No. 9, 1978.
- PANTOJA MERINO, Jorge Rogelio. "José Agustín, ya sé quién eres". En: *Colmena Universitaria*, no. 18. 1974.
- PIAZZA, Luis Guillermo. "Lobos literarios". En: *La onda, Suplemento de Novedades*, Diciembre 31, 1977.
- PIEDRA RODANTE. "El contexto de los sesentas y setentas". Julio, agosto y noviembre de 1971.
- PINEDA, Guadalupe. "La ciudad es una tumba". En: *El Universal*. Agosto 12, 1989.
- POLO HERRERA, Guadalupe, y LOPEZ MATIAS, Angélica. "La reseña literaria: un trabajo periodístico". Tesis profesional UNAM. México, 1986. 197 pp.
- PONIATOWSKA, Elena. *¡Ay vida, no me mereces!* México, Joaquín Mortiz, 1985. 213 pp.
- _____. "Acapulco, ¿paraíso perdido?" En: *El Nacional*. Enero 16, 1995.
- PROCESO. "Sindicalistas y opositores impugnan a Farell por ser un "autoritario y tranposo", gestor de la tragedia mexicana". No. 1001. Enero 8, 1996. pp. 22-27.

RAMIREZ, Fermín. "En la cultura mexicana se tiende a sacralizar o satanizar excesivamente, dice José Agustín". En: Unomásuno. Abril 6, 1991.

_____ "El régimen político no ha querido transformarse". En: Unomásuno. Abril 5, 1991.

RAMÍREZ, Luis Enrique. "José Agustín, escritor joven, muchacho eterno". En: La Jornada. Agosto 25, 1994.

RAMÍREZ AGUILAR, Walter. "25 Aniversario, José Agustín y su éxito De Perfil". En: La Jornada. Abril, 1991.

RAMÍREZ BERMUDEZ, Andrés. *José Agustín, un vagabundo de su luz*. En: Generación, año II, no. 21. Febrero, 1992.

RAMOS, Agustín. "Mis libros iniciales siguen vivos, muy vivos. Sonar de letras I". En: El Financiero. Junio 14, 1994.

_____ "Los democráticos privilegios de la contracultura. Sonar de letras III". En: El Financiero. Junio 28, 1994.

_____ "Un realismo optimista. Sonar de letras IV". En: El Financiero. Julio 5, 1994.

_____ "El rock de la cárcel y el rol de la crítica. Sonar de letras II". En: El Financiero. Junio 18, 1994.

REYES, Juan José. "Nuevos vientos y generaciones". En: Novedades. Febrero 12, 1995.

REVUELTAS, José. *El apando*. México, Era, 1969. 56 pp.

ROBLES, Javier. "Los narradores obsesivos". En: La onda, Suplemento de Novedades. Agosto 26, 1973.

RODRIGUEZ PIÑA, Gabriel. "El éxito de Tragicomedia mexicana II, altamente sorprendente". En: *Excelsior*. Marzo 5, 1993.

ROSALES Y ZAMORA, Patricia. "Tragicomedia, lo que le ha pasado al país: José Agustín". En: *Excelsior*. Abril 3, 1991.

RUBIO ROSELL, Carlos. "Presentó en el LUCC su libro *Contra la corriente. José Agustín en los 90, cinco de chocolate y una cerveza*". En: El Nacional. Mayo 27, 1991.

RUVALCABA, Eusebio. "Erika, dos cumpleaños, dos". En: El Financiero. Agosto 22, 1994.

SAINZ, Gustavo. *Autobiografía*. Nuevos escritores mexicanos del Siglo XX presentados por sí mismos. México, Empresas Editoriales, 1966. 62 pp.

_____ *Obsesivos días circulares*. Segunda serie de Lecturas mexicanas. México, Grijalbo, 1969. 357 pp.

_____ *Gazapo*. México, Joaquín Mortiz, 1965. 189 pp.

SAMPELRO, José de Jesús. "Luz interna, Luz externa. Homenaje a José Agustín". En: *El Financiero*. Julio 26, 1991.

SANCHEZ CAMARA, Florencio. *Antropología lírica*. Colección Esfera. México, Editorial Cultura T.G.S.A., 1985. 100 pp.

SEGOVIA URBANO, Adriana. "Identidad y crisis en la narrativa joven". En: *Los libros tienen la palabra*. Año 4, no. 46. Abril, 1993.

SEMPERE, Pedro, y CORAZON, Alberto. *La década prodigiosa, 60s y 70s*. Madrid, Ediciones Feimar, 1976. 263 pp.

SERNA, Enrique. *Jorge, el bueno. Biografía de Jorge Negrete*. México, Clio, 1994. III Tomos.

SIN AUTOR, y sin fuente. "José Agustín en el lunes literario". Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Octubre 18, 1971.

SIN AUTOR, y sin fuente. "Candidato al Rómulo Gallejos, José Agustín". Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Julio 8, 1987.

SIN AUTOR, y sin fuente. "Evocador collage de José Agustín". Archivo de la Dirección de Literatura del INBA. Noviembre 27, 1985.

SOLIS, Bernarda. "Cerca de los estudiantes, cerca del fuego". En: *Excélsior*. Febrero 1, 1987.

SUPERMACHOS, Los. Revista. "Cómo vencer a las drogas". Número especial, año XVII, no. 682. Enero 25, 1979.

TELLEZ TREJO, Angélica. "José Agustín, premio Juan Ruiz de Alarcón". En: *El Nacional*. Agosto 28, 1993.

_____ "De perfil nominado al premio Médicis". En: *El Nacional*. Septiembre 9, 1993.

TIBOL, Raquel. *Stiqueiros. Vida y obra*. México, Colección METROpolítana, 1973. 188 pp.

TOLEDO, Alejandro. "Dormir en la playa". En: *Novedades*. Febrero 12, 1995.

TORRES, Javier. "Tragicomica plática con José Agustín". En: *Excélsior*. Enero 3, 1993.

TREJO VILLAFUERTE, Arturo. "Evolución y continuidad de José Agustín en Inventando que sueño y Ciudades desiertas". En: *Palabras de fe*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, 1987.

UNIVERSAL, El. Nota sin autor. "Publican los cuentos completos de José Agustín". Enero 31, 1996.

UNIVERSAL, El. Nota sin autor. "La panza del Tepozteco". Diciembre 1, 1992.

- URBINA, Cecilia. "De perfil en francés". En: Unomásuno. Marzo 12, 1994.
- URRUTIA, Elena. "Arreando polvo y telarañas". En: La onda, Suplemento de Novedades. Enero 12, 1975.
- VALVERDE ARCINIEGA, Jaime. "En el medio siglo de José Agustín. La libertad de expresión es del que la trabaja". En: El Financiero. Agosto 25, 1994.
- VAZQUEZ, Jaime. "Abolición de la propiedad, la Compañía de Shakespeare, Tepito Arte Acá y el maese José Agustín". En: El Universal. Noviembre 15, 1983.
- VAZQUEZ MANTECON, Gonzalo. *La trayectoria de José Agustín en la literatura mexicana*. Tesis profesional UNAM. México, 1990.
- VELAZQUEZ YEBRA, Patricia. "José Agustín: Dos horas de sol nació hace 27 años". En: El Universal. Diciembre 4, 1994.
- VENEGAS, Socorro. "Tepoztlán, José Agustín presentó su novela *La panza del Tepozteco*". En: El Universal. Noviembre 2, 1992.
- VEGA, Patricia. "Cuestionan Elizondo y José Agustín en Frankfurt los textos de historia". En: La Jornada. Octubre 2, 1992.
- VIVALDI MARTIN, Gonzalo. *Géneros periodísticos*. México, Prisma, 1980. 123 pp.